ILIÓN

MARIO VILLÉN

NARRATIVAS HISTÓRICAS edhasa

ILLIÓN

MARIO VILLÉN

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Estudio

Primera edición impresa: octubre de 2022
Primera edición en e-book: octubre de 2022

© Mario Villén Lucena, 2022
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4885-9

Producido en España

Para tres mujeres muy importantes en mi vida:

Mi abuela Eloisa,

mi madre, María Luisa,

mi mujer, Eva.

Y para todas las mujeres fuertes a las que la historia

pocas veces ha tratado bien…

Las historias son más sólidas que las piedras…

Hasta el siglo XIX se pensaba que Troya era una ciudad ficticia y que los hechos que se narraban en la Ilíada eran sólo parte de su leyenda. Sin embargo, sus restos fueron hallados, y la evidencia arqueológica hizo real el mito…

HELESPONTO
CABO SIGEO
MAR EGEO
CAMPAMENTO AQUEO
RÍO SÍMOIS
TROYA
MURO
N
TUMBA DE ILO
LLANURA
(ZONA DE COMBATE)
S
RÍO ESCAMANDRO
AQUILEION
(TÚMULO)
TRÓADE
BAHÍA
(BARCOS DE SAQUEO Y ABASTECIMIENTO)
0 1 2 KM
GUERRA DE TROYA

ILIÓN

PROFECÍAS

–¡No queríamos la guerra! ¡No queríamos la guerra!

La voz de la dárdana resonaba como una letanía cadenciosa, alterando la serenidad de la travesía. Sus ojos se perdían en el cielo limpio del atardecer, en el que se destacaban los vuelos circulares de las gaviotas.

–Amordazadla.

Llevaba más de una hora así y la paciencia de Aquiles se había agotado. Dos mirmidones se levantaron al instante, pero el líder aqueo se adelantó y, con sus propias manos, arrancó un jirón de tela de su túnica.

–¡Nuestro caudillo responderá y cumplirá con su destino! –gritó la mujer antes de que consiguiera atar la mordaza–. ¡Eneas irá a Troya y os derrotará! ¡Eneas!

Después, leves gemidos y, por fin, el silencio, sólo roto por el viento que agitaba la vela y los crujidos de las maderas.

De vuelta a su asiento, el aqueo centró su atención en la lira, el hermoso instrumento que había obtenido en el saqueo de Tebas Hipoplacia. Ajustó el clavijero de plata y rasgó las cuerdas haciendo sonar una sencilla melodía. Satisfecho, la devolvió a su estuche y se volvió hacia Automedonte, su auriga. Una idea le rondaba la cabeza.

–¿Se refiere al mismo Eneas?

Cerca del monte Ida, los ejércitos aqueos se habían topado con un grupo de pastores liderados por un hombre llamado Eneas. Tras una breve escaramuza, los pastores huyeron y se refugiaron en Lirneso, convirtiéndola así en el siguiente objetivo de los mirmidones.

–Imagino que sí. –Automedonte asintió–. Tiene orígenes reales. Los dárdanos creen en una profecía que dice que algún día será rey de Troya, o algo así. Eso contaron las esclavas.

Aquiles miró a la mujer y sonrió.

–¿Con quién piensa ir tu pastor a Troya? ¿Con sus rebaños?

La dárdana se alteró y abrió los ojos de forma desmesurada. Volvieron los gemidos, amortiguados por la tela que apretaba su boca.

–Lo seguirán los guerreros de Dardania –intervino Briseida, otra de las mujeres que habían apresado. Viuda de Mines, rey de Lirneso, era parte del botín personal de Aquiles. Él mismo la había elegido tras matar a su esposo.

El comandante la observó detenidamente. Ella se mantuvo firme, hermosa y desafiante.

–Los dárdanos que hayan sobrevivido a nuestras lanzas... –puntualizó al fin. Los ojos de ella brillaron en recuerdo de los

asesinatos.

–Son muchos, te lo garantizo. Has prendido el fuego que os consumirá. –Briseida habló con voz pausada, pero segura.

–Tienes la lengua rápida, mujer –repuso Aquiles–. ¿Vas a darme problemas?

–Más de los que puedas imaginar.

Se mantuvieron la mirada durante unos instantes. Finalmente, Aquiles carcajeó, y sus compañeros rieron con él. Relajada la tensión, tomó de nuevo su lira y, aclarándose la voz, entonó una canción que hablaba sobre Hércules y su amigo Telamón.

Patroclo, siempre presto a servirlo, sacó vino, hizo una libación a Poseidón y le llenó la copa. Luego se acercó a Briseida, que permanecía maniatada junto al resto de mujeres.

–Lo acabarás amando tanto como ahora lo odias –le susurró mientras apoyaba una mano en su hombro–. Él produce ese efecto en las personas: se le ama y se le odia a partes iguales, créeme.

De inmediato se apartó, y Briseida pudo recrearse en la contemplación del asesino de su esposo. Su cuerpo era fibroso, sus largos cabellos tenían el color del oro y su mirada era penetrante. Lo odiaba profundamente, era cierto, pero no podía negar que aquel hombre tenía algo que llamaba poderosamente su atención.

La noche los sorprendió surcando una zona de calas en la costa occidental de la Tróade. Arriaron las velas y, tras echar al mar las enormes piedras que anclaban las naves al fondo marino, los hombres se repartieron por las cubiertas y las bodegas para descansar. Las naves se mecían suavemente al son de las mareas.

Aquiles tardó en dormirse, y el sueño le sobrevino acompañado por las imágenes de las recientes matanzas. Pasada la medianoche, un suave murmullo lo despertó. Se levantó con sigilo para no alertar a Patroclo ni a Automedonte, que dormían a su lado. El sonido provenía del castillo de proa. Caminó entre los cuerpos dormidos de los remeros hasta llegar a la tela que cerraba el castillo. Se asomó y vio a un hombre que sujetaba a una mujer amordazada. Frente a él, otro la penetraba. Ella, resignada, no forcejeaba. Aquél era el destino que aguardaba a las mujeres tras la toma de una ciudad, cuando sus maridos y sus hijos yacían muertos a manos de los mismos hombres que se las llevaban como botín.

Aquiles agarró una lanza que permanecía tirada a la entrada del castillo, descorrió la tela y subió al entarimado. Al instante, los dos hombres se pusieron en pie. La mujer huyó a la carrera para refugiarse entre las demás esclavas. La tripulación comenzó a despertarse.

No hubo palabras, sabían que tendrían que luchar por sus vidas. Los mirmidones aferraron las espadas e hicieron frente a su

comandante. Aquiles llevaba el pecho descubierto y sólo vestía un faldellín; sus músculos brillaban a la luz blanquecina de la luna y sus cabellos emitían destellos plateados. No les dio tiempo para saludar a la muerte. Con un movimiento preciso, dirigió la lanza hacia el pecho del que estaba a su derecha, clavando la punta entre sus costillas. Un agudo grito de dolor sacudió la nave. El otro mirmidón dio un paso hacia él para asestarle una estocada, pero Aquiles, que ya había extraído la lanza, echó un pie atrás y se la clavó en la garganta. Sostuvo su cabeza en alto unos segundos para reconocerlo y luego la arrojó hacia un lado. Se giró y apoyó la lanza en el suelo. La sangre comenzó a resbalar por el astil hasta llegar a su mano.

–Son botín. –Señaló a las mujeres–. Cada cual tendrá su parte, bien ganada, cuando llegue el momento del reparto. Hasta entonces, son sagradas, y el hombre que las tome estará tomando la propiedad de otro hombre. –Se volvió para echar una ojeada a los dos moribundos, que se retorcían entre estertores–. Agamenón también tendrá una parte. No ha movido un dedo para conseguirlas, pero es el primero entre nuestros reyes. Ésas son nuestras leyes, las que nos hacen diferentes de los salvajes. No he matado a dos mirmidones. Vosotros no obráis así, hombres de Ftía. He matado a dos animales sin ley. –Bajó del entarimado y se encaminó de vuelta al castillo de popa–. Limpiadlo, y echadlos al mar como ofrenda a Poseidón –dijo al aire sin volver la cabeza.

Nadie habló. Aquiles sabía imponer su autoridad. Soltó la lanza, se lavó las manos y volvió a echarse en el camastro. Briseida no apartó la mirada de él hasta que se perdió tras las telas ondulantes del castillo. Amor y odio. Las palabras de Patroclo aún resonaban en su cabeza.

Cerca del mediodía arribaron a la bahía donde fondeaban las naves encargadas de las incursiones. Estaba situada al sur de la entrada al Helesponto, al oeste de la llanura troyana del río Escamandro. Una a una, las naves de cascos alquitranados fueron buscando un sitio en la ensenada. La flota de Áyax el Grande ya estaba allí; las enseñas de Salamina ondeaban sobre los mástiles de abeto. Áyax había dirigido una expedición de castigo contra la costa Tracia del mar Oscuro.

Decenas de barcas se aproximaron a los navíos para descargar mercancías y transportar a los hombres a la orilla. El hormigueo de porteadores no cesó hasta bien entrada la tarde. Los almacenes rebosaron.

Aquiles se encontró con su primo Áyax en el taller de carpintería, donde ambos habían acudido para solicitar reparaciones en sus naves.

–¡Por Hércules, primo! ¿Has dejado algo en Tebas?

–Los cuerpos de los tebanos. A sus mujeres también me las he traído –respondió Aquiles con aire jovial. Con Áyax se sentía cómodo;

era un bruto sin modales, pero siempre había estado a su lado cuando lo había necesitado. Sus padres los habían enviado juntos a entrenar con el viejo Quirón. Apenas eran niños entonces y, desde aquellos años lejanos, habían forjado una sólida amistad.

–No creas que Tracia ha tenido mejor suerte. –Áyax inflamó el pecho con aire fanfarrón. Le sacaba una cabeza a su primo y su musculatura prominente recordaba el aspecto de un gigante, como los que aparecían en los relatos de los aedas–. Desde aquí casi se puede ver el humo de los incendios –rio, divertido por su propia ocurrencia.

A varios pasos de ellos, cuatro guerreros conducían a las esclavas hacia un almacén del embarcadero. Sólo dos fueron apartadas. Un oficial mirmidón se acercó para preguntar su destino.

–A ésta llévala a mi tienda. –Aquiles señaló a Briseida, que permanecía erguida–. A la otra devuélvela a la nave y custódiala tú mismo. –Al instante, el oficial se puso en marcha. Áyax miró inquisitivo a Aquiles–. Mi botín personal –aclaró–. A la otra la he elegido para Agamenón. Se llama Criseida y es pariente de la mía.

–Mujeres hermosas, por Zeus. Yo también he escogido alguna tracia para mí –comentó Áyax–. Muy pronto podrás llevarle esa mujer a Agamenón –añadió–. Hace dos días llegó un mensajero del campamento. El rey quiere que vayamos, con todos los hombres.

–El décimo año, ¿no?

–Tú lo has dicho, primo. Agamenón está nervioso. Teme que los troyanos intenten algo contra nosotros. Ellos también conocen la profecía de los diez años. Tenemos que estar preparados y unidos. –Palmeó el hombro de Aquiles, que dio un paso atrás para no perder el equilibrio–. Se acerca el final de esta maldita guerra.

Un atisbo de inquietud asomó a la mirada de Aquiles.

–Sí. Se acerca el final, y todos cumpliremos con el destino que los dioses nos tienen reservado. –Su voz sonó como la de un profeta.

* * *

Las escamas de bronce de su armadura, partidas en mil destellos, relucían bajo el sol inclemente. El casco cónico, rematado por una alta cola de caballo, refulgía como una lengua de fuego. Sobre su carro, Héctor permanecía quieto, aferrado a la lanza y atento a cualquier movimiento en la llanura. Se había apostado en la linde del camino, junto a la necrópolis, mientras el cargamento de abastecimiento procedente del sur entraba en Troya por las puertas Dardanias. Varios guardias protegían la retaguardia de la comitiva. Héctor aguardó hasta que las últimas carretas atravesaron las imponentes puertas de Troya, desde donde se encaminaron hacia los almacenes y graneros de la ciudad. Entonces dio instrucciones a su auriga para que condujera el

carro hasta la ciudadela. El arquero que lo acompañaba, a su lado, permanecía distraído.

Atravesaron el foso y la empalizada, penetraron en la ciudad y tomaron la calle que ascendía hasta la puerta Apolínea.

–¡Casco reluciente!

–¡Defensor de Troya!

Al paso del carro, los troyanos loaban a su príncipe.

Antes de cruzar la puerta de la ciudadela, Héctor elevó una oración a Apolo ante sus estelas. Esculpidas en enormes piedras, representaban al dios como defensor de la ciudad. Algunos ancianos todavía recordaban el viejo culto a Apulunas, y contaban historias sobre cómo Apolo había sustituido al dios hitita, convirtiéndose en el verdadero protector de Troya.

Subieron la rampa de acceso y se detuvieron ante el cuartel que había adosado a la cara interior de la muralla. El auriga y el arquero se quedaron al cuidado del carro, y Héctor continuó el viaje a pie hasta los palacios y templos que coronaban la ciudadela. En el pórtico de su propio palacio lo recibió una esclava, que lo ayudó a quitarse las botas de puntera rizada y el casco de bronce. En la sala principal, junto al hogar, Andrómaca tejía acompañada por otras tres esclavas. La lucerna iluminaba las coloridas pinturas que decoraban el salón. Astianacte, el único hijo de Héctor y Andrómaca, jugaba a gatas bajo la atenta mirada de una nodriza. Nada más ver a su padre, el niño se puso en pie, inseguro, y echó a correr hacia él. En cuanto Héctor lo tomó en brazos, el pequeño se puso a jugar con su barba.

–Traigo noticias del sur –se dirigó a su esposa con el gesto sombrío–. Los aqueos han asaltado Lirneso, Pédaso y Tebas.

La última palabra impactó en la mujer con la fuerza de una gran losa de piedra.

–¿Mi familia? –preguntó Andrómaca entre sollozos. Héctor apretó la boca y negó con la cabeza–. ¿Ninguno?

–El justo Eetión y sus siete hijos han muerto a manos de los aqueos. Tu madre permanece presa de esos salvajes, pero ya he despachado heraldos para pagar su rescate.

Como ecos lejanos, se oyeron gritos. Las noticias sobre los saqueos en Dardania corrían por las calles de la ciudad. Andrómaca se levantó y se unió a los lamentos con un gemido desgarrador. Se quitó el velo que le cubría el cabello y se manchó la cara con un puñado de cenizas tomadas del hogar. Enseguida la acompañaron las esclavas, y en todo el palacio resonó el tétrico coro de llanto y aullidos. El pequeño Astianacte rompió a llorar y Héctor lo abrazó con más fuerza.

–Tranquilo, no pasa nada –le susurraba al oído.

Helena, que vivía con Paris en el palacio contiguo, acudió al instante, alarmada. Vestía una túnica blanca de lino con un gran

escote que terminaba sobre un cinturón decorado con cuentas de marfil.

–¿Qué ha pasado, cuñada?

–¿Cuñada? –vociferó Andrómaca, con el rostro desfigurado en una mueca de dolor–. ¡No me vuelvas a llamar así, puta aquea! ¿Vales todas estas muertes? ¿Vales todo el oro que mi suegro está gastando para pedir ayuda a otros reyes? –Señalándola con un dedo, comenzó a caminar hacia ella. Héctor dejó al niño al cuidado de una esclava y agarró a Helena del brazo para sacarla de allí–. No lo vales, ¡no vales nada! –gritó la hija de Eetión mientras su esposo se la llevaba.

Aquella mujer era la causa de la interminable guerra que azotaba a la Tróade, la responsable del dolor y la desgracia que se habían posado sobre la vieja Ilión.

Helena era la esposa de Menelao, rey de Esparta, pero, cuando Paris y ella se enamoraron, ninguno de los dos respetó el sagrado vínculo del matrimonio. El hijo de Príamo se la llevó consigo a Troya en una nave repleta de los tesoros de Esparta. Ésa fue la chispa que prendió el fuego que llevaba años consumiendo tantas vidas y sueños.

Una vez fuera, Helena se echó a llorar, incapaz de comprender lo que había sucedido. Dentro, los gritos no cesaban. Héctor, serio, se lo explicó mientras la acompañaba hasta la entrada del palacio de su hermano Paris. Se disponía a marcharse cuando la mujer se dirigió a él:

–Gracias. Siempre has sido bueno conmigo. –Helena tenía las mejillas húmedas por las lágrimas. Tomó las manos de Héctor y clavó en él sus ojos verdes.

El príncipe apartó la mirada y, con delicadeza, se zafó de ella.

–Debo ir a ver a mi padre para informarle. –Fue todo lo que dijo antes de perderse en dirección al palacio de Príamo; el centro de la ciudadela, el centro de toda Troya.

Helena entró en su residencia. En el vestíbulo, justo donde lo había dejado al salir, Paris seguía durmiendo la última borrachera. Le resultó repulsivo, y continuó su camino hacia el salón para perderlo de vista. Etra acudió solícita a su lado, preocupada por la expresión de su ama.

–Los nuestros han saqueado Dardania. Andrómaca... –comenzó a explicar la espartana.

–Ya, ya, niña mía. –La vieja esclava comprendió lo que había ocurrido y no la dejó continuar. Tras tantos años a su lado, había desarrollado un sentimiento maternal hacia ella. La abrazó, dejando que se desahogara sobre su pecho; olió sus cabellos perfumados y recordó los años lejanos en los que Helena, siendo niña, estuvo bajo su custodia.

Etra concibió a su hijo Teseo con el rey de Atenas, Egeo. Tras la muerte del rey, Teseo no descansó hasta conseguir el trono de su padre. Cuando lo obtuvo, quiso tener una esposa digna de su posición. Había oído hablar de Helena, la hija del rey de Esparta. Era apenas una niña, pero ya destacaba por su belleza y sus cualidades. Teseo, sin el consentimiento del padre, planificó su rapto. Sin embargo, el pueblo de Atenas previó las consecuencias y se manifestó en su contra, de modo que Teseo la llevó a Afidna y la puso bajo la custodia de Etra. Los hermanos de Helena, Cástor y Pólux, no tardaron en rescatarla y la llevaron de vuelta a Esparta. También apresaron a la madre de Teseo, a la que convirtieron en esclava de su hermana. Años después, cuando Helena se trasladó a Troya, se llevó consigo a Etra. Para entonces, las unía un fuerte sentimiento de cariño.

–Dardania... –repitió Helena como un eco de sí misma–. Algo más para bordar. –La mujer tejía un manto en el que representaba las consecuencias de su huida de Esparta, como si expiara su culpa con los bordados–. Cientos de muertes que debo cargar sobre mis espaldas.

–Que carguen sobre las de tu esposo –le espetó Etra con ira, señalando hacia el vestíbulo.

Helena calló, dándole la razón. Ambas eran aqueas, ambas pertenecían al mismo pueblo que guerreaba desde hacía diez años con Troya, ambas habían conocido a Paris cuando era un joven enérgico y hermoso, y lo habían visto decaer y convertirse en el hombre arrogante e insulso que ahora era. Helena se secó las mejillas.

–Prepara el telar, madre querida. Es lo único que puedo hacer: tejer imágenes. Los hombres son los que tejen mi verdadero destino.

Cuando Héctor entró en el gran palacio, halló a Príamo y a Hécuba en el salón del mar Océano. El príncipe perdió la vista en las paredes, que lucían pinturas de vivos colores que representaban a cientos de criaturas marinas sobre un fondo acuático.

–Hoy vienes como portador de malas noticias. Te precede la desesperación –se adelantó el rey de Troya. Desde allí también se escuchaban los gritos que sacudían la ciudad baja.

–Así es, padre. Aquiles ha tomado Pédaso, Lirneso y Tebas.

Príamo se tambaleó un instante. Los saqueos se habían repetido en los últimos años, pero nunca habían sido de tanta envergadura. Con gestos pausados, se acercó al hogar, cogió un pico de bronce, apartó los palos a los extremos y enterró las brasas entre las cenizas. Así decretó el luto por aquellos asaltos.

–Sus reyes han muerto. Hemos perdido importantes aliados –añadió Héctor.

–Tu suegro, el padre de Andrómaca... –El príncipe asintió–. Pobre Eetión. –Príamo se atusó la barba, blanca por los años–. Han pasado a

la ofensiva, se avecinan malos tiempos. Al menos esto servirá para convencer a los timoratos. No caben neutralidades en esta guerra.

–Mi rey –intervino Hécuba–, manda heraldos y llama a la guerra a todos los aliados de Troya. Éste es el décimo año. Ha llegado la hora. –La mujer conservaba el porte y los rasgos de la juventud.

–Tienes razón, madre. Sin aliados dentro de la ciudad, estamos expuestos. Los aqueos pueden asaltar los muros, como han hecho en Dardania. –Príamo abrió la boca, pero Héctor se adelantó–. Lo sé, no existen muros como los de Troya, pero tampoco existe determinación como la de esos salvajes de pelo rubio. Son más que nosotros, muchos más. ¿Con cuántos hombres contamos? ¿Siete mil?, ¿tal vez ocho mil? Nos doblan con creces.

Príamo levantó una mano para ordenar a una esclava que trajera vino. La joven lo sirvió en una gran copa, que Príamo tomó para hacer una libación a Apolo.

–Guíanos por el camino correcto y sálvanos de los que nos acosan, Divino Arquero –susurró mientras vertía parte del líquido sobre los rescoldos del hogar. Luego tomó un sorbo y le pasó la copa a Héctor–. Hablaré con Antenor para que despache a los heraldos.

* * *

Habían tenido que esperar más de una semana a que los vientos fueran favorables para atravesar el estrecho y penetrar en el Helesponto. Buena parte de la flota ya estaba varada, y Aquiles aguardaba a que le llegara el turno. A su alrededor, los negros cascos destacaban a lo largo de la línea de costa del cabo Sigeo. El mirmidón había elegido para sí la zona más expuesta del campamento, en el extremo sur. Áyax había situado a los suyos en el otro.

Por todo el campamento se elevaban columnas de humo, de las hogueras en las que los aqueos preparaban su desayuno. Había un trajín constante de hombres para asentar a las tropas recién llegadas. Los torsos desnudos y sudorosos resplandecían entre las tiendas de cuero impermeabilizadas con alquitrán. Decenas de niños jugaban en la playa, alzando los brazos para saludar a las naves que todavía fondeaban en la desembocadura del Escamandro. Más de quince mil personas vivían allí. Aquiles había saqueado ciudades menos pobladas.

Cuando comenzaron a remolcar su nave, el pélida Aquiles insistió en permanecer en ella hasta que estuvo bien asentada. Los mirmidones acumulaban el botín de Dardania, junto al que los hombres de Áyax habían traído de Tracia. Agamenón, comandante de todos los aqueos, su hermano Menelao, esposo agraviado de Helena, Ulises, rey de Ítaca, y Diomedes, rey de Argos, acudieron a recibirlo.

–Hijo de Peleo, príncipe de Ftía, me complace verte –dijo

Agamenón en tono ampuloso. El rey de Micenas vestía un manto de piel de cabra sobre una túnica de color púrpura. En la mano derecha sostenía un cetro dorado.

Abrazó al pélida y, tras él, también lo hicieron los demás reyes. Ulises llevaba una falda corta, botas altas de lino endurecido y su inseparable casco con colmillos de jabalí, rematado por un penacho de crin de yegua; lucía la cicatriz de una vieja herida en el muslo derecho, recibida en su primera caza de jabalí. Diomedes llevaba puesta su coraza de bronce, cubierta parcialmente por una piel de león. A su lado, el silencioso Menelao, con una piel de leopardo sobre una túnica corta blanca, destacaba entre todos por su altura y su cabello completamente rubio.

–Amigo, te esperábamos ansiosos –lo saludó el astuto Ulises–. Comeremos en abundancia durante un mes gracias a ti. –El rey de Ítaca, que tenía un lugar preferente en el consejo gracias a su aguda inteligencia, sonreía mientras observaba a aquel joven de Ftía en el que tantos habían depositado sus esperanzas. Lo apreciaba de veras, pero dudaba de que el resultado de la guerra dependiera de él.

–Sirvo a mi pueblo en esta guerra que no he buscado, y lo hago como mejor sé –dijo Aquiles en respuesta. Joven y belicoso, provocador, siempre que podía cuestionaba la autoridad del rey; llevaba diez años fuera de su hogar, y ese tiempo pesaba en su ánimo. Aquiles avanzó hasta el grupo de esclavas que aguardaban junto a las naves y tomó a Criseida de la mano para llevarla ante Agamenón–. La he elegido para ti. Es hija de un sacerdote del dios que protege Troya. Es habilidosa y conoce varias artes. Su nombre es Criseida, y habla nuestra lengua.

Agamenón se perdió en su hermosura. Contempló sus formas redondeadas, su piel tersa y bronceada, su cabello oscuro y rizado, y su rostro de rasgos perfectos.

–Has sabido elegir –contestó complacido el rey de Micenas. Luego ordenó a uno de sus heraldos que la condujera a su tienda–. Hoy es un día para celebrar. Hice un voto delante de testigos. Poseidón ha permitido que la flota se reúna al completo sin tormentas ni mala mar. Celebremos ahora la hecatombe que prometí al señor de los mares.

Mientras cientos de hombres seguían trabajando para afianzar las naves, los principales entre los aqueos se encaminaron en procesión hasta el altar de Hércules. Se trataba de un enorme bloque de piedra burdamente tallado con cuatro pares de cuernos, uno en cada cara. La piedra, encalada, mostraba los restos rosáceos de la sangre de las víctimas. La habían encontrado así. Delimitaron con mojones un espacio a su alrededor para crear un santuario, y plantaron en él una vieja higuera que consideraban sagrada.

Según la tradición, Hércules había saqueado Troya décadas atrás.

Cuando Hesíone, hija del rey troyano Laomedonte, fue raptada por piratas, Hércules se ofreció a rescatarla a cambio de obtenerla en matrimonio, junto con una yeguada de los famosos caballos que se criaban en la ciudad. El aqueo mató a los piratas y rescató a la princesa, pero el rey se negó a cumplir su parte del trato. Entonces, Hércules volvió a su tierra y reunió una pequeña flota con la ayuda de su amigo Telamón, hermano de Peleo y padre de Áyax, y juntos marcharon a Troya para asaltarla. Hércules mató a Laomedonte y a todos sus hijos, con excepción de dos: Hesíone, a la que entregó a Telamón para que se casara con ella, y el pequeño Podarces, cuya vida la princesa troyana pidió como regalo de bodas. A partir de aquel momento, el niño recibió el nombre de Príamo, «el Rescatado». El niño, con el tiempo, llegaría a ser rey de Troya, pero nunca olvidaría a su querida hermana Hesíone, que vivía con Telamón en una isla del Egeo.

Al frente de la procesión, un flautista tocaba una música estridente y, a su son, un coro de muchachas bailaba con frenesí. Las acompañaban las mujeres que acarreaban el agua y los cestos. Tras ellas, varios pastores conducían a los cien bueyes que serían sacrificados. Aquiles fue elegido como portador del fuego. La antorcha había sido prendida en la hoguera principal del campamento, donde se mantenía vivo el fuego traído desde Micenas al comienzo de la guerra. Al llegar al santuario, el pélida encendió las hogueras en las que se quemarían las ofrendas y se asaría la carne para los banquetes. Los reyes se situaron en círculo, y enseguida comenzaron los rituales: se pasaron el agua y el cesto, se lavaron las manos y rociaron con agua al primer buey, que sacudió la cabeza para asentir al sacrificio. Tomaron un puñado de cebada, y entonces Agamenón hizo la invocación y la plegaria. Luego todos echaron la cebada sobre el altar y sobre el animal. El rey tomó el cuchillo y le cortó un mechón de pelo. Menelao tomó el hacha y abatió al buey de un solo golpe. Agamenón terminó el trabajo degollando a la víctima. Tomó entonces su sangre en un cuenco y la derramó sobre el blanco altar. Por último, el animal fue despellejado y descuartizado, sus vísceras y partes no comestibles fueron ofrendadas al dios en la pira. La carne comenzó a ser asada mientras se introducía a la siguiente víctima en el recinto del santuario. Calcante, el adivino, veló para que todo se hiciera correctamente.

La hecatombe se prolongó hasta el atardecer. Los reyes, turnándose para los sacrificios, terminaron extenuados de alzar el hacha ritual, degollar, despellejar y descuartizar a los bueyes. La carne fue repartida entre la tropa, comenzaron los banquetes y corrió el vino por el campamento. El olor de la grasa quemada inundó el cabo Sigeo. Al caer la noche, comenzó el festín real. Comieron y bebieron durante

horas y, embriagados, cantaron y contaron historias sobre los antiguos héroes. Néstor, el anciano rey de Pilos, con el rostro surcado de arrugas y el cabello cano, comenzó a hablar sobre la generación de hombres de su juventud.

–Cualquiera de aquéllos que murieron hace tiempo valía por diez de los de ahora –contaba Néstor con la mirada aún brillante, intensa, obviando las mofas escondidas de los más jóvenes.

–Ya no se hacen hombres como los de antes –le susurró Antíloco, su joven hijo, a Patroclo, que lo acompañaba en la mesa.

Ambos rieron entre dientes.

Al final de la fiesta, cuando ya muchos habían caído rendidos por el sueño y el alcohol, Aquiles tocó la lira. Los que seguían despiertos se pusieron melancólicos. El pélida recordó su casa, en Ftía, y añoró los brazos cálidos de su madre.

Ulises se puso en pie y se retiró a su tienda. La música también le traía ecos del pasado. Fundida con las notas, distinguía la voz melosa de su amada Penélope preguntándole cuándo volvería.

Cuando acabó la melodía, Aquiles caminó alrededor del santuario de Hércules hasta llegar a la linde del promontorio sobre el que se asentaba el campamento. No había luna en el cielo y las estrellas brillaban con intensidad. A lo lejos, por oriente, se divisaban algunos puntos de luz: hogueras encendidas en Troya. Su corazón se aceleró. Allí estaba su destino, muy cerca. Calcante había profetizado que él sería una pieza necesaria para la caída de Ilión. Aquiles creía en él, pero también en el oráculo de su madre, el que había recibido de sus propios dioses.

–Para que Troya caiga, tú debes caer primero –le había dicho arrasada por las lágrimas cuando su partida fue inevitable–. Eres el precio que los aqueos tendrán que pagar a Zeus.

Los mirmidones habían levantado la tienda de Aquiles con altos troncos de pino, de tal manera que había espacio suficiente para un salón y varias cámaras separadas por telas. Allí se retiraron Patroclo, Antíloco y el pélida, quien, tambaleándose por la borrachera, fue a buscar a Briseida. La mujer se despertó sobresaltada, pero no forcejeó. Cuando era reina de Lirneso, había presenciado cómo su esposo forzaba a sus sirvientas. Y sabía que debía ser sumisa ante su destino.

Sin soltar una palabra, Aquiles la condujo a su cámara y la tendió sobre el camastro. Ella le pidió aceite y él accedió. Briseida lubricó su sexo. Luego abrió las piernas, giró la cabeza y evitó la mirada del hombre. Aquiles la agarró por la mandíbula y la obligó a mirarlo a la cara.

–Déjame –pidió ella–. Soy tuya de cuello para abajo.

Él, sin soltar su barbilla, la besó, y su aliento a vino hizo que ella

se retorciera.

–Te odio –se atrevió a decir–. Has matado a mi marido y a mi padre.

–Maté a tu marido. Tu padre se ahorcó él solo. –Brises, rey de Pédaso, incapaz de soportar el dolor por ver sufrir a su pueblo, se había quitado la vida cuando los aqueos tomaron su ciudad.

–Lo que hizo fue adelantar lo inevitable.

–Puede –afirmó Aquiles–. Todos tenemos un destino inevitable, y somos muñecos de barro en sus manos.

«Inevitable». La palabra resonó en la cabeza de Briseida, que supo lo que tenía que hacer como esclava. Apartó la mano de Aquiles de su barbilla con gesto airado. Sosteniéndole la mirada, bajó la mano hasta encontrar su pene erecto y lo condujo hacia su interior. Notó cómo su cuerpo temblaba y cómo dos lágrimas pesadas resbalaban por sus mejillas. Comenzó a mover la cadera rítmicamente, primero hacia él y luego hacia el suelo. Abrazó su cuerpo con las piernas y, como si quisiera golpearlo, comenzó a moverse con furia, sintiendo en cada embate que recuperaba algo de su orgullo.

Aquiles se entregó al placer, y ella, sintiéndose poderosa, arremetió con más fuerza. Él terminó enseguida, pero Briseida no se detuvo. Su furia se fue transformando hasta que se entregó a una extraña sensación de gozo que culminó en un sonoro orgasmo. Quedó desconcertada por unas sensaciones que eran nuevas para ella. El hombre se tumbó bocarriba y el cansancio, mezclado con el vino, lo derrotó en un instante.

Briseida salió al salón. Allí se quedó sentada, acurrucada sobre las rodillas. Le llegaban los susurros y jadeos de Antíloco y Patroclo, que se daban placer tras una de las telas. Un sordo lamento de Antíloco anunció su éxtasis. Momentos después, Patroclo salió, completamente desnudo. Briseida lloraba en silencio, avergonzada de sí misma.

–¿Qué te pasa, niña? –le preguntó mientras se sentaba a su lado.

Ella lo miró. Era algo mayor que Aquiles, pero de rasgos delicados y juveniles, aunque el cuerpo, fibrado, mostraba los efectos de los intensos entrenamientos a los que su comandante lo sometía. Como todos los hombres de Ftía, era un gran guerrero.

–He disfrutado. Pero él mató a mi marido. No debería haber disfrutado con él.

Patroclo suspiró y negó con la cabeza.

–Los dioses juegan con nosotros y nos llevan por caminos desconocidos hacia destinos que no podemos atisbar... –soltó poéticamente–. ¿Cómo era tu esposo? ¿Te trataba bien? ¿Lo amabas?

Briseida se enjugó las lágrimas.

–¿Qué importa eso?

–Niña dárdana, el amor está por encima de todo. ¿Qué importa el

matrimonio si no amas a tu esposo? El amor debería atar con más fuerza que el matrimonio.

–Suena bonito, pero no es así –replicó ella.

–Puede ser así aquí. –Patroclo apoyó la palma de su mano en su pecho–. Lo demás no importa.

Hubo un breve silencio.

–Mines me golpeaba con la menor excusa. Apenas yacía conmigo, prefería a sus concubinas. Y me despreciaba en público.

–Se podría decir que Aquiles te ha liberado. –Patroclo sonrió.

–Aquiles me ha hecho su esclava, no lo olvides. Me forzará cuando le venga en gana.

–Es su derecho. Las normas no las ponemos nosotros. Estaban antes de que naciéramos, y debemos someternos a ellas.

–Te contradices, Patroclo. Acabas de decir que el amor está por encima de las normas.

–No me contradigo, Briseida. Sólo trato de consolarte... –Se levantó, le acarició el cabello brevemente y se retiró a dormir.

–Gracias –le dijo ella antes de perderlo de vista.

Agamenón no dormía en una tienda. Para él habían construido una vivienda estable, la única del campamento. Era pequeña, pero un techo y un suelo aislado de la humedad representaban un lujo sólo a su alcance. Ningún otro rey se había atrevido a imitarlo, conformándose con tiendas de cuero alquitranado, espaciosas y cómodas, pero inestables.

Cuando entró en la estancia principal, tenuemente iluminada por un candil de barro, el rey de Micenas se encontró con la joven Criseida sentada en una esquina, temblando de miedo. Dos esclavas acudieron enseguida a ayudar a su señor, que se tambaleaba y apenas veía nada. Le quitaron el manto, la túnica y las botas de cuero. Era un hombre bajo, pero corpulento; con brazos musculosos y una incipiente barriga. El cabello, castaño y rizado, lo llevaba trenzado con cintas púrpuras intercaladas.

Una arcada lo dobló de repente, y una mezcla rojiza de saliva y vino manchó el suelo. Las esclavas se apresuraron a limpiarlo. Al incorporarse se encontró algo mejor. Centró su atención en Criseida y sintió que el deseo ascendía desde su entrepierna. El taparrabos no pudo ocultar su erección.

–No, por favor –suplicaba la joven mientras él la acechaba como un león a punto de cazar a su presa.

Poco después, los gritos de la muchacha despertaron al campamento. Muchos se compadecieron de ella y pidieron a Zeus que Agamenón terminara pronto. Otros sonrieron en sus camastros, anhelando su parte del botín, como hienas que esperan los despojos

del león.

Ulises salió de la tienda desnudo y empapado de sudor. Al verlo, un guardia se puso en pie de inmediato, pero el rey de Ítaca lo calmó con un gesto de la mano y lo obligó a echarse de nuevo a dormir. La brisa de la madrugada le alivió la sensación de calor y se echó hacia atrás los cabellos húmedos.

Al llegar a la tienda de sus esclavas, susurró un nombre. Al instante asomó una figura. Ulises la tomó de un brazo y la hizo salir, con dulzura y a la vez con firmeza. La muchacha tenía el rostro pálido y se movía con torpeza. La llevó a su propia tienda, la recostó, le remangó la túnica corta y, sin pronunciar palabra, la poseyó. Cuando sintió la urgencia del orgasmo, acercó los labios al oído de la esclava e invocó en voz queda a su esposa. Luego le pidió que se marchara.

Todavía tendido en el jergón, gruesas lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas.

«Maldita guerra», se dijo con los dientes apretados.

Tenía más de diez mujeres con las que desahogar sus deseos, pero la mujer a la que amaba estaba a un mar de distancia, cuidando de su hijo y de su reino. En la soledad de su tienda se permitió llorar de rabia y de anhelo, y así le sorprendió el sueño, susurrando entre sollozos el nombre de Penélope.

* * *

Los exploradores se acercaron al trote. Eran hombres bajos y delgados, desprovistos de armadura para aliviar el peso que tenían que soportar los animales. Avisaron de que Troya estaba a media jornada. Eneas se reunió con Alcátoo, el marido de su hermana, y juntos decidieron no detener la marcha hasta llegar a su destino. Los cerca de mil quinientos hombres de Dardania retomaron el camino y antes del mediodía penetraron en la llanura del Escamandro.

El mismo Anquises, padre de Eneas, había animado a su hijo para que tomara las armas y contribuyera a la defensa de la ciudad. Dardania se había mantenido neutral en la contienda, hasta que el ataque de Aquiles la despertó. Comprendieron que, si no intervenían, quedarían expuestos a nuevos ataques. Anquises era ganadero, pero sus ancestros se remontaban hasta Tros, el glorioso rey de los troyanos, antepasado también de Príamo. Muchos defendían su derecho al trono, y una profecía afirmaba que el linaje de Troya seguiría vivo a través de su hijo Eneas.

Cerca de la ciudad, Eneas llevó a su esposa Creúsa al túmulo de Ilo, hijo de Tros. Dos columnas talladas en mármol marcaban el lugar en el que comenzaba la galería soterrada que daba acceso al recinto

interior. Allí se detuvieron los esposos para presentar sus respetos al mítico fundador de la ciudad, en cuyo honor ésta había recibido el nombre de Ilión.

–Aquí se guardan las cenizas y los huesos de tu bisabuelo –dijo Eneas–, hermano de mi bisabuelo.

Creúsa, la menor de las hijas de Príamo, guardó silencio. El rey la había entregado en matrimonio a Eneas para acallar los rumores que decían que temía la profecía y que desconfiaba del dárdano. En realidad, los rumores eran fundados.

Eneas colocó una ofrenda de cebada en el agujero que había al pie de las columnas. Luego retomó la marcha hacia Troya. Se detuvieron ante las puertas Dardanias, al sur de la ciudad. Poco después, Héctor, su hermano Licaón y su sobrino Pándaro salieron a la llanura.

Héctor se acercó a Eneas con el semblante serio y olisqueó el aire.

–Hueles a vaca.

–Mejor a vaca que a aceites perfumados –contestó éste con media sonrisa.

Héctor rio con ganas y lo abrazó.

–Me alegra tenerte aquí, primo. –Así se trataban–. Los aceites se los olerás a mi hermano Paris, no a mí. –Se distanció un paso y lo observó fijamente. A sus poco más de veinte años, Eneas era delgado, pero alto, y lucía una figura imponente con la coraza de lino reforzada con discos de bronce–. Acampa tus tropas al este, es la zona más segura, delante de la puerta del Alba. Alcátoo y tú tendréis sitio en la ciudadela. –Miró a Creúsa y sonrió–. Hermanita, ya eres una mujer con tu propio hijo. Nuestros padres se alegrarán de verte.

–Recuerdo cuando jugabas saltando sobre mis rodillas –le dijo Licaón a la joven con los ojos brillantes–. Mira a tu sobrino. –Palmeó el hombro de Pándaro–. Sólo te saca un año.

Los jóvenes se reconocieron al instante y una sonrisa iluminó sus rostros.

Mientras Héctor marchaba con Eneas hacia la casa de Príamo, los hombres montaron el campamento al pie de las murallas orientales de la ciudad.

El rey los recibió a la entrada de su palacio, en la misma explanada en la que se alzaba el templo de Atenea. Estaba acompañado por Antenor, el canciller, y un joven corpulento vestido al estilo de las regiones del sur de la Tróade. Héctor vestía una túnica larga decorada con bordados en vivos colores. Llevaba la barba trenzada y el pelo recogido con una cinta púrpura.

–¿Ahora? –preguntó Príamo irónicamente a Eneas, sin preámbulos. Éste no contestó–. Si hubieras venido antes, Dardania no habría sido atacada. –Había desprecio en su voz.

–Traigo casi mil quinientos hombres para ponerlos al servicio de

Troya. Eso es lo único que cuenta ahora –repuso Eneas con firmeza.

Príamo señaló al joven que lo acompañaba.

–Él es Otrioneo, de Cabeso. Los aqueos no han atacado su pueblo, pero también ha venido a ayudar. A cambio, me ha pedido la mano de una de mis hijas. Cabeso es pobre –Otrioneo no se inmutó–, pero sé premiar la valentía y la inteligencia. Le daré la mano de Casandra cuando echemos a los malditos aqueos, y ni siquiera le pediré que la dote. A ti, Eneas, ya te entregué a una hija, y sin esperar nada por tu parte. –Sus palabras volaban certeras como dardos–. Agradezco tu contribución, y te pondré al frente de las tropas de Dardania, pero tendrás que compartir el mando con Arquéloco y Acamante. –Antenor inflamó el pecho al oír nombrar a dos de sus hijos. Eneas bajó la cabeza en señal de sumisión–. Puedes retirarte. Que lo hospeden con los suyos aquí, en la ciudadela –ordenó.

Héctor agarró a su pariente por los hombros.

–Discúlpalo –le susurró mientras lo alejaba de allí–, ya sabes que nuestros padres no se llevan bien. Pero eso no nos afectará a nosotros.

–Gracias, primo. Aun así, tiene razón en una cosa: he venido tarde, y mi pueblo ha sufrido por ello.

Licaón tomó del brazo a su hermana Creúsa, dispuesto a llevarla a la ciudadela. La esposa de Eneas llevaba en brazos a su hijo Ascanio. El joven Pándaro tomó al niño, que no se resistió.

–Hermano, ¿veremos a Casandra? –preguntó la muchacha.

–Vive en palacio. Aún no se ha casado, sigue como sacerdotisa de Apolo. Ahora mismo está en el templo. –Licaón señaló hacia las afueras de la ciudad.

–Por favor, vayamos a verla.

El hombre accedió. Apenas tenía relación con su hermana Casandra, pero no podía negarle nada a Creúsa, que siempre había sido su favorita. Tomaron el camino que llevaba a la ribera del Escamandro, hacia las fuentes donde las troyanas lavaban la ropa, y enseguida llegaron al templo de Apolo, una construcción sencilla que se levantaba sobre un pequeño promontorio, cerca de un bosque de olmos.

Algunas jóvenes sacerdotisas limpiaban el santuario mientras otras elaboraban guirnaldas de laurel para decorarlo. En Troya se preparaba una procesión solemne en honor al dios para celebrar el retorno de Licaón, apresado por Aquiles varios meses atrás en una refriega. Fue vendido como esclavo en Lemnos, y al fin había podido volver a casa, una vez pagado su rescate. Príamo iba a sacrificar cincuenta corderos para celebrar su liberación.

–Hermano, me alegra verte –dijo Casandra en tono formal nada más ver a Licaón–. Contigo, Troya ha recuperado a uno de sus mejores

hijos. –Miró a Pándaro, que seguía sosteniendo en brazos a Ascanio, y a Creúsa, a la que reconoció al instante–. ¡Hermana! –gritó, con los ojos brillantes por la emoción.

Las dos jóvenes se abrazaron y lloraron de alegría.

–¡Cuánto te he echado de menos! –Casandra no paraba de llorar–. Tengo tanto que contarte...

–Tendréis tiempo –intervino Laocoonte, sacerdote principal de Apolo–. Ahora lo que más urge es preparar los festejos. –Se dirigió entonces a Licaón y a su hijo Pándaro–. Disculpadnos, pero no tenemos mucho tiempo.

–Eneas y yo nos quedaremos en la ciudadela –le dijo Creúsa a su hermana. Se habían criado juntas y el cariño mutuo persistía a pesar de los años separadas–. Vamos a estar muy cerca. Hablaremos más tranquilas.

El pequeño Ascanio comenzó a llorar y Creúsa lo tomó en sus brazos. Casandra, tras dedicarle una breve carantoña, retomó sus trabajos en el templo. Laocoonte, severo, regresó al interior del edificio sin siquiera despedirse.

Andrómaca volvió de la casa de sus abuelos maternos a tiempo para asistir a la procesión. Como había prometido Héctor, su madre había sido rescatada. Los aqueos la entregaron a su familia en una pequeña ciudad de la Tróade oriental, pero su corazón se detuvo sin más a los pocos días. Andrómaca había viajado hasta allí para realizar sacrificios en su honor. Sólo la compañía de sus abuelos consiguió reconfortarla. En pocos días había perdido a buena parte de su familia y su ciudad había sido arrasada por aquella plaga que venía del otro extremo del Egeo.

–Malditos sean por Apolo esos hombres de pelo rubio y corazón negro –dijo Andrómaca a su esposo nada más verlo, antes de cobijarse en su pecho para llorar desconsolada.

No tenía ánimo para celebraciones, pero Príamo había exigido que sus hijas y nueras bailaran encabezando el cortejo. Las mujeres se pusieron llamativos vestidos y complejos tocados con cintas y flores. Tras ellas iban los hijos del rey, armados, desfilando como guerreros. Tiempo atrás, Príamo había creado una unidad militar con ellos para dar ejemplo al pueblo. Los cincuenta corderos que iban a ser sacrificados también formaban parte de la procesión, que el propio rey cerraba junto a su esposa, Hécuba.

Helena destacaba sobre las demás con sus movimientos sensuales, bailando al estilo espartano. A varios pasos de ella, Andrómaca fantaseaba con agarrar su larga cabellera dorada y arrastrarla por las calles de Troya.

–Ha tenido tiempo de aprender nuestros bailes –comentó Héctor

con su hermano Paris.

–Es una gata salvaje. No hay quien pueda domesticarla –respondió él con una mueca de fastidio, pero con un rastro de fascinación en la mirada.

Paris era tan alto como Héctor, pero más delgado. Sus facciones eran delicadas y llevaba el pelo corto. Había bruñido con esmero su coraza de bronce, que brillaba al sol de la mañana. Deseaba que su pueblo lo admirara.

–¿Estás sobrio? ¿Sabrás ejecutar los movimientos?

–Tranquilo, hermano. Hoy me he reservado para el banquete. –Paris se rio con ganas.

La procesión salió de la ciudadela por la puerta Apolínea, donde se habían arremolinado cientos de troyanos expectantes. Las estelas de Apolo habían sido decoradas con grandes coronas de laurel.

–¡Alto! –aulló Héctor con voz potente, y todos obedecieron. Incluso el flautista que acompañaba a las mujeres dejó de tocar. Se hizo el silencio–. ¡Guardia y ataque al frente! –Los hijos de Príamo, con movimientos precisos y sincronizados, apuntaron con sus lanzas hacia delante, desafiando a un enemigo invisible. Paris y otros cuantos como él tensaron los arcos–. ¡Adelante!

En respuesta, relajaron los músculos y continuaron la marcha. El flautista volvió a tocar, y las mujeres a danzar. El pueblo estalló en vítores, y Príamo y Hécuba se complacieron por aquella reacción.

El cortejo recorrió la calle principal que conducía a la gran plaza del mercado, donde las mujeres volvieron a danzar, y desde allí se encaminaron hacia las puertas Esceas para salir de la ciudad por su zona occidental.

En el templo de Apolo los esperaba Laocoonte para dirigir los sacrificios que el rey había prometido. El sacerdote invitó a marcharse a dos jóvenes aqueos que habían acudido a hacer ofrendas al dios. El santuario se había convertido en un espacio protegido para ambos bandos, pues algunos aqueos confundían a Apolo con el dios de los efebos. Éstos podían visitarlo sin temor, siempre que no atravesaran el Escamandro en grupos superiores a cinco hombres.

Casandra y Creúsa se adelantaron con los laureles.

–Pobre Andrómaca, está enferma de pena –susurró Creúsa.

–Y de odio –añadió Casandra–. ¿Has visto cómo mira a Helena? Si la dejaran, la mataría –bajó la voz–. Lo avisé, pero nadie quiso escucharme, tú lo sabes. Era una niña y nadie me tomó en serio, pero lo dije bien claro: Helena traería la desgracia a nuestro pueblo.

Creúsa calló. Recordó aquellos días, cuando la pequeña Casandra enfermó y se pasó casi una semana gritando y llorando como si la acechara la muerte. Tenía el don de Apolo para ver lo venidero, pero era un don maldito que la castigaba con dolor. En silencio, Creúsa

recitó una plegaria para que aquellos males no volvieran a aquejar a su querida hermana.

A la débil luz de la lámpara, Etra descompuso el tocado de Helena y le cepilló los cabellos. El banquete había terminado bien entrada la noche, pero todavía podían escucharse gritos y música lejana.

–Zeus te ama como a una hija y no te deja envejecer, mi niña.

A sus treinta años, su mítica belleza no había desaparecido y su cuerpo era objeto de deseo para todos los hombres.

Les llegó un sonido de pasos y Etra se apresuró a salir de la alcoba. Helena tomó un espejo de bronce y contempló su rostro, sus labios gruesos, su nariz pequeña, sus ojos verdes, en cuyo contorno comenzaban a adivinarse incipientes arrugas.

Así la halló Paris cuando apareció, todavía con la coraza puesta. Tenía los ojos enrojecidos y respiraba sonoramente.

–No te mires más, estás perfecta –le dijo con la voz empalagosa de la ebriedad–. Ayúdame con esto.

Helena desabrochó las cintas de cuero y lo despojó de la coraza. Luego le quitó la túnica corta. Al verlo en taparrabos, tuvo que reconocer que el cuerpo de Paris seguía siendo hermoso, aunque ella ya apenas sintiera el deseo de tomarlo. El juego de luces y sombras de la lámpara destacaba su pectoral fibroso y su abdomen liso y musculado.

–Ahora tú –ordenó el esposo.

Helena se desvistió en dos ágiles movimientos, se echó sobre la cama, suspiró y abrió las piernas. Paris contempló sus pechos grandes, todavía firmes, sus piernas largas y torneadas, su sexo velludo y la larga cabellera rubia que servía de lecho a su espalda. El deseo nació en su vientre y pronto le recorrió todo el cuerpo. Se lanzó sobre ella y le dio la vuelta con brusquedad. Helena, bocabajo, se dejó manejar. Paris, agarrado a sus nalgas perfectas, la penetró con furia.

–Amada mía –le dijo–, ¿recuerdas cuando te rapté? Te sigo amando como aquel día. –Y arremetió con más fuerza.

«No me elegiste, fui yo quien te sedujo. No me raptaste, yo te convencí para que huyéramos. Nunca has dejado de ser un niño fácil de conducir, sin decisión», pensó ella con tristeza, intentando apartar el dolor de su mente.

Justo antes de culminar, Paris salió de ella y la regó con su semen mientras repetía una y otra vez: «Eres mía». Pero Helena había dejado de ser suya hacía mucho tiempo.

Cuando Paris se durmió, la esposa salió al vestíbulo para lavarse. Etra acudió a su lado solícita con paños limpios y secos.

–No sé por qué eres tan buena conmigo. Mis hermanos te hicieron mi esclava. –Helena se secó con movimientos mecánicos. En su rostro

no había rastro de lágrimas ni de dolor, sólo resignación e indiferencia.

–Tus hermanos te rescataron de mi hijo Teseo. Era justo –respondió la mujer. Cogió los paños mojados y ayudó a su señora a vestirse–. Cumplo con mi deber como esclava, y como madre –añadió con ternura.

Helena le acarició una mejilla.

–Madre querida, ¿crees que ha merecido la pena tanto dolor por él?

–No me empujes a hablar. –Etra apretó los paños–. Me siento tu madre, pero soy tu esclava y, como tal, también pertenezco a tu marido.

–Habla con confianza. Estamos solas. Llevamos años viviendo en Troya, pero las dos somos extranjeras, aqueas a las que nadie mira con buenos ojos.

–Está bien..., ya que lo pides. –La mujer respiró profundamente–. Paris no vale ni la mitad que Menelao, que es tu esposo legítimo, el mismo que acampa al otro lado del río desde hace diez años, esperando el momento de recuperarte.

–Es cierto. –Helena esbozó una funesta sonrisa–. No vale ni la mitad que Menelao, ni la mitad que su hermano Héctor. Se ha convertido en una sombra de lo que fue, y nunca fue gran cosa. Debí verlo, pero era joven... Echo de menos Esparta, sobre todo a mi hija, que debe ser ya una mujer. –Una lágrima le recorrió la mejilla.

«Pronto las dos estaremos allí», pensó Etra, pero prefirió guardar silencio.

–No, por favor. Ve con Apolonia.

Andrómaca tenía la mirada perdida. Aún deprimida por las recientes pérdidas, no tenía ánimo para yacer con su esposo. Héctor no insistió; salió de la cámara y entró en la de su esclava Apolonia, que hacía las veces de concubina. El pequeño Astianacte dormía con ella. La muchacha lo dejó en brazos de otra esclava y se ofreció al príncipe, que la tomó con ansia. Secretamente, Apolonia anhelaba aquellos encuentros. El cuerpo de su amo era objeto de su deseo. A su vez, la complacencia y complicidad de la muchacha excitaba al hombre.

Andrómaca lloraba en su alcoba procurando no hacer ruido. A través de las paredes le llegaban los ecos del placer de su esposo. Necesitaba tiempo. Los dioses se habían cebado con ella, o tal vez la habían olvidado. Era la mujer del príncipe de Troya, el favorito de Príamo, el comandante de sus ejércitos, y no podía dejarse caer en el pozo de la tristeza y la autocompasión. Allí, hundida en su propia miseria, tomó una resolución: haría ofrendas a los dioses y recuperaría

su favor.

–Lo haré por mi familia, y también por ti, maldita Helena, para que no sigas brillando por encima de las verdaderas troyanas –se dijo en un susurro.

Cuando los gemidos se acallaron, llamó a Apolonia, que acudió avergonzada.

–Mañana por la mañana enciende de nuevo el hogar. Trae una tea con fuego del templo de Atenea. Traerás también agua limpia de la cisterna y me prepararás un baño. Esta noche termina el luto en esta casa.

Al alba, Apolonia cumplió las órdenes. Andrómaca se lavó y se vistió con ropas limpias. Luego cogió un cesto con grano y frutas y, sola, se encaminó hacia la ciudad baja. Con la cabeza alta, recorrió los barrios que lindaban con la muralla de la ciudadela hasta que llegó al mercado, donde buscó un puesto de figuras votivas. Pagó con plata por dos, una de barro que representaba a una mujer y otra de bronce con forma de toro.

De las sencillas viviendas de techo plano comenzaban a salir los troyanos con sus aperos al hombro. De dentro, llegaban los sonidos del trajín de las tejedoras e hilanderas. Los pájaros cantaban a la mañana, la ciudad despertaba. Andrómaca se dirigió a la cueva del inframundo, la morada del dios Kaskalkur. En la entrada se cruzó con tres mujeres que salían con cántaros llenos de agua. Tras saludarlas, avanzó por la galería subterránea hasta donde llegaba la luz, cerca de la primera poza. Nadie recordaba quién había excavado aquellas galerías que conducían el agua de un manantial hacia varios depósitos. La mayoría afirmaba que había sido el mismo Kaskalkur, como regalo a Ilión. El dios hitita, como Apulunas, que había dado origen a Apolo, había sido bien recibido en Troya.

La mujer depositó sus regalos junto al agua, en un rellano en el que se acumulaban decenas de ofrendas.

–Kaskalkur, señor del interior de la tierra, poderoso dueño del agua, haz que salga de aquí renovada, sanada de la pena –pronunció Andrómaca.

Luego subió con decisión las cuestas que conducían al palacio de Héctor. Con cada paso sentía que iba descargando parte de su tristeza. Al llegar a la explanada de los palacios, se encontró con Astianacte, que jugaba con Apolonia. Lo abrazó con fuerza. También vio a Helena, que tomaba el sol de la mañana sentada a la entrada de su casa.

–No entréis. Lleva al niño a la casa de Príamo –ordenó a su esclava, y se adentró con decisión en el palacio para asaltar a su esposo.

Pronto los gemidos de Andrómaca se oyeron por toda la explanada. Helena apretó los puños y cerró los ojos, furiosa.

* * *

–La diosa tiene el poder de crear, de dar vida –argumentaba Idomeneo, rey de Creta.

Áyax, Ulises y él discutían sobre el poder de los dioses. Idomeneo había aceptado el culto a los del Olimpo, pero la vieja tradición de adorar a la diosa Madre seguía bien arraigada en él. Áyax extendió los brazos.

–Zeus tiene la fuerza, es hombre, y a un hombre no le puede ganar ninguna mujer –soltó con contundencia.

Ulises le palmeó el descomunal hombro.

–Tal vez no por las armas, aunque también he visto algunas mujeres capaces de vencer a gigantes. Pero, en inteligencia y astucia..., amigo mío, ahí estamos en desventaja. –Áyax carcajeó y sus pectorales fornidos temblaron. Ulises miró a Idomeneo–. Sin ánimo de ofender a tu pueblo –se llevó la mano al pecho–, Creta dominó nuestro mar durante décadas, y la diosa estaba presente en los cultos de nuestros pueblos. Pero hoy Micenas impone su ley y sus dioses. Por lógica, el Zeus de Micenas es más poderoso que la diosa Madre. Si no fuera así, seguiríais siendo los amos del mar.

El argumento desarmó a Idomeneo. Los cretenses también adoraban al dios Toro, pero incluso esa divinidad masculina estaba sometida a la diosa Madre.

Ulises era así, hábil con las palabras y los pensamientos, aunque también era diestro con las armas. Además, era conocedor de las artes y de la historia de su pueblo, y un marino excelente que solía capitanear su propia flota.

El rey de Ítaca tenía un aire de melancolía que todos atribuían a la añoranza de su tierra. Sobre todas las cosas, echaba en falta a su esposa, Penélope, a quien amaba. La había conseguido en matrimonio cuando Tindáreo, rey de Esparta, recibió a los pretendientes de su hija Helena para elegirle un marido. Los principales hombres de la región, incluido Ulises, acudieron para ganarse el impresionante botín: la hermosa joven y el reino que algún día heredaría. Tindáreo se reunió con el itacense, que ya tenía fama de buen entendedor, y le confesó que había elegido a Menelao, pero que temía anunciarlo por la posibilidad de ofender al resto. A cambio del permiso para casarse con Penélope, prima de Helena, Ulises le aconsejó que hiciera jurar a todos los pretendientes que respetarían y defenderían al elegido. Así lo hizo el rey de Esparta y, para formalizar el juramento, sacrificó un caballo a Poseidón. Quien incumpliera el voto caería bajo la ira del dios. Así, cuando anunció su decisión, todos la aceptaron sin irritarse. Helena se casó con Menelao, hermano del poderoso Agamenón, que a su vez estaba casado con Clitemnestra, hermana de Helena. Poco después,

Ulises recibió su recompensa y se casó con Penélope. No había podido conocerla antes, pero enseguida se enamoró de ella, y pronto se percató de que su amor era correspondido.

Al ver que el adivino Calcante pasaba cerca, Idomeneo lo llamó para pedirle su opinión sobre los dioses.

–En mi tierra adoramos a Apolo. Yo mismo soy sacerdote del Divino Arquero. Aunque también honramos a Zeus y a Atenea, e incluso a Kaskalkur, dios del inframundo. –Calcante era troyano, pero se había pasado al bando aqueo tras consultar al oráculo de Apolo por orden del propio Príamo. La sacerdotisa le ordenó que acompañara a Agamenón a partir de aquel momento, y él acató el mandato.

–¿Apolo? –preguntó con ironía Áyax–. ¿El dios de los efebos? –El gigante era uno de los muchos aqueos que confundían a ambos dioses.

–Apolo protege a Troya. No lo despreciéis. Es más poderoso de lo que pensáis.

–Y, entonces, ¿por qué te has venido con nosotros?, ¿por qué abandonaste a los troyanos y a tu Apolo? –inquirió Áyax de nuevo, intentando herir la defensa del viejo adivino.

–Me fui de Troya porque Apolo me lo ordenó. He dejado atrás a los míos, pero no a mi dios, al que seguiré sirviendo mientras viva –soltó airado Calcante, y se retiró con paso ligero–. ¿Quién creéis que dicta mis vaticinios, necios?

–Apolo... –Áyax rio con ganas mientras negaba con la cabeza.

–Si es o no poderoso, lo sabremos pronto –comentó Ulises.

Idomeneo asintió.

Criseida sirvió vino a Agamenón y luego a Menelao. Tenía los labios hinchados y moratones en los brazos. Caminaba con una ligera cojera.

–Bien, muchacha, así se hace –le dijo Agamenón.

–Está tierna –opinó Menelao cuando abandonó la estancia–. No me gustan así. Cuesta mucho que se acostumbren a uno. Se atusó el pelo rubio, que le caía sobre los hombros.

–No sabes lo que estás diciendo. Enseñarla está resultando un placer que no esperaba. –Sus ojos de hiena brillaron al recordar los gritos y la mirada de terror de la joven.

–Zeus te ha vuelto loco, hermano. Yo prefiero a una mujer experimentada que sepa darme lo que deseo.

–Por una mujer experimentada estamos aquí. –Agamenón lo miró desafiante. En sus ojos había un destello de triunfo.

–Helena no es una mujer, es una gata: capaz de los mejores mimos y de los peores arañazos –bajó la voz–. Me hacía disfrutar como nunca nadie lo ha hecho, pero te digo una cosa, hermano: si no fuera por mi honor como hombre y como rey, dejaría que se pudriera en Troya en

brazos de ese afeminado.

–Helena es un símbolo, y no sólo para ti. El orgullo de Micenas y de todos los aqueos ha quedado herido. Nuestro deber es sanarlo, aunque tardemos diez años más.

La fuga de Helena, que todos se esforzaban en llamar rapto, había representado un ataque directo a todo un pueblo. Y Agamenón supo ver en esa afrenta un motivo para empezar una guerra que anhelaba por otros intereses.

–La mitad de estas naves no podrán navegar cuando las echemos al agua –comentó Patroclo mientras pasaba la mano por el casco negro de una de las embarcaciones varadas–. Hay que alquitranar de nuevo, y los cabos están gastados, algunos incluso parecen podridos.

Las naves del viejo Néstor de Pilos estaban en un estado similar a las demás.

–No han hecho bien su trabajo –respondió Aquiles–. Las nuestras podrían zarpar esta misma tarde.

Habían decidido salir a pasear por la playa a primera hora de la mañana, y caminaron entre las embarcaciones de cascos ennegrecidos hasta el extremo norte del varadero. Allí, a las afueras del campamento, grandes tholoi albergaban los restos de cientos de aqueos que habían perdido la vida en aquella tierra extraña. Recorrieron brevemente los enterramientos y comenzaron el camino de vuelta, esta vez por el interior del campamento. Muchas esclavas encendían fuegos o reavivaban las brasas de la noche anterior, mientras los hombres se desperezaban y comenzaban a salir de las tiendas de cuero. Aquiles y Patroclo los saludaban y pasaban revista mentalmente a las tropas.

–Han muerto muchos –susurró el comandante mirmidón.

–Las enfermedades y la edad –opinó Patroclo–. Demasiado tiempo aquí. Pido a Zeus y a Poseidón que esta guerra acabe pronto, que se cumpla la profecía de los diez años.

–Llenaremos esta tierra de muertos muy pronto –profetizó Aquiles.

Llegaron a su propio campamento y, a la entrada de su tienda, Briseida charlaba con una esclava de Lesbos mientras preparaba un guiso de cordero.

–Para ser la reina de Lirneso, se ha adaptado pronto a la vida de una esclava –comentó Patroclo.

–Tiene carácter y es orgullosa, pero es inteligente. Por eso se mueve con el viento, evita quebrarse. –Aquiles admiró su porte, que se mantenía intacto mientras removía el contenido del perol.

–Y hermosa. –Patroclo recordaba la imagen de su cuerpo perfecto bajo la luz de una lámpara de aceite la pasada noche. La había contemplado entre los cortinajes y la había escuchado gemir mientras

Aquiles la penetraba desde atrás. No percibió fingimiento en su placer, y Patroclo supo que había comenzado a amar a aquél al que odiaba. Así ocurría siempre–. Ya casi no te acuerdas de llamarme –remató con rencor.

–No estás solo. Tienes a Antíloco y a Automedonte. –Lo palmeó en el hombro y sonrió–. Nunca me olvido de ti, pero ya sabes que disfruto más con una mujer.

Patroclo bajó la cabeza. «Justo al contrario que yo», se dijo.

Cuando Briseida los vio, se acercó a ellos para quitarles las botas. Luego, la joven hizo amago de ir a por sus sandalias, pero Aquiles la detuvo.

–Voy a correr.

Y, como cada mañana, echó a correr hacia la orilla de la playa.

–Ahí va el de los pies ligeros –comentó Patroclo con sorna.

Briseida sonrió y continuó con sus tareas. Patroclo la observó un momento, complacido. Se preocupaba por el bienestar de las esclavas. Después llamó a Automedonte y le pidió que preparara los caballos para los entrenamientos de aquel día. Aquiles siempre estaba en guardia, nunca descansaba. Tenían muchas expectativas que satisfacer.

* * *

–Me gusta cuando estás sobrio. –Helena respiraba agitada, tumbada bocarriba sobre el lecho.

–Bebo menos –respondió Paris incorporándose, todavía sudoroso. Agarró el colgante de oro que representaba a Afrodita desnuda y lo besó. Luego se sentó frente al altar doméstico y encendió incienso, que enseguida saturó la estancia con su olor.

–Para mí sigue siendo demasiado. –La voz de la espartana sonó dulce. Sabía manejar los tonos para manipular a los hombres.

Paris se volvió y la miró. Estaba radiante, con los pechos al aire y las mejillas arreboladas por la pasión. Todavía tenían sus momentos, no todo estaba perdido.

–Si me lo vas a agradecer como hoy, me plantearé seriamente dejar de beber vino. Incluso dejaría de comer. Acabaría consumiéndome en una muerte lenta y placentera. –Paris también sabía jugar a la seducción.

Sus miradas se cruzaron, y se entendieron en el silencio. Ambos vivían el hastío de su relación con acomodo, sin aspavientos, como se observa una lumbre en la que los troncos se convierten en brasas primero, para deshacerse en cenizas poco después.

Helena contempló cómo, sentado en el suelo, desnudo y con los ojos cerrados, elevaba una oración a Afrodita. Los recuerdos

comenzaron a presentarse como gotas de una lluvia mansa. La primera vez que lo vio, Paris abrazaba a su esposo Menelao. En aquel mismo instante supo que aquel hombre le robaría el corazón.

–Traigo conmigo a un príncipe de Troya, a un amigo al que debemos honrar –anunció Menelao nada más desembarcar.

Aquellas palabras, lejanas en el tiempo, resonaban en la cabeza de Helena. El rey de Esparta regresaba de negociar con Príamo las cuotas de comercio en nombre de su hermano, Agamenón. Los aqueos habían sufrido dos grandes reveses que limitaron severamente su acceso al cobre, tan necesario para producir bronce. Por una parte, habían perdido Mileto, colonia en la costa occidental de Anatolia que daba acceso por vía terrestre a las regiones mineras del norte de la península. Por otro lado, los hititas, resentidos con los asirios por la ocupación de las ricas minas de cobre de Ergani, tomaron por la fuerza otras en Chipre e impusieron sanciones a los asirios. Entre otras cosas, impidieron el comercio con ellos, que se hacía a través de naves aqueas.

A Micenas y sus aliados sólo les quedó una vía: el comercio con el mar Oscuro a través del Helesponto. Troya tenía el control de este mar traicionero. Sus pilotos eran los únicos capaces de navegar con sus vientos y corrientes. Y Príamo, astuto, elevó las cuotas comerciales. Menelao negoció durante días, pero sólo consiguió una minúscula rebaja. Sin embargo, durante su estancia, entabló amistad con el joven Paris y, cuando llegó la hora de partir, lo invitó a acompañarlo.

Paris fue recibido en Esparta con grandes fiestas que duraron nueve días. El excelente vino de Micenas, la carne en abundancia, las frutas exóticas, los espectáculos de baile y música... Menelao quería ganarse a su invitado para que intercediera por él ante su padre. Helena recordaba bien aquellos días de desenfreno. Desde el primer momento, quedó fascinada por el refinamiento oriental de Paris, por su bello rostro y su cuerpo joven y hermoso. Lo deseaba, pero sabía disimular su ardor. Paris, en cambio, no se recataba. La miraba con descaro, mantenía largas conversaciones con ella delante de Menelao e incluso jugaba a acariciar su piel a escondidas. Helena simulaba ofenderse, pero en realidad la pasión comenzaba a devorarla por dentro. Sólo hicieron falta tres días para que los jóvenes encontraran la ocasión idónea para entregarse el uno al otro. Tras una fiesta palaciega, en el silencio de la madrugada, aguardaron en vigilia hasta que todos durmieron la borrachera tirados por el salón. Entonces, Paris tomó a Helena del brazo y la apartó a una esquina. Al leve abrigo de unas cortinas, la poseyó con ansia. Todo ocurrió en silencio. Desde su posición, Helena podía ver a Menelao, y no dejó de mirarlo mientras Paris la penetraba. Todavía recordaba la intensa excitación de aquel primer encuentro con otro hombre, mientras su esposo

roncaba a pocos pasos. Sintió el éxtasis varias veces antes de que Paris culminara, y le temblaban las piernas cuando volvió junto a Menelao para echarse a dormir.

Las noches siguientes sí hubo premeditación. La escena se repitió. Los amantes esperaban pacientes a que los invitados se fueran dejando vencer por el alcohol. Al final sólo quedaban ellos en pie, amándose, respirando de forma entrecortada, sintiendo fuego en las yemas de los dedos.

–Te amo –le dijo Paris en un arrebato la cuarta noche de entrega.

Ella también lo amaba. Una semana le había bastado para amarlo, para rechazar a su esposo, que no era más que un bruto sin modales que no sabía tratarla como merecía. Paris representaba la intensidad de la juventud, la delicadeza de Oriente, la belleza de un príncipe de la ciudad más poderosa al otro lado del mar.

–Yo también te amo –respondió sin dudar.

Su amor había nacido condenado, y ellos lo sabían. Prometieron no olvidarse. Sólo les quedaría aquello, un recuerdo imperecedero de sexo furtivo y palabras susurradas. Pero a veces los dioses juegan con los destinos de los hombres, y Poseidón quiso mandar a Menelao a Creta para asistir a un funeral.

El rey dejó a Helena al frente de Esparta, y Paris tuvo claro lo que debía hacer.

–Te llevaré conmigo. Vendrás a Troya, y allí seremos felices el resto de nuestras vidas, hasta que seamos dos ancianos que se calientan en el hogar cogidos de la mano.

No fue un rapto. Fue una huida consentida. Helena quería ir con él y aparentó dejarse convencer. Como reina, dispuso que embarcaran en la nave de Paris las riquezas de su palacio. Luego se despidió de su hija Hermione. Aquello fue lo que más le costó, pero sabía que Menelao no perdonaría de ninguna manera que se la llevara, que iría a por ella adonde fuera necesario. Partieron la primera noche de ausencia del esposo, con la complicidad de la oscuridad. Etra, la esclava, embarcó con ellos. El mismo dios que dispuso la marcha del rey de Esparta provocó tormentas que desviaron a la nave de su ruta y la llevaron hasta Pafos, en la isla de Chipre. Fue entonces cuando Helena conoció la verdadera calaña de su amado.

En Pafos había un templo dedicado a una diosa de origen sirio llamada Afrodita. Representaba la sexualidad consumada, y en su templo se practicaba la prostitución sagrada. En cuanto supo de aquello, Paris fue al templo y yació con una de las hermosas sacerdotisas. Afrodita lo sedujo al instante y él se convirtió en su fiel servidor. Helena tuvo un ataque de celos y le reprochó su conducta, pero él adujo que aquella diosa era la que les había hecho encontrarse, y que por ello le debía respeto y adoración.

–Mi acto ha sido una forma de venerar a la diosa que nos ha unido –argumentó.

Desde aquel momento, Paris practicaba el culto a Afrodita en la intimidad de su hogar e incluso se llegó a plantear la construcción de su primer templo en Troya.

Antes de salir de Chipre, Paris y sus hombres capturaron algunos barcos, en los que navegaron hasta Sidón. Allí fueron bien recibidos por el rey, pero Paris lo mató a traición para robarle sus riquezas. Muchos acudieron al palacio para matarlo, pero consiguió huir. Aquellos actos le valieron la enemistad de dos pueblos que dieron la espalda a Troya en la contienda que, sin que ellos aún lo supieran, estaba a punto de estallar.

La fascinación de los días de fiesta en Esparta se diluyó en aquel viaje. Sin embargo, Helena y Paris seguían enamorados, y tendrían que pasar varios años para que su amor se agrietara...

Helena sacudió la cabeza para espantar los recuerdos. Su esposo terminaba el rito y dejó que los inciensos se consumieran. Se puso en pie y se rascó el miembro flácido. Luego soltó una sonora ventosidad, estiró los brazos y salió al vestíbulo.

El polvo que levantaban los carros apenas dejaba ver. La llanura oriental de Troya, cercana al río Simois, se había llenado de guerreros que practicaban con las armas bajo la supervisión de Héctor. El príncipe iba acompañado en el carro por su auriga y Polidamante. Éste había nacido el mismo día que Héctor y se había formado con él en las artes de la guerra. Ahora se había convertido en su asesor, siempre a su lado para darle sabios consejos.

–Necesitan más espacio para evitar accidentes. Van demasiado juntos, apenas pueden girar –dijo Polidamante señalando la masa de carros–. Deberías traer a las tropas dárdanas –añadió.

Héctor escuchaba y asentía.

–Los dárdanos entrenan al sur. Eneas los mantiene activos. No es mal militar. Creo que cada ejército debe ser liderado por su propio comandante, es al único al que van a reconocer. –Héctor observó los movimientos de los carros entre las pértigas. Los arqueros montados disparaban y clavaban sus flechas en los sacos de arena con sorprendente eficacia–. Ya veremos cuando los sacos se muevan y respondan a los ataques –se mofó, y la risa de su amigo le sirvió de eco–. Reparte órdenes, que se separen más los unos de los otros.

Polidamante se dirigió a un heraldo montado a caballo y le transmitió las instrucciones. El jinete se perdió al instante y, sobre el sonido de las flautas y tambores, gritó a los aurigas.

Los ejercicios se desarrollaron a lo largo de toda la mañana y los hombres terminaron extenuados. Héctor y Polidamante esperaron a

que los hijos de Príamo se reunieran con ellos para regresar juntos a la ciudad. Licaón y su hijo Pándaro, Paris, Deífobo y todos los demás fueron agrupándose en torno al favorito de su padre.

–Deberíamos entrenar al atardecer. –Paris resopló, empapado de sudor bajo la armadura.

–Cuando los aqueos quieran pelear, ¿les pedirás también que la batalla sea al atardecer? –preguntó Héctor con ironía–. Estamos aquí por ti, tú tendrías que ser el más animado, el que entrenara con más fervor. Y, cuando llegue la batalla, debes ser el más valiente.

Paris se puso serio.

–Cuando llegue la batalla, no me faltará valentía. Pero esta guerra no es sólo mía, bien lo sabéis. No es Helena lo único que está en juego, es el Helesponto. Esos salvajes lo desean desde hace años.

–Si hubiéramos entregado a Helena en su momento y te hubiéramos dado unos azotes, los aqueos no estarían acampados en el cabo Sigeo –soltó Héctor con ira. A su lado, Polidamante asintió. Ambos se habían mostrado partidarios de devolver a la joven desde el principio, al igual que el canciller Antenor y otros muchos nobles troyanos–. Pero la decisión no era mía. Nuestro padre te ama... y te consiente. Por Apolo, todavía no lo comprendo.

–Hesíone es la respuesta –intervino Licaón, apodado «el Liberado» tras su rescate de la esclavitud–. Nuestro padre echa de menos a su hermana. Tener aquí a Helena es su manera de devolver el golpe a los aqueos.

Príamo creía que su hermana Hesíone estaba retenida contra su voluntad por Telamón, que la había recibido de su amigo Hércules tras su saqueo de Troya. Lo que no intuía el rey era que Hesíone era feliz en Salamina, donde había criado a su hijo Teucro, hermanastro de Áyax el Grande.

–Sea como sea, nuestro rey ha decidido el camino de la guerra –zanjó Héctor mirando con recelo a Paris–, y aquí estamos, expuestos al peligro, preparados para una lucha en la que no tenemos ningún interés. Salvo tú, que eres el que menos quiere tomar las armas.

Paris no respondió. Tomó su arco y emprendió el camino de vuelta a Troya en solitario, rumiando su humillación. Sabía luchar, pero era consciente de que no era un guerrero. Tal vez Apolo o su venerada Afrodita le ofrecieran una ocasión para demostrar su valía.

–Si Helena fuera mía, también estaría dispuesto a provocar una guerra para conservarla –dijo Deífobo cuando Paris estuvo lejos.

Deífobo era el hermano más querido por Héctor, y su protegido. El comentario relajó la tensión y los hermanos rieron. Enseguida el comandante ordenó retomar la marcha. Todos, menos Polidamante, subieron hasta la ciudadela.

Polidamante vivía en la ciudad baja, cerca de la cueva de los manantiales, en una vivienda modesta, pero espaciosa. Había una cámara para el lecho y un salón que albergaba el hogar. A la entrada se abría un sencillo vestíbulo. No tenía esclavas, por lo que su esposa se hacía cargo de todas las tareas de la casa. La construcción lindaba con un establo, lo que hacía que a menudo oliera a caballo. En realidad, se podía decir que toda Troya olía a caballo. Junto al negocio de las telas, la cría de caballos constituía el principal oficio de los troyanos.

Los dos hijos de Polidamante, de cuatro y seis años, jugaban en la calle con otros niños del barrio. Tras saludarlos, el consejero entró en la vivienda, donde encontró a su esposa trabajando en el telar. En su tiempo libre, la mujer confeccionaba mantos que luego vendía a un mercader en la plaza de las puertas Dardanias.

–Ha sido una mañana intensa –comentó él mientras se desabrochaba la coraza de lino.

–Ahora descansa. –Fue todo lo que respondió la esposa, que ni siquiera se levantó–. Quiero terminar este manto, lo esperan mañana.

Sobre un trípode hervía un caldero con carne y verduras. Dos ventanas y el orificio del techo para la salida de humos iluminaban el salón. Los rasgos de la mujer eran bellos, pero denotaban cansancio y cierto hastío. Polidamante se vistió con una túnica corta y se acercó a ella.

–Es hermoso. Un buen trabajo –dijo observando el telar.

–Gracias. –La esposa lo miró brevemente con una sonrisa en la boca.

–Voy fuera. Volveré a la hora de comer.

Polidamante recorrió las calles empedradas hasta dar con la plaza de Apolo, un lugar en el que tenderos y mujeres compartían espacio con alguna taberna y sus clientes. Allí se unió a uno de los corrillos de hombres ociosos que charlaban sobre el tiempo, la guerra y los dioses. Polidamante tenía una vida cómoda, pero falta de pasión. El amor del matrimonio se había apaciguado con los años. Se querían y se trataban con respeto, pero eso era todo. Cada cual se sumergía en sus rutinas para hacer más llevaderos los días, y así pasaban sus vidas, tolerándose y compartiendo las cargas propias de una familia.

En una de las cámaras del palacio de Príamo, Creúsa y Casandra observaban al pequeño Ascanio, que dormía plácidamente en su cuna. Las hermanas permanecían sentadas juntas, cogidas de la mano, felices por haberse reencontrado.

–¿Cómo te trata Eneas? –preguntó Casandra.

–Bien, hermana. Es un hombre de la tierra, un ganadero, pero no es arisco conmigo. Tenemos una buena vida, o la teníamos... –Su

mirada se ensombreció al recordar los saqueos de Aquiles–. Como la que tú tendrás con Otrioneo.

Casandra rio, nerviosa. Estaba tan ilusionada como inquieta ante la perspectiva de casarse.

–Antes tenemos que echar a los aqueos, es la condición de padre.

–Los echaremos –repuso con firmeza la esposa de Eneas–. Ésta es nuestra tierra, nadie nos la quitará. Pronto llegarán más aliados y veremos temblar esas melenas doradas.

–Si llega el día en que venzamos definitivamente, ofreceré mis cabellos al Divino Arquero. Otrioneo tendrá que verme calva unos meses –concluyó su hermana, divertida.

–Calva y sucia te amaría igual. –Creúsa le apretó la mano.

–¿Has vuelto a ver a nuestros padres? –Casandra cambió de tema.

Creúsa negó con la cabeza.

–Padre se mostró muy frío cuando me vio. Imagino que es por mi esposo, ya sabes que teme la profecía –bajó la voz–. Madre me abrazó, pero tampoco se ha atrevido a más para no contrariar al rey.

–Es absurdo tener miedo de una profecía. Muchas son falsas, y otras se hacen ciertas por nosotros mismos, que actuamos según sus dictados.

–Pero hay algunas verdaderas, tú mejor que nadie lo sabes –dudó un instante antes de continuar–: ¿Es cierta la profecía sobre Eneas? –preguntó al fin a bocajarro.

Casandra la miró fijamente a los ojos. Cuando respondió, su tono era más duro, y su hermana creyó oír al mismísimo Apolo por su boca.

–Tu esposo mantendrá vivo el linaje real de Troya. Es su destino.

* * *

El rumor de las olas del mar, incesantes, los arrullaba. El intenso olor a sal se colaba por las ventanas e impregnaba las telas del lecho y los cuerpos de los amantes. La claridad del amanecer vestía de tonos ocres la alcoba. Las patas doradas de la cama, con forma de garra de león, brillaban con los primeros rayos de sol.

Sarpedón abrió los ojos y se desperezó. Observó un momento a su amante, tendido bocabajo sobre el colchón. Glauco seguía profundamente dormido. Sin hacer ruido, Sarpedón se vistió con una túnica larga y salió de la estancia. En la sala principal del palacio se encontró con su asistente, que lo informó de que la pasada madrugada había llegado un emisario troyano. El rey de Licia pidió verlo de inmediato.

–¿Has venido por tierra? –le preguntó al ver sus ropajes llenos de polvo.

–No nos quedan barcos, señor. Los aqueos los han hundido. Y,

aunque los tuviéramos, ellos controlan el mar. –El emisario se expresaba con un lenguaje culto.

–¿Qué desea Príamo de mí?

–Han pasado diez años. La hora de luchar se acerca. Los dos bandos se están movilizando. Los aqueos que había en la bahía se han trasladado al cabo Sigeo. Pedimos ayuda a nuestros aliados naturales, los que no desean que unos salvajes extranjeros dominen el comercio del mar Oscuro. Dardania ya ha respondido, y confiamos en que pronto lo haga Licia.

Sarpedón se rascó la barba, que le llegaba al pecho, y caminó por el salón con paso pausado. A sus sólo veintidós años, acumulaba toda la experiencia que su padre y su abuelo, reyes antes que él, habían sabido transmitirle.

–En otra cámara de este mismo palacio tengo alojado a un emisario de Sidón –explicó–. Me pide, en nombre de su rey, que no ayude a Troya porque no es de fiar, ni digna de ayuda. –El troyano se mantuvo serio. Sabía lo que Paris había hecho durante una de las escalas de su viaje a Troya, tras llevarse a Helena de Esparta. Había asesinado al rey de Sidón para robarle sus riquezas–. No simpatizo con Paris ni defendería jamás su derecho sobre Helena. Era la esposa de otro hombre; un rey, para colmo. Esta guerra ha comenzado por un motivo sucio, pero en ella estamos, y hay en juego mucho más que una mujer, como tú muy bien me has recordado. –El emisario permaneció en silencio–. Compartimos con ellos el mar Egeo: ellos a poniente, nosotros a levante. Yo, como tú, vivo en levante. –Detuvo su paseo–. ¿Costeará Príamo el mantenimiento de mis hombres? –preguntó al fin.

El troyano sonrió ampliamente antes de dar un «sí». Ilión contaría con las numerosas tropas licias para derrotar a los aqueos.

* * *

–Nunca había comido nada tan bueno. –Aquiles estaba de buen humor. Se relamía y mojaba pan en el espeso caldo.

–Lo confirmo –dijo el viejo Fénix con los carrillos llenos de guiso.

Aquel hombre era como un segundo padre para Aquiles. Cuando llegó a Ftía huyendo de su propio padre, al que se había enfrentado por una concubina, Peleo no dudó en acogerlo en su casa. Fénix no tenía hijos y consideró a Aquiles como si fuera suyo. Se implicó en su crianza y, llegado el momento, lo acompañó a la guerra en aquella tierra lejana.

Briseida, poco acostumbrada a los halagos, se sonrojó. Sirvió lo que quedaba de cordero a Patroclo y se sentó a descansar junto a los hombres.

–Mi madre me enseñó la receta cuando era niña –explicó–. Sabía

que algún día sería reina, pero pensaba que debía aprender a cocinar. Decía que en algún momento de mi vida podría venirme bien, y no se equivocaba. –Sus ojos se perdieron en las brasas de la hoguera–. Era una gran mujer.

Durante unos momentos no se escuchó más que el sonido de las escudillas y las mandíbulas de los hombres masticando la carne.

–Mi madre me enseñó a tocar la lira. –La voz de Aquiles sobresaltó a Patroclo, que lo miró extrañado. No era habitual que su compañero bajara la guardia y hablara sobre su pasado–. También era una gran mujer. Supongo que lo sigue siendo –hablaba sin mirar a Briseida, como si diera un discurso–. Llegó a Ftía arrastrada por las olas tras el naufragio de su nave. Era originaria de Egipto, una sierva que viajaba con su señor, que era comerciante. Mi padre la encontró cerca de la cueva santuario de Tetis y la confundió con la ninfa marina. Por eso la llamó como ella y se la llevó con él a palacio. Tardó años en dominar nuestra lengua. A menudo me hablaba en la suya, me cantaba canciones de su tierra y tocaba para mí la lira. –Cogió el instrumento y tocó varios acordes alargando las notas. Acompañó la música con su voz, pronunciando palabras que nadie comprendía. Fénix lo escuchaba boquiabierto; nunca había escuchado aquella historia sobre Tetis–. Me hizo memorizar esta canción, aunque nunca me la tradujo. Me hacía cantársela, y yo ni siquiera sabía lo que decía. –La música de ecos orientales resonaba todavía en las cabezas de los presentes–. A nadie le contó nunca su verdadero origen, salvo a mí. Con mi padre jugó a ser Tetis, la ninfa, y él se dejó engañar.

–Buena y hermosa, compañero –comentó Patroclo–. Peleo la amaba, era la luz de sus días.

–Valía siete veces más que Peleo. –Aquiles sentía una fuerte predilección por su madre–. Mi padre era un viejo mustio; ella, una flor en primavera. Siempre me trató bien, me cuidó con celo y me defendió. Quiso que tuviera una buena educación, y por eso le insistió a mi padre para que me enviara con Quirón. Con el viejo centauro aprendí mucho. Aprendí sobre la guerra y sobre el arte, sobre la curación y la caza. También me enseñó a montar sobre el lomo de un caballo, como hacían los de su pueblo. –Soltó la lira y cogió la copa de vino–. Mi madre soñaba con llevarme a Egipto. Cuando estábamos a solas, me hablaba de grandes templos de piedra decorados con pinturas, dedicados a dioses poderosos capaces de destruir el Olimpo. Planeábamos juntos el viaje... Pero no pudimos cumplir ese sueño. Nos lo impidió esta guerra a la que me obligaron a venir.

–¿Te obligaron? –se atrevió a preguntar Briseida.

–Helena tuvo muchos pretendientes... –comenzó a explicar Patroclo. Miró fugazmente a Aquiles, como pidiéndole permiso, y éste asintió–. Era una muchacha hermosa y heredera de un reino. Su padre

hizo que todos juraran defender al que fuera elegido para desposarla. El elegido fue Menelao. Aquel juramento ha traído a muchos hombres a Troya, pero no a Aquiles. Era demasiado joven para pretender a Helena. Está aquí por una profecía que dijo que él tenía que venir si los aqueos querían ganar la guerra. Su madre se opuso, pero poco pudo hacer.

–No soy un cobarde –intervino Aquiles–. Cuando vinieron a por mí, accedí. Pero los troyanos no me han hecho nada. Nunca he tenido más interés en la guerra que el de defender el orgullo de los nuestros.

Los recuerdos agriaron el carácter del pélida. Apuró el vino, se puso en pie y ordenó a los capitanes que hicieran formar a los mirmidones. La tarde acababa de comenzar, había tiempo para practicar tácticas de combate.

Patroclo resopló, intuyendo un duro entrenamiento. Briseida recogió los restos de la comida y se retiró al interior de la tienda para descansar, pero la conversación la había alterado. En su mente se mezclaban sus propios recuerdos con los de Aquiles. En su pecho resonaban las palabras del pélida, que por primera vez había mostrado sus sentimientos ante ella.

Los dos carros recorrieron el campamento de un extremo a otro y salieron a la llanura. Diomedes conducía uno de ellos, cuya caja estaba revestida con pieles de buey. En él viajaba Ulises como arquero. El otro, formado por listones de madera doblados al vapor, era conducido por Áyax el Grande. El de Salamina llevaba consigo a Teucro, su medio hermano, conocido por su destreza con el arco. Despuntaba el alba, pero todavía lucían algunas estrellas en el cielo.

Continuaron hacia el sur, remontando buena parte del curso del Escamandro en busca del pequeño valle del que les habían hablado las esclavas. Según decían, allí se asentaba una manada de leones que atemorizaba a los aldeanos de la zona.

–Si queréis una piel como ésta tendréis que sudar. ¿Habéis visto alguna vez un león de cerca? –Diomedes lucía con orgullo una piel de león sobre la coraza de bronce.

–No presumas tanto, Diomedes. ¿Sabes a cuántos jabalíes he tenido que matar para tener este casco? –Ulises llevaba puesto su casco de colmillos de jabalí. Vestía un faldellín blanco, pero llevaba el torso desnudo, atravesado sólo por la cuerda tensada de su arco y la tira de cuero del carcaj.

–Cincuenta jabalíes no equivalen a un león, de la misma manera que cien ratones no equivalen a un jabalí. –La réplica del rey de Argos fue inteligente.

–Argivo, a mis jabalíes hoy sumaré un león –respondió el astuto Ulises. Sus ojos color miel brillaron con intensidad.

–No tan rápido, rey de Ítaca. El león lo añadiré a mi cuenta –le espetó el gigante Áyax asestándole un codazo a Teucro, que permanecía en cuclillas a su lado, contorsionándose para doblar el arco y poder tensar su cuerda.

Agamenón les había concedido permiso para alejarse del campamento. La caza siempre constituía una buena manera de mantenerse en forma para la guerra.

Pasaron varias horas viajando bajo el inclemente sol de comienzos de verano. Evitaron las poblaciones, a pesar de que ya habían sido esquilmadas y apenas albergaban habitantes. Por el camino, Teucro y Ulises pusieron a prueba sus dotes cazando varios conejos. Llegaron al valle pasado el mediodía, y no tuvieron que esperar para ver al primer león. Un macho permanecía recostado en la ribera del río.

–Una buena pieza. Será una gran cacería –comentó Diomedes, seguro de sí.

Los hombres otearon a su alrededor, pero no había indicios de más felinos cerca.

Cuando aproximaban los carros a la explanada de juncos que había cerca de la orilla, el león volteó la cabeza y los observó. Áyax soltó las riendas y cogió su gran escudo con forma de ocho, en cuya concavidad casi cabía su cuerpo entero. Su exterior estaba forrado con una piel de toro y tenía un gran umbo de bronce en el centro. Teucro y Ulises tensaron sus arcos y se prepararon para disparar.

–¿Así de fácil? –susurró Diomedes, que contemplaba atónito cómo el león se mantenía en actitud pasiva.

Teucro disparó el primero y dio al animal en el lomo. El león emitió varios rugidos y se incorporó de un salto, excitado, lo que provocó que Ulises errara el tiro. Cargaban una segunda flecha cuando el felino comenzó a avanzar hacia ellos con la vista fija en el carro de Áyax. El gigante se percató del peligro, agarró a Teucro de un hombro y, tras obligarlo a agacharse, bajó del carro. Los caballos relinchaban, nerviosos, pero no se movían.

La piel dorada del animal se había manchado de sangre alrededor de la flecha, pero el tiro no había resultado mortal. Áyax se cubrió con el escudo y apuntó la lanza hacia la cabeza del animal. Ulises, que no tenía buen tiro, se quedó quieto.

El silencio los envolvía cuando el león se acercó al escudo y lo tanteó con la zarpa. Volvió a rugir, furioso. Áyax, aprovechando la cercanía, le asestó un lanzazo que le rozó una pata. El animal se revolvió y saltó sobre el escudo. Áyax cedió y cayó al suelo, quedando completamente cubierto por su defensa. El animal comenzó a herir con sus zarpas la piel de toro, que enseguida quedó completamente desgarrada. Por varios puntos saltaron las varillas de mimbre del armazón. Áyax soltó un grito. Ulises y Teucro dispararon. Una de las

flechas se clavó en el costado del león, que, enloquecido, atacó de nuevo. El siguiente zarpazo abrió brecha y consiguió penetrar a través del escudo.

Diomedes, sin dudar, agarró su lanza, saltó al suelo y corrió al encuentro de la fiera. Con decisión, le clavó el arma entre las costillas. El león rugió y se retorció, pero el argivo mantuvo firme su lanza, presionando para que no se soltara. Áyax salió de debajo del escudo, recuperó su lanza y la clavó en el cuello del animal, que comenzó a perder fuerza al instante. En unos segundos el suelo quedó encharcado de sangre y el león, al fin, cayó exánime.

–Así sí –dijo resoplando el rey de Argos–. Se ha hecho valer. –En sus ojos se leía un ansia de sangre que sus compañeros ya conocían.

Áyax, que también jadeaba y sudaba, asintió. Entre los cuatro cargaron al animal en el carro de Áyax y emprendieron el camino de vuelta, atentos a los alrededores para no llevarse sorpresas.

–Pido la piel para mí –solicitó el de Salamina.

–Yo ya tengo una –concedió Diomedes–, me conformaré con un colmillo.

Entraron en el campamento justo cuando las fogatas comenzaban a multiplicarse. Fueron recibidos con vítores y aclamaciones.

–Id a ver a Agamenón y llevadle un colmillo –les dijo Aquiles cuando pasaron junto a su tienda.

Le hicieron caso. Al rey de Micenas le gustaba atribuirse los méritos de sus hombres.

En la playa, al pie de los negros cascos de las naves aqueas, Menelao recibió a los visitantes. Lo acompañaba una pequeña escuadra de guerreros. Los dos pecios quedaron anclados frente a la costa oriental del cabo Sigeo.

–Me llamo Crises. Soy sacerdote de Apolo en Crisa y solicito hablar con Calcante –dijo el cabecilla, que sostenía un cetro dorado con la mano derecha.

–Yo soy Menelao, rey de Esparta y hermano de Agamenón, el poderoso rey de Micenas y comandante supremo de este ejército. Si quieres permiso para entrar y hablar con el adivino Calcante, debo saber para qué.

La expresión de Crises cambió.

–Si realmente eres Menelao, ya sabes lo que es perder a un ser querido. Te compadezco, rey de Esparta. A nadie le deseo tu destino. Pero yo también soy digno de compasión –añadió–. Mi hija Criseida fue capturada y convertida en esclava en el saqueo de Tebas Hipoplacia. La había mandado allí para que estuviera más segura, pero los muros de Tebas no fueron suficientes para frenar a Aquiles. –Su voz se quebró al nombrar al pélida, pero enseguida se recompuso y

continuó su exposición–: Quiero recuperarla. Es pura, una muchacha sencilla que no está hecha al sufrimiento. Pagaré su rescate con generosidad y me la llevaré de vuelta a casa.

Menelao lo escuchó con atención. Luego se dirigió a uno de sus compañeros y le ordenó que trajera a Calcante. El adivino se presentó de inmediato, y Crises se abrazó a él con lágrimas en los ojos.

–Sé que eres troyano y sacerdote del Divino Arquero, como yo –dijo el padre desesperado, arrasado ya por las lágrimas–. Ayúdame, te lo suplico.

El viejo Calcante se compadeció de él.

–Tu hija pertenece ahora al hombre más poderoso de este campamento. Te llevaré ante él y mediaré a tu favor. Pero deja de llorar, no puedes presentarte así ante Agamenón.

Atravesaron el bancal de arena sobre el que se asentaban las naves y se adentraron en el entramado de tiendas. Cientos de hombres se reunían en corrillos o descansaban sentados al sol. Las columnas de humo de las hogueras y de los hornos panaderos se elevaban hacia el cielo, impregnando el aire con un intenso olor a ceniza. En cuanto llegaron a la vivienda de Agamenón, solicitaron audiencia. Poco después salió el rey, ataviado con una túnica corta con los extremos decorados con franjas rojas. Crises se echó al suelo nada más verlo.

–Poderoso rey... –comenzó el sacerdote, agarrado a su cetro. El hombre explicó el motivo de su visita y enumeró los tesoros que había traído como rescate para su hija.

Agamenón lo observaba, indiferente a su tono lastimero.

–Criseida no está a la venta. Se queda conmigo –sentenció con rudeza.

–Rezaré a Apolo para que ganéis la guerra, para que permita que destruyáis Troya y podáis volver a vuestra patria. –La desesperación teñía sus palabras–. Pero permíteme rescatar a mi hija, seré generoso en el pago. –Había alzado la voz, y enseguida Criseida asomó la cabeza por la puerta. Crises pudo ver su rostro pálido y demacrado, y sus ojos tristes, sin luz–. ¡Te lo ruego!

Se oyeron cuchicheos; los soldados presentes, temerosos de los dioses, eran partidarios de la entrega de la muchacha. Calcante se mordía los labios, tenso, pero no intervino por miedo a sufrir la ira del rey. La risa de Agamenón irrumpió entre ellos como un insulto a la poca dignidad que le quedaba al sacerdote.

–¿Apolo? Ese dios barbilampiño no tiene poder en comparación con Zeus, y Zeus está de mi parte. No me asusta Apolo. –No borró la sonrisa de su rostro–. Escúchame bien, Crises. Criseida vale más que todo el bronce y el oro que puedas haber traído. No estoy dispuesto a renunciar a ella. Ya se está acostumbrando a mí, así que no tienes de qué preocuparte.

Hizo amago de darse la vuelta y Crises estalló en gritos.

–¡Acepta el rescate! ¡No conoces la ira de Apolo!

Agamenón encendió sus ojos con furia antes de volver a hablar.

–Vete antes de que me enfade. Tu hija partirá conmigo a Micenas para trabajar en mis telares y calentar mi lecho.

El rey se perdió en el interior de su casa. Calcante, presto, acudió junto a Crises para sujetarlo y llevarlo hasta la playa.

–Silencio. Sé sensato y vuelve a tu tierra. Velaré en todo lo que pueda por que tu hija esté bien. –El adivino cerró los ojos un instante y respiró profundamente–. Te digo que antes de una luna tu hija estará contigo. Créeme.

Poco consuelo halló Crises en su vaticinio.

–Jura por Apolo que callarás lo que voy a contarte, hermano. –Crises temblaba de ira mientras mantenía a Calcante agarrado por la túnica. El adivino juró–. Desde ese pecio –señaló uno de los dos que aguardaban anclados en la bahía– Apolo lanzará sus flechas para herir a los aqueos. No intervengas y procura no recibir ninguna de ellas, ¿me entiendes?

Calcante asintió sin acabar de comprender, y Crises lo abrazó antes de subir a la barca que lo llevó a su nave. El pecio partió hacia el estrecho del Helesponto para continuar su ruta hacia el sur. Frente al campamento quedó la otra nave, sin tripulación, meciéndose con las olas alrededor de su ancla de piedra. Pasadas varias horas sin señales de vida, varios aqueos de la tropa de Néstor la asaltaron. Desde la playa, Calcante vio cómo los hombres descargaban grandes piezas de cordero y buey, despellejadas y listas para asar. Negó con la cabeza lentamente y dibujó una débil sonrisa.

–Sea la voluntad de Apolo –pronunció en voz queda.

* * *

Troya hervía. A los festejos que celebraban la llegada de las tropas licias se sumaban los alborotos de los vecinos a los que obligaron a compartir sus viviendas con los aliados. Muchas casas fueron divididas y centenares de familias tuvieron que hacinarse por la presión de los nuevos asentamientos.

–Vienen a ayudarnos, son nuestros amigos –les explicaban los soldados troyanos.

La mayor parte de los licios se instalaron extramuros, en un enorme campamento cercano al de los dardanios de Eneas. Los oficiales de ambos ejércitos fueron instalados en la ciudad baja, y los comandantes, en la ciudadela. Sarpedón y su compañero Glauco se alojaron juntos en un palacete próximo al bastión oriental, en el espolón que albergaba la gran cisterna de la acrópolis.

–Tengo varias hijas sin desposar –le dijo el anciano Príamo al rey de Licia cuando se entrevistaron por primera vez. Sarpedón no había tomado esposa aún–. Toma a la que quieras, cualquiera sería una excelente reina.

–Me honras, noble rey de Troya, pero mi pueblo se ofendería si no me casara con una licia, y no convertiré a una hija tuya en segunda esposa, ni en concubina –respondió Sarpedón. No tenía prisa por casarse; en realidad, consideraba el matrimonio una obligación con la que debía cumplir, a pesar de que su naturaleza no lo empujaba hacia mujer alguna.

El licio se reunió con Héctor y Eneas en los cuarteles de la ciudadela para hablar acerca de la estrategia a seguir. De edades similares, Eneas y Sarpedón habían sido bien instruidos en el arte de la guerra, pero ambos respetaban a Héctor como comandante general.

–Una tropa ociosa es una escuela de maleantes –dijo el rey de Licia–. Quiero que mis hombres entrenen a diario. Yo lo haré con ellos.

–Me complace oírte hablar así –comentó Héctor–. La fama que te precede es de buen guerrero, y ahora veo que es cierta. Dárdanos y troyanos entrenamos en la llanura del río Simois. Uníos a nosotros a partir de mañana. Podemos organizar competiciones... Eso animará a los hombres a mantenerse en forma.

Acordaron celebrar dos días de juegos para animar a la tropa. También aclararon cuestiones sobre el abastecimiento, que estaría a cargo de partidas mixtas. Todas las poblaciones de la Tróade contribuían al mantenimiento de Troya con el envío de recuas.

Cuando terminó la reunión, Sarpedón habló con Héctor en privado:

–Desde niño tengo una ilusión. Soy un devoto adorador de Atenea y sé que en Troya guardáis una imagen suya muy antigua que la propia diosa envió desde el cielo.

–El Paladión –respondió Héctor. Sarpedón asintió–. Ilo lo encontró mientras se construía la ciudad. Está escondido, no está a la vista de cualquiera, pero creo que contigo podemos hacer una excepción. –El joven rey de Licia hizo amago de formular una disculpa, pero Héctor lo detuvo alzando la mano derecha–. Has venido con dos mil hombres para ayudarnos, lo mereces. Sólo debes guardar silencio sobre él.

Sarpedón juró por Zeus mantener el secreto y Héctor lo llevó al templo de Atenea, frente al palacio de Príamo. A la entrada ardía el fuego eterno que alimentaba todos los fuegos de la ciudad. Los recibió Téano, esposa del canciller Antenor y sacerdotisa de la diosa.

–Llévanos al Paladión –solicitó Héctor.

La mujer dudó, pero la autoridad que el príncipe representaba la obligó a obedecer.

–Mi señor, os llevaré, pero la diosa exige que os vende los ojos.

De esta manera fueron guiados por Téano, que portaba una tea para iluminar el camino. Abrió una trampilla que daba acceso a unas escaleras que se adentraban en la tierra. Abajo comenzaba una gruta subterránea, en cuyo interior más profundo se guardaba el Paladión. Avanzaron por ella y, cuando estuvieron ante la imagen, la mujer les quitó la venda. Estaban en un espacio de reducidas dimensiones, un ensanche de la gruta. El camino continuaba más allá, hacia el interior de la tierra. Olía intensamente a tierra húmeda. Por el suelo había decenas de figurillas de barro que las sacerdotisas habían ido dejando a lo largo de los años. El Paladión se alzaba sobre un pequeño pedestal de mármol. La madera, que aparentaba tener siglos, estaba gastada y carcomida. La talla tenía una mano ahuecada, como si antaño hubiera agarrado una lanza. Al otro lado había representado un objeto que parecía una rueca. El rostro estaba deformado por el paso del tiempo. En el interior de los pliegues de su túnica podían distinguirse algunos restos de pintura blanca. Sarpedón se echó al suelo con lágrimas en los ojos y besó la base de la estatua.

–Eres un buen devoto, por lo que veo –susurró Téano, satisfecha por la reacción del joven rey–. La misma Atenea la talló y nos la envió desde el cielo para proteger a Troya. Ilo la encontró, pero no supo a quién representaba. Fue el extranjero Hércules el que reconoció a la diosa cuando saqueó la ciudad. Sin embargo, no se atrevió a llevársela. Sin saberlo, nos trajo el culto a Atenea, protectora de ciudades –relató en tono solemne–. Los primeros sacerdotes troyanos de la diosa la escondieron en este lugar y construyeron el templo. Desde entonces, Atenea nos protege. Mientras esté aquí nadie podrá tomar la ciudad –concluyó.

–Es una diosa aquea –dijo Héctor–. En esta guerra dudo que esté de nuestra parte.

El rostro de Téano se endureció y puso la tea frente al rostro del príncipe.

–Aquí nos dedicamos a hacer sacrificios y a honrar a la diosa para ganarnos su favor. Las dudas la alejan de nosotros.

Héctor se arrepintió al instante y se disculpó. Se guardó para sí un nuevo pensamiento: «No será esta talla de madera la que salga a la llanura a defendernos; serán hombres como yo, con corazas de bronce y lanzas de fresno, los que darán la vida por Ilión».

Las dos hermanas habían decidido pasar la tarde juntas en una estancia del palacio de Príamo. Cuando escucharon a los hombres que regresaban del entrenamiento, Creúsa salió con Ascanio en brazos al encuentro de su marido. Eneas volvía sudoroso y cansado, y ella lo ayudó a quitarse la coraza y las botas. Casandra se quedó sola, y la ocasión fue aprovechada por Otrioneo. El joven entró y carraspeó para

llamar la atención de la muchacha. Casandra se sobresaltó al verlo e, instintivamente, se arregló el tocado.

–No quería asustarte –le dijo él–. Sólo quería verte. Soy afortunado, tu padre me ha ofrecido el mejor premio que podría haber soñado.

Casandra, ruborizada, tardó en contestar.

–Eres muy amable. No todos piensan como tú. Muchos hombres me rehúyen –confesó.

–Los dones divinos espantan a muchos. –Otrioneo ya había oído hablar sobre las habilidades de Casandra y su hermano Héleno, ambos adivinos–. Pero para mí no hacen más que darte valor. –Los ojos de la muchacha brillaron, y su rostro se iluminó–. No te quiero incomodar. Ya tendremos tiempo de conocernos mejor.

El joven se retiró con una sonrisa en los labios. Casandra fue incapaz de reaccionar. Ilusionada, cerró los ojos y elevó una oración de gratitud al dios Arquero. Al abrirlos, una sombra se había instalado en ellos.

«Es un pensamiento, un miedo, sólo eso. No proviene de Apolo», se dijo para restar importancia a la imagen que acababa de vislumbrar.

En el gran salón del mar Océano, Príamo permanecía sentado en su trono mientras su hijo Héctor le informaba sobre la marcha de los entrenamientos. Polidamante acompañaba al príncipe y Antenor al rey, ambos como asesores.

–Los hombres se esmeran –dijo Héctor–. Ninguno ha participado antes en grandes batallas, pero sabrán desenvolverse. Sólo temo por los carros. Puede haber accidentes.

–Siempre los hay –intervino Príamo–. No los mandéis todos a la vez.

–Hemos pensado en establecer varias líneas –aportó Polidamante.

–¿Y los aliados?

–Entrenan duro, han venido con ganas. –Héctor retomó la palabra–. Serán de gran ayuda. Si no fuera por ellos...

–Los necesitamos, y ellos a nosotros –opinó Antenor–. Nosotros les garantizamos el comercio con el mar Oscuro. –Miró a Héctor con intensidad–. Mis hijos me han dicho que Eneas es orgulloso, que le cuesta compartir el mando con ellos.

Héctor sacó pecho.

–Os respeto a ti y a tus hijos. También a mi padre, que tomó la decisión sobre el mando de los hombres de Dardania. Pero debo deciros que Eneas es un buen comandante y se basta solo para gobernar su tropa.

Hubo un momento de tensión que Príamo deshizo de un solo golpe.

–Tres cabezas piensan mejor que una, así que procura que Eneas obedezca.

«A Troya la rige una sola cabeza», pensó Héctor, pero se calló y asintió.

Antenor se irguió, satisfecho.

–Y de la población, ¿sabéis algo? –preguntó el rey.

–Hay más calma –contestó Polidamante, suavizando la información. Todavía había altercados en la ciudad baja–. Han aceptado la reordenación de las casas; entienden que es algo necesario para el fin superior de resistir a los aqueos.

–Eso me complace. Por Apolo que esta situación no gusta a nadie, a mí tampoco. Pero, hasta que el Divino Arquero disponga nuestra victoria definitiva, es necesaria.

Luego, para terminar la reunión, Héctor habló sobre la producción de armas. Todo se preparaba en Troya para el estallido final de una guerra larga cuya culminación se preveía cercana.

CÓLERA

–Cualquier dios, por menor que sea, está por encima del mejor de los reyes –comentó Ulises.

Idomeneo y él observaban cómo dos cuadrillas de hombres transportaban en parihuelas a las decenas de muertos que la peste había provocado. Desde el primer momento, el itacense no había apoyado la decisión de Agamenón de aferrarse a Criseida. Como todos en el campamento, creía que aquella enfermedad era fruto de la ira de Apolo por no haberla entregado a su padre. Los infectados morían entre fiebres y esputos sanguinolentos, acosados por visiones y temblores involuntarios, doloridos por supurantes bubones. Habían pasado tres días y el número de muertos no paraba de crecer.

–Subestimó a Apolo –afirmó el rey de Creta, llevándose la diestra a la figurilla de la diosa Madre que le colgaba del cuello.

Los aqueos murmuraban. Recelosos los unos de los otros, se encerraban durante horas en sus tiendas para elevar ruegos a los dioses. Los tholoi se llenaron el segundo día de muertes y se estaban improvisando otros nuevos en la zona norte del cabo Sigeo. Los sacerdotes no daban abasto supervisando los sacrificios en honor de los muertos, y Macaón y Podalirio, ilustres reyes médicos, investigaban la enfermedad para evitar su propagación.

Agamenón se había reunido con los demás reyes para recomendarles que se aislaran hasta que la epidemia cesara, pero, en un campamento con más de quince mil hombres, aquello resultaba difícil. El comandante supremo estaba nervioso. Todo había comenzado con la visita de Crises y la tropa lo sabía. Agamenón se aferraba a Criseida, no quería perderla, y desoía los rumores que hablaban sobre el poder de Apolo. Ordenó hacer sacrificios a Zeus y Poseidón en el altar de Hércules. Sin embargo, en los tres días que habían pasado desde que se declarara la epidemia, la muerte se había generalizado.

–La enfermedad puede conseguir lo que no han conseguido los troyanos en diez años. –Patroclo permanecía recostado sobre una manta gruesa en el interior de la tienda.

–Tendríamos que hacer algo para aplacar a Apolo –comentó Aquiles–. Agamenón debería intervenir. Si no hacemos nada, la peste acabará con todo el campamento.

–Es orgulloso, no va a retractarse –opinó su compañero–. Hazlo tú. Todos te respetan.

Aquiles se quedó pensativo unos instantes. Tenía dotes de líder y

los aqueos siempre escuchaban su consejo, pero Agamenón tenía el poder, y debía ser él quien tomara una decisión.

–Démosle unos días. Si todo sigue igual, actuaré. No hay peor mal para un ejército que un comandante negligente.

Varios días después, los heraldos recorrieron el campamento llamando a voces a reunión y haciendo sonar sus flautas para llamar la atención de los hombres. Algunos niños los seguían divertidos, imitando sus gestos.

–¡Aquiles os convoca al ágora! –voceaban.

El espacio público se abría entre las tiendas y las naves. Allí aguardaba el pélida, subido a la gran piedra del orador. Los capitanes mirmidones lo rodeaban, vestidos con sus túnicas negras y con los cabellos recogidos en complejas trenzas. Patroclo los encabezaba, con su coraza ceñida al pecho y su casco de bronce calado en la frente.

Poco a poco, la explanada se llenó de aqueos. Cada comandante envió a sus mejores hombres, a sus compañeros, aquellos que participaban en su consejo. También acudieron muchos curiosos, de manera que en cuestión de minutos el ágora quedó abarrotada. Los últimos en aparecer fueron los reyes, a quienes la multitud abrió paso para que pudieran colocarse cerca de Aquiles. Agamenón cerraba la comitiva. Avanzó con paso solemne hasta llegar a la silla que habían dispuesto para él junto a la piedra del orador. Llevaba puesta su túnica púrpura, parcialmente cubierta por un manto de piel de cabra. Portaba su cetro en la mano derecha, cuyos clavos de oro brillaban con intensidad bajo el sol de la mañana.

–Echo en falta muchos rostros entre vosotros –comenzó a hablar Aquiles, solemne. Lucía su armadura completa sobre una túnica corta de color negro–. Algunos estarán en las tiendas, la mayoría en los tholoi. –Hizo un breve e intencionado silencio–. Os he convocado para buscar soluciones a esta plaga que nos asola. Apolo está irritado con nosotros. Han pasado diez días y su ira no se aplaca. Siguen muriendo hermanos de Micenas, de Pilos, de Ítaca, de Argos... –Muchos se estremecieron al escuchar el nombre de sus ciudades–. Si no hacemos nada, no habrá ejército que rinda Troya.

–¿Y qué quieres que hagamos? –le preguntó Agamenón desde su silla.

Aquiles centró su atención en él.

–Consultar a un advino, al mejor entre los nuestros. –Señaló a Calcante, que estaba junto a Menelao–. Que averigüe por qué Apolo está tan molesto y qué podemos hacer para calmarlo.

–Zeus es más poderoso que Apolo –replicó Agamenón–, y está con nosotros.

–Zeus no ha hecho nada en estos diez días, nos ha dejado morir –

repuso Aquiles con rotundidad. Sus palabras sonaron temerarias, a ofensa–. Apolo es un dios, como él. No creo que a Zeus le agrade que lo despreciemos.

Los hombres murmuraron y enseguida las voces subieron de tono.

–Los dioses son orgullosos, no conviene tener a ninguno en contra –comentó Diomedes mientras tocaba el colmillo de león que llevaba al cuello.

–Puede que Apolo sea más poderoso de lo que creemos –intervino Ulises, alzando la voz por encima del rumor general.

–¡Está bien! –zanjó Agamenón iracundo, poniéndose en pie y alzando el cetro–. Que hable Calcante.

Las voces se apagaron y las miradas se centraron en el adivino. Éste carraspeó, agarró con fuerza su cetro de sacerdote y se dirigió a Aquiles:

–Hablo a petición tuya, pero puede que lo que diga no guste a todos. ¿Garantizas mi seguridad? –le preguntó directamente.

–La garantizo, por Zeus –respondió el pélida–. Te defenderé ante quien sea.

–Apolo es un dios poderoso –comenzó Calcante–. Con sus flechas puede sembrar la muerte y provocar la enfermedad, como está haciendo por todo el campamento. El Arquero está furioso con los aqueos, y el motivo es el trato que Agamenón ha dado a Crises. –El silencio se hizo denso y los corazones se aceleraron entre los oyentes–. Crises es su sacerdote y obró bien al intentar recuperar a su hija a cambio de un generoso rescate. Pero fue rechazado. –Agamenón se sentó de nuevo y se revolvió inquieto–. La furia, la peste y la muerte no cesarán hasta que se devuelva a Criseida a su padre sin rescate alguno. También debe hacerse una sagrada hecatombe en honor a Apolo en su templo de Crisa.

Nadie habló, y Agamenón sintió la presión de cientos de ojos clavados en él. Enrojeció de ira. Aguardó unos instantes, dubitativo, y finalmente bramó su respuesta:

–¡Que la lleven con su padre! Criseida vale más que mi esposa, vale más que cualquier otra mujer, a aquel y a este lado del Egeo. –Su boca se retorcía de rabia. Se había encaprichado con la muchacha–. Pero estoy dispuesto a renunciar a ella por el bien de mis hombres. Espero que no lo olvidéis. –Se giró para mirar a la cara a Calcante–. ¡Maldito perro troyano! ¡Cruel agorero! –le gritó–. Renunciaré a ella, pero a cambio recibiré otra presa en compensación.

–Las presas ya tienen dueño –intervino Aquiles con calma–. Cada hombre tiene las suyas y no es justo que nadie tenga que devolver una. Cuando caiga Troya recibirás tu compensación. Todos estos aqueos te darán el triple o el cuádruple de lo que pides.

Agamenón se levantó de un salto, tirando la silla al suelo. Señaló

con dedo acusador a Aquiles y descargó su ira contra él.

–¡Hijo de Peleo! Ni siquiera eres rey... ¿Quién te ha dado el derecho de tomar esa decisión? ¿Y quién te crees que eres para convocar esta reunión en el ágora? –Las cintas de color púrpura que llevaba atadas a los cabellos temblaban con cada movimiento–. ¡Ya está bien! El poder es mío y la decisión está tomada. ¿Acaso consideras justo que yo pierda a mi presa y tú conserves la tuya?

Aquiles comenzó a bajar de la roca lentamente. Varios guardias del rey de Micenas acudieron a proteger a su señor.

–He llamado al ágora porque mi comandante no lo hizo cuando debía –dijo desafiante–. Y no se trata de poder, se trata de las leyes y costumbres de nuestros pueblos, que ningún rey debería alterar. Un botín que ya ha sido repartido no se puede reclamar.

–La ley la hago yo, la ley soy yo –soltó el rey con el rostro congestionado–. Los aqueos me darán una presa o tomaré la tuya, o la de Áyax, o la de Ulises.

Aquiles apretó los dientes hasta que las mandíbulas se le marcaron. Patroclo lo observó preocupado. Aquel gesto no auguraba nada bueno.

–¿Por qué tengo que pelear en una guerra en la que no tengo ningún interés? –El pélida lanzó al aire la pregunta sin alterar su expresión seria–. Los troyanos no me hicieron nada, no tengo nada contra ellos. Pero aquí me tienes, con mis mirmidones ante los muros de Ilión, arriesgando nuestras vidas para vengaros a tu hermano y a ti, Ojos de Perro. –El insulto sonó a bofetada y todos los presentes contuvieron el aliento–. Lucho y obtengo poco botín; tú esperas aquí y recibes siempre más que nosotros. Y, aun así, pretendes quitarme mi parte. Me iré a Ftía. No me ata el juramento de los pretendientes de Helena. Prefiero volver a mi tierra que permanecer aquí sin honra para darte ganancias.

–¡Pues vete! –gritó Agamenón–. No te voy a rogar para que te quedes. Eres odioso, siempre en disputas por nada, siempre cuestionando, descontento. Te debería quitar a Briseida para que aprendieras que no hay parangón entre tú y yo.

Aquiles echó mano al tahalí y desenvainó la espada. Al instante, los guardias lo imitaron. El de Ftía apretó con fuerza la empuñadura, pero respiró profundamente y guardó la hoja mientras musitaba una oración a Atenea para agradecerle la templanza.

–No sólo tienes ojos de perro –dijo, más sereno–, también tienes corazón de ciervo. No te atreves a tomar las armas porque temes morir, pero tus heraldos recorren el campamento para apropiarse de nuestro botín. –En un gesto rápido, Aquiles arrebató el cetro de las manos de Agamenón–. Esto no es más que una madera pulida a la que le han cortado las ramas y le han añadido oro. Pero, si tanto vale para ti, juro por este cetro que algún día los aqueos echarán de menos a

Aquiles. ¡Te arrepentirás de no haber honrado al mejor aqueo!

Lo tiró al suelo y se dio la vuelta. Agamenón, iracundo, dirigió una mirada rápida a sus guardias, que comenzaron a perseguirlo. El viejo Néstor dio un paso al frente y se interpuso entre ellos.

–Los troyanos se alegrarían mucho si os escucharan pelear –dijo con voz alta y clara–. En mi juventud traté con hombres mejores que vosotros, hombres que se enfrentaron a bestias, y a los centauros que vivían en las montañas. Yo fui a pelear con ellos y los acompañé en sus campañas. Uno de ellos valía por cinco de vosotros. –Señaló a los congregados. Su hijo Antíloco no pudo evitar sonreír–. Y sin embargo seguían mis consejos. Escuchadme vosotros también. Aquiles, no te compares con Agamenón. Aunque seas más fuerte que él, su majestad se la da Zeus, que manda sobre todos nosotros. –Tras la reprimenda, se dirigió a Agamenón–. No le quites Briseida a Aquiles, es su recompensa. Apacíguate. El de los pies ligeros es un símbolo, y será un apoyo para los aqueos en el combate.

–Hablas bien, Néstor –intervino el rey de Micenas–. Pero no estás teniendo en cuenta que Aquiles quiere ponerse por encima de todos nosotros. No puedo consentirlo. Como bien has dicho, viejo amigo, yo mando este ejército.

–Pues no me des más órdenes, que no las obedeceré –saltó Aquiles, anunciando así que se retiraba de la guerra–. No pelearé por Briseida, quítamela si es tu gusto. Pero no intentes quitarme nada más, porque entonces caeré sobre ti con mis mirmidones, y nuestras lanzas serán la tormenta que os barra a ti y a los tuyos de la tierra que pisáis. ¡Por Ares! –terminó con aire poético, nombrando al dios de la guerra más visceral e irracional.

El pélida arrastró su ira fuera del ágora y la asamblea se disolvió. Automedonte, Patroclo y los mirmidones lo siguieron entre las naves hasta la orilla del mar, donde iniciaron el camino de vuelta hacia sus tiendas.

En el revuelo de hombres, Agamenón buscó a Ulises y le dio una orden:

–Coge a Criseida y cien bueyes, echa al mar los barcos que necesites y ve a Crisa con ellos. Haz tú mismo la hecatombe a Apolo y di a Crises de mi parte que más le vale calmar a su dios.

–Así se hará –contestó el rey de Ítaca–. Agamenón, podríamos aprovechar esta plaga a nuestro favor... –El de Micenas lo miró extrañado–. Un animal contaminado a las puertas de Troya... –aclaró.

–Tú y tus ardides, Ulises. –Agamenón sonrió, pero enseguida cambió la expresión–. Zeus y Atenea castigan la guerra sin honra. No dejaré que la enfermedad haga lo que deben hacer las lanzas –zanjó la cuestión–. Marcha cuanto antes.

Luego Agamenón llamó a sus heraldos y los envió a la tienda de

Aquiles para que tomaran a Briseida. Se mantendría firme. Avivaría la cólera de Aquiles como se aviva un fuego soplando sobre sus brasas.

Aquiles entró en la tienda furioso. Gritó con todas sus fuerzas y el cuero alquitranado apenas amortiguó su desahogo. Patroclo y Automedonte no se atrevieron a traspasar el umbral. Briseida y otras dos esclavas se acercaron a ellos, preocupadas.

–Se ha enfrentado a Agamenón –explicó Patroclo sin apartar la mirada de la tienda–. No luchará bajo su mando, ha dejado la guerra.

–¿Por qué? –preguntó Briseida–. ¿Qué ha pasado?

Patroclo la tomó del brazo y la apartó del resto.

–Agamenón va a entregar a Criseida a su padre para calmar a Apolo. –El gesto de Briseida se iluminó, alegre por su pariente–. Pero quiere algo en compensación. –Patroclo, serio, la miró fijamente a los ojos.

Briseida se echó las manos a la cara y sus ojos se nublaron de lágrimas. No necesitaba más palabras para comprender. De la tienda llegaban sonidos metálicos, de golpes. Aquiles pretendía encontrar un cauce a su ira.

–Tranquila, Agamenón no se atreverá a hacerte daño –le dijo Patroclo tranquilizador–. Eres de Aquiles. Todos temen a Aquiles.

–No, ya no soy suya. Ahora soy de Agamenón, y hará conmigo lo que quiera. Soy como un puñado de plata que pasa de mano en mano en el mercado.

Patroclo no fue capaz de contestar. Tenía razón: una mujer tomada en un saqueo se convertía en una propiedad con la que se podía comerciar. Se limitó a apoyar una mano en su hombro para transmitirle fortaleza. La que había sido reina de Lirneso estaba a punto de convertirse en la esclava de un hombre salvaje y despiadado, alguien capaz de hacer bueno a Aquiles que, a pesar de usar su cuerpo, nunca la había golpeado ni la había tratado con desprecio.

Los heraldos de Micenas aparecieron entre las naves de los mirmidones y, tras cruzar el campamento, se detuvieron a la entrada de la tienda de Aquiles. Pronto salió el pélida a recibirlos, acompañado de Patroclo.

–Bienvenidos –saludó Aquiles simulando una sonrisa e ignorando los latidos acelerados de su corazón–. Sé a lo que venís. No tenéis nada que temer, mi cólera va contra Ojos de Perro, no contra vosotros. Trae a Briseida –ordenó a Patroclo. Éste volvió enseguida con la muchacha, que todavía lloraba en silencio. Aquiles se acercó a ella y le susurró al oído, con voz dura–: Nada puedo hacer contra la voluntad de Agamenón.

Entonces, el hijo de Peleo se dirigió a la parte trasera de su tienda

y llamó a voces a Fénix. Los heraldos aguardaban sin soltar palabra, aliviados por la actitud de Aquiles.

–Voy a abandonar la lucha, viejo amigo –le dijo en voz alta–. Sé que tu lealtad está con el rey de Micenas. –Se apresuró a agarrarlo por el hombro y a apretárselo para hacerle entender–. Ve con ellos. No te guardaré rencor. –Lo animó a moverse empujándolo suavemente por la espalda.

Fénix no comprendía nada, no había asistido a la asamblea y no sabía exactamente lo que había ocurrido, pero siguió el juego de su señor sin replicar. Se situó al lado de los heraldos, y entonces Aquiles les entregó a Briseida.

–Llevádsela a Ojos de Perro, que se la ha apropiado incumpliendo nuestras costumbres. Que Zeus restablezca el orden que él no ha sabido mantener.

Fénix al fin comprendió. Aquiles quería que se instalara en el campamento de Micenas para velar por Briseida. A pesar de su carácter duro, el pélida se preocupaba por ella.

La pequeña comitiva atravesó las tiendas y caminó junto a las negras naves hasta que llegó a la orilla del mar, desde donde emprendió el camino que llevaba a la casa de Agamenón, el todopoderoso comandante de las tropas aqueas.

Aquiles se descalzó y, a paso ligero, salió del campamento y se adentró en la playa. Por unos instantes, dejó que las olas lamieran sus pies. Luego, obedeciendo a un impulso, comenzó a correr hacia el sur. Salió del cabo Sigeo y continuó su carrera por la playa hasta la desembocadura del río Escamandro. Allí apoyó las manos en las rodillas para recuperar el resuello, y gritó con todas sus fuerzas para desahogar su rabia. Nada se alteró a su alrededor. Las gaviotas siguieron volando; algunas se posaron sobre la arena húmeda. Los juncos y tréboles se siguieron meciendo con la brisa marina. Todo estaba en calma, salvo su pecho. Sus cabellos rubios, largos y sueltos, estaban impregnados de humedad y sal, y sus pies, secos, palpitaban sobre la arena.

–Tetis, madre querida –comenzó su invocación. Dos lágrimas brotaron de sus ojos–, sé que moriré joven. Tú misma me lo advertiste cuando decidí venir a esta guerra. No salvaré mi vida, pero necesito salvar mi honor. –El mar le respondía batiendo las olas, incansable. Aquiles respiró hondo y llenó sus pulmones de salitre. Nuevas lágrimas resbalaron por sus mejillas, ahora de furia. Se acuclilló y cogió un puñado de arena, que apretó con fuerza–. Zeus, amontonador de nubes, ayuda a los troyanos para que puedan arrinconar a los aqueos contra el mar y matarlos, para que puedan ver cómo es Agamenón, para que ese Ojos de Perro reconozca su locura. Así me

echarán en falta y recuperaré mi honor. –Se besó el puño y arrojó la arena al mar–. Madre, si me escuchas, ruega tú también a Zeus y a tus propios dioses. Tú eres más piadosa que yo, a ti te harán más caso.

Se puso en pie, reconfortado. Confiaba en que los dioses le favorecerían y le darían un escarmiento al rey de Micenas. Volvió la vista hacia el campamento. En primer plano se destacaban las naves varadas, como negros cuervos que rapiñaban los restos de un festín. Tras ellas se extendían las tiendas de cuero, entre las que sobresalía la casa de Agamenón. Entonces se acordó de Briseida y la supuso ya en sus manos. Por un breve instante, la cólera dio paso al dolor.

* * *

A poniente, el sol incendiaba el horizonte. El resto del cielo se oscurecía y comenzaban a brillar los primeros luceros. Héleno contemplaba el espectáculo entre dos almenas de la ciudadela. El sol se ocultó y la oscuridad fue ganando terreno. Sonaron pasos apresurados sobre el empedrado de la calle más cercana. Los pasos se acercaron ascendiendo la corta escalera que llevaba al adarve.

–Lo siento, hermano –se disculpó Casandra entre resoplidos.

Héleno se llevó un dedo a los labios, sin dejar de observar cómo caía la noche sobre la Tróade. Casandra siguió su mirada hacia la llanura del Escamandro. También contempló el mar, que se adivinaba embravecido. La ciudad baja comenzaba a pintarse con tonos ocres. Desde allí podían ver las cubiertas planas de las viviendas, las calles principales, anchas y empedradas, y las plazas y mercados, en torno a los cuales se agolpaban los negocios. Muy cerca, en la zona donde se unían la muralla de la ciudad y la de la ciudadela, se alzaban las puertas Esceas. Aquélla era la entrada principal a Troya desde la llanura. La puerta, de sólida madera remachada en bronce, se abría en el interior de una poderosa torre.

–Qué hermosa es nuestra tierra –no pudo reprimirse Casandra.

–Has llegado tarde –le reprochó su hermano mellizo. Como solían hacer desde niños, habían quedado en reunirse allí aquella tarde para contemplar la caída del sol. La joven no respondió, pero agachó la cabeza, avergonzada–. Espero que la conservemos –respondió al fin Héleno.

Casandra tardó en reaccionar.

–¿Crees que vamos a perder nuestra tierra, que perderemos la guerra?

–No lo sé. Esperaba que tú me lo dijeras, hermana –se sinceró, mirándola fijamente a los ojos–. Todos me alaban como augur, pero tú y yo sabemos que el don de Apolo es más fuerte en ti que en mí.

–Puede ser, pero es a ti al que todos escuchan.

Se abrió un denso silencio entre ellos. Les llegaron los relinchos de un caballo y las voces del mozo que lo cuidaba. La ronda de la muralla se divisó a lo lejos, caminando en su dirección.

–El amor te nubla, Casandra. Me alegro por ti, te veo feliz junto a Otrioneo. Pero ya sabes que Apolo nunca conserva juntos su don y la dicha.

–Prefiero la incertidumbre feliz a la certeza desdichada.

El comentario de la muchacha arrancó una carcajada en su hermano, que la abrazó con fuerza.

–Te quiero, hermana. Sé feliz y déjame a mí los augurios –dijo, dejando que su enfado se difuminara con las sombras de la noche.

Héctor caminaba sin más compañía que la de su espada, que colgaba a su costado. Cubría el tahalí con un fino manto decorado con ribetes púrpuras. No esperaba usarla, pero, de madrugada, y en los ambientes que últimamente frecuentaba su hermano, podía encontrarse en una situación apurada.

–Muchas noches llega tarde, pero nunca tanto como hoy –le había dicho Helena con expresión preocupada cuando acudió a él–. Pronto cantarán los gallos. Temo que le haya pasado algo.

Héctor no dudó. Se vistió y salió a buscarlo. Sabía por dónde tenía que empezar.

Recorrió la calle Dardania hasta dar con una pequeña plaza en la que había tres establecimientos que ofrecían vino y mujeres, pero sólo en uno se percibía luz. Desde fuera pudo oír sonidos apagados de risas y cuchicheos. Tocó a la puerta y, pasados unos instantes, abrió un joven imberbe con el torso desnudo.

–¿Qué quieres? No atendemos a nadie a estas horas. –El aliento le olía a vino.

Héctor dio una patada a la puerta y el joven cayó al suelo. Inmediatamente, se oyeron varios gritos. Habían reconocido a Héctor, el del casco reluciente.

Un viejo permanecía echado en un colchón, abrazado a un muchacho desnudo. Otro hombre más joven se había colocado delante de la mujer que lo atendía aquella noche, en un mínimo gesto de honor. Había dos mujeres más, solas, semidesnudas y pegadas a una pared. Paris no se había despertado. Yacía cerca, en el suelo, con una mujer inconsciente echada a horcajadas sobre él.

–¡Levanta, perro borracho!

Paris arrugó el entrecejo, pero no abrió los ojos.

–Déjalo descansar –dijo una de las mujeres con voz insegura, mientras cogía un cuenco de vino y se lo ofrecía–. Bebe con nosotras.

Con movimientos rápidos, Héctor desenfundó la espada y la descargó contra el cuenco de barro. El vino se derramó sobre el suelo.

La mujer gritó y sus manos vacías temblaron.

–¡No me comparéis con él! Soy el heredero de Príamo y algún día seré vuestro rey. Puede que entonces me encargue de todos vosotros como os merecéis.

Al fin, Paris pareció reaccionar; abrió los ojos y apartó a la joven que tenía encima. Héctor lo agarró del brazo y lo alzó para sacarlo del tugurio. El aire fresco de la madrugada despabiló al borracho, que caminaba dando traspiés.

–Ni siquiera te dignas a buscar un sitio elegante, acorde a tu condición. Te conformas con putas baratas y sucias. –Héctor escupió en el suelo. Iba marcando el ritmo para llevarlo de vuelta a la ciudadela, pero Paris lo obligaba a detenerse cada tres pasos.

–Son las baratas las que mejor lo hacen –respondió entre resoplidos.

Héctor se detuvo en seco. Habían llegado junto a las enormes estelas de Apolo que protegían la puerta Apolínea. Los guardias esperaban al otro lado, pacientes.

–Dásela a los aqueos –le espetó, mirándolo fijamente a los ojos–, devuélvesela a Menelao, que la quiere más que tú, y acaba con esta guerra que desangra Troya.

–Es mi esposa. No me digas lo que tengo que hacer con ella. –Paris intentaba mantenerse quieto, pero no podía evitar balancearse–. ¿Acaso quieres que te diga cómo tienes que atender a Andrómaca?

Héctor le propinó un puñetazo en la mandíbula que acabó con su puño dolorido. Su hermano quedó tirado en el suelo.

–¡La quiero, maldito! ¡Todavía la quiero, por Afrodita! –bramó Paris, con lágrimas en los ojos.

–Si la quieres, respétala. –Héctor apretó los dientes–. Yace con tus esclavas, es tu derecho, o busca concubinas, pero no te degrades en tugurios como ése. Y, por Apolo, deja el vino. –Respiró profundamente. Se miró los nudillos enrojecidos–. Obedeceré a mi padre, que es mi rey. Lucharé por defenderos a ti y a tu esposa. Es mi deber, aunque no crea que sea justo. Pero necesito ver algún cambio en ti. Muchos morirán en las batallas que se avecinan por tu causa. Gánate cada muerte de troyano, esmérate en los entrenamientos, sé un hombre de honor, da ejemplo a tu pueblo... ¿Puedo confiar en que lo harás?

Paris se levantó, tratando de recuperar la dignidad.

–Lo haré.

Héctor, atendiendo más a sus ojos que a su boca, asintió satisfecho. En silencio, atravesaron la puerta Apolínea y se encaminaron hacia el palacio de Paris. Helena los aguardaba en el zaguán, acompañada por una esclava. Cantaron los primeros gallos, el amanecer se acercaba. Entraron y ayudaron a Paris a meterse en la cama.

Helena se abrazó a Héctor en el vestíbulo antes de que se marchara.

–Sufro al verlo así. –Tenía lágrimas en las mejillas.

–Se ha comprometido conmigo a enmendarse –la tranquilizó él.

–Ojalá fuera como tú. –Con suavidad, apoyó la palma de la mano en su pecho. La otra mano descendió lentamente hacia el borde de su faldellín. La mujer percibió cómo la tela se agitaba–. Un hombre fuerte, decidido, leal... Valdrías como rey de Esparta.

Héctor permaneció quieto y Helena se decidió a dar un paso más. Introdujo la mano bajo el faldellín, buscando a tientas el miembro erecto. Inmediatamente, el príncipe sintió crecer la excitación. Ella comenzó a acariciarlo con una mano mientras con la otra se abría la túnica para dejar al descubierto sus pechos generosos y firmes. Ambos jadeaban. Pronto las caricias aumentaron el ritmo. Héctor cerró los ojos, debatiéndose entre el deseo y el deber.

–Hazme tuya aquí mismo –le susurró Helena al oído–. No imaginas cómo una espartana puede darte placer.

Héctor apretó los dientes, luchando consigo mismo.

–Para –dijo con la mandíbula en tensión, pero ella continuó–. ¡Para! –insistió con voz firme. Agarró su muñeca y la apartó de sí–. Te he dicho que pares –repitió sin alzar la voz para no alertar a nadie–. Eres la mujer de mi hermano, y antes fuiste la mujer de ese que nos asedia al otro lado del Escamandro. –Sus ojos estaban inyectados de ira–. Apártate de mí.

–Sigues excitado –contestó ella señalando el bulto en el faldellín. Luego se abrió por completo la túnica.

–Me excito ante tu cuerpo de mujer como lo haría ante una furcia barata –soltó Héctor sin demasiada convicción, consciente de la excepcionalidad de su belleza.

–Pues házmelo como a una puta barata. Págame en plata, si te place. Puedo ser lo que quieras –se ofreció descarada al tiempo que se acariciaba los pechos.

Con el corazón desbocado y el miembro palpitando en su entrepierna, Héctor salió de la casa. Nada más cruzar el umbral, vio que Andrómaca lo esperaba a la entrada de su propio hogar, y disimuló su erección con el taparrabos. Ella lo miraba con el gesto torcido; no le gustaba que visitara aquella casa. Héctor la tomó del brazo y la introdujo en el vestíbulo, le desgarró la túnica y la tomó contra la pared, con urgencia. Ella se entregó; rodeó con las piernas la cintura de su marido y se mordió los labios para no gemir de placer. Andrómaca comprendió al instante dónde había nacido aquel arrebato de pasión, pero sólo le importó que lo culminara en ella. «Es mío, perra aquea», se dijo mientras recibía sus embates furiosos.

Helena permaneció sola en su vestíbulo, agitada, ansiosa,

paralizada por el rechazo. Ni siquiera se molestó en cerrarse la túnica.

–Yo soy única –pronunció en voz baja–. Tú eres uno entre muchos. Si no me quieres, conseguiré a otro como tú, y cuando lo tenga te lo mostraré para que sepas que me has perdido. Por Afrodita que lo haré –lanzó su voto, invocando a la diosa que tanto fervor suscitaba en su esposo. Se sentía húmeda y seguía jadeando.

El pequeño Ascanio no paraba de llorar. Creúsa lo mecía en brazos, desesperada y cansada, pero nada parecía calmarlo. Llevaba tres noches despertándose de madrugada y llorando con fuerza. Eneas paseaba por la cámara con gesto nervioso, alzando una oración a Apolo para que su hijo se tranquilizara.

–Debe dolerle algo, estará enfermo –decía.

–No tiene fiebre ni parece dolerle nada. Sólo le pasa a esta hora, el resto del día está bien. ¿Tendrá malos sueños? –Creúsa tenía que alzar la voz para hacerse escuchar por encima del llanto.

–¿Por qué no le pides a tu padre una esclava que se haga cargo de él por las noches? Todas tus hermanas y cuñadas tienen una. –Eneas hacía aspavientos con los brazos–. Necesitamos descansar, esposa.

–No le pediré nada al rey. –La mujer negaba con la cabeza–. Tú lo conoces. Nos tolera, pero preferiría que no estuviéramos aquí.

–Los hombres que le he traído serán la salvación de Troya –replicó Eneas, airado.

–Lo sé, esposo mío, pero mi padre es orgulloso. No dejará que se vayan, pero no esperes honores.

Eneas se echó un manto ligero por encima de los hombros.

–Eres su hija. Es a ti a quien espero que honre. –El pequeño Ascanio detuvo su llanto unos instantes–. Tu hermano es diferente. Ojalá Héctor se convierta pronto en rey de Troya –concluyó, y se encaminó hacia la puerta.

–No digas esas cosas. –La voz de Creúsa retumbó en las paredes ya vacías.

Eneas necesitaba despejarse. Caminó por las calles desiertas de la ciudadela, subió y bajó las empinadas cuestas, rodeando un conjunto de viviendas de altos funcionarios. Las murallas lo arropaban todo. Aquél era el último reducto de Ilión, el eje de su gobierno y de sus milicias. Cuando llegó al bastión de la zona oriental, contempló la llanura del río Simois, donde entrenaban los ejércitos. Los campamentos de los aliados de Troya se extendían al pie de la muralla de la ciudad baja, a levante. Allí estaban los valientes dárdanos, hombres afrentados por los aqueos, dispuestos a morir batallando contra aquella plaga que había invadido la Tróade. Pero no eran los únicos. Muchos otros pueblos habían acudido a luchar. Los oficiales colmaban la ciudad, y los soldados se agolpaban en los campamentos

improvisados extramuros. Guerreros de Adrastea, de Abidos, de Larisa, de Tracia, de Frigia e incluso de la lejana Amidón... Todos habían tomado conciencia sobre la proximidad de un combate en el que se jugarían la vida.

–¿Mala noche?

Eneas se giró bruscamente, alerta, y se topó con Sarpedón, que mostraba una amplia sonrisa.

–Mi hijo lloraba y no me dejaba dormir.

–Yo suelo desvelarme de madrugada. He oído tus pasos –aclaró el rey de Licia. Se asomó por encima de la muralla y contempló el mar de tiendas–. Ahí están mis hombres, junto a los tuyos. Las flores de nuestras tierras, recogidas para ofrendarlas a Troya.

–Los míos han dejado una tierra arrasada por esos malditos de pelo rubio –dijo Eneas–. Ansiaban venir a luchar, y sus mujeres los empujaban. Ellas también libran esta guerra. –Miró fijamente a Sarpedón–. Los aqueos no han llegado a Licia, por ahora. Tampoco habían llegado a Dardania hasta este año. Es la hora, tenemos que echarlos.

Sarpedón sonrió y apoyó su mano en el hombro amigo.

–No necesitas convencerme. Mi reino está lejos, pero sé que las consecuencias de esta guerra me salpicarán. –Miró a Eneas con admiración–. Hablas como un rey, sabes conducir a las personas.

–Lo he aprendido conduciendo bueyes y ovejas. –Los dos estallaron en risas que retumbaron en el silencio de la noche–. No creas que somos tan diferentes, Sarpedón. –Se puso serio–. Ovejas y personas necesitamos un pastor.

* * *

Briseida permanecía tumbada en la cama, desnuda, completamente quieta. Apretaba las piernas y sus manos temblaban ligeramente, anhelando subir hasta sus pechos para taparlos.

De pie frente a ella, Agamenón se agarraba el pene flácido y lo agitaba para provocar una erección. También estaba desnudo, y su incipiente barriga se estremecía con cada movimiento de su brazo.

–Muévete, ¡haz algo! No te quedes ahí quieta.

Ella, insegura, se incorporó y se sentó en la cama. Luego se puso en pie y se acercó al hombre, que la miraba con los ojos enrojecidos.

–¡Ven aquí! Sigue tú. –La agarró por la muñeca y la obligó a cogerle el miembro.

La esclava, aun temblando, comenzó a masajearlo con suavidad. Agamenón cerró los ojos. El pene adquirió cierta dureza, para perderla un instante después. Irritado, apartó a Briseida de sí con un manotazo.

–¡Zeus te maldiga, Aquiles! ¡Y Poseidón, Atenea, Apolo y todos los

dioses de los hititas! –bramó. Era la segunda vez que el rey de Micenas intentaba poseerla, el segundo fracaso, y estaba convencido de que Aquiles la había protegido con algún sortilegio.

Hizo llamar a otra esclava, una mujer de unos treinta años que los aqueos habían tomado en las costas Tracias. En cuanto apareció, se abalanzó sobre ella y le abrió la túnica, dejando sus grandes senos al aire. Sin acabar de quitarle la ropa, la lanzó a la cama y le abrió las piernas. Su mirada de pánico lo animó. La luz ocre de las lámparas dibujaba sombras en el cuerpo del rey, asemejándolo a un enorme oso. Briseida hizo el amago de marcharse, pero él le ordenó que se quedara.

–Esto es lo que debería pasar –dijo señalando su pene erecto, justo antes de saltar sobre la tracia y penetrarla.

Briseida cerró los ojos y dio gracias a Apolo por protegerla, por mantenerla alejada de aquel hombre fiero y despiadado. Aquiles la había usado con el mismo fin, pero la había tratado con respeto, esmerándose por que ella también sintiera placer. Se acordó del buen Patroclo y de sus palabras: «Amor y odio». Agamenón estaba consiguiendo que el amor por Aquiles ganara terreno al odio que siempre había sentido hacia él.

Ulises regresó con su pequeña flota cerca del mediodía. La jornada anterior, Crises lo había recibido en el templo de Apolo y lloró de alegría al volver a abrazar a su hija. Criseida estaba marcada por el horror de la esclavitud, pero el padre estaba convencido de que conseguiría borrar sus huellas. Los dioses a veces ponían pruebas demasiado duras a los mortales. El sacerdote de Apolo supervisó la hecatombe y organizó el festín posterior, en el que los dárdanos de la comarca compartieron mesa con los aqueos.

–Apolo detendrá la plaga, pero el campamento entero debe ser purificado –le advirtió Crises–. Tenéis que quemar a vuestros muertos.

–Pero nuestra costumbre es enterrarlos en tholoi para que puedan llegar al inframundo... –replicó Ulises, alarmado.

–Quemadlos y enterrad los huesos y las cenizas. Llegarán de igual manera. Nosotros llevamos mucho tiempo haciéndolo así –insistió.

Ulises se dejó convencer. Aquella medida ahorraría espacio y evitaría construir nuevos tholoi. En cuanto regresó al campamento, fue a reunirse con Macaón y Podalirio, reyes, hermanos y médicos. Ellos eran los encargados de coordinar el tratamiento de las enfermedades. El rey de Ítaca les explicó que Apolo al fin les iba a favorecer; erradicaría la peste, siempre y cuando siguieran las nuevas indicaciones.

Al principio, Agamenón se mostró reticente a incinerar los cuerpos, pero había conocido el poder de Apolo y no estaba dispuesto a asumir

el riesgo de enfurecerlo de nuevo. Ordenó que todo el campamento se purificara y quemaran a los muertos. A partir de ese momento, la incineración sería el rito funerario habitual.

–Lo haremos como los malditos troyanos, quemaremos a nuestros muertos como si fueran ofrendas a los dioses. E incluiremos a Apolo entre los dioses honrados en los sacrificios –comentó con los otros reyes, no demasiado convencido.

Los hombres y sus esclavas comenzaron a purificar con agua salada las tiendas de cuero, los cascos negros de las naves, las corazas y armas de bronce, y también sus propios cuerpos. El agua sucia fue arrojada al mar. Por la tarde, cuando el sol se acercaba al Egeo, los tholoi fueron abiertos y los cuerpos putrefactos fueron incinerados en grandes piras. Las hogueras encendieron la noche, y a su alrededor se llevaron a cabo sacrificios en honor de los caídos. El olor de la carne quemada se mezcló con el de la grasa de las víctimas sacrificadas, y todo el campamento se impregnó de un denso olor a muerte.

Los apestados que aguardaban su hora final fueron apartados en grandes tiendas a las afueras. Hubo nuevas infecciones y nuevas muertes, pero, pasados dos días, los casos remitieron drásticamente. Al fin Apolo había calmado su ira. Sus flechas ponzoñosas dejaron de sobrevolar las cabezas de melenas rubias de los aqueos.

Automedonte, portador del fuego, iniciaba la marcha, seguido inmediatamente por Aquiles y Patroclo. Detrás, dos mirmidones llevaban al toro cogido por sogas. Dos esclavas transportaban la cesta y el agua.

En el santuario, delimitado por piedras que dibujaban un círculo, los esperaba un sacerdote de Ftía. El altar consistía en un simple montón de cenizas de sacrificios anteriores. Junto a él había un hogar, una higuera y una gran vasija con agua. Automedonte prendió el fuego y comenzó el ritual, bajo la mirada expectante de los cientos de mirmidones que se agolpaban en torno al espacio sagrado. En el momento álgido, Aquiles se descubrió el torso y agarró el hacha de doble filo, dispuesto a asestar el golpe fatal. El toro, debidamente apaciguado con hierbas, se mantuvo quieto hasta que el pélida lo abatió de un solo hachazo certero. Luego, con un afilado cuchillo, lo degolló, y la sangre brotó generosa, haciendo brillar su piel azabache. Aquiles se empapó las manos con ella y se las restregó por el pecho y el abdomen. De inmediato, las esclavas comenzaron a gritar y a bailar, como poseídas por la vieja diosa.

–¡Mirmidones! –alzó la voz Aquiles para acallar los cantos y llamar la atención de sus hombres–. Agamenón nos ha ofendido quitándome lo que justamente me pertenecía. Nada nos ata a él. Nuestro rey es Peleo, y yo no hice ningún juramento para defender a Menelao. Por

eso dejaremos de luchar en esta guerra absurda. No tomaremos las armas más que para defendernos. –Algunos hombres se revolvieron inquietos. Eran guerreros, matadores de hombres, y ansiaban la batalla–. Juro que recuperaremos el honor perdido, y pido al insaciable en la batalla que ayude a sus hijos afrentados. Padre Ares, danos fortaleza, haznos infalibles en la lucha y salvajes en la guerra cuando llegue el momento de la venganza.

Se pasó la mano derecha por la cara, manchándosela de rojo. A su lado, el sacerdote recogía la sangre del toro en un recipiente de barro para verterla sobre el altar. Aquiles tenía un aspecto fiero, iracundo, como si el dios de la guerra lo hubiera poseído. Se apartó a un lado y dejó que los hombres más cercanos se mancharan también de sangre. Tras ellos, como las hormigas que los representaban, el resto de los mirmidones desfilaron ante el animal moribundo, compartiendo el voto de su comandante.

Los mirmidones constituían un pueblo tenaz y laborioso. Cuando labraban la tierra, eran los mejores agricultores. Cuando peleaban, eran la élite de Peleo, los guerreros más eficaces y disciplinados. Durante varios años de su juventud, antes de formar una familia, tenían la obligación de entregarse a la unidad de Ares, un cuerpo militar en el que eran sometidos a entrenamientos constantes, ejercicios físicos extenuantes y reglas disciplinarias extremas. El dios de la guerra era su patrón; a él le ofrecían los sacrificios y, a cambio, podían sentirlo junto a ellos en la batalla, infundiéndoles fuerza y coraje. Cuando Aquiles partió hacia Troya, se llevó consigo a la unidad de Ares, compuesta por más de dos mil jóvenes. Los diez años transcurridos los habían privado de la oportunidad de unirse en matrimonio. Muchos habían tenido hijos con sus esclavas, a las que ya consideraban como esposas legítimas. El vacío se había hecho notar en Ftía y en otros puntos de las tierras aqueas, donde una generación de muchachas languidecía porque la guerra les había robado a los mejores hombres.

–Miedo y Terror –clamaban los mirmidones para invocar a los vástagos de Ares. Luego se mojaban las manos en la sangre y se las llevaban a la cara.

En el banquete posterior al sacrificio, Aquiles se sentó junto a Patroclo y bebió el vino fuerte saqueado a los dárdanos en la última campaña. Quería sofocar su rabia y olvidar por unos instantes a Ojos de Perro y su ofensa.

–¿Qué haremos ahora? ¿Volveremos a Ftía? –preguntó Patroclo con cautela.

–Volveremos pronto, pero no todavía. Nos quedaremos lo suficiente para ver cómo Zeus restaura mi honor, cómo los troyanos echan a los aqueos al mar en sus naves podridas.

Patroclo meditó en silencio. Recordaba el encargo de su padre antes de marchar a la guerra: tenía que aconsejar a Aquiles y cuidar de él.

–Nosotros también somos aqueos –repuso.

Aquiles lo miró con los ojos enrojecidos.

–Tengo en común con Agamenón lo mismo que con mis caballos. Pero a ellos los quiero. Ojos de Perro me ha dado más motivos para la cólera que los troyanos. –Mantuvo la mirada fija en su compañero, como si esperara una réplica, pero éste agachó la cabeza. Aquiles se levantó y se acercó a una roca para aliviar la vejiga. Más calmado, intentó reconducir la conversación–. Ésta no es mi guerra. Vine engañado, me hicieron creer que los troyanos me habían ofendido a mí también, pero no es así. Menelao no es mi rey, sus asuntos son sólo suyos. –Tomó un pedazo de carne asada, masticó con ansia y se lamió los dedos. A su alrededor, la noche caía y los hombres empezaban a encender fogatas. La brisa marina del Helesponto agitaba las llamas–. Deseo volver a casa, ver a mi madre. También a mi padre, ese viejo mustio que vive de recuerdos. –Su voz adquirió el tono meloso de los aedas. Sonreía al recordar a Peleo sentado en su trono, aferrado a un poder que apenas podía ya soportar sobre los hombros–. Y a mi hijo. –Aquellas últimas palabras cayeron sobre su conciencia como una losa–. No he tenido tiempo de conocerlo, y debe ser ya un muchacho.

Aquiles había concebido a Neoptólemo en Esciro. Tetis lo había mandado a la isla en cuanto tuvo noticias de que Agamenón preparaba una expedición, pues para entonces el oráculo ya había señalado al príncipe de Ftía, aún un muchacho imberbe, como una pieza clave para la caída de Troya. Tras haberse formado en las artes de la guerra con Quirón, continuó su aprendizaje en la corte del rey Licomedes. Allí el joven dejó preñada a Deidamía, una de las cortesanas, pero no llegó a ver a su hijo nacer. Los reclutadores de Agamenón dieron pronto con él.

–No has nombrado a Deidamía –refirió Patroclo.

Aquiles tomó un largo trago de vino. Su sabor agrio le quemó la garganta.

–Deidamía no es nadie para mí –se sinceró–. Pasé buenos momentos con ella, nada más.

Patroclo respiró profundamente y bebió también. El alcohol comenzaba a hacer efecto.

–¿Nunca te has encariñado con nadie?

–A Briseida le estaba empezando a tomar cariño, pero me la han quitado. –Mantuvo un breve silencio. Apoyó su mano sobre el muslo de Patroclo–. A ti ya te tengo mucho cariño.

Patroclo sintió que la piel se le erizaba. Aquiles se puso en pie y, tomándolo del brazo, lo llevó a un lugar apartado. Amparado por las

sombras, lo amó. Así actuaba siempre; nadie avidinaba cuándo iba a sentir un arrebato de ira o de amor y, con frecuencia, ambos se daban a un tiempo.

–Le quedan menos de dos mil. No son tantos –comentó Idomeneo.

–Los mirmidones no son como los demás –respondió Áyax el Grande–. Tampoco mi primo es como los demás comandantes. Cuando entrenábamos con el centauro, él era el que corría más, el que cazaba las mejores piezas, el que tenía mejor memoria para las hierbas y curas... Aquiles es especial. Ya conocéis la profecía.

–Destaca entre los aqueos, cierto, pero es precisamente la profecía la que lo hace especial –opinó Ulises–. Todos la conocen y confían en que vencerán porque tienen a Aquiles cerca. Él es fundamental para mantener el ánimo de los guerreros. –Negó con la cabeza–. Ha sido un grave error de Agamenón. No necesita a Aquiles, pero sí al hombre que el oráculo ha señalado.

Idomeneo asintió.

–Los dos tienen la sangre caliente –intervino Áyax el Menor, llamado así para distinguirlo del otro. Era hijo del rey de los locrios, y comandaba a sus compatriotas en la batalla–. Se han dejado llevar por la ira.

–Sí. Tal vez Aquiles le ha dado motivos a Agamenón para enfurecerse –añadió Ulises–, pero el comandante supremo de un ejército debe ser más astuto que cualquiera de sus hombres. No debería haberlo alejado. ¿Cómo va a sustituir la esperanza que sólo él es capaz de despertar?

Los cuatro paseaban por el campamento en dirección norte, hacia los confines del cabo Sigeo.

–Le acabará pidiendo perdón –dijo Áyax el Grande–. No tendrá más remedio.

Sus compañeros lo miraron escépticos. Conocían el carácter orgulloso de Agamenón.

Iban a darse la vuelta cuando distinguieron una mancha negra no muy lejos. Un hombre, agachado, les daba la espalda. Ulises reconoció a Diomedes. Resopló y se acarició la barba, temiéndose otra de sus rarezas.

El rey de Argos ni siquiera se volvió para saludarlos. Ulises se adelantó dos pasos y pudo ver que centraba su atención en un perro que, bocarriba, mostraba varias heridas en el tronco. Diomedes parecía no poder apartar la vista de él. El animal intentaba retorcerse, pero los clavos que lo anclaban al suelo se lo impedían.

–Maldito loco. Por Hércules, ¿por qué haces estas cosas? –soltó asqueado el rey de Ítaca.

–Ansío matar, matar troyanos. –Diomedes sostenía una daga con la

diestra. Tenía la mirada perdida y no paraba de relamerse.

Sin dudar, Ulises desenfundó su espada y la clavó en el animal.

–Pronto podrás luchar. Aprende a reservarte –murmuró con fiereza el de Ítaca–. No deseo provocar la muerte más que como un medio para evitar el sufrimiento. Sin embargo, para ti parece ser una excusa para provocarlo –añadió sin ocultar su repulsión, contemplando el cuerpo ensangrentado del perro–. Deberías hablar con Podalirio. –De los hermanos médicos, Podalirio era el que se encargaba de las cuestiones mentales–. O con Calcante, para que te purifique.

Diomedes sonrió e, ignorando a Ulises, aferró a Áyax el Grande por los hombros y comenzó a caminar con él hacia las tiendas.

–El viejo Néstor va a tener razón –le dijo al gigante en voz alta–. Los hombres de ahora no valen nada comparados con los de antes.

* * *

Paris afinaba la puntería cerca de la ribera del Simois. Su auriga había colocado una diana de madera en la que había varios objetivos pintados en diferentes tamaños. Llevaba su coraza puesta, reluciente, y un casco de bronce con penacho. Sudaba copiosamente. El sol ya apretaba.

–¡Creía que no serías capaz ni de tensar el arco! –La voz de Héctor llegó antes que él. Su carro se acercaba conducido por Polidamante. Paris lanzó una nueva flecha, que se clavó en el dibujo de un pájaro–. Sudas como un cerdo, seguro que tu sudor huele a vino. –Paris resopló y frunció el ceño. Su hermano dejó de bromear–. Empiezo a sentirme orgulloso de ti. Hoy los hombres han entrenado mejor que nunca. –Señaló a los guerreros que se movían por la llanura simulando un combate–. Arriesgarán la vida por ti y necesitan ver que mereces la pena.

Paris esbozó una breve sonrisa.

–Hacía tiempo que no practicaba, pero no he perdido el tiro –dijo con orgullo.

–Sigue así –lo animó Héctor, e hizo una seña a Polidamante para que diera la vuelta al carro, hacia la zona en la que entrenaban los dárdanos de Eneas.

En los últimos días, Príamo, nervioso, había dado la orden de aumentar la intensidad de los entrenamientos. Esperaba un ataque inmediato. Seguían llegando más aliados de Troya, y había ordenado racionar las reservas de alimento y agua, así como aumentar las partidas de cazadores y las caravanas que traían comida de todos los rincones de la Tróade. Estas medidas alteraron a los troyanos, que veían cerca el desenlace de la guerra. Los padres de familia hacían sacrificios a los dioses protectores de la ciudad, y las mujeres

participaban en los coros y bailaban en los ritos de veneración a Apolo. La cueva del inframundo, la morada de Kaskalkur, rebosaba de figuras votivas de barro y bronce, que los vecinos ofrendaban para ganarse el favor del dios.

Cuando el sol comenzaba a declinar por el horizonte, los guerreros regresaron a la ciudad, extenuados y cubiertos de polvo. Tras ellos, Héctor y Polidamante atravesaron la puerta del Alba montados en su carro.

–¿Puedo ser sincero contigo, amigo? –preguntó el príncipe con gesto serio. El auriga asintió–. He dirigido batallas antes. Tú has estado a mi lado en ellas. Hemos derrotado a pueblos orgullosos y también hemos tenido que retirarnos del combate para salvar la vida. Pero ninguna batalla ha sido como ésta. Siento que el destino de mi pueblo está en mis manos, y eso me corroe. Tengo pesadillas. Temo por todos, también por Andrómaca y Astianacte. Troya no aguantará mucho tiempo esta situación... El tesoro merma y muchos ya pasan hambre. –Hizo un breve silencio–. Miles de hombres saldrán a la llanura para luchar bajo mis órdenes.

–Ilión está en las mejores manos. No lo dudo –respondió el fiel Polidamante–. Troya duerme tranquila sabiendo que tú dirigirás sus ejércitos.

Héctor sonrió agradecido, pero aquella confianza no hacía más que aumentar la opresión que sentía en el pecho. Dejó a su compañero en la ciudad baja y condujo el carro hasta entrar en la ciudadela por la puerta Apolínea.

Polidamante caminó hasta su casa. Como auriga, sólo llevaba puesta una coraza de cuero sobre una túnica acolchada. Por el camino, los ciudadanos lo saludaban con respeto; de hombres como él dependía la defensa de Ilión. Frente a la puerta de su hogar, pisoteó el suelo para soltar el barro y el polvo, y entró sin percatarse de las dos figuras que lo habían seguido en su marcha por la ciudad.

Helena miró a su alrededor, tratando de fijarse en algunos detalles que la ayudaran a recordar su ubicación. La anciana Etra tiró de su brazo para llevarla de vuelta al palacio.

–Vamos, señora. Temo que alguien te reconozca. No es bueno para ti que te vean por aquí.

Pero Helena aguardó un instante más. Observó la puerta cerrada, con el recuerdo de la espalda fuerte de Polidamante todavía vivo en la memoria. «Un gran ejemplar de troyano», pensó.

–Tranquila, madre querida. Con estos ropajes no me reconocería ni mi esposo.

Las dos mujeres iban ataviadas como cualquier troyana común, con vestidos de lino decorados con franjas de vivos colores, cinturones de

cuero bien ceñidos por encima de la cadera y velos de burda tela sobre los sencillos tocados. No usaban más joyas que unos pendientes en forma de aro con cuentas de cristal.

–Hasta con harapos podrías rendir al más apuesto de los hombres –repuso Etra con orgullo, como si hablara de su propia hija–. Pero debo advertirte: lo que buscas no te beneficiará. Te vas a poner en peligro. Lo conseguirás, no lo dudo, pero, si alguien se entera, acabarás apedreada en la explanada del mercado.

–Sólo se enterará quien debe enterarse –contestó Helena enigmáticamente, al tiempo que echaba a andar contoneándose, provocando giros de cabeza en los hombres que se cruzaban con ella.

La flecha se clavó con firmeza en el saco, derramando arena sobre la alfombra de tréboles. El objetivo pendía de la rama de un sauce que crecía junto a la tumba de Ilo.

–Apolo te ha bendecido, sobrino –comentó Casandra, sorprendida.

Sentada sobre una roca, observaba cómo Pándaro practicaba con el arco. La muchacha había ido a hacer una ofrenda de laureles a Apolo en su templo de la ribera del Escamandro, y en el camino de vuelta se había encontrado con él.

–Tenemos la misma edad, no me llames sobrino –repuso el hijo de Licaón mientras tomaba otra flecha del carcaj. Dio varios pasos atrás y disparó, acertando de nuevo–. Ojalá fuera la cabeza de un aqueo.

–Tendrás ocasión de lanzar tus flechas a más de una.

Pándaro se disponía a alejarse un poco más cuando advirtió en la distancia la figura de Otrioneo.

–Ahí llega tu prometido –comentó con sorna.

La joven sintió cómo su corazón se aceleraba. Saltó de la piedra y se puso en pie para saludarlo.

–Voy al templo, ¿me acompañas? –propuso el recién llegado.

La mirada de Casandra se iluminó. Miró a Pándaro, esperando su complicidad, y éste asintió con una sonrisa.

–¿Quién mejor que una sacerdotisa de Apolo para llevarte a su templo?

Casandra caminaba en silencio, contenta pero cohibida por la presencia de su amado. Otrioneo se dejaba conducir por ella mientras le contaba anécdotas de los últimos días de entrenamiento.

–Tendrías que verlos, tres gallos aireando sus crestas. –Hablaba sobre la rivalidad entre Eneas y los hijos de Antenor, con los que Príamo lo había obligado a compartir el mando de los dárdanos–. Espero que Eneas se imponga. Arquéloco y Acamante saben de guerra lo mismo que una oveja. Yo tampoco sabía mucho, pero estoy aprendiendo. Tu hermano es un gran comandante.

A pocos pasos del lecho del río, junto a un bosque de olmos que se extendía por la ribera, se alzaba el templo del dios. El sol hacía ya un buen rato que había alcanzado su cénit y caía pesadamente hacia los confines de la tierra. Cuando Casandra se adelantaba para entrar en el pequeño santuario, Otrioneo la detuvo tomándola de la mano.

–No he venido a adorar a Apolo. El dios ya me ha dado lo que tanto he pedido.

Casandra se ruborizó. En sus palabras había un atisbo de blasfemia, pero acalló el reproche. Bajó la cabeza y se alisó la túnica con gesto nervioso. Otrioneo la tomó por la barbilla, le levantó la cabeza y la besó en los labios mientras clavaba la mirada en sus profundos ojos negros. La muchacha se estremeció. Su prometido no era el hombre más guapo ni el más alto, pero la amaba a pesar de sus lastres. Ella también lo amaba.

–Ven.

Otrioneo la llevó al bosque de olmos y allí, apartados del camino, la abrazó y la besó de nuevo. Casandra cedió a las caricias y, con la complicidad del atardecer, arrullados por el sonido cercano de las aguas del Escamandro, se tendieron sobre la hierba para amarse. Otrioneo la trató con delicadeza, y Casandra se entregó a la pasión con la ilusión y los nervios de la primera vez.

Por unos momentos, la guerra, el asedio de los aqueos, el miedo y todos los funestos presagios que poblaban sus cabezas quedaron difuminados en el éxtasis intenso de tenerse.

–Los exploradores los ven sacar a sus vacas y recorrer su parte de la llanura –comentó Antenor a su rey. Así se referían los troyanos a los carros aqueos con revestimiento de piel de buey–. Están inquietos.

–Días aciagos en los que esta corona pesa demasiado sobre mis hombros. –Príamo llevaba puesta su alta tiara cilíndrica engastada con pedrería, símbolo de su realeza. Su constitución siempre había sido delgada, pero en los últimos tiempos había perdido peso. Su rostro lucía unas profundas ojeras que le sombreaban la expresión y había dejado de teñirse la barba, que llevaba recogida en un complejo trenzado.

–Mi rey, favorito de Apolo y de Kaskalkur, en las manos tienes el medio para acabar con esta guerra que nos desangra sin mover ni un solo guerrero en la llanura –pronunció Antenor cauteloso. Podía expresar sus ideas con libertad, pero nunca olvidaba quién portaba la corona de Troya.

Príamo negó. Las llamas del hogar dibujaban sombras sobre los frescos del gran salón del mar Océano.

–No vuelvas a ese tema. Ya conoces mi decisión. No devolveré a Helena, ahora es la esposa de mi hijo. –Suspiró, cansado–. ¿Crees que

con eso acabaría la guerra? ¿Crees que es lo único que quiere Agamenón? Viejo amigo, sabes como yo que lo que quiere es el paso al mar Oscuro, el bronce y todo lo demás sin tener que pagar nuestra cuota. –Antenor no tuvo más remedio que darle la razón–. Odio a los aqueos, y ha llegado el momento de plantarles cara. Tampoco me olvido de mi hermana querida. –Se refería a Hesíone, a quien Hércules había entregado a Telamón décadas atrás, tras su saqueo de Troya–. Paris no hizo otra cosa que responder a esa ofensa. No la devolveré mientras ellos retengan a mi hermana –zanjó, sin tener en cuenta los rumores acerca de la vida feliz y apacible de Hesíone.

–La diferencia es que Helena ya tenía un esposo: el rey de Esparta –replicó Antenor.

Príamo se puso en pie y miró con ira a su asesor. Antenor comprendió al instante que debía retirarse.

–Disculpa mi torpeza, mi rey. Sólo busco el bien de Ilión con mis consejos. –Agachó la cabeza y obtuvo una leve sonrisa tranquilizadora por parte de Príamo.

Cuando se quedó a solas, el rey se encaminó hacia la estancia anexa al gran salón. Allí, Hécuba, sentada con dignidad en una silla de madera revestida de oro, se dejaba peinar por dos esclavas. Príamo se detuvo en la puerta para observarla. Había tenido decenas de concubinas, había saboreado las mieles del placer con mujeres venidas de los cuatro confines del mundo, pero ninguna igualaba a la soberbia Hécuba, hija del rey Dimas de Frigia. Había deseado a muchas mujeres, pero sólo había amado a su esposa. Con ella había concebido a diecinueve de sus más de cincuenta hijos. Los embarazos habían malogrado su figura, pero, aun así, ella sabía mostrarse elegante, acorde a su condición de reina. Su rostro mostraba incipientes arrugas en el contorno de sus ojos y en la frente, que trataba de disimular con kohl. Príamo sonrió. A sus cerca de ochenta años, el deseo había menguado; sin embargo, había aprendido a valorar a una mujer por lo que era, y Hécuba era su reina.

–Esposo, ¿te has quedado sin habla? –La mujer no movió la cabeza. Las esclavas le remataban el tocado y le colocaban el velo hacia atrás.

–Me he quedado sin vista, deslumbrado –respondió él, zalamero.

Hécuba sonrió, agradeciendo el cumplido.

–¿Hay noticias?

–Lo que ya sabemos. Pronto habrá batalla –dijo el rey.

–Estamos preparados. Nuestros aliados y la peste han equilibrado los números.

–Los aqueos siguen siendo muchos más.

Las esclavas, terminada su labor, se retiraron con sigilo. Hécuba tomó un espejo de bronce pulido y contempló el resultado.

–Hermosa –afirmó Príamo, quitándose la tiara y alisándose los

cabellos plateados. Luego se sentó en un banco de piedra, bajo una de las ventanas que iluminaban la estancia–. Me acuerdo de aquellos años en los que yo era un joven fuerte que podía alzarte en volandas, cuando no había gineceo que calmara mi apetito...

–Sigues teniendo apetito, a pesar de los años –se insinuó Hécuba.

–Sólo de ti, ya nadie me satisface como tú. –Hizo una mueca, intentando forzar una sonrisa–. Me has dado muchos hijos buenos que continuarán mi estirpe y mi legado.

–También te los he dado malos, pendencieros y holgazanes.

Príamo asintió.

–Dime, esposa, ¿de cuáles es Paris? A veces creo que lo consiento demasiado, y que eso hace que sea blando.

–Los dos sabemos que es de ambos. Bueno y malo. Tranquilo, mi rey, no lo has hecho mal con él. Sabrá obrar bien en la batalla y, si flaquea, tenemos a Héctor.

–Sí, siempre tendremos a Héctor, semejante a Apolo. No es el más valiente, pero sí el más sensato y obstinado. Esas cualidades son las que lo convierten en líder, y por ellas lo he nombrado mi heredero. Ha aprendido a ser valiente. Cuando la valentía llega de esa manera no anula a la razón, que tan necesaria es para cualquier hombre.

–Y para cualquier mujer –apostilló ella.

Príamo se irguió y la miró fijamente.

–Hasta los caballos que pueblan Troya saben que tú eres la reina, y yo nada más que tu consorte.

Hécuba se mostró seria unos instantes, pero enseguida explotó en carcajadas.

–Ya basta, esposo. Este mundo es de los hombres. Tú eres el rey, y me alegro por ello. Eres un hombre sabio que toma buenas decisiones. Yo sé cuál es mi lugar, y lo acepto con orgullo. –Hécuba mantenía la compostura–. Se acerca una dura prueba y sé que estarás a la altura de lo que tu pueblo espera de ti.

Príamo se puso en pie y, suspirando profundamente, volvió a ceñirse la tiara. Se despidió y se encaminó hacia el templo de Atenea, a cuyas puertas lo aguardaban cinco carneros de dos años para los sacrificios de aquel día.

–El Divino Arquero nos asista y mantenga para siempre el Paladión en las entrañas del templo de Atenea, donde debe estar, en manos de los hijos de Ilo –murmuró apesadumbrado.

–No ha sido nada, levántate.

El pequeño Astianacte, al darse cuenta de que no iba a recibir la atención de su madre, continuó con sus juegos a las puertas del palacio de Príamo. Ascanio gateaba a su alrededor.

–Haces bien –le dijo Creúsa a Andrómaca–. Tienen que hacerse

fuertes. Los mimos los convierten en niños débiles, y mañana serán hombres cobardes. Eneas apenas lo coge en brazos; siempre me recuerda que él se crio sin madre.

–He oído que la madre de Eneas es una diosa.

–Sí, eso dicen. Afrodita. –Creúsa esbozó una sonrisa–. Hay tantos hijos de dioses que ya no sé si alguno lo es de verdad. Detrás de cada bastardo y de cada niño abandonado hay un dios o una diosa. –Andrómaca se echó a reír–. El mismo Eneas pone en duda la historia que le contó su padre. Piensa que se la inventó para darle más valor a su estirpe –bajó la voz–. Me confesó que cree que su madre es una pastora del monte Ida.

Ambas rieron y los niños las miraron desconcertados.

–A todos los hombres les gusta darse importancia. –Andrómaca tenía lágrimas en los ojos por la risa.

–Pero nosotras hemos tenido suerte. –Creúsa se mostró más seria–. Nuestros esposos son fuertes y decididos, pero no se vanaglorian de nada. El respeto se lo ganan con los hechos, no por el nombre.

Andrómaca le tomó la mano derecha.

–Tienes razón, amiga mía. Héctor y Eneas son buenos pastores de hombres. Espero que los dioses lo tengan en cuenta a la hora de repartir sus bendiciones. –Su mirada se perdió en los juegos de su hijo–. Los que acampan en el cabo Sigeo también adoran a nuestros dioses. Eso me asusta... Somos dos gigantes tirando de la misma cuerda.

–Los dioses siempre favorecen las causas justas, tranquila –remató Creúsa.

Pero sus palabras intranquilizaron aún más a Andrómaca. Guardó silencio, pero rumió sus dudas. No creía que la obstinación por retener a Helena en Troya fuera una causa justa.

* * *

–De Lirneso –contestó Briseida a la joven esclava tracia con la que Agamenón había yacido.

Sentadas sobre una manta, con la espalda apoyada en uno de los muros de la casa, descansaban mientras contemplaban cómo caía la noche sobre el campamento.

–Al sur –añadió, tras constatar que la mujer no sabía dónde estaba la ciudad. La tracia la entendía, sus idiomas se parecían, pero tenía más dificultad para hacerse comprender–. Era la esposa del rey. Aquiles saqueó mi tierra y me hizo su esclava. Luego Agamenón me reclamó para él.

–Como saco trigo –respondió la joven con una mueca de desprecio–. A mí, el gigante, Áyax. Regalo al rey. –Con aquellas

sencillas palabras le desveló el drama de su captura.

Dos lágrimas le asomaron a los ojos, y Briseida la tomó de una mano, sintiéndose su hermana en el cautiverio.

–Saludos –oyeron de repente–. ¿Estáis bien?

Briseida no reconoció a Fénix hasta que se sentó junto a ellas.

–Estamos vivas –contestó Briseida–. Ya es bastante en los tiempos que corren.

–¿Te ha tocado? –preguntó el hombre, mirándola fijamente.

Briseida negó con la cabeza.

–Lo ha intentado, pero no ha podido. Piensa que Aquiles me protege con algún sortilegio –sonrió–. Sólo el miedo lo cohíbe. –Fénix reprimió una carcajada al imaginar a Agamenón, el todopoderoso comandante aqueo, impotente ante aquella mujer–. Ella no ha tenido tanta suerte. –Inclinó la cabeza hacia su compañera.

–Pobre niña... –murmuró Fénix–. ¿Te ha pegado? –se dirigió de nuevo a Briseida.

–No. Me ha puesto a trabajar en el telar.

–Está bien, muchacha. Me quedo más tranquilo. –Soltó un suspiro.

–¿Para eso has venido con Agamenón?

–¿No es evidente? Nunca lo oirás, pero Aquiles se preocupa por ti. Te ha tomado cariño. –El corazón de Briseida se aceleró de forma involuntaria–. Es como un niño.

–No consigo ver a ese niño del que hablas. Veo a un hombre que saqueó mi patria, mató a mi familia y me convirtió en esclava.

–Aquiles es orgulloso, se enoja con facilidad y le cuesta ceder... Pero, si sabes buscar, encontrarás en él la candidez de un chiquillo. –Los ojos de Fénix brillaron. A su mente acudieron los recuerdos de un tiempo mejor en el que la guerra aún no sacudía el Egeo, cuando él, instalado en la casa de Peleo, tutelaba e instruía al pequeño Aquiles–. Debo marcharme. Seguiré haciendo libaciones a Zeus para que te proteja.

–Entonces, ¿eres tú el que ha rogado a los dioses para que cuiden de mí?

Fénix sonrió y se retiró a su tienda sin contestar.

La noche había caído y las mujeres se prepararon para dormir sobre sus mantas.

–¿Amor, Aquiles? –preguntó la tracia, demostrando que había comprendido la mayor parte de la conversación.

–No. He perdido la capacidad de amar –contestó Briseida, pero en su interior se sentía turbada, y el eco de las palabras de Fénix seguía acelerándole el corazón.

Un halo de luz hacía brillar su pelo cano. Néstor no paraba de sonreír y se movía con soltura, como si tuviera veinte años menos. Agamenón

caminaba a su lado, apoyado en su hombro. No había nadie más a la vista. El mar, agitado, batía las olas a sus pies. Las gaviotas graznaban sobre sus cabezas.

–Pronto atravesarás las puertas Esceas –vaticinó Néstor con voz profunda–. Hera está de nuestra parte. La de los ojos de vaca ha convencido a todos los dioses para unirlos a nuestra causa. Aguardan días aciagos a los hombres de Ilión.

El rey se echó a reír a carcajadas. El cuerpo de Néstor se desvaneció lentamente, y el rey de Micenas llenó con su risa triunfal la playa infinita...

Agamenón se despertó súbitamente con una sonrisa dibujada en la boca. No albergaba ninguna duda. Sueño, hijo de la diosa Noche, se le había aparecido bajo la forma de Néstor para transmitirle un mensaje de esperanza y un mandato. No importaba que la cólera de Aquiles lo hubiera llevado a apartarse de su ejército, no necesitaba a los mirmidones para derrotar a los troyanos. Se recreó unos instantes en el sueño, dominado por una certeza: había llegado la hora de tomar las armas y montar en los carros.

Con determinación, el rey echó de su cama a la esclava que había dormido con él y le pidió que lo vistiera. La joven le puso una túnica nueva, el manto púrpura y unas sandalias de cuero; también le arregló el peinado, anudando cintas nuevas en alguna de sus trenzas, y le ajustó un ancho cinturón que disimulaba su barriga. Agamenón se colgó del hombro el tahalí del que pendía su espada tachonada con plata, agarró con la diestra el cetro y salió con paso firme. El amanecer se anunciaba en el cielo, el campamento despertaba.

–Convocad asamblea en el ágora –ordenó a los heraldos–. Llamad a los reyes, que se reúnan conmigo en la tienda de Néstor. Que venga Calcante también. –Los heraldos hicieron amago de retirarse, pero Agamenón añadió una última orden–: Haced sacrificios generosos a Hera, que ama a los aqueos y odia a los troyanos.

Hera, diosa de lo femenino, hermana y esposa de Zeus, era vista por muchos como la vieja diosa minoica, sometida ahora por su esposo.

Los mensajeros se dividieron para cumplir su cometido. Uno partió raudo hacia los corrales de la zona occidental del campamento, donde se concentraban los animales destinados a los sacrificios. Los demás comenzaron a recorrer el entramado de tiendas para vocear la convocatoria del hijo de Atreo.

Escoltado por cuatro lanceros con el pecho descubierto, Agamenón caminó por la orilla del mar hasta que, a la altura de las tiendas de los mesenios, se adentró en el campamento. Fue el primero en llegar a la tienda de Néstor, que lo recibió a la entrada, junto a un hogar en el que aún humeaban algunos rescoldos. Poco a poco, fueron uniéndose

los demás: Menelao de Esparta, Ulises de Ítaca, Diomedes de Argos, Idomeneo de Creta, Áyax, hijo de Telamón de Salamina, Áyax el Menor, príncipe de los locrios, e incluso los médicos Macaón y Podalirio. Vestido de negro, apoyado en su cetro y caminando con dignidad, el adivino Calcante apareció en último lugar.

–El sueño me ha hablado mientras dormía... –relató Agamenón sin ocultar su euforia. Reprodujo todo lo que había escuchado–. Troya caerá hoy mismo –sentenció finalmente–. Hera ha convencido a todos los dioses para que nos ayuden.

Un silencio denso se adueñó del consejo. Sus compañeros calibraban la información, sopesando si había algún indicio de veracidad en el relato o si, sencillamente, Agamenón se había vuelto loco.

–Los sueños a veces son engañosos –dijo Calcante pasados unos instantes–. Sólo Apolo y su oráculo conocen lo venidero.

–Apolo ahora también está de nuestra parte –replicó Agamenón.

–No niego que tu sueño sea un mandato divino –intervino Ulises con cautela–, pero tampoco podría jurar que lo sea. –Sembró la duda–. ¿Y si lo ponemos a prueba? Podemos idear un obstáculo, algo que entorpezca el inicio de la batalla. Si realmente son los dioses los que la convocan, hallarán la manera de llevarla a cabo.

Agamenón se palmeó las rodillas con fuerza, sacó pecho y se puso en pie.

–Está bien. Si queréis una prueba, la tendréis. Contaré a nuestros guerreros que los dioses me han augurado en sueños que perderemos la guerra. Diré a todo el mundo en el ágora que lo mejor es que huyan en las naves de vuelta al hogar. –Los señaló. Varias cabezas asintieron, satisfechas con la propuesta–. Vosotros, sin embargo, intentaréis convencerlos para que no se vayan. Si los hombres se quedan, tendréis vuestra prueba de que los dioses están con nosotros y nos animan a luchar hoy mismo.

En cuanto el rey tomó asiento de nuevo, Néstor se puso en pie para dirigirse al consejo.

–Desconfiaría del sueño de cualquier otro, pero no del de Agamenón –comentó el viejo rey de Pilos–. Hagamos la prueba. Veremos si los dioses insisten en que libremos hoy la batalla.

Varios miles de guerreros, muchos de ellos con las corazas puestas, se habían congregado en el ágora en torno a la gran roca del orador. Agamenón, sobre ella, aguardaba a que los nueve heraldos que aullaban sus órdenes consiguieran silenciar a la multitud.

–Zeus me engañó –comenzó, rotundo, cuando los ánimos se calmaron–. El que truena en lo alto me dijo que tomaría Troya, pero ahora me ordena volver a Micenas sin gloria alguna. Me lo ha dicho

en un sueño. –Sobre muchos rostros se dibujó la decepción; otros suspiraron aliviados–. Tantos años perdidos viendo pudrirse las maderas de nuestras naves... No hemos perdido, pero tampoco hemos ganado. Hoy somos menos que hace diez años, y más viejos. Ha llegado el momento de que todos volvamos a nuestros hogares –dijo finalmente, y enseguida miró a sus compañeros.

Los aqueos reaccionaron de inmediato. Se alzaron miles de voces con las que unos se animaban a otros. Pronto todos estuvieron en marcha. Hubo una gran algarabía; los hombres corrieron hacia las tiendas para desmontarlas, y hacia las naves para empujarlas al mar.

Ulises tomó la iniciativa. Saltó sobre la roca y le arrebató su cetro a Agamenón para dirigirse a los reyes y a los guerreros.

–¡Escuchadme! –gritó con el cetro en alto–. ¡Agamenón os está poniendo a prueba para que le demostréis vuestra fidelidad! ¡A los que os vayáis, os castigará! Yo, rey de Ítaca, no veo claro lo que quiere.

Aquellos que estaban más cerca se detuvieron y se volvieron hacia la roca. Su ejemplo cundió rápidamente, y fueron muchos quienes decidieron aguardar para comprobar cómo se desarrollaba el resto de la asamblea.

–¡No nos convenzas! –gritó Tersites, un pobre desgraciado patizambo y con joroba al que sus compañeros daban de lado–. Ya has oído a Agamenón. Nos anima a irnos. Se equivocó al deshonrar a Aquiles y quitarle a su esclava. Él solo quiere botín, el que nosotros conseguimos con sudor y sangre. ¡Vámonos! Ya es hora de volver a casa, por Hércules.

Ulises bajó de un salto de la roca y lo señaló con el cetro del rey de Micenas.

–Atisbas la posibilidad de marcharte y tus talones ya te golpean las nalgas, Tersites. –El hombre lo miró asombrado al ver que lo reconocía–. No eres más que un cobarde. –Su voz retumbó en el ágora, acallando el tumulto–. Hablas de botín, pero poco botín has ganado tú. Sigue hablando así y te desnudaré aquí mismo y te azotaré. –Ulises se acercó a él y le propinó un golpe en la espalda con el cetro.

El jorobado se inclinó, dolorido, y la asamblea estalló en unas sonoras carcajadas que relajaron el ambiente. Agamenón, aún en silencio, centraba su atención en Ulises, que volvió a tomar la palabra:

–Hemos acampado aquí durante diez años –aulló mientras se sofocaban las últimas risas. El jorobado lloraba a sus pies–. Al comienzo de esta guerra, un oráculo predijo que Troya caería al décimo año. Cada día hemos aguantado sin desfallecer, confiando en el augurio de Calcante, el mejor de los adivinos. Ahora, a las puertas de la gloria, ¿queréis realmente retiraros?, ¿queréis que los años de espera sean baldíos? –Hizo una pausa–. Tened paciencia. Pronto tomaremos la ciudad.

Los primeros aplausos comenzaron cerca de él, pero enseguida se expandieron por el resto del ágora. El rey de Ítaca había conseguido elevar la moral de los hombres. Todos vislumbraban cerca el triunfo definitivo.

–¿Dónde quedan nuestros juramentos? –intervino Néstor, que se había colocado junto a Agamenón–. ¿Dónde quedan los apretones de manos? Nos comprometimos a venir para derrotar a Príamo y al afeminado de Paris. Y Zeus nos envió señales favorables cuando embarcamos. Que ningún aqueo vuelva a casa hasta que no se haya acostado con la esposa de un troyano. ¡Venguemos a Helena! –Menelao se irguió; su melena rubia destacó sobre el resto de cabezas–. Si alguien quiere irse, que lo diga aquí y ahora, para que podamos matarlo. –Nadie se movió. Pasados unos instantes, el viejo rey mesenio se dirigió a Agamenón–: Vamos a la batalla, rey de Micenas. –Éste asintió, como si él también se hubiera dejado convencer–. Reúne a los hombres y agrúpalos por familias y tribus para que podamos ver quién es valiente y quién un cobarde.

Entonces, al unísono, los reyes comenzaron a pisotear con fuerza el suelo. Los hombres los imitaron enseguida, provocando el estruendo y la polvareda de un ejército en marcha.

–Si Aquiles y yo llegáramos a un acuerdo –Agamenón tomó la palabra–, los troyanos hallarían antes la derrota. ¡Pero no lo necesitamos para vencer! ¡Volved, tomad agua y comida y preparaos para la batalla!

La asamblea se disolvió. Los mismos hombres que habían corrido hacia las naves para echarlas al mar, corrían ahora entusiasmados para ponerse las corazas y blandir lanzas y espadas. Por todo el campamento sonaron los pasos apresurados de la tropa y los relinchos de los caballos mientras les ceñían los yugos de los carros de combate. Alrededor de ellos, las esclavas gritaban y danzaban invocando a los dioses, los sacerdotes hacían libaciones y los chiquillos correteaban suplicando a los guerreros que los dejaran marchar con ellos.

Agamenón se reunió de nuevo con su consejo y decidió interrogar a Calcante sobre el modo de batallar de los troyanos. Los habían visto pelear en escaramuzas, pero no en grandes batallas.

El adivino les informó sobre la manera de pelear de los suyos, que usaban los carros como plataforma de combate y para el lanzamiento de armas arrojadizas. Los carros de Ilión portaban a tres hombres: un auriga, un arquero con escudo y un lancero con coraza de bronce o armadura pesada de escamas. En cambio, los aqueos usaban carros para dos hombres, el auriga y el lancero, y normalmente sólo los utilizaban para desplazarse hasta la zona de combate.

–Tenemos más lanceros –comentó Diomedes–, en ellos debemos apoyar nuestra estrategia. Y en los arqueros, para que ataquen a los

carros. –Sintió un escalofrío–. Tengo sed de sangre –concluyó con los ojos rojos y brillantes.

–¿Y si no responden? –preguntó al aire Idomeneo. El rey de Creta vestía la armadura de su abuelo Minos, una coraza con un grabado que representaba a la diosa Madre sujetando dos serpientes con las manos, y un casco de bronce con cuernos a los lados–. ¿Y si se quedan tras las murallas?

–La guerra tiene reglas –intervino Áyax el Menor con gesto serio–. Presentarán batalla. Hoy es el día que llevamos tanto tiempo esperando, ellos y nosotros. –Los exploradores les habían informado de que los troyanos entrenaban en la llanura del río Simois–. Pero, tranquilo, Idomeneo. Si no salen, entraremos nosotros.

Los reyes acordaron sus posiciones y luego se retiraron para hablar con sus hombres. Sólo Ulises se rezagó junto a Agamenón.

–Tengo algo que mostrarte. Acompáñame.

El rey, intrigado, lo siguió. Se temía un ardid o alguna alocada propuesta. Ulises entró en su tienda y salió de ella con un manto de piel de cabra. En el centro lucía una representación de la Gorgona, el monstruo capaz de petrificar al que lo miraba a los ojos, y a su alrededor había pintadas serpientes que continuaban en la parte inferior en forma de flecos hechos con lana teñida. De los extremos pendían dos borlas, también de lana. La primera reacción de Agamenón fue volver la cabeza ante la visión de aquel rostro de mujer con dientes afilados y los ojos desencajados.

–La Égida –dijo sin más Ulises. Agamenón se postró en el suelo–. Levántate, rey de Micenas. Es sólo una réplica que han confeccionado mis esclavas.

–Maldito Ulises... ¡Tú y tus engaños! ¿Qué pretendes?

–Lo mismo que tú: ganar esta guerra. –Agitó el manto–. Ordena a uno de tus heraldos que lo muestre por el campamento, que corra el rumor de que Atenea nos ha prestado su Égida. Los hombres pelearán como nunca.

–¿Quieres que mienta? –Agamenón lo miró con desprecio.

–No es necesario. Di al heraldo que no diga nada, que lo enseñe sin más. Los hombres sacarán sus propias conclusiones. Todos sabemos que Atenea está con nosotros.

El comandante volvió a mirar el horrendo rostro de la Gorgona, cuyo poder era tan antiguo como el mundo.

–Está bien –accedió al fin–. Ahora hagamos un sacrificio al amontonador de nubes para que nos otorgue la victoria.

Agamenón sacrificó un buey de cinco años en el altar de Zeus. En el campamento, los hombres alzaban la voz para llamarse unos a otros mientras se dejaban abrochar las corazas forradas con cuero y se ceñían los cascos adornados con penachos, cuernos o crestas enhiestas.

Los heraldos voceaban las órdenes. El manto de Ulises, la falsa Égida de Atenea, recorría el campamento del brazo de uno de ellos. Enseguida corrió el rumor sobre la ayuda divina y los corazones se inflamaron de seguridad.

No había llegado el mediodía cuando los primeros batallones rebasaron el extremo sur del campamento, junto a las tiendas de los mirmidones.

Aquiles y Patroclo observaban las maniobras. El sol lucía inclemente, y el pélida llevaba el pecho descubierto. Sonaban flautas, amortiguadas por los pasos de miles de pies que levantaban nubes de polvo.

–Los hombres ansían la batalla. –Patroclo señaló a los mirmidones–. Están nerviosos.

–Zeus anima a los aqueos a luchar para que perezcan a manos de los troyanos. Así se lo pedí, y así me lo ha concedido. Aprenderán a valorarme con la derrota. –Aquiles miraba a los guerreros que salían del cabo Sigeo y se adentraban en la llanura.

Patroclo guardó silencio. Conocía el orgullo de su compañero, capaz de mantenerse firme hasta la muerte por defender una idea. No lo compartía, pero admiraba su sentido de la honestidad.

–Hagamos algo para distraernos –propuso Aquiles, y se dirigió a los establos para pedirle al mozo que le preparara el carro.

* * *

Desde la acrópolis parecía una de las frecuentes nubes de polvo que los vientos del Helesponto levantaban en las playas, pero enseguida se alzaron varias columnas más y el joven Polites comprendió lo que estaba ocurriendo.

–¡Se mueven! –gritó mientras corría hacia la explanada del templo de Atenea, donde Príamo había reunido a la asamblea de notables–. ¡Los aqueos se mueven!

–¿No serán entrenamientos, hijo? Asegúrate antes de irrumpir en la asamblea de este modo –exclamó el rey con autoridad.

Héctor caminó hasta tener a la vista el cabo Sigeo.

–¡No, padre! No es un entrenamiento. –Señaló las nubes de polvo. Su corazón se aceleró–. Ha llegado el día –sentenció.

Príamo se removió, inquieto.

–¿Sabes lo que hay que hacer? –preguntó con gesto serio, añorando la fuerza y resolución de sus años de juventud.

Héctor asintió, orgulloso de recibir el encargo de su padre ante la asamblea de Ilión.

–¡Llegó la hora! –Héctor subió la escalinata del templo y se dirigió

a los adalides–. Hoy terminarán las penas, hoy levantaremos la cabeza y echaremos a esos salvajes de nuestra tierra sagrada. Quemaremos sus tiendas y sus naves serán la nueva flota de Troya. ¡Con ellas, dominaremos de nuevo el Helesponto! –En respuesta se oyeron vítores y pisadas fuertes que hicieron temblar el suelo. Cuando los hombres se calmaron, retomó la palabra–. Reunid a los guerreros y llevadlos a las puertas Esceas. Montad en los carros y formad en tres líneas, como juntos hemos aprendido. ¡Hoy Troya y sus aliados vencerán! –gritó aparentemente eufórico. Los nervios y la inseguridad le atenazaban el pecho, pero debía ser un buen pastor. Daría ejemplo y pelearía al frente de los ejércitos.

La ciudad se convirtió en un hervidero en el que se mezclaban los guerreros que se preparaban para la batalla con las mujeres que lloraban y hacían ofrendas a los dioses, los vecinos que murmuraban en las calles empedradas y los niños que, desde las azoteas, gritaban loas para animar a sus defensores. Los heraldos de Príamo pedían a los ciudadanos que permanecieran dentro de sus casas, pero pocos hicieron caso.

–Esposo, deja que sea yo la que te arme.

Helena le puso a Paris una túnica blanca que le caía hasta las rodillas. Luego le ciñó el cinturón y la coraza de piel, la que correspondía a los hostigadores. Le colgó de un hombro el tahalí con la espada y del otro el carcaj lleno de flechas. Estiró las largas calcetas y abrochó sobre ellas las grebas de lino. Por último, le repasó el peinado y le ciñó el casco de bronce, sobre el que se destacaba una cresta de plumas teñidas de púrpura.

Paris tomó entonces el arco que él mismo acababa de tensar. Helena lo miró y por un instante se sintió orgullosa de él. La estancia olía a incienso, ofrenda a Afrodita.

–Volveré pronto. –Paris la besó en la boca–. En cuanto hayamos echado a los aqueos al otro lado del mar.

Helena lo vio marcharse, confusa. Su esposo partía a la guerra para luchar contra su anterior marido, el rey de Esparta. Ella era la causa de la sangre derramada y de la que estaba por derramar. Contempló el amplio manto a medio tejer en el que estaba representando las consecuencias de su huida. Actos de hombres, ninguno suyo.

–Nunca he sido la dueña verdadera de mi destino, salvo cuando me dejé raptar –recordó con amargura–. Tal vez sea la hora de tomar las riendas.

Y comenzó a desvestirse para cambiar sus ropajes lujosos por otros más sencillos. Etra, esclava y amiga solícita, acudió a ayudarla entre suspiros.

Eneas entró tan apresurado que provocó el llanto del pequeño Ascanio.

–Creúsa, salimos a la llanura. Vienen los aqueos.

La mujer había oído el vocerío y tenía la coraza preparada. Ambos eran jóvenes, tanto que no conocían las maldades de la guerra más que por las recientes correrías de Aquiles. Una vez que Eneas estuvo completamente armado, Creúsa lo observó reprimiendo las lágrimas. La coraza de lino tenía dos grandes discos de bronce con relieves de la diosa Afrodita desnuda. Era la armadura de Anquises. Creúsa cogió a su hijo en brazos y lo animó a besar a su padre.

–Hijo, éste es tu padre. Eneas, hijo de Anquises, del linaje de los reyes de Troya. Su sangre corre por tus venas. Siéntete orgulloso.

La joven no pudo reprimir el llanto. Eneas le hizo levantar la cabeza y secó sus lágrimas. Luego la besó con ternura y abrazó a Ascanio.

–Los dioses me protegen. Volveré con la gloria –dijo antes de marchar.

Alcátoo, el marido de su hermana, lo esperaba fuera ya armado.

–Pastor de hombres –pronunció Creúsa emocionada–, oraré por ti a tu diosa Afrodita, y a Apolo, y a todos los dioses que existen sobre la tierra y bajo ella.

La esclava Apolonia fue la encargada de armar a Héctor, pero tuvo que pedir ayuda para ceñirle la coraza de escamas de bronce. El príncipe se abrochó el casco cónico rematado por una cola de caballo y se colgó el tahalí con su soberbia espada de hierro. Andrómaca lo contemplaba todo en silencio; el miedo la había privado del habla.

Héctor la besó y se volvió para salir hacia el cuartel.

–Deja que tus hombres luchen, no te arriesgues sin sentido. Troya te necesita vivo. Y yo también… –susurró Andrómaca al fin.

–No he llegado hasta aquí para ver batallas. Me han enseñado a combatir –contestó él, como si se hablara a sí mismo–. Tranquila, no asumiré riesgos innecesarios –añadió sin convicción, consciente de que sus hombres debían verlo en primera línea para pelear con brío y valor.

Al salir de su palacio, Héctor se encontró con Paris. Andrómaca los vio partir. Un hermano había provocado la guerra, el otro la comandaría. Sólo tuvo oraciones para Héctor.

Licaón le pasó a su hijo el arco y el carcaj lleno de flechas. Pándaro le entregó al padre la lanza de fresno con punta de bronce.

–Partamos, hijo –le palmeó la espalda–, a por la gloria o la muerte.

El cuartel bullía de guerreros que tomaban lanzas, espadas, flechas y balas para las hondas. Los armeros las repartían y anotaban en

tablillas los recuentos de los depósitos. Padre e hijo se abrieron paso, salieron y caminaron hacia la puerta Apolínea, donde decenas de mujeres danzaban y suplicaban a Apolo. Casandra estaba entre ellas. En cuanto vio a su hermano y a su sobrino, les entregó unas ramitas de laurel.

–El Divino Arquero velará por vosotros.

Pándaro se irguió orgulloso, sonriendo a la joven sacerdotisa.

–Seré el comandante de los hombres de Zelea. –Casandra frunció el ceño; no conocía aquella tierra–. Al pie del monte Ida, donde mora Zeus.

La muchacha lo felicitó con entusiasmo. Otrioneo desfiló ante ellos y Casandra lo llamó alzando la voz.

–¡Cuídate, amado mío! En tu pecho llevas tu vida y la mía.

Le entregó otra rama de laurel y lo dejó marchar.

Sarpedón echó a las esclavas y se quedó a solas con Glauco.

–Acompáñame a la batalla –dijo el rey–, y dirige conmigo a los licios. Pelea a mi lado. Protege mi espalda, que yo protegeré la tuya.

Glauco se asomó a la ventana. Sobre el bastión oriental de la ciudadela se avistaban la llanura del Simois y los campamentos de los aliados de Troya.

–Los hombres están preparados, comienzan a formar al borde del campamento –comentó el fiel compañero–. Hoy el Escamandro se teñirá de sangre licia –añadió con aire triste.

–No hay victoria sin sangre, Glauco. Pero no pienses en la nuestra, piensa más bien en la sangre aquea que cubrirá de rojo la llanura. Atenea está con nosotros, la he visto, y los barrerá hasta llevarlos de vuelta a sus pocilgas al otro lado del mar Egeo.

Sarpedón se mesó la larga barba, que le caía sobre la coraza de cuero remachada con chapas de oro y plata. Metió la espada en su funda y la colgó del tahalí. Estaba hecha de hierro, el nuevo metal que llegaba de levante, capaz de cortar un brazo sin quebrarse; un arma diferente a los habituales estoques de bronce. Se ciñó el casco de cuero endurecido, adornado con un cuerno. Luego le puso su casco a Glauco y observó sus profundos ojos negros, en los que tantas noches había naufragado.

–Vamos, compañero, no nos demoremos.

Salieron de la ciudad por la puerta del Alba. En el campamento licio, Trasimelo, el escudero del rey, les tenía el carro preparado.

Los dárdanos de Eneas ya se habían puesto en marcha. Desde lo alto de las imponentes murallas y a sus pies, sobre el foso, cientos de mujeres, ancianos y niños animaban a los guerreros y gritaban súplicas a los dioses protectores de Troya.

Los carros y los lanceros de Licia avanzaron a través de la

necrópolis y torcieron hacia el norte para enfilar el camino que conducía a las puertas Esceas. De todas las puertas principales de la ciudad y de todos los estrechos portones no cesaban de salir hombres armados que se unían a los batallones. El sonido de las flautas y los tambores animaba los corazones que, agitados, aguardaban la batalla.

Glauco llevó el carro hacia el hueco reservado para los licios en la llanura y lo detuvo al frente. Trasimelo montó el arco. Sarpedón descansó la lanza en el gran carcaj del carro y tomó dos jabalinas. Observó la llanura que se abría ante ellos y comprobó que las nubes de polvo se desplazaban hacia el río. Los aqueos lo atravesarían por los vados y plantarían cara cerca de la ciudad.

–Se acerca la hora en que temblará la tierra con el choque de dos imperios que siempre se han odiado, y siempre se odiarán –pronunció con aire de aeda.

–Vuelve vivo, esposo –le suplicó su mujer a Polidamante, abrazada a sus hijos.

El hombre los besó y salió presuroso de la casa. Las calles se habían vaciado; los guerreros estaban en la llanura y las mujeres oraban en sus casas o los vitoreaban desde las murallas. Portaba el escudo de Héctor, su estimado compañero. Sus pasos resonaban sobre el empedrado y su eco se fundía con los gritos lejanos que provenían de las puertas Esceas.

–¡Polidamante!

Al volverse, vio que una mujer corría hacia él. Al instante reconoció el rostro de rasgos perfectos de Helena, sus hermosos ojos verdes y sus cabellos dorados como espigas de trigo preparadas para la siega.

–Paris se ha marchado ya –dijo el hombre–. ¿Quieres que le entregue algún mensaje?

–No. –Ella, jadeante, le agarró la mano y la condujo a su pecho.

–¿Qué pretendes? –Polidamante reaccionó encogiendo el brazo y dando un paso hacia atrás–. Eres la esposa de otro hombre... –Forzó una mueca de enojo que pretendía disimular su súbita excitación.

–Es cierto. Tengo un esposo, pero bien sabes que no merece una mujer como yo. Soy espartana, me gustan los hombres fuertes y decididos. –Helena lo miraba fijamente.

–Eres la causa de esta guerra. –Polidamante apretó los dientes.

–También es cierto –respondió ella con soltura–. Miles de hombres se matarán por mí. Y aquí me tienes, ante ti. Castígame, estás en tu derecho. Sáciate en mí antes de luchar por mí. Es justo.

La erección le abultó el faldellín. Había perdido sus defensas ante ella.

–Podrías elegir a cualquiera. Otros hijos de Príamo te desean.

Deífobo no se oculta al hablar de tu belleza.

–No dices mentiras. –Helena se abrió la túnica–. Pero yo te he elegido a ti. No insistiré. Puedo ir en busca de otro.

Polidamante se acercó a ella y, agarrándola del brazo, la arrastró hasta un establo. Allí la echó sobre una ruda mesa de madera y le abrió por completo la túnica, dejando sus pechos al descubierto. Helena abrió las piernas y lo llamó, apuntando con la mano hacia su sexo velludo. El hombre ni siquiera se desvistió; extrajo su miembro de los paños interiores y la penetró de pie.

–Maldita mujer, esto te lo deberían hacer todos los que están en la llanura esperando la muerte –dijo con furia mientras arremetía contra ella.

–¡Sí! –gritó Helena, dejándose llevar por el éxtasis de un profundo placer.

Polidamante culminó en un orgasmo que hizo temblar sus piernas. Salió de ella con premura y agarró su escudo, abandonado en el suelo. Se disponía a marcharse cuando Helena lo retuvo, deslizó su mano hasta su muñeca, agarró la pulsera de plata que llevaba puesta y tiró de ella hasta quitársela.

–Quiero una prenda.

–Quédatela, como pago por tus servicios –concedió él, y salió a paso ligero.

BATALLAS

La llanura temblaba bajo los miles de pies, cascos de caballo y ruedas de carro. Tras dejar atrás el cabo Sigeo, los aqueos, encabezados por sus reyes, atravesaron el Escamandro. Tras ellos, a buen paso, avanzaban los hostigadores con sus arcos, jabalinas y hondas, y los lanceros, con sus largas lanzas de fresno apuntando a las nubes. Los carros cerraban las largas filas, preparados para acudir raudos donde las fuerzas flaquearan. Muchos hombres iban a la batalla a pecho descubierto, cubiertos sólo por faldellines y grebas de lino endurecido. Otros lucían vistosas corazas de bronce o cuero sobre túnicas orladas. La mayoría portaba un escudo. Los había redondos y metálicos, rectangulares y curvos, altos como una torre y circulares con un bocado en forma de media luna. Pero sobre todos ellos se destacaban los de la vanguardia, escudos con forma de ocho revestidos con piel de buey. La falsa Égida de Ulises había surtido el efecto deseado y los hombres caminaban confiados en su próxima victoria.

Tras cruzar el Escamandro, se adelantaron los carros de los adalides para el parlamento previo a la batalla. Allí estaban Agamenón, Menelao, Ulises, los dos Áyax, Macaón, Podalirio, Idomeneo y Diomedes.

–Gritan como niños –comentó el rubio Menelao al escuchar los alaridos de los troyanos.

–No me asustan los gritos –repuso Áyax el Menor–. Los nuestros marchan en silencio, concentrados en los hombres que van a matar. No me asusta el león que ruge, me asusta el que se mueve con sigilo para cazar a su presa.

A su lado, vestido con la armadura de su padre, el célere Atreo, Agamenón asintió satisfecho. Se sentía poderoso con aquellas placas de bronce articuladas que le cubrían hasta los muslos, y con las grebas labradas que representaban a dos leones enfrentados.

–Parece un enorme bloque de bronce –comentó Paris con sorna al ver a Agamenón.

–A su diestra tienes al esposo de tu esposa –le dijo Deífobo, hiriente. El joven envidiaba la suerte de Paris y anhelaba el cuerpo de Helena–. ¿Sabrás defender tu derecho?

El auriga que los acompañaba en el carro los miró de reojo con una sonrisa mal disimulada. Paris enrojeció de ira, pero calló.

Los caudillos troyanos se detuvieron a una distancia prudencial de los aqueos. El carro de Héctor y Polidamante iba en cabeza. A su lado, en otro carro, estaban su hermano Licaón, el mayor de los hijos de

Príamo, y su sobrino Pándaro.

–¡Hace diez años vinisteis en vuestras negras naves! –Héctor inició el parlamento con voz potente–. Hundisteis nuestra flota y ocupasteis el cabo Sigeo. Durante este tiempo habéis robado y saqueado lo que nos pertenece, y habéis hecho que Ilión gaste su oro en comprar lo que es suyo por derecho. ¡Sois la plaga de esta tierra!

–No hables de lo que es vuestro por derecho –respondió Menelao. Llevaba el casco en la mano y sus cabellos rubios brillaban al sol–. Uno de los vuestros robó una esposa, junto con los tesoros de un reino que no era el suyo. Si estamos aquí, es para restaurar el orden de las cosas y recuperar lo que nos pertenece. –Frente a los muros de Troya, el rey de Esparta sentía cerca a Helena. Recordó los años felices a su lado, su belleza, su carácter. Luego se la imaginó en un tálamo extraño. Deseó atravesar los muros y verla de nuevo, llevarla a rastras a Esparta y ponerla ante la hija común, criada como una huérfana en su palacio. Sentía su honor mancillado. Helena le había sido infiel, había sido infiel a todos los aqueos al marchar a Troya. Todo el mundo conocía la historia y ahora, ante todos, repondría su dignidad como esposo y como rey.

–Nadie la retiene con nosotros –escupió Héctor–. Vino por propia voluntad, y por propia voluntad permanece. Ella se quedará. Sin embargo, muchos de vosotros moriréis aquí, otros partiréis al mar.

–¡Ya es hora de callar! –Agamenón terminó la discusión de forma abrupta–. Que hablen las lanzas, que los dioses que nos observan desde el Olimpo apoyen la justicia.

–Llegó la hora –le susurró Deífobo a su hermano Paris.

Éste sintió hervir su sangre y reaccionó saltando del carro y poniéndose ante todos con sus jabalinas en alto. Las plumas púrpuras de su casco temblaron.

Menelao lo reconoció al instante. Aquél era el muchacho que lo había recibido en su visita a Troya para negociar las cuotas del comercio por el Helesponto, el joven al que había invitado a su casa y al que había agasajado con fiestas y banquetes, el mismo que había aprovechado su ausencia para robarle la esposa e innumerables riquezas. En un arrebato, tomó su escudo y descendió del carro. Dio dos pasos al frente, alzó su lanza y luego la dirigió hacia Paris.

El príncipe troyano flaqueó. No pretendía retar, simplemente quería exhibirse ante sus compatriotas. Lentamente bajó sus jabalinas y se giró para volver al carro.

–¡Miserable cobarde! –lo insultó Héctor sin perder la vista al frente–. Seductor embaucador... Para enamorar muchachas es para lo único que vales. Pero hasta ellas te acaban aborreciendo cuando conocen tus entrañas. –Paris se retorció y Polidamante, de pie junto a Héctor, comenzó a sudar–. Ojalá no hubieras nacido, eres una

vergüenza para Ilión, una parodia de los valientes hombres que han tomado las armas para defenderte. –Paris montó en su carro. Menelao extendió los brazos demandando una respuesta, pero, al no recibirla, regresó al suyo–. Los aqueos habrán pensado que eras un campeón, con tu hermosa coraza de cuero y tu casco de bronce con plumas..., pero te falta valor, el que sí tuviste para hacer lo que hiciste hace diez años. ¡Hasta eso tuviste que hacerlo de noche y aprovechando una ausencia! Así te llevaste a Helena, así robaste los barcos en Chipre y así mataste al rey de Sidón, y su pueblo ahora nos da la espalda. –Héctor hizo una pausa–. Ahora el hombre al que deshonraste te desafía, pero tú prefieres que otros luchen por ti. Por un momento pensé que habías cambiado, pero ahora veo que sigues siendo el mismo cobarde. –El troyano descargaba toda su ira contra Paris, recurriendo a las certeras palabras que todos tenían en mente. No necesitó el don de su hermana Casandra para adivinar la desgracia que se cernía sobre Ilión, y por eso, desde el primer momento, había insistido en devolver a la reina de Esparta a su esposo–. Deberías haber sido lapidado por llevar a nuestro pueblo a la guerra por una causa injusta.

–Tus críticas son justas –Paris miraba fijamente a Héctor desde su carro–. Pero no tengo la culpa de que Afrodita me bendiga con sus favores. Los dones de los dioses no deben rechazarse.

–Afrodita... –pronunció Héctor con desprecio–. No es ella la que nos va a ayudar en la batalla.

–Diosa es, y por tanto poderosa. No la desprecies. En Oriente conocen bien su poder. –Paris se irguió e hizo una breve pausa antes de proseguir–: Me enfrentaré a Menelao en duelo por Helena y sus posesiones. Así nadie más que yo luchará para resolver este conflicto.

Héctor lo miró con sorpresa y Paris asintió decidido. El comandante troyano descendió del carro y se encaró con su hermano. Los aqueos, extrañados y expectantes, aguardaban.

–¿Estás seguro?

–Sí –respondió rotundo.

Héctor caminó hacia sus enemigos. Su armadura de escamas de bronce emitía destellos, como si tuviera cien soles atrapados en ella. Las filas aqueas se removieron inquietas y algunas balas de honda volaron hacia el príncipe. Agamenón alzó la mano.

–¡Silencio! ¡Quietos! –ordenó, y sus heraldos repitieron la orden por toda la línea de combatientes.

Héctor se detuvo a veinte pasos. No perdía de vista a su rival, el poderoso rey que había convocado aquel ejército y había invadido su tierra. No le pareció un adversario temible, incluso advirtió que su cuerpo parecía falto de entrenamiento.

–Mi hermano desafía en duelo a Menelao –soltó sin preámbulos–.

Que sea uno de ellos el que muera y todos los demás nos juremos amistad. El que sobreviva se quedará con Helena y sus tesoros. Ésta es su oferta.

Los aqueos guardaron silencio unos instantes. Al fin, fue Menelao el que tomó la iniciativa. Héctor lo observó mientras saltaba de su carro. Era un hombre alto y rubio, más viejo que Paris. Su cuerpo mostraba evidencias de una vida de batallas y ejercicios militares constantes. «A este hombre le robó la esposa mi hermano», pensó el príncipe.

–Los tesoros no son de Helena, son míos. Así como ella –pronunció Menelao frente a Héctor apretando los dientes–. Acepto el desafío. Pero no confío en la palabra de un niño –añadió despectivo–. Exijo que el rey Príamo jure los términos del duelo. Traed un cordero blanco para la Tierra y una cordera negra para el Sol. Nosotros traeremos otro para Zeus. –Notaba cómo su corazón latía con fuerza; estaba ansioso por tener delante a Paris para despedazarlo con sus propias manos.

–Así se hará. Tenemos un acuerdo –confirmó Héctor, y se retiró para ordenar a dos heraldos que partieran hacia Troya.

Mientras tanto, las filas enemigas se acercaron, dejando espacio suficiente para el duelo. Los soldados de ambos bandos empezaron a acomodarse. Soltaron las correas que apretaban las corazas y apoyaron las lanzas en sus hombros. Se observaban con curiosidad. No eran bestias lo que tenían delante, sino hombres como ellos, arrastrados a una guerra en la que no tenían ningún interés, salvo el de defender el honor de sus líderes. Así era el mundo en el que habían nacido. Cuando dos reyes se enfrentaban, miles de familias se veían abocadas a la lucha, a la miseria, a la posibilidad de perder sus propiedades e incluso la vida.

* * *

La ciudadela estaba en silencio. Helena permanecía sentada ante el telar en el umbral del santuario de Zeus anexo al palacio de Príamo. Tras su encuentro con Polidamante, había decidido seguir tejiendo. Había empezado a trabajar en la imagen de un guerrero aqueo para ilustrar la inminente batalla. Se lo imaginó alto y rubio y, de forma inconsciente, la imagen de Menelao apareció en su mente envuelta en mil recuerdos. «No era mal esposo, fui una ingrata», se dijo, resignada y melancólica.

–¡Helena! –La voz de Laódice, una de las hijas de Príamo, la sobresaltó–. ¿Qué haces aquí sola? Toda Troya está en las murallas. Los ejércitos están quietos. Dicen que va a haber un duelo.

No se detuvo a contestar. Se envolvió en un sencillo manto de lino

blanco y corrió hacia la ciudad baja con lágrimas en los ojos, temiéndose lo peor. Etra y otra esclava corrieron tras ella. Las mujeres atravesaron la puerta Apolínea y, tras recorrer las calles desiertas, llegaron a las puertas Esceas. Las enormes hojas de madera de pino con remaches de bronce permanecían abiertas, custodiadas por varios soldados. Helena subió la escalera que conducía a la azotea. Arriba se encontró con los ancianos de Troya, hombres sabios que ya no tenían edad para luchar, pero que asistían a los consejos de Príamo. El rey también estaba allí, entre ellos.

–Parece una diosa –oyó Helena que uno de ellos susurraba al oído de su compañero–. Normal que peleen por ella.

–Espero que se la lleven de una vez. Demasiado pesar nos ha causado ya... –contestó el otro.

Helena se cruzó el manto sobre el pecho y se asomó a la llanura. El verde de los pastos aparecía salpicado por flores silvestres. El río Escamandro se partía antes de desembocar en el mar, anegando las tierras más cercanas. Flanqueando el curso de las aguas sagradas, los bosques se repartían por la ribera. A lo lejos se distinguían las fuentes donde las mujeres solían lavar la ropa, el promontorio plagado de tréboles de la tumba de Ilo y el templo de Apolo, frontera simbólica entre aqueos y troyanos. Pero, por encima de todo, en medio de la llanura, se destacaban dos mares de bronce que aguardaban impacientes para batir sus olas el uno contra el otro. Allí estaban los dos esposos de Helena, dispuestos a matarse por ella.

Príamo se acercó a la mujer con paso majestuoso y le posó una mano en el hombro. Helena agradeció el gesto y acarició su piel áspera y rugosa.

–¿Son ellos? –preguntó.

El rey asintió sin apartar la vista del espacio que quedaba entre los ejércitos, donde un corrillo de hombres esperaba su llegada para hacer los juramentos previos al duelo.

–No te llevarán con ellos –dijo Príamo. Antenor, su canciller, carraspeó incómodo–. Al contrario, seremos nosotros los que vayamos a sus tierras para robar a sus mujeres y traer de vuelta a mi hermana Hesíone. –La vieja obsesión seguía latiendo en su corazón–. No te culpo por esto. –Señaló la llanura–. Son los dioses los que manejan los hilos que tejen nuestro destino. –Príamo se ajustó la alta tiara real y sacó pecho ante aquellos ancianos que odiaban a Helena.

–Eres como un padre para mí, siempre lo has sido. –La espartana se había enternecido–. Ojalá hubiera muerto cuando decidí venir. No he hecho más que traer la desgracia a tu casa. En la mía, allí en Esparta, dejé a una hija que ha crecido sola. La añoro. La pena me ha dejado seca por dentro. –Se tocó el vientre–. También echo de menos a mi familia, a mis hermanos Cástor y Pólux. Decidí dar de lado a todo mi

mundo para seguir a tu hijo, y ahora estoy cansada de llorar.

–Amo a mi hijo, pero tú vales más que él –afirmó Príamo sin importarle que lo escucharan–. Ojalá Apolo lo hubiera dotado con tu sensatez y tu carácter. –Hizo una pausa y observó a los aqueos–. ¿Aquél es Agamenón?

–Debe serlo. –A pesar de la distancia, la armadura de bronce lo delataba–. A su diestra está Menelao. –Le sacaba una cabeza a su hermano. Helena no tuvo dudas.

–¿Quién es el de su izquierda?

–Por el casco diría que es Ulises. Desde que lo conozco lleva uno con colmillos de jabalí. –Sobre su cabeza sólo se distinguía una mancha de color blanquecino–. Está casado con mi prima Penélope, la casta Penélope –añadió en tono despectivo.

–Sé quién es Ulises. Acompañó a Menelao en embajada al principio de esta guerra, cuando intentaron negociar.

–Fueron mis huéspedes. Se quedaron en mi casa –intervino el viejo Antenor–. Menelao era poco hablador, conciso. –Helena sonrió al reconocer aquel rasgo–. Ulises, en cambio, era un experto en el manejo de la palabra. Me convenció con sus argumentos. En aquel momento pudimos acabar con la guerra... –añadió sutilmente.

–Agamenón no hubiera permitido que la guerra acabara hasta que no hubiera conseguido el control del Helesponto –soltó Príamo cansado, y culminó en un sonoro suspiro de hastío.

Se hizo el silencio durante unos instantes y todos volvieron la vista hacia la llanura. Contemplaron los ejércitos y valoraron sus posibilidades. La peste había mermado las filas aqueas, los aliados de Troya habían equilibrado las cifras, pero los salvajes rubios seguían siendo muchos más.

–Dueño de Ilión, favorito de Kaskalkur. –Oyeron a sus espaldas. Un heraldo acababa de subir a la azotea. Sostenía una crátera y dos copas de oro–. Los corderos y el vino ya están en su lugar.

El rey apretó el brazo de Helena con afecto, y ella percibió un leve temblor en su mano. Había llegado el momento. Acompañado por Antenor, Príamo siguió al heraldo escaleras abajo. Un carro los esperaba para llevarlos ante los dos hombres que iban a enfrentarse a vida o muerte.

* * *

La polvareda se alzaba a lo largo de toda la pista de entrenamiento. Sujetando las riendas con fuerza, Aquiles espoleaba a sus caballos para que fueran más rápido. A medida que se acercaba al extremo del recorrido, comenzó a frenar para tomar la curva y emprender la vuelta. Su corazón latía con fuerza y a su boca llegaba el

sabor de la sangre. La incertidumbre sobre lo que estaba aconteciendo en la llanura lo inquietaba profundamente. A más de dos cuerpos de distancia lo seguía Patroclo, pretendiendo en vano darle alcance.

Aquiles ganó la carrera con holgura. Patroclo llegó sofocado. Sus caballos boqueaban y sudaban abundantemente.

–Bien corrido –le dijo el pélida mientras descendía de su carro y le pedía a un mozo que se hiciera cargo de los animales.

–Algún día te ganaré –contestó Patroclo entre resoplidos. Miró a Aquiles y, por su expresión, supo que estaba de pésimo humor.

Aquiles se dirigió a su tienda para darse un baño. A la entrada le aguardaban dos mirmidones con un hombre maniatado.

–Lo hemos encontrado merodeando por el campamento. No es de los nuestros.

El comandante lo observó detenidamente, pero no lo reconoció. De inmediato tuvo la certeza de que se trataba de un espía de Agamenón.

–Cortadle la nariz y la oreja derecha –ordenó. Los guardias comenzaron a arrastrar al hombre, que se deshacía en lamentos y juramentos de inocencia–. ¡Aquí! Hacedlo delante de mí.

Los mirmidones cumplieron la orden. Con un cuchillo de bronce bien afilado le seccionaron la oreja y la parte blanda de la nariz. El infeliz cayó al instante en el sueño de la inconsciencia y dejaron de oírse sus alaridos de dolor.

–Aplicadle metal al rojo y vendadlo bien. Se lo devolveré a Ojos de Perro –dijo el pélida, y desapareció en el interior de la tienda.

Mientras sus hombres introducían el cuchillo en las brasas del hogar, Aquiles volvió junto a ellos con un cuenco de barro, con el que recogió la sangre del reo. Luego se alejó en dirección al tholos de los mirmidones, a las afueras de su campamento. Allí derramó la sangre en el gran agujero excavado en la tierra para las ofrendas a los muertos.

–Sangre de un enemigo –pronunció con solemnidad–. Como buenos hombres de Ftía, debe alimentaros más que la de vaca. Que Ares alivie vuestro pesar, que esta ofrenda os devuelva el entendimiento y dejéis de vagar por el Hades sin razón.

«Para ellos se acabaron los banquetes, las cacerías y el viento salado en el rostro», pensó Aquiles. «Ahora son sólo sombras que esperan la sangre para recuperar su fuerza vital. Prefiero ser un labriego en una isla perdida que rey en el Hades. No hay gloria en la muerte, sólo silencio y olvido».

Volvió a su tienda y ordenó a su sierva de Lesbos que le preparara un baño al aire libre. La mujer calentó agua y llenó con ella un gran caldero de chapa. El pélida se desnudó por completo y se metió en él en cuclillas. La mujer lo frotó con una esponja de mar, recreándose en la entrepierna, como a él solía gustarle.

–No estoy de humor –soltó iracundo, ignorando una incipiente erección.

Aquiles se puso en pie y pidió que le trajeran la ropa.

–¿Cuándo tienes tú buen humor? –preguntó Patroclo, que lo observaba sentado en una silla–. Desde que te han quitado a Briseida vives en un enfado constante.

Aquiles lo fulminó con la mirada. Briseida era su debilidad, y no debía mostrarla ante sus hombres.

La esclava le secó el cuerpo y lo ayudó a ponerse un faldellín y un sencillo manto cerrado con un broche de oro. Aquiles decidió pasear hasta el límite de las tiendas, al pie de las primeras naves. Intentaba olvidarse de la llanura, borrarla de su mente, pero no lo conseguía. En un arrebato ascendió por una de las escalas y se apostó en la popa de la nave. Desde allí observó los ejércitos desplegados, inesperadamente quietos y cercanos. No distinguía lo que estaba pasando, pero le inquietó la posibilidad de que hubiera un parlamento para la paz. La cólera que bullía en sus entrañas le empujaba a desear la guerra, la derrota de los aqueos.

El espía de Agamenón despertó y volvieron a escucharse sus gritos.

«Zeus no permitirá que haya un acuerdo, promoverá la confusión y la guerra para hacerme valer», se dijo mientras se acomodaba en el castillo de popa para asistir al desarrollo de aquel encuentro imprevisto.

Briseida lloraba acurrucada contra un muro de la casa de Agamenón. Su amiga tracia la abrazaba, intentando consolarla.

–Ya, ya. Apolo cuida –le decía.

–En invierno era reina –sollozaba Briseida, incapaz de controlar el llanto. La visión de los guerreros marchando a la batalla le había traído recuerdos del saqueo de Lirneso, de las matanzas y violaciones.

–Mujeres, mujeres fuertes. Ellos lanzas, nosotras cabeza bronce.

Briseida asintió y se frotó los ojos bañados de lágrimas. Sabía que era fuerte; había soportado el cautiverio sin flaquear, pero ahora que el campamento se había vaciado de hombres, se permitía desahogar la pena. Lloraba por su esposo, aunque nunca hubiera sentido por él un afecto sincero; lloraba por su padre y por su familia; lloraba por su pueblo, y también lloraba por sí misma, despojada de todo y arrastrada por manos extrañas. Aquiles primero, luego Agamenón.

–Divino Arquero, lánzales tus flechas con veneno, acaba con ellos, deja que los hijos de Ilo los aplasten –formuló en una plegaria espontánea.

En las tiendas cercanas, otras mujeres aguardaban. Sólo ellas y sus hijos habían quedado en el campamento. Una esclava etíope trabajaba en el telar de su amo y le enseñaba a su hijo pequeño cómo se usaba.

–No te esfuerces –le sugirió Briseida en voz alta–. Su destino es empuñar la lanza y seguir los pasos de su padre hacia una muerte temprana.

La esclava negra la miró, pero no respondió. Sólo esbozó una leve sonrisa de comprensión. Luego continuó explicándole al niño cómo se tejía un manto doble de lana.

* * *

Antenor ejercía de auriga para el rey. El carro de Príamo, revestido con láminas de oro y bronce, atravesó las puertas Esceas y se adentró en la llanura. La alta tiara lo hacía visible desde lejos y los guerreros troyanos gritaron loas a su señor.

–¡Elegido de Apolo!

–¡Dueño del Helesponto!

Los hombres pisoteaban la tierra y chocaban las armas con los escudos, provocando un estruendo ensordecedor. Príamo deseó tener treinta años menos para poder participar en la contienda como antaño, cuando él mismo lideraba a sus tropas.

Los guerreros se agolpaban junto al camino para verlo pasar. La mayoría vestían túnicas largas de vivos colores y corazas de cuero, pero también se veían kilts con flecos y complejos bordados, e incluso faldellines de influencia aquea. Los lanceros pesados usaban armaduras de escamas de bronce. Apenas se veían grebas; en su lugar, los troyanos solían usar botas de piel. Predominaban los cascos cónicos de cuero, aunque también los había de bronce. Los que no llevaban casco se cubrían la cabeza con pañuelos y telas enrolladas. Los cabellos los llevaban trenzados y lucían barbas bien cuidadas, partidas en mechones y decoradas con cintas y anillos.

El viento comenzó a soplar; primero con suavidad, poco después con fuertes rugidos. Los troyanos, acostumbrados, se taparon la boca con telas.

Antenor detuvo el carro cerca de Héctor. Las víctimas para el sacrificio, así como el vino y la crátera, estaban ya dispuestos. Príamo reconoció al alto Menelao. Luego sofocó una sonrisa al ver a Agamenón embutido en aquellos metales rígidos. «Vuestra tecnología es arcaica. Piezas de bronce pequeñas y unidas que forman una escama de metal flexible, así debe acorazarse un buen lancero», pensó con suficiencia.

El orgulloso Agamenón agarró su cetro con una mano y, con la otra, cortó lana de la cabeza de los corderos para iniciar el rito del sacrificio. «Si espero a que lo haga él, nos caerá la noche encima», se dijo, mofándose de su vejez y delgadez.

Calcante salió de entre la masa de guerreros aqueos para asistir al

ritual y dar fe de los juramentos. Príamo lo observó y asintió.

–¿Te tratan bien mis enemigos? –El rencor se hizo patente en su voz.

–No fue mi decisión, bien lo sabes. Me debo a Apolo, y él me lo ordenó. Fuiste tú quien me mandó a su oráculo –respondió el adivino.

Se llevaron a cabo los sacrificios y los dos reyes juraron que el guerrero que sobreviviera al duelo se quedaría con Helena y los tesoros de Esparta. Príamo subió al carro para regresar a Troya. Antes de partir, volvió la vista hacia las mareas de hombres armados y murmuró para sí una breve súplica a Apolo, protector de Ilión.

–Vámonos –ordenó a su canciller. Luego bajó la voz, apesadumbrado–: No puedo quedarme a ver cómo combate mi hijo. –Un oscuro presentimiento lo atenazaba. Sabía que Menelao era más fuerte que Paris–. Lo veré desde la muralla.

El carro se perdió en dirección a las puertas Esceas y comenzaron los preparativos para el duelo. Licaón el Liberado se acercó a su hermano Paris.

–¿Cómo piensas enfrentarte a él así? –le preguntó señalando su coraza–. El cuero es bueno para correr con el arco, pero no para un cuerpo a cuerpo. Usa mi armadura –le propuso, desabrochándose las correas. Paris no reaccionó–. No seas estúpido. Vestirte de bronce puede salvarte la vida.

Paris al fin le hizo caso. Con la ayuda de Pándaro, se quitó el carcaj y el tahalí, la coraza de cuero y las grebas de lino reforzado. Cuando sólo le quedó puesto el casco de bronce con crestón de plumas púrpuras, el Liberado le puso su coraza y sus grebas, y afianzó los nudos de los cierres. También le entregó su propia lanza, corta y ligera, con regatón de bronce.

–Gracias, Licaón. Eres un buen hermano.

–Acaba con esta guerra, con tu victoria o con tu vida –le contestó, serio.

Paris besó su colgante de Afrodita y pidió ayuda a la diosa. Luego miró al frente y Menelao, furioso, le devolvió la mirada. El troyano notó que se le agarrotaban los miembros y sintió que no sería capaz de luchar.

Héctor y Ulises midieron el campo para delimitar la zona de combate y lanzaron un casco romo al aire para sortear quién sería el primero en atacar. El casco quedó hacia arriba, Paris tomaría la iniciativa.

Sin más preámbulos, los contendientes embrazaron sus escudos. El viento favorecía a Paris y éste lo interpretó como un buen augurio, una ayuda de su diosa. Consiguió relajarse y moverse con soltura. Alzó la lanza a medio cuerpo y dio dos pasos para valorar a su oponente.

Reinaba un silencio expectante entre la tropa. Todos los hombres

rezaban por la victoria. En secreto, muchos troyanos deseaban la muerte de Paris.

Menelao permaneció quieto, en guardia, con la lanza preparada y el escudo pegado al costado izquierdo. Paris levantó el brazo y buscó con la mirada algún punto débil. Sólo la cabeza y las piernas del rey de Esparta sobresalían del escudo. Apuntó hacia arriba y arrojó el arma, que salió sin la fuerza necesaria y cayó sobre el escudo. La punta se torció. Inmediatamente, Menelao dio un paso hacia delante e hizo que la lanza saliera despedida a un lado.

Desconcertado, Paris no tuvo tiempo de desenfundar la espada. Menelao lanzó su arma, que quedó clavada en el escudo contrario. Sin detenerse, el aqueo se abalanzó sobre su oponente, tomó su espada y la dirigió contra su cabeza. Paris se agachó a tiempo para evitar el espadazo, que impactó en el crestón de su casco. Saltaron las plumas, que enseguida fueron arrastradas por el viento. La espada se quebró en la mano de Menelao. El arma estaba hecha para dar estocadas, no para golpear con el filo. El golpe había aturdido a Paris, y Menelao lo aprovechó para agarrarlo por el casco y arrastrarlo hacia los aqueos. El troyano gritó, incapaz de defenderse. El barbiquejo le oprimía el cuello y le dificultaba la respiración. Paris abrió las piernas para oponer resistencia y Menelao tiró con todas sus fuerzas, hasta que el barbiquejo se rompió. Una fuerte racha de viento levantó de repente una pequeña nube de polvo. Menelao se protegió los ojos y el troyano aprovechó la confusión para correr hacia sus hombres.

–¿A dónde vas, cobarde estúpido? –le reprendió Héctor, rojo de ira.

Paris se perdió entre las tropas troyanas.

–¡Vergüenza! –le gritaron algunos. Varios de ellos se interpusieron en su camino y, con las lanzas cruzadas, lo obligaron a detenerse.

–¡Dejadlo ir! –Una voz resonó desde la muralla, multiplicada por el eco y el viento en cada rincón de la llanura.

Los troyanos miraron hacia la ciudad con desconcierto. En las almenas de la poderosa muralla destacaba la tiara real de Príamo. Era el rey quien les ordenaba que dejaran marchar a su hijo a pesar de su cobardía, a pesar de las consecuencias que aquella deshonrosa decisión tendría para todos. En contra de sus sentimientos, que los empujaban a matarlo allí mismo y acabar con la guerra, los hombres separaron las lanzas y abrieron paso al príncipe. Paris entró en la ciudad por un pequeño portón y se perdió por las cuestas que conducían a la ciudadela.

* * *

Desde lo alto de las puertas Esceas, Helena vio cómo su esposo

huía y sintió por él un profundo desprecio. Ella era espartana, hija de un pueblo orgulloso, belicoso, valiente..., y aquel hombre corría como un conejo.

Una vieja cardadora vestida con ropas sencillas se acercó a ella con discreción.

–Bella Helena –le susurró con tono amable–, ve a casa. Tu marido te necesitará.

Helena negó con la cabeza lentamente.

–No pienso ir. Ve tú y quédate con él. Me avergüenza.

La vieja, endureciendo la expresión, se acercó un paso más y habló con voz ronca:

–No me has entendido. Debes ir si quieres conservar tu hermoso rostro intacto. –Miró de reojo al rey, que no perdía detalle de la escena–. Es comprensivo, incluso bondadoso, pero implacable cuando alguien le desobedece. Tu posición se basa en tu belleza, niña. Perderla sería perder aquello que te protege. ¿Me entiendes ahora?

La tez de Helena se tornó lívida y un ligero temblor agitó sus labios. Comprendió que no era libre, nunca lo había sido. Asintió, se ajustó el velo sobre los hermosos cabellos dorados y se dejó tomar del brazo para descender de la torre y encaminarse hacia la acrópolis.

–Volved a las labores –ordenó Helena a las esclavas que las recibieron a las puertas del palacio.

La vieja la acompañó hasta el lecho de Paris, y no se retiró hasta que la vio sentarse a su lado, tal y como le había ordenado Príamo.

–Has vuelto sin honra –comenzó a reprocharle Helena a su esposo en cuanto estuvieron solos–. Ojalá hubieras muerto en la llanura. –Se alejó del lecho y Paris se levantó–. Siempre has presumido de ser mejor que él. Provócalo a un nuevo combate, y acaba ensartado por su lanza.

–Deja ya los ataques –respondió él. Se había quitado la coraza. Su túnica estaba empapada de sudor–. Menelao ha vencido con la ayuda de Atenea, pero Afrodita me ha ayudado a salir vivo. Otro día seré yo el que venza. –Prendió el incienso del altar de la diosa y volvió a sentarse–. He visto las puertas del Hades, a punto he estado de franquearlas. –Jadeaba, nervioso–. Eres mi esposa, nos ata un lazo sagrado. Si muero, no quiero hacerlo enfadado contigo. –Le tendió una mano–. Ven, acostémonos y seamos amigos de nuevo.

Helena se quedó unos instantes quieta, a varios pasos de la cama. Ardía de rabia. Conocía el tono zalamero que Paris sólo usaba para conseguir que le entregara su cuerpo sin resistencia. Al fin, recordando las palabras de la cardadora, cerró los ojos, suspiró y caminó hacia el tálamo arrastrada por el miedo. No pudo evitar sentir repugnancia hacia aquel hombre que la aguardaba para yacer con ella, mientras tantos otros permanecían en la llanura para defender su

derecho.

* * *

–¡Paris! –gritaba Menelao mientras se frotaba los ojos para quitarse la arena.

Los aqueos se aferraban a los astiles de sus lanzas con los músculos tensos por el odio. Al otro lado, los troyanos guardaban silencio. Hubieran matado ellos mismos a su príncipe, pero no podían contravenir la orden de su rey. En primera línea, Héctor se removía, congestionado por la ira y la vergüenza.

–¡Paris! –volvió a gritar Menelao, dando una vuelta al campo del duelo con el casco de su oponente en la mano.

Agamenón detuvo sus pasos y lo tomó del brazo.

–¡Tenemos un vencedor! –gritó el rey de Micenas–. Vuestro campeón no aparece. Hemos hecho un voto ante los dioses. Ahora, ¡entregadnos a Helena y todas las riquezas robadas de Esparta!

Los troyanos mantuvieron el silencio.

«La entregaría sin dudarlo. Ya la habría entregado hace diez años, en cuanto pisó los palacios de mi padre», se dijo Héctor, pero debía obedecer.

–¡Entregadla! –repitió Agamenón–. Os ata el juramento.

–Paris no ha muerto –dijo al fin Héctor–. La muerte era la condición para la victoria según el voto.

Menelao lanzó el casco de Paris al suelo y dio un paso al frente.

–No ha muerto porque ha huido como un perro –bramó–. Si ha de morir, traédmelo y terminaré la faena.

Los troyanos se estremecieron. Dudaban. Los más cercanos al comandante cuchicheaban y se susurraban al oído.

–Míralo. Nos desafía –le dijo su escudero a Pándaro–. Van a ganar sólo por la cobardía de Paris. El mundo entero se mofará de Troya por dejarse vencer después de diez años de guerra.

El joven Pándaro sentía cómo la ira crecía en sus entrañas, la misma furia e indignación que se extendía por toda la tropa. No podían perder la guerra de aquella manera, por un acto de cobardía. Ilión no merecía ser recordada así.

–Victoria o muerte –pronunció Pándaro mientras sacaba una flecha del carcaj.

Los aqueos pisoteaban el suelo y golpeaban los escudos con sus armas. El siseo del proyectil apenas fue escuchado. Con un chasquido metálico, la flecha se clavó en la parte baja de la coraza de Menelao, a la altura de su cadera, y de inmediato la sangre se derramó por la pierna izquierda del rey de Esparta.

–¡No! –gritó Agamenón con todas sus fuerzas, corriendo hacia su

hermano–. ¡Malditos traidores! ¡Media vuelta y doscientos pasos! –ordenó a sus hombres.

Las líneas se alejaron para formar para la batalla.

Los aqueos, recelosos, temían un vuelo de flechas, pero los troyanos estaban tan desconcertados como ellos. Pándaro había sellado el destino de su pueblo: victoria o muerte.

–He sido un estúpido por confiar en su juramento –hablaba para sí Agamenón–. ¡Vengaremos esta afrenta!

Menelao, montado ya en su carro, dejaba que el médico Macaón tratara su herida.

–No es nada –insistía el espartano–. No me impedirá pelear.

Macaón extrajo la flecha de la coraza y constató que sólo la punta había entrado en la carne. Era una herida leve que se podría tratar con hierbas y drogas.

–¡Venceremos! –vociferaba mientras tanto Agamenón, que recorría las filas animando a los guerreros–. ¡Zeus está de nuestro lado! Han faltado a su palabra como perros sin honor.

Tras él, un heraldo mostraba la falsa Égida de Ulises. Pronto se les unió Diomedes, ansioso y sediento de sangre.

–Matemos –repetía una y otra vez.

Los hombres se armaban y formaban ante sus capitanes. La indignación animaba el deseo de lucha. Al frente se colocaron los lanceros de Argos y Pilos, con Diomedes y Néstor a la cabeza. Antíloco, hijo del rey de Pilos, formó como uno más de los lanceros, uniendo su escudo en forma de ocho a los de sus compañeros.

–¡Adelante! –ordenó Agamenón cuando las tropas estuvieron preparadas. Menelao ceñía de nuevo su coraza.

Las flautas comenzaron a sonar, invadiendo con sus notas agudas el espacio que separaba a los ejércitos.

–¡Lanceros al frente! –gritó Héctor a sus heraldos, que se perdieron al instante para transmitir el mandato.

Los troyanos iban a oponer sus falanges a las de los aqueos, reservando los carros en la retaguardia. Los de Ilión gritaban, como era su costumbre; los aqueos, concentrados en la muerte, se movían en silencio.

Héctor, con la unidad de los hijos de Príamo, se rezagó tras la primera línea. Su primer objetivo era frenar a los aqueos.

Nadie lanzó proyectiles. Agamenón, confiando en que los troyanos todavía pudieran aceptar la derrota de Paris, ordenó a sus hombres que no tomaran la iniciativa, de manera que éstos se acercaron a sus enemigos sin enarbolar las armas.

Cuando los de Pilos y Argos chocaron con los de Ilión, el estruendo de escudos contra escudos se alzó por encima de las voces. Los hombres apretaban y empujaban tras sus defensas, pero nadie se

atrevía a comenzar la lucha.

–¡Mantened el orden! –gritó el viejo Néstor a los suyos. Junto a él, Diomedes callaba y dejaba a los argivos arremeter.

–¡Os meteremos las lanzas por el culo! ¡Es lo que os gusta! –aulló un troyano, enardecido.

Frente a él, Antíloco sintió crecer la furia en su interior. Su lanza corta apuntaba al cielo. No pudo contenerse. Para todo había un límite, incluso para los insultos a un rival. Asomó el arma por el lateral de su escudo, empujó y la punta de bronce entró por el ojo izquierdo del troyano. Luego tiró de su lanza hacia atrás y la cabeza del hombre golpeó en el escudo antes de quedar liberada. Fue la primera muerte y supuso el fin de la tregua. Terminaron las palabras, dejó de tener sentido el juramento. Arreciaron los gritos de ambos bandos. Y comenzó la batalla.

Las líneas se alargaron. Las falanges se enfrentaron. Los escudos volvieron a empujar, pero ahora con la intención de desequilibrar al contrario para matarlo. Pronto la sangre comenzó a regar la llanura. Los hombres ya no oían las flautas, sólo los latidos de sus corazones desbocados, el chocar de los metales y los gritos desesperados de los heridos.

Los aqueos arremetieron con fuerza y consiguieron romper la fila troyana por varios puntos. Sus lanzas diestras se movían ensangrentadas en busca de puntos débiles.

–¡Atenea está con nosotros! –gritó Antíloco.

El muchacho daba empujones tras su escudo y enseguida asomaba por encima de él para clavar el arma en un troyano. Así avanzaba e iba abriendo brecha. Los de Pilos lo seguían, imitando su ejemplo. Muchos hombres cayeron en el primer enfrentamiento y la tierra se cubrió con sus cuerpos. La sangre aquea y la troyana se mezclaron y sirvieron de ofrenda a las sombras de los muertos. Los caídos entorpecían el paso, pero los aqueos consiguieron desplazar la línea de combate hacia Troya.

Los itacenses de Ulises, que servían de refresco a los de Pilos, ocupaban los huecos que dejaban los muertos o extenuados. Los troyanos atacaban en oleadas sucesivas, empujando las espaldas de sus compañeros para evitar el retroceso.

Héctor, sobre su carro, recorría la retaguardia dando órdenes y animando a sus hombres.

–¡Muerte al invasor! ¡Apolo os ayuda! –voceaba sin descanso. Estaba preocupado por el avance enemigo, lento y a costa de muchas vidas, pero incesante.

Era pronto. El resultado de la batalla no se conocería hasta varias horas después, pero Héctor atisbaba un funesto presagio en aquellos

primeros movimientos. Volvió la vista atrás, hacia los poderosos carros de estilo hitita que aguardaban en la retaguardia. Desechó la idea de llamarlos. Sabía que, tal y como se estaba desarrollando la contienda, no tendrían espacio suficiente para maniobrar.

Antíloco se vio pronto frenado en su ímpetu. Muchos troyanos habían acudido a su zona y el joven, con el brazo ya cansado de matar, retrocedió para ceder su puesto.

Por el norte, los argivos habían avanzado lo suficiente como para rodear a sus oponentes y atacarlos por el flanco derecho. Diomedes, con la piel de león sobre su coraza de bronce, luchaba con brío. Una mueca iracunda se dibujaba en su rostro. Tenía las mejillas manchadas de sangre y los ojos enrojecidos. Parecía disfrutar con cada muerte. Al fin había llegado el glorioso momento de matar o morir.

–¡Dejad a los muertos, por vuestra vida! Cuando venzamos tendremos tiempo de conseguir botín –ordenó el rey de Argos a los que se detenían.

Los argivos embistieron de nuevo con todas sus fuerzas, provocando una oleada de muerte que acabó poniendo en fuga al enemigo.

Agamenón y Menelao, que aguardaban en segunda línea, decidieron que había llegado el momento de entrar en combate y dejar que descansaran los de Pilos y Argos. Los hombres de Micenas y Esparta se arrojaron sobre la vanguardia troyana. La armadura articulada de Agamenón demostró ser de gran utilidad en combate. Consiguió matar a tres guerreros sin recibir heridas. Enseguida el bronce brillante quedó surcado por pequeños regueros de sangre.

–¡Nos replegamos! –gritó Eneas mientras corría hacia Héctor. Había llegado el momento de retroceder a una posición segura–. Aquel rey está loco –añadió en cuanto se subió al carro, señalando a Diomedes–. Mata como un león hambriento.

–¡Como a un león habremos de cazarlo! –contestó Héctor.

Pándaro se resistía a huir, pero los aqueos se acercaban peligrosamente. Frente a él avanzaban Agamenón, Menelao y Ulises; por la derecha, Diomedes y sus argivos ganaban terreno. Se fijó entonces en el rey de Argos, que destacaba por su destreza con las armas. Lo tenía cerca y el joven no dudó. Antes de correr hacia las líneas rezagadas, extrajo una flecha del carcaj, tensó el arco y disparó.

Diomedes aulló de dolor cuando la flecha lo alcanzó en el hombro izquierdo. La saeta no se quedó clavada, no había tocado hueso. Brotó sangre y el rey gritó para descargar su dolor. Agarró a uno de sus hombres y lo obligó a hacer jirones de tela con su túnica para atárselos en el hombro. Las vendas se empaparon de rojo. Con un nuevo grito, tomó la lanza de un muerto y retornó a la lucha.

–¡Atenea, dame fuerzas, no me dejes desfallecer! –gritó a todo pulmón, y echó a correr hacia los pocos dárdanos que mantenían la posición.

La diosa pareció responder a su súplica. Diomedes clavó su lanza en el vientre de un hombre, cuya túnica al instante se tiñó de sangre y heces. Sin detenerse a recuperar el arma, el rey empuñó la espada y encaró a un segundo dárdano. Con movimientos precisos, se desplazó hacia un lado y dirigió la hoja hacia su clavícula. El cuerpo cayó desmadejado.

Eneas bajó del carro de Héctor y se dirigió hacia el lujoso carro de Arquéloco y Acamante, los hijos de Antenor con los que compartía el mando de los dárdanos.

–Tenéis que ir a por él. –Señaló a Diomedes, que seguía abriéndose camino–. ¡Su ejemplo cunde, hay que pararlo! –insistió.

Pero los hijos del canciller no se movieron.

–Tenemos que reagruparnos y atacar conjuntamente –respondió al fin Acamante, que vestía un kilt con complejos bordados bajo una cota de escamas de bronce–. Es sólo un hombre, y pronto le llegará la hora de morir. –Esbozó una sonrisa de desprecio.

–Pastor –añadió Arquéloco, sonriente–, ¿quieres ir tú? Te cedemos nuestro carro.

Ambos pensaban que habían conseguido humillar a Eneas, pero éste apoyó la mano en la caja e hizo ademán de subir.

–Bajad –ordenó con gesto serio. Incrédulos, los hermanos obedecieron–. Tú también –dijo Eneas al auriga. No quería dejarse llevar por un desconocido.

Se puso en marcha y viró el carro hacia los argivos. Pándaro lo vio y lo llamó a voces:

–¡Llévame contigo y acabemos con ese león! –El joven corrió hacia él, subió de un brinco al carro y tomó la lanza de Eneas. Se había quedado sin flechas.

–¡No os acerquéis demasiado! –les gritó Licaón el Liberado, que se mantenía a cierta distancia de la lucha.

Avanzaron contra Diomedes, que perseguía a la carrera a los dárdanos que huían.

–¡Ahora, Pándaro! –lo instó Eneas cuando estuvieron cerca, al tiempo que colocaba el carro de costado.

El joven nombró a Apolo y arrojó la lanza. El arma iba bien encaminada, pero el argivo consiguió esquivarla y, tras tomar impulso, lanzó la suya, que impactó brutalmente en el cráneo de Pándaro. Al ver que su acompañante caía desmadejado, Eneas soltó un grito furioso, embrazó el escudo, tomó otra lanza y saltó para defender el cuerpo del nieto de Príamo.

Diomedes rio como un carroñero y se abalanzó contra Eneas. Había conseguido una lanza y lo atacó con ella. Eneas no pudo hacer más que retroceder y ocultarse tras su escudo redondo. Los chasquidos del bronce contra bronce resonaban en sus tímpanos, y Eneas se vio obligado a arrodillarse ante la presión de su rival. En uno de los lanzazos, Diomedes dobló la punta de su arma. Se deshizo de ella con presteza y cogió una gran piedra del suelo. Sin dar tiempo a Eneas para ponerse de pie, la dejó caer sobre él. La roca dobló el escudo, resbaló y le cayó sobre la cadera.

Eneas aulló de dolor y varios guerreros acudieron enseguida en su ayuda. Cinco de ellos apuntaron con sus armas a Diomedes. Éste se apropió de otra lanza abandonada y se encaró con ellos sin arredrarse. Mató a uno clavándole el arma en la garganta, pero cuando los otros cuatro se abalanzaron contra él, Diomedes se retiró gritando como un animal salvaje.

Los dárdanos montaron a Eneas en el carro. Su herida no parecía profunda, pero la cadera se veía amoratada y cubierta de sangre. También subieron el cuerpo del joven Pándaro, todavía con la lanza incrustada en la cabeza.

En la distancia se distinguía a Héctor, que trataba de reorganizar a la tropa para resistir la embestida aquea.

* * *

Casandra tuvo que sentarse en la escalinata del templo de Atenea para no caer al suelo. Le temblaban las manos y sentía un agudo dolor en el pecho.

–¿Qué te pasa? –preguntó Laocoonte.

–Muerte –balbució Casandra.

–Claro que hay muerte, muchacha –dijo el hombre–. La batalla ha empezado en la llanura.

Hasta la ciudadela llegaban apagados los sonidos de la contienda.

–No. Muerte cercana –replicó ella–. ¡Pándaro! ¡Mi Pándaro! ¿Por qué tenías que ser tan valiente? –Estalló primero en un llanto desconsolado y, poco después, el furor del dios la invadió y comenzó a convulsionarse con movimientos espasmódicos.

–¡Ayuda! –solicitó Laocoonte. Varias esclavas de palacio acudieron enseguida–. Sujetadle los brazos.

Las jóvenes obedecieron, y él le dio a morder un trozo de tela para evitar que se hiriera la lengua. Pasó un rato en aquel estado y, cuando comenzó a calmarse, las esclavas aflojaron la presión. Casandra recuperó el control de su cuerpo, parecía agotada. Se encogió lentamente y lloró, ahora con calma, mientras Laocoonte le acariciaba los cabellos empapados de sudor.

–Ya, pequeña, ya. Sigues siendo la favorita de Apolo –le susurró, convencido de que el joven Pándaro había perdido la vida allá abajo, en la llanura del Escamandro.

* * *

Héctor recibió a Eneas con sincera preocupación.

–Primo, ¿cómo estás?

Eneas se levantó con una leve cojera y se llevó la mano a la cadera.

–No hay nada roto. Podré seguir luchando –dijo apretando los dientes por el intenso dolor–. Hemos traído el cuerpo de Pándaro.

Héctor lo observó unos instantes: el rostro atravesado por la lanza resultaba irreconocible, pero sí identificó sus cabellos, su cuerpo y su atuendo. «La guerra es esto», se dijo. Sabía que tenía que ocurrir, que perdería a seres queridos. Había asumido que él mismo podía morir, pero aun así se estremeció. Licaón llegó a ellos gritando.

–¿Dónde está? –repetía compulsivamente. Cuando se enfrentó al cadáver de su hijo, se arrodilló y lloró como un niño–. ¡Malditos salvajes rubios!

–Lo vengaremos, vengaremos todas las muertes –afirmó Eneas con solemnidad.

Héctor, profundamente alterado, saltó a tierra con el escudo embrazado y dos jabalinas en la mano. A su alrededor, los hombres huían apresurados ante el empuje de los aqueos. Había que tomar decisiones.

–¡Troya y vuestro rey os miran! –tronó–. ¡No retrocedáis! ¡Venid aquí y os conduciré a la victoria! ¡Por Apolo y Kaskalkur!

Un carro licio se acercó a toda velocidad. En él se destacaba Sarpedón, con su larga barba y su coraza de cuero con chapas doradas y plateadas. A su lado estaba Glauco.

–Compañero –lo saludó Héctor–, preparo las filas para resistir. –El viento ahogaba sus palabras y tenía que alzar la voz.

–Organiza un ataque –le sugirió el joven rey de Licia–. He asistido a varias batallas como ésta. Siempre me ha resultado más eficaz atacar que esperar un ataque. Hay espacio suficiente.

Héctor valoró la propuesta. Miró hacia los aqueos, que avanzaban implacables, y su corazón se inflamó de valor.

–¡Rápido! ¡Agrupaos y avanzad a mi orden! ¡Vamos a cargar!

Su voz se multiplicó a través de los heraldos. Enseguida se escuchó el trajín de hombres y metales que se rozaban, y sus sonidos fueron arrastrados por el viento hasta el enemigo, que se excitó ante la perspectiva del combate.

–¡He visto a Atenea peleando a vuestro lado! –gritó Agamenón a los suyos. Sólo le oyeron los más cercanos, pero el rumor de la

presencia de Atenea se expandió por todo el ejército–. ¡No os detengáis! Si estáis cansados, dejad que avancen los de atrás para recuperar el aliento. ¡Y volved pronto a la lucha!

Héctor se colocó en la vanguardia. Observó cómo los aqueos también trataban de reorganizarse. Los dos ejércitos le parecieron dos enormes toros tomando impulso para embestirse. Respiró hondo. Sintió entonces un pitido en el oído derecho, y por un instante dejó de escuchar el vocerío. La imagen de Pándaro acudía insistente a su imaginación y, tras ella, la de su hijo Astianacte en brazos de Andrómaca. «Has aprendido a ser valiente», le había dicho su padre en más de una ocasión. Héctor había hecho suya aquella máxima. Una racha de viento agitó las escamas doradas de su armadura y lo empujó por la espalda.

–¡Apolo! –gritó, y echó a correr hacia sus enemigos. A su voz respondió un clamor de miles de voces que ascendió hasta lo más alto de las murallas de Troya para decirles a las esposas y los hijos de Ilión que ellos entregarían la vida si era necesario para garantizar su seguridad.

Así comenzó el ataque de los troyanos. Héctor corría junto a sus hermanos y sobrinos, rodeados todos por escuderos y guardias. Los licios de Sarpedón ocupaban el espacio central.

Los aqueos recibieron la acometida en sus puestos, sin flaquear. Con el brutal choque se levantó una gran polvareda, que ensombreció los destellos de los metales. Ulises y Diomedes peleaban juntos.

–¡Apuntad lejos de la lucha! –gritó Áyax el Menor, que se había desplazado con sus locrios a un lateral y acosaba a flechazos el costado izquierdo del enemigo.

El otro Áyax, el Grande, peleaba con destreza en primera línea. Su talla atemorizaba a los troyanos.

–¡Es el dios de la guerra! –llegó a oír el gigante.

Su medio hermano Teucro lo asistía como arquero, bajo la protección de su enorme escudo.

El viento cambió lentamente de dirección hacia el sur y los aqueos sintieron cierto alivio. Resistieron la embestida troyana y no cedieron más que dos palmos de terreno.

Recuperado de la pedrada de Diomedes, Eneas había vuelto a la lucha y animaba a voces a sus dárdanos. La excitación le hacía ignorar el intenso dolor de su cadera.

–¡Resérvate! –le gritaba uno de los suyos una y otra vez, pero él no hacía caso y buscaba la batalla en sus puntos más candentes.

Licaón peleaba a su lado, cegado por la ira. Las lágrimas por su hijo Pándaro todavía humedecían sus mejillas.

Se peleaba sin descanso sobre una alfombra de muertos, cuyos cuerpos se desangraban sobre los tréboles y las flores de la primavera

tardía.

El rubio Menelao luchaba con rabia. La deshonrosa huida de Paris lo había enfurecido como a un animal acorralado. En dos ocasiones tuvo que detenerse a limpiar de sangre el astil de su lanza para evitar que sus manos resbalaran. Tenía los brazos rojos, también el rostro; incluso sus cabellos dorados lucían salpicaduras escarlatas. Su ímpetu permitió que los espartanos ganaran terreno.

Eneas se dio cuenta al instante y centró su atención en él.

–¡Es uno de sus reyes! ¡Es Menelao! –gritaba.

Héctor acometió a los aqueos encabezando a los hijos de Príamo, la élite militar de Troya.

–¡Al muro! –bramó enfervorecido, señalando la larga línea de escudos.

Por encima de los lanceros, divisó a dos hombres montados en un carro. Héctor lanzó una jabalina, que le atravesó el pecho a uno de ellos. Con la segunda, sin embargo, erró el tiro, y le pidió a Polidamante su lanza. Sus hombres intentaban que se refugiara en la segunda línea, pero él se zafaba una y otra vez y volvía a arremeter contra el enemigo.

–¡Fuera los salvajes! –vociferaba Sarpedón cerca de él. Los licios comenzaban a comer terreno. Arrojó una jabalina y le partió el cuello a un guerrero que lucía un casco con dos cuernos de bronce.

Al instante, un clamor se alzó al otro lado del muro de escudos.

–¡Tlepólemo!

–¡El hijo de Hércules!

Sarpedón había matado a un símbolo del ejército enemigo, un hijo del héroe que años atrás había saqueado Troya. Los aqueos se revolvieron con fuerza y Ulises se puso a su cabeza.

El rey de Licia se disponía a atacar de nuevo cuando una marea de itacenses llegó hasta él. Enseguida la guardia formó para frenar el ímpetu de Ulises y sus hombres, pero no pudieron evitar que Sarpedón resultara herido. Peleaba a espada cuando sintió un intenso dolor en el muslo izquierdo. Un aqueo lo había acuchillado. El joven rey retrocedió varios pasos y cayó al suelo.

–¡Héctor! –pidió ayuda–. ¡Atenea! –invocó a su diosa predilecta.

Glauco intentaba arrastrarlo hacia una zona segura cuando Ulises, animado por la presa, arengó a sus hombres para que atacaran de nuevo.

Tal vez la diosa, por un instante, estuvo de parte de Sarpedón. Héctor acudió a él y consiguió detener a Ulises, dando tiempo a Glauco para llevárselo a un lugar apartado. Un sanador se dispuso a tratar la herida. Allí, en la retaguardia, aguadores y sanadores recomponían a los hombres.

–No es grave –dijo el médico–. No ha penetrado mucho en la

carne. –De esta manera dictaminó para Sarpedón la vida.

–Amado mío –Glauco lloró de alivio–, espérame aquí y recupérate.

Se puso en pie, gritó con todas sus fuerzas y salió corriendo hacia la zona de combate.

El auriga troyano intentaba controlar a los caballos que, mal adiestrados, cabalgaban despavoridos. El arquero había caído ya y el lancero se aferraba a la caja del carro. Los animales, perturbados por el ruido de la batalla, acabaron chocando con un árbol. El carro se partió y los dos hombres cayeron al suelo.

Menelao vio el accidente. Corrió hacia ellos y clavó su lanza en el pecho del auriga. Luego se volvió hacia el lancero, que vestía coraza de bronce sobre túnica larga.

–¡Mi padre es rico! ¡Me llamo Adresto y mi padre es rico! Pagará un rescate –soltó el joven de forma apresurada.

Menelao le apuntó con la lanza, a la vez que ordenaba a dos de sus hombres que lo apresaran. Agamenón dirigió su carro hacia su hermano y lo reprendió.

–¡Maldito estúpido! ¿Piensas hacer prisioneros? Que mueran todos. –Escupió al suelo–. ¿Cómo te han tratado ellos a ti?

–No fue él quien me robó la esposa –respondió Menelao, apartándose para que sus hombres maniataran al cautivo.

Con un gesto de la mano, Agamenón les ordenó que se detuvieran. Saltó del carro, se acercó al troyano y lo alanceó sin titubear.

–¡Éste es el trato que merecen! ¡Que nadie haga cautivos! ¡Pelead hasta la victoria! –rugió.

Néstor repitió la orden a los hombres que tenía cerca. El viejo rey de Pilos peleaba, pero tenía que retroceder con frecuencia para recuperar el resuello. Sus hombres combatían pegados a los argivos que, tras haber obligado a retroceder a los troyanos, se habían detenido para tomar botín y prisioneros.

–¡Peleamos por la gloria, no por riquezas! ¡Perros avaros! –gritó hasta desgañitarse.

Los hombres obedecieron y acuchillaron a los presos antes de retomar la lucha.

De nuevo los dioses parecían estar con los aqueos, que empujaban la línea de batalla hacia Troya. Preocupado, Héctor trataba de reorganizar de nuevo a sus tropas.

–No paramos de ceder –comentó Polidamante, que no se separaba de él–. Caen más de los nuestros que de los suyos, y tenemos los carros inutilizados atrás. Haz que avancen ya por los flancos o repliega a todos los hombres que puedas.

Héleno, que asistía a la batalla desde la retaguardia, se acercó corriendo a su hermano. Tenía el rostro lívido y sudaba

abundantemente.

–Anima a las filas –dijo el adivino por encima del ruido de los metales–, que resistan o estaremos perdidos. Los hombres están a punto de huir, me lo ha dicho Apolo. –Se llevó las manos a la cabeza en un gesto desesperado–. La poderosa Atenea está con ellos. Puedo verla blandiendo su lanza. –Cerró los ojos para darse un momento y tomar aliento–. Hermano, debes ir a la ciudad y ordenar a nuestras mujeres que hagan una ofrenda a la diosa, que le prometan un sacrificio de vacas si se apiada de Ilión. –Héctor lo miró y dudó. No era un buen momento para retirarse del combate–. ¡Corre! ¡Nuestra suerte está en juego!

El comandante chasqueó la lengua, llamó a su auriga y le ordenó que lo llevara a la ciudad. También le ordenó a Polidamante que se hiciera cargo de su unidad. El carro de Héctor avanzó hacia las puertas Esceas y un grupo de mujeres se arremolinó en torno a la entrada.

–Príncipe, ¿ganamos?

–Favorito de Príamo, ¿qué noticias traes de nuestros maridos?

–Mi hijo, casco reluciente, dime algo de mi hijo.

Lo acosaron a preguntas, como si conociera personalmente a cada hombre que se dejaba el pellejo en la llanura troyana.

–Implorad a los dioses. Vuestros esposos e hijos están luchando con honor –fue todo lo que dijo, y se perdió por las cuestas que conducían a la ciudadela.

* * *

El recinto superior estaba en silencio, un silencio que hería sus oídos. Héctor desmontó ante el palacio de su padre y caminó por los claustros exteriores, en torno a los cuales se repartían las viviendas de sus hermanos.

–¡Madre! –llamó.

Hécuba respondió desde la explanada que separaba al palacio del templo de Atenea. Héctor se reunió con ella. La mujer estaba demacrada y lucía ojeras.

–Hijo, debes descansar. Tienes mala cara –le dijo.

–Tú sabes mejor que nadie que no debo entretenerme, madre. –Ella asintió con un velo de tristeza en la mirada. El destino de una reina consistía en criar hijos y verlos partir a la guerra–. Tengo una encomienda para ti. Atenea está favoreciendo a los aqueos. Tenemos que ganarnos su favor. Reúne a las mujeres y haz una ofrenda. Prométele un sacrificio digno si se apiada de nosotros. Doce vacas de un año. –La tomó de la mano y la besó en la mejilla izquierda–. Hazlo pronto, madre. –Héctor se quitó el casco de bronce y se pasó la mano

por el pelo sudoroso. Hécuba se permitió un breve gesto de acercamiento a su hijo. Con mano temblorosa le quitó un resto de sangre de la mejilla. El príncipe se giró para marcharse, pero se acordó de algo–. Hay un líder aqueo que viste una piel de león sobre la coraza. Es fiero y está mermando a los nuestros más que ninguno. Pide a Atenea que quiebre su lanza, que lo haga caer al suelo.

Héctor se marchó y Hécuba entró en el palacio. De su arcón tomó el mejor manto, de fina tela teñida de púrpura con bordados de oro. Luego fue en busca de las mujeres.

Téano, esposa del canciller Antenor y sacerdotisa de Atenea, abrió las gruesas puertas del templo. Cogió el manto y avanzó hasta el fondo de la sala, donde un tosco altar de piedra presidía el espacio. Sobre él había una lanza y un enorme escudo redondo, atributos de Atenea. Con la cabeza gacha en actitud de respeto, Téano depositó la prenda sobre el altar, formuló una oración y terminó con la súplica y la promesa del sacrificio. Cuando volvía junto a las demás mujeres, la tela resbaló de la piedra y cayó al suelo. Horrorizadas por la señal, no pudieron contener un grito de espanto. Allí se quedó el manto, tirado en el suelo.

–Seguirá favoreciendo a los aqueos –pronunció Hécuba. Su rostro se había transformado con una mueca de angustia.

–Tenemos el Paladión. –Téano la tomó por los hombros y la sacó del templo–. Mientras esté en Troya, no nos pasará nada. Atenea está atada por él.

–Sí –susurró Hécuba, simulando alivio, pero sus ojos delataban una ansiedad infinita.

Héctor entró en el palacio de Paris y lo llamó a voces. Su hermano estaba en la cámara nupcial, probando la tensión de la cuerda de su arco. En el suelo, a sus pies, yacía la coraza que le había prestado Licaón.

Helena permanecía sentada en una silla mientras dos esclavas la peinaban. La cama estaba revuelta. La espartana miró intensamente a Héctor hasta que éste le devolvió la mirada. Entonces alzó el puño para mostrar la pulsera que le había quitado a Polidamante. Héctor reconoció al instante la joya de su amigo y sintió la ira crecer en su interior, pero se contuvo y dirigió su fuego contra su hermano.

–¡La guerra es por ti! Hay muchos hombres muriendo en la llanura a causa de tu cobardía. Tu hermano Licaón está peleando con una coraza de cuero mientras tú guardas aquí la suya de bronce.

–Ahora mismo le estaba diciendo a mi esposa que quería volver a la batalla –contestó Paris sin inmutarse–. Ya tengo listas las armas.

–Tu esposa... –Héctor no terminó la frase, pero sus ojos ardientes la fulminaron. Por un instante, ella sintió temor, pero en el fondo sabía

que él nunca traicionaría a Polidamante, que no lo entregaría a la justicia del rey–. Ármate y vuelve al combate cuando te plazca.

El príncipe salió del palacio de su hermano y se encaminó hacia el suyo propio para ver a Andrómaca y a Astianacte. En la escalinata del pórtico principal se encontró con Apolonia, que tomaba el sol. La esclava se puso en pie nada más verlo y comenzó a temblar. Pesadas lágrimas brotaron de sus ojos y la piel de su rostro se tornó nívea.

–Apolo, aparta de mí la sombra de mi señor, devuélvela al Hades, y yo le haré ricas ofrendas de sangre –murmuró con voz entrecortada.

–Muchacha, no temas. Soy yo. He venido a cumplir con un encargo y vuelvo al combate. –La joven lloró de alegría y se contuvo para no abrazarlo–. Llama a mi esposa y a mi hijo, quiero verlos.

–No están, señor. Han llegado noticias de que los troyanos retrocedían y tu esposa ha salido corriendo hacia las murallas. Un aya llevaba a tu hijo en brazos.

De inmediato, Héctor se puso el casco, corrió hacia su carro y ordenó al auriga que lo llevara a las puertas Esceas. Desde las rampas que conducían a la ciudad baja pudo ver cómo las mujeres, los niños y los ancianos se apiñaban en los adarves de las murallas. Cerca de las puertas vio a Andrómaca, que corrió hacia él emocionada. Héctor se abrazó a ella. Detrás llegaba el aya con su hijo en brazos. El príncipe miró al niño en silencio y sonrió.

–Mi pequeño Escamandrio –así lo llamaba en la intimidad–, impetuoso como el río.

Andrómaca se echó a llorar y le apretó la mano.

–Estás vivo –suspiró agradecida–, pero, si vuelves a la lucha, tu arrojo será tu muerte. Nos dejarás solos a Astianacte y a mí. –Volvió la cabeza un instante hacia las puertas–. Los aqueos se están agrupando. Se echarán sobre ti en cuanto te vean. –Rompió a llorar de nuevo, ahora con desesperación–. Eres todo lo que me queda. No vayas, y haz que los hombres se replieguen junto a la higuera para defender la muralla.

La higuera sagrada se alzaba en el punto más débil de Troya, donde se unían la muralla de la ciudad baja y la de la ciudadela. Su esposa le proponía que las tropas adoptaran una actitud defensiva.

–Es un consejo inteligente, pero me avergonzaría hacerlo. Debo luchar, debo estar ahí fuera, con mis hombres, igual que mi padre peleó con los suyos cuando era joven. –Se soltó suavemente de su mano–. Yo también tengo miedo, y temo lo que pueda pasarte si cae Ilión... Los salvajes te llevarían a su tierra. Por eso mismo debo luchar. –Tendió la mano hacia su hijo, que se encogió en brazos de la nodriza y se echó a llorar. Los padres comprendieron y rieron. Héctor se quitó el casco, y entonces el niño se dejó coger. Lo besó en la frente–. Zeus, deja que crezca y llegue a reinar en Troya, y que todos digan que es

mejor que yo –dijo, emocionado.

Andrómaca, resignada y aún con lágrimas en los ojos, sonrió con dulzura.

–Mi destino no lo decido yo. Ya está escrito por los dioses, pues ellos manejan el mundo de los hombres –le dijo para tranquilizarla.

Y partió hacia la llanura, forzado a luchar en una guerra en la que no creía para defender el honor de una aquea tan pérfida que había sido capaz de traicionar a su propio pueblo, para después traicionar también al hombre al que se había entregado.

«Entiendo que engañe al estúpido de mi hermano, que no es más que un mujeriego y un cobarde. Lo que me cuesta entender es que se dejara engañar por él para abandonar su patria», se dijo. Tras él escuchó unos pasos apresurados.

–Hermano –Paris corría a su encuentro–, lucharé por mi honor y por mi pueblo. Tienes mi palabra –aseveró.

–Paris, sé que hay algo de valentía en ti. Búscala, agárrala y quédate con ella en la batalla. Venceremos o moriremos para cumplir las órdenes de nuestro padre.

* * *

Los troyanos cedían. Los aqueos se cernían sobre Ilión.

–¡Misios y meonios! –gritó Héctor, todavía en la retaguardia–. ¡Ayudad en el flanco derecho, empujad! –Los aliados se movieron de inmediato–. ¡Cícones, tracios y hombres de Percote, al flanco izquierdo, que no ceda más!

Quedaban pocas tropas para el refresco. La mayoría de los troyanos acudieron a la larga línea de combate. Atrás sólo quedaron los carros, encerrados por el empuje de los aqueos. Héctor peleó como uno más. A su lado, por primera vez, Paris demostró valentía, hiriendo y matando a muchos con su arco. Sarpedón, a pesar de la herida, había vuelto a la lucha y dirigía a los licios, que sostenían el combate en el centro. Glauco, con un buen puñado de hombres, ayudaba a Héctor a equilibrar las fuerzas. Todos, soldados y comandantes, lucharon con fiereza hasta que, poco a poco, palmo a palmo, el frente quedó enderezado.

Héleno observaba complacido. El viento ya no soplaba, pero había dejado una brisa fresca como recuerdo. El adivino cerró los ojos y aguzó el oído. Entre los suaves soplos de aire identificó la voz de Apolo. Cuando el mensaje se hubo transmitido en su totalidad, llamó a voces a su hermano, y su llamada corrió de boca en boca.

Héctor no tardó en llegar a su encuentro, acompañado por Polidamante.

–¿Qué quieres de mí ahora? ¿Acaso no ves que los estamos

frenando?

–Apolo quiere que suspendas la batalla –dijo Héleno–, y que retes a duelo al más valiente de los aqueos. –La mirada de Héctor se encendió de furia–. El Divino Arquero me ha dicho que, si sigue la lucha, perderemos. Atenea no está de nuestro lado, no ha aceptado nuestras súplicas.

Héctor resopló. Se debatía. Honraba a los dioses, pero a veces dudaba de la veracidad de los augurios y de la eficacia de los sacrificios. En momentos como aquél sólo confiaba en su lanza. Miró de soslayo a su asesor.

–Los hombres están peleando bien –dijo Polidamante–, pero pronto comenzarán a flaquear y no tenemos quien los sustituya. Sin embargo, los aqueos tienen dos o más líneas de reserva, hombres frescos y descansados. Si esperamos, perderemos –sentenció–. No veo conveniente que busques un duelo, pero retirarnos sería sabio. La línea de combate se ha alargado demasiado para nosotros.

El comandante asintió, sabía que su amigo estaba en lo cierto. Confiaba más en sus palabras que en las de Apolo. Llamó al auriga y, sobre su carro, se dirigió hacia lo más encarnizado de la batalla. Pronto distinguió la armadura de Agamenón.

–¡Reto! –gritó con todas sus fuerzas–. ¡Reto! –insistió, y tuvo que repetirlo otras cuatro veces hasta que los guerreros pausaron el combate y le prestaron atención. Poco a poco, un silencio expectante se fue extendiendo–. ¡Reto al hombre más valiente de entre los vuestros! Repararé personalmente la afrenta de mi hermano Paris. El que venza se llevará las armas del caído, pero entregará el cuerpo a los suyos.

–¡Quiero las mismas condiciones que en el duelo de nuestros hermanos! –exclamó Agamenón al instante.

–¡No soy el rey de Troya! ¡No puedo ofrecer la entrega de Helena! Pero sí ofrezco la vida del principal comandante troyano, que es la mía.

Agamenón meditó en silencio unos instantes. Sin Héctor, los troyanos estarían perdidos, así que finalmente alzó la voz:

–¿Quién se ofrece a pelear con Héctor?

Sólo se escucharon algunos gritos lejanos de los mutilados y heridos. Nadie habló.

–¡Cobardes estúpidos! –gritó Menelao, dando dos pasos al frente–. Yo mismo pelearé con él.

–Te destrozaría –le dijo Agamenón en voz baja, acercándose a él–. Sé reconocer a un guerrero. Es frío, duro, y lo he visto manejar las armas. Apártate.

Menelao obedeció. Agamenón dirigió entonces la mirada al viejo Néstor, y éste comprendió.

–¿Para esto habéis cruzado el mar? –inició su arenga el rey de Pilos–. ¿Para rehuir la lucha habéis acampado durante diez años en el cabo Sigeo? –Hizo una breve pausa–. Ojalá fuera más joven para enfrentarme yo mismo a Héctor.

Al instante nueve hombres se ofrecieron, entre ellos Diomedes, los dos Áyax, Idomeneo de Creta y Ulises. Se echó a suertes y el destino quiso que el elegido fuera Áyax el Grande. Se escucharon vítores y loas al gigante.

Héctor saltó del carro y observó cómo su rival se preparaba para el combate. Áyax no llevaba coraza; lucía su imponente pecho sólo atravesado por el tahalí del que colgaba su espada. «No hay suficiente bronce en el Egeo para rodearme el torso», solía jactarse. Portaba un enorme escudo rectangular y cóncavo, sujeto a su cuello por una correa de cuero y revestido con pieles de buey. Con la mano derecha sostenía una larga lanza. Dio unos pasos para entrar en el espacio establecido para la lucha.

–Morderás la tierra, troyano –dijo con los dientes apretados.

Héctor se aferró con fuerza al astil de su lanza y le apuntó con ella. La cola de caballo de su casco le caía sobre el hombro derecho. Se concentró, aparcando el miedo para pensar con frialdad. La suficiencia del gigante jugaba en su contra. El sol del atardecer iluminó la armadura del príncipe. Sin previo aviso, éste arrojó la lanza, que quedó clavada en el escudo de Áyax y cimbreó. Áyax lanzó la suya, pero Héctor la desvió con el escudo y la hizo caer al suelo. El troyano dio un salto y, apropiándose de ella, embistió a su oponente. Sabía que su mejor baza era la rapidez. Áyax sólo tuvo tiempo de extraer la lanza de su escudo y protegerse con él.

La punta del arma de Héctor se torció al impactar contra la enorme defensa de su rival. Enseguida, Áyax dirigió la suya contra el escudo del troyano, con tanta fuerza que la protección cedió y la punta llegó a rozar el cuello de Héctor, haciéndolo sangrar.

Ambos se apartaron varios pasos, estudiándose. Jadeaban, sudorosos, y habían perdido las lanzas. Áyax comenzó a respetar a su oponente.

El sol descendía hacia el horizonte cuando retomaron la lucha. Héctor lanzó una piedra contra el escudo del aqueo, que a su vez tomó una piedra mayor y la estampó contra la parte inferior del escudo troyano. La roca siguió su camino hacia las rodillas. Héctor cayó de espaldas, pero al instante se puso en pie. La tela de su túnica se había desgarrado y estaba manchada de sangre. Volvieron a hacer una pausa para tomar aliento. Entre la tropa reinaba el silencio.

Echando mano a su costado, Héctor desenvainó la espada. Áyax el Grande hizo lo propio. Estaban dispuestos a acometerse cuando un heraldo de Agamenón irrumpió en la arena.

–No peleéis más –transmitió la voz de su señor–. Zeus os ama a ambos, lo hemos podido comprobar. Si os dejamos seguir luchando, caerá la noche y no tendremos vencedor. Es hora de parar.

Los contendientes se miraron, aferrados con fuerza a sus espadas.

–Detén tú el combate –dijo Áyax orgulloso–, y yo obedeceré.

–Ya llega la noche... Hemos luchado con valor –pronunció Héctor–. Separémonos como amigos y hagámonos regalos, como es nuestra costumbre.

Héctor le ofreció su espada y Áyax le entregó a cambio su tahalí tachonado de plata.

–También es nuestra costumbre –dijo Áyax–. Retirémonos. Mañana volveremos a buscarnos para matarnos.

Lentamente, los dos ejércitos comenzaron a moverse. Los comandantes y capitanes repartían órdenes, mientras los sanadores improvisaban parihuelas y llevaban a los heridos a lugares seguros. Sobre la llanura sólo quedó muerte.

* * *

Desde la linde de su campamento, Aquiles observaba cómo los aqueos cruzaban el Escamandro y se preparaban para acampar en aquella zona de la llanura. Los reyes y los principales capitanes continuaron la marcha para adentrarse en el cabo Sigeo. A poniente, rayando el mar, una leve claridad se distinguía como recuerdo del sol. Las armaduras no brillaban, los hombres ofrecían un aspecto lamentable y los carros se movían al paso, sin prisa. Todos iban en silencio.

–¡Primo, te has perdido una buena pelea! –exclamó Áyax el Grande cuando pasó a su lado.

Aquiles esbozó una sonrisa al distinguir entre las sombras su cuerpo descomunal. Lo imaginó disfrutando mientras mataba troyanos a las puertas de Ilión, y una inquietud se le instaló en el pecho. «Si tuviera a un buen comandante, yo también habría estado allí, luchando con mis hermanos». Se volvió hacia Patroclo para ordenarle que liberara al espía. Entre sollozos, inseguro, el hombre corrió hacia los reyes, que se alejaban hacia el interior del cabo Sigeo. Tenía el rostro ensangrentado y la herida de la oreja le aportaba un aspecto aterrador. Aquiles vio cómo se acercaba a Agamenón, y cómo el rey de Micenas agarraba su lanza y se la clavaba en el estómago, y luego en el pecho.

Tras los sacrificios de la noche, los guerreros de Ftía dispusieron los banquetes en torno a las fogatas. Un denso silencio se instaló entre ellos. Estaban apesadumbrados; aún podían percibir el olor de la sangre, que la brisa marina arrastraba desde la llanura troyana. Eran

hombres nacidos para la guerra, pero su comandante los había condenado a apartarse de ella.

Aquiles bebía de su copa apartado, acompañado sólo por su amado compañero. A poca distancia comenzó el trasiego de carros que llevaban agua, vino y comida a los que acampaban junto a la orilla occidental del río.

–Tenías razón –concedió Patroclo–. Zeus no ha permitido que haya acuerdo.

–No habrá paz hasta que ganen los troyanos y yo recupere mi honor. Ése es el precio que Zeus ha impuesto.

–Realmente lo deseas, ¿no es así?

Aquiles lo miró iracundo, pero no contestó. Se levantó, hizo una pequeña libación a Ares, el dios de la violencia sin sentido, y apuró el vino. Luego se retiró a su tienda y llamó a la esclava de Lesbos, su favorita. Los gemidos se escucharon por todo el campamento, y los mirmidones no supieron distinguir el placer del dolor.

Patroclo removió las ascuas de la lumbre y vertió su copa sobre ellas. El siseo y el humo apagaron los gritos de la mujer.

Áyax el Grande se afanaba con el lomo del buey de cinco años que Agamenón había sacrificado. Compartió el bocado con Teucro, que no se había separado de él durante la batalla. Comían con ganas, pero se mostraban cautos con el vino.

Un sanador se acercó al grupo de comandantes para valorar las heridas. Sustituyó los emplastes del hombro de Diomedes y de la cadera de Menelao, y estudió los diversos cortes y contusiones de los demás.

–Nada grave, Apolo os permitirá vivir –sentenció con una sonrisa.

Agamenón le echó un pedazo de carne mientras le reprochaba la mención al dios:

–A nosotros nos sana Zeus, curandero. Recuérdalo en tus sacrificios.

Al terminar el festín, Agamenón silenció a los músicos que tocaban sus liras y flautas. Quería escuchar el consejo de sus compañeros. Briseida sirvió las últimas copas de vino, que previamente había mezclado en una crátera de oro. Los hombres la miraron; la mayoría pensaba que no había merecido la pena provocar la cólera de Aquiles por aquella muchacha. Pero sabían que era una cuestión de orgullo, y que el rey de Micenas no estaba dispuesto a ceder ante el hombre que lo había desafiado en público.

Néstor extendió la mano para solicitar el cetro y la palabra.

–Deberíamos suspender el combate. Hay muchos muertos en el campo que merecen ser honrados. –Ulises asintió con la boca apretada–. Recojamos a los nuestros al amanecer y construyamos un

túmulo para ellos. –Más cabezas apoyaron la propuesta–. Hay otra cuestión. Soy más viejo que vosotros y he visto muchas cosas. No estamos seguros aquí. Han salido de sus murallas, pero cuando quieran pueden volver a ellas y descansar a su amparo. Nosotros no tenemos nada, apenas un foso para los carros. Construyamos un muro con torres y puertas, algo que nos dé tiempo para organizar una defensa si nos atacan.

–Estamos en plena batalla –respondió Agamenón al instante–. Aunque mañana suspendamos el combate, pasado volveremos a luchar. No hay tiempo para eso.

–Un muro de madera, una empalizada fuerte –insistió Néstor–. ¿Cuántos hombres tenemos? Hay bosques cerca. En un día podemos cerrar la boca del cabo.

Agamenón resopló. Ulises lo miró fijamente.

–No es mala idea –dijo–. Estamos expuestos. Tenemos hombres y los carpinteros de las naves pueden dirigir los trabajos. En un día hay tiempo. Haz turnos, que el primer grupo empiece ya a talar y a traer troncos. También necesitaremos leña para las piras.

El comandante echó una ojeada al resto.

–¿Lo veis bien?

–No perdemos nada por hacerlo y estaremos más seguros –afirmó Áyax el Menor.

Calcante se puso en pie. Tras oficiar el sacrificio del buey, Agamenón lo había invitado al banquete.

–Los dioses se han retirado del combate –su voz grave se impuso–. No recibiremos su ayuda. Tampoco los troyanos recibirán ayuda de los suyos. Nos dejan a nuestra suerte, así lo ha dictaminado Zeus. Lo he visto en las vísceras del buey.

Agamenón caviló un rato. Finalmente, se puso en pie.

–Tú –señaló a un heraldo–, organiza turnos para traer madera. Que empiecen ya. Tú –se dirigió a otro, un hombre delgado que sabía cabalgar–, cuando amanezca, ve a Troya y ofrece la suspensión del combate para retirar a los muertos.

Todo quedó dispuesto. Cansados, los reyes comenzaron a retirarse a sus tiendas.

–Tengo sed de mujer –le dijo Diomedes a Ulises mientras caminaban–. La sangre me despierta el deseo.

El rey de Ítaca, intentando disimular el profundo desprecio que sentía hacia aquel hombre, no respondió. Se apartó de él y se acercó a Idomeneo.

–No lo soportas –le dijo el cretense. Ulises negó, confirmándolo.

–Imagino a mi esposa educando a mi pequeño Telémaco para que algún día sea un buen rey. –Sus ojos melosos adquirieron un brillo especial–. Los echo de menos. –Miró a Idomeneo a los ojos–. Lucho

convencido, haré todo lo que esté en mi mano por la victoria, pero preferiría estar en Ítaca, con ellos, en lugar de en esta llanura manchada de sangre. Odio la sangre.

–Los hombres nacemos para la guerra –replicó el rey de Creta con voz suave–. El mundo siempre ha sido así.

Ulises guardó silencio. Él creía en otro mundo donde el amor también tenía cabida, pero aquellos pensamientos prefería guardárselos para sí. Aquella noche yacería con una esclava, pero volvería a susurrar a su oído el nombre de otra mujer.

Fénix se alejó de las tiendas caminando entre las hogueras. Había visitado a Briseida, pero apenas había podido hablar con ella. Agamenón le había ordenado que sirviera la cena de los reyes.

–Bien, viejo Fénix. Estoy bien –le había dicho mientras corría con fuentes de carne en las manos.

El hombre se alejó del campamento y se apoyó en un olmo para orinar. No estaba de ánimo para escuchar historias sobre la batalla. Ya no tenía edad para luchar. Había vivido muchas décadas y había tenido ocasión de contemplar demasiadas guerras. Cerca del final de su vida, Fénix había comprendido que las batallas no eran más que una excusa para acabar con los mejores hombres, los más sanos y fuertes.

La luna no había salido aún. La oscuridad lo convertía todo en una alargada sombra. Los ruidos de las tiendas no llegaban hasta allí. Sólo el rumor de las olas cercanas rompía el silencio. Fénix se sentó, dispuesto a esperar a que los guerreros se echaran a dormir.

Primero percibió un sollozo, que enseguida terminó en un hipido. Se puso en guardia y oteó a su alrededor. No pudo ver a nadie, pero pronto el lamento se transformó en una sonora llantera que sirvió para orientarlo. Por la inflexión de la voz, supo que se trataba de una mujer. Caminó hacia ella hasta que pudo verla, sentada en el suelo y acurrucada sobre las rodillas. El llanto cesó de inmediato.

–Tranquila, soy amigo –le dijo con los brazos extendidos. La mujer se puso de pie de un salto. Era una mujer madura, aunque lejos todavía de la vejez–. ¿Qué te pasa?

Tardó unos instantes en responder. Cuando lo hizo, su acento delató que no era del Egeo.

–Mi hombre no ha regresado. ¿Qué va a ser de mí ahora? –Se tapó la cara con las manos y rompió a llorar de nuevo.

–Agamenón se hará cargo de ti –la tranquilizó Fénix, recordando la vieja ley que regía el destino de un esclavo cuando su dueño moría–. No pasarás hambre.

–Lo sé. Pero luego me entregará a otro. –Lo miró y sus ojos brillaron en la oscuridad–. Tuve suerte con mi amo. Ahora me puede

tocar cualquiera.

–¿De dónde eres? –le preguntó Fénix. Su manera de hablar le resultaba familiar.

–De los oasis dispersos. La tierra del Nilo, donde se adora a Amón-Ra.

Fénix recordó al instante a Tetis, ambas tenían el mismo acento y la misma manera de entonar.

–No hemos estado en guerra con Egipto... –meditó el hombre.

–Unos piratas asaltaron mi oasis y me convirtieron en esclava. Luego tu pueblo acabó con los piratas cerca de aquí. Y se quedaron conmigo –resumió.

–Son buenos tiempos para los ladrones. La guerra, el hambre... He oído hablar de pueblos que se han alzado contra sus reyes y que saquean en el mar.

–Los pueblos del mar –pronunció la esclava en su lengua, con los ojos desorbitados y teñidos de pavor.

Fénix no entendió sus palabras, pero sí su mirada. Le apoyó una mano en el hombro y le habló con voz suave:

–Estás con nosotros. No somos salvajes. Pasarás a otras manos, pero no te irá mal. –Quiso creer en lo que decía, pero en el fondo sabía que el destino de una esclava estaba en manos de los dioses, y éstos no siempre eran piadosos.

Se irguió y comenzó a caminar hacia el campamento, incapaz de tragar más pena. A su espalda escuchó un «gracias» apenas susurrado, seguido de frases incomprensibles ahogadas en nuevos lamentos.

* * *

Los comandantes troyanos entraron en la ciudad por la puerta del Alba, dando un rodeo para evitar a las mujeres que demandaban noticias sobre los suyos. Subieron a la ciudadela y se reunieron en la explanada que se abría ante el templo de Atenea. Allí aguardaron la llegada del rey y su canciller. Mientras, en la llanura, los guerreros comenzaban a encender fogatas y establecían los turnos de guardia para pasar la madrugada.

Eneas llevaba en el carro el cuerpo inerte de Pándaro, de cuya cabeza habían extraído ya la lanza de Diomedes. Lo dejaron tendido sobre la escalinata del templo. Cuando Príamo llegó, lo primero que hizo fue acercarse a él y llorar amargamente.

–Perdonadme –dijo el rey–. Los ancianos podemos permitirnos llorar sin vergüenza. Mi nieto no era más que un niño, y ya lo será para siempre en mi memoria.

Tampoco Licaón pudo reprimir las lágrimas. Con él moría su estirpe. Pándaro había sido el mejor de los nietos de Príamo, el mejor

fruto de sus árboles, cuidado con mimo durante años.

–Mis ojos han contemplado la muerte de demasiados hijos de Troya –habló el rey, recompuesto, alzando la voz–. No hemos perdido la batalla, pero tampoco la hemos ganado. Los tréboles de la llanura se han teñido de rojo. No podemos permitirnos tantas pérdidas. Los aqueos son más, muchos más que nosotros...

–Devolvamos a Helena con sus riquezas –propuso con firmeza Antenor tras un breve silencio–. No venceremos. –Sus palabras cayeron pesadas sobre las conciencias–. Hemos quebrado los juramentos ofrecidos ante los dioses. –Miró a Paris, en recuerdo de su duelo frustrado con Menelao.

–No devolveré a mi esposa –respondió éste–. Mi derecho sobre ella es sólo mío. Ni siquiera el rey, mi amado padre, puede romper el vínculo sagrado que me une a ella. Sin embargo, sí devolveré las riquezas de Esparta y añadiré otras de mi propio tesoro –resolvió.

Príamo meditó en silencio y observó los rostros que lo rodeaban. Estaban sudorosos y salpicados de sangre. Héctor se había quitado el casco; sangraba por el cuello, pero no parecía nada grave. También tenía la túnica desgarrada a la altura de las rodillas y mostraba dos heridas justo por debajo de la armadura de escamas. El rey aguardó unos instantes por si alguien más quería hablar, pero nadie tomó la palabra.

–En esta guerra, la riqueza y el control del Helesponto pesan más que el honor de un esposo traicionado. Tal vez, si hacemos una buena oferta, consigamos algo. Ideo –se dirigió al heraldo–, cuando comience a clarear el sol, ve hasta ellos y ofréceles un trato: devolveremos las riquezas de Esparta y añadiremos otras tantas para compensarlos. Si no aceptan el fin de la guerra, ofrece la suspensión del combate durante un día para quemar a los muertos –sentenció–. Ahora, si no hay más asuntos que tratar, descansemos. Mañana será un día difícil para Ilión y debemos estar a la altura de lo que se espera de nosotros.

Sólo uno de ellos se quedó en la plaza, pensativo, con la vista fija en el cuerpo de Pándaro. Poco después, Casandra apareció vestida con una reluciente túnica blanca, orlada en los extremos con vivos colores.

–Otrioneo –lo llamó.

–Sabía que vendrías –contestó él sin apartar los ojos del muerto.

–Querido sobrino –dijo ella con la voz quebrada. Se acercó a Pándaro, contempló su rostro desfigurado y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas–. Empecé a llorarte hace horas.

Otrioneo la abrazó, apartándola suavemente de la escalinata. La besó con ternura, mezclando su sudor, ya frío, con sus lágrimas. Ella se acurrucó en su pecho y la túnica se le manchó de rojo. Él la tomó de la mano y la llevó a la estancia que Príamo le había concedido en la ciudadela. Al amparo de sus muros, Casandra le quitó la coraza de

cuero y el kilt, lo echó sobre el camastro y, sin pronunciar palabra, se remangó la túnica hasta la cintura y se sentó a horcajadas sobre él. Otrioneo la penetró, y ella se meció sobre su cadera hasta provocarle espasmos de placer. Luego rompió a llorar. El muchacho se incorporó para consolarla, pero ella le tapó la boca con la mano y negó con la cabeza.

–No ha estado bien –le dijo–, pero te amo, y el amor es más fuerte que cualquier tristeza. El amor nubla mis visiones y me arrasa por dentro. Gana la batalla y luego despósame.

Casandra se puso en pie, se recompuso el vestido y salió de la estancia.

Paris fue recibido por dos esclavas, que lo ayudaron a quitarse la armadura. Entró en palacio vestido sólo con un taparrabos. Aún tenía el rostro perlado de sudor y cubierto de polvo. Al verlo, Helena se puso en pie. Le pareció turbado.

–No necesito que me cuentes nada. Conozco esa mirada, la de un hombre que ha luchado con otros hombres y ha matado con valentía. Añoraba esa mirada en ti –dijo con emoción.

Y ella misma, con un trapo húmedo, se dispuso a limpiar el cuerpo sucio de su esposo.

Andrómaca abrazó con fuerza a Héctor a la entrada de su casa.

–Tenía lágrimas preparadas para esta noche. Doy gracias al Divino Arquero por traerte vivo hasta mí.

Héctor le acarició los cabellos, que lucía sueltos, e hizo amago de entrar en el palacio. Andrómaca lo retuvo un instante.

–No despiertes a Astianacte. Tu pequeño Escamandrio tardó en dormirse. Ha echado de menos a su padre. Es muy niño, pero parece que percibe lo que está pasando.

Héctor entró en la alcoba y se acercó a su hijo, que dormía plácidamente. Se sentó en el suelo, a su lado, y escuchó su respiración rítmica y profunda. Nada podría darle más paz en aquellos momentos. Así pasó buen rato, absorto en las facciones dulces del niño, respirando a su par y rezando a sus dioses protectores para que velaran por él.

Andrómaca se acercó y lo abrazó por la espalda.

–Cena, esposo, y recupera fuerzas –le susurró al oído.

Él negó. Un nudo le apretaba el estómago y el pecho. La muerte sobrevolaba sus cabezas, las de todos, y Héctor se habría entregado a ella gustoso si supiera que con su vida salvaba las de su mujer y su hijo.

Príamo se quitó la tiara con movimientos pausados. La entregó a

una esclava y se adentró en el palacio. El hogar estaba encendido en el salón del mar Océano, donde Hécuba lo aguardaba sentada sobre un banco con patas de oro. Observaba las llamas, que dibujaban grotescas sombras en su expresión.

–¿Quién? –preguntó ella sin apartar la mirada del fuego.

–El mejor de tus nietos –contestó él con la voz menguada.

–Pándaro... –sollozó la mujer y rompió a llorar–. ¿Ganaremos? –preguntó arrasada por el dolor.

Príamo dio dos pasos y, colocándose tras ella, miró las llamas y apoyó una mano en su hombro.

–Ora y haz sacrificios a nuestros dioses –le dijo, y se retiró a la alcoba.

Hécuba permaneció en el salón. Hacía calor, pero no podía apartarse del fuego. Tenía la esperanza de que en él pudieran arder sus malos presagios.

Sarpedón y Glauco llegaron juntos a las estancias que les habían destinado en la zona oriental de la ciudadela, cerca del bastión que protegía la gran cisterna. El rey de Licia ordenó a dos esclavas que dispusieran lo necesario para un baño en la azotea. Allí, bajo el cielo repleto de estrellas, las muchachas los desnudaron y derramaron el agua de sendos calderos sobre sus cuerpos sucios. Sarpedón torció el gesto al contacto de su herida con el agua.

Contenidos delante de las esclavas, se contemplaron en silencio, deseándose mutuamente y excitándose con el contacto de las manos femeninas sobre sus miembros extenuados. Las jóvenes los secaron con paños limpios y les pusieron dos túnicas de color rojo con orlas blancas. Los hombres se retiraron y, disimuladamente, Glauco se adentró en la alcoba de su amigo. El joven agarró al rey por los hombros y lo empujó contra la pared.

–Creí morir cuando te vi herido –le dijo en un susurro, jadeante.

Sarpedón hizo amago de darle la vuelta, pero Glauco se resistió.

–Déjame esta vez a mí. –Lo besó y, levantándole la túnica, de pie contra el muro, lo penetró con ansia, como si con cada empuje descargara su ansiedad y su miedo a perderlo.

Cuando terminaron de amarse se echaron juntos en el tálamo.

–Asumo el peligro –reflexionó Sarpedón en la calma previa al sueño–. Hemos venido a la Tróade a jugarnos la vida.

Glauco se incorporó y lo miró fijamente.

–Te equivocas, mi rey. Hemos venido a matar aqueos para defender la fuente de nuestra riqueza y nuestra forma de vida. Hay mucho más en juego que nuestras vidas. –Se echó de nuevo en la cama–. No se te ocurra dejarte matar –remató con tono imperativo.

Sarpedón se durmió con el esbozo de una sonrisa en los labios.

Cuando el sol asomaba sobre las cimas de los montes orientales, Ideo regresó a Troya. Los aqueos habían deliberado sobre las propuestas y, según lo previsto, no habían aceptado la oferta. Sin embargo, estuvieron de acuerdo en una tregua de un día para recoger a los caídos y honrarlos como se merecían.

* * *

La llanura se llenó de hombres que recorrían el campo de batalla para voltear cuerpos y arrastrar a los suyos hasta sus respectivos campamentos. Aqueos y troyanos se mezclaron. Sus hombros se rozaban mientras emprendían las arduas tareas de la muerte. Apenas se miraban, como si sus presencias rompieran las reglas que regían su mundo. Todos estaban serios, algunos lloraban al mover el cadáver de un amigo, y sólo unos pocos se atrevían a robar una espada enemiga o unas grebas de bronce.

Hasta ellos llegaba el eco de los lamentos de las mujeres, cientos de ellas, viudas y madres desconsoladas que se habían cansado de esperar a los suyos durante la noche. Las habían dejado subir a los adarves, desde donde desahogaban su pena, que volaba con el viento del Helesponto hacia los cuerpos mutilados y desangrados.

Cada bando recuperó sus muertos, y se prepararon enormes piras donde cumplir con los ritos fúnebres. Durante todo el día las voraces llamas se saciaron de carne, y el aire húmedo de la Tróade se dejó invadir por las cenizas y el humo. Los supervivientes libaron vino sobre las brasas e hicieron abundantes sacrificios para los banquetes, en los que hubo risas y lágrimas a partes iguales. La vida se imponía, pero el recuerdo de la muerte estaba siempre presente.

En el extremo sur del campamento aqueo comenzaron los trabajos para la construcción de la muralla de madera. Cientos de hombres se afanaban, cargaban los troncos, los ataban con sogas, cavaban en el suelo y construían portones. Algunos afilaban las estacas que se iban a plantar en el foso. Entre el muro y las primeras tiendas habían dejado espacio suficiente para un enorme túmulo que recogería las cenizas de los caídos.

* * *

Cuando las sombras comenzaron a alargarse, Helena salió de su palacio vestida con ropas sencillas y se encaminó hacia las puertas Dardanias. Las calles estaban llenas de mujeres que lloraban y niños de miradas tristes que no acaban de comprender lo que ocurría. Paris y los demás adalides se habían reunido en consejo en el salón del mar Océano. Los guerreros permanecían acampados en la llanura, donde

habían celebrado sus propios banquetes y sacrificios funerarios.

La espartana había desoído la advertencia de su querida Etra: «El deseo, siempre el deseo. Te acabará consumiendo, será tu perdición». Durante años había sido fiel a Paris, pero yacer con Polidamante había destapado su lujuria, difícilmente acallada. «¿Sólo ellos tienen derecho a yacer con quien quieran?», le había preguntado a Etra, que se tapaba los oídos escandalizada.

Helena se sentía destrozada por dentro; un profundo sentimiento de culpa la asfixiaba. El abandono de su hija, los saqueos de ciudades, la invasión y la guerra..., todo por un hombre que no acababa de demostrarle que valía la pena, un hombre que sólo mostraba valor en arrebatos pasajeros. Ya no se sentía atada a él, y el sexo había representado su liberación definitiva, su florecimiento tras el hastío.

Llegó a los establos que Paris poseía en la ciudad baja y entró en ellos con paso ligero. Dentro sólo quedaban cinco potrillos que no tenían edad para la guerra. El mozo, un muchacho que hacía poco que había superado la pubertad, se alarmó, pero ella le hizo un gesto para que callara.

–Princesa Helena –balbució con los ojos desorbitados.

Ella le puso la mano en la boca.

–No soy nadie. Calla y déjate hacer.

Se remangó la larga falda de flecos de colores y destapó sus pechos generosos y firmes.

–Túmbate –le ordenó. El muchacho temblaba e intentaba ocultar su erección. Abrió la boca de nuevo, pero ella lo calló al instante–. Si hablas, me iré.

Obedeció. Se tumbó sobre el suelo de paja y Helena se colocó sobre él. Le subió la túnica y deslizó el taparrabos. El mozo acercó las manos a sus pechos, pero ella lo agarró por las muñecas.

–No me toques –dijo entrecortadamente, y siguió un gemido de placer que acompañó a sus vaivenes.

Poco después, Helena sintió que el joven se derramaba dentro de ella, pero siguió empujando para darse placer hasta que él se retorció, incapaz de continuar. Se levantó, insatisfecha, y recompuso sus ropas.

–A ti te conviene hablar de esto menos que a mí –le advirtió.

Y salió a la calle para volver a la ciudadela, mientras el semen cálido del mozo le resbalaba por las piernas. No se percató de la figura que la observaba desde el otro extremo de la calle.

«Puta aquea», dijo para sí Polidamante.

* * *

Las naves habían fondeado delante del campamento aqueo y varias barcas arribaron a la orilla con representantes de los mercaderes.

Negociaron la venta de su vino y, una vez cerrados los tratos, comenzó el trasiego de odres y ánforas. El sol comenzaba a ocultarse en el mar.

Aquiles recibió en persona a uno de los comerciantes en su campamento. A cargo de su propio tesoro, compró un cargamento entero. Con él pretendía aliviar la desazón de sus hombres por mantenerse al margen de la batalla.

–Con nosotros viajan aedas de reconocido prestigio. ¿Queréis los servicios de alguno? –preguntó el hombre cuando sus mozos terminaron de transportar la mercancía. Las primeras estrellas brillaban ya en el horizonte.

–Mándanos uno –solicitó Aquiles.

–Hay uno que te gustará, noble pélida. Conoce tu tierra.

El poeta no tardó en presentarse en el campamento. Era un hombre alto y delgado que rozaba la senectud. Aquiles, que estaba acompañado sólo por Patroclo, lo invitó a sentarse junto al fuego, en el que terminaba de asarse una pierna de cordero.

–Estuve en Ftía hace unos meses –comenzó diciendo. Aquiles lo miró con desconfianza. No tenía claro si lo inventaba para conseguir un pago más generoso de lo habitual. El hombre lo percibió–. Tu padre está viejo, pero vive. Tu madre, semejante a las diosas, sigue fresca como una flor en primavera. Sus ojos, pintados con kohl, son capaces de volver loco a cualquier hombre. –Aquiles no pudo evitar una sonrisa emocionada–. Le gustan las buenas historias y la buena música, y es generosa con los pobres aedas como yo.

Aquiles se levantó y le sirvió vino mezclado de su crátera.

–¿Conoces algún poema sobre los viejos héroes? –le preguntó.

–Los conozco todos –respondió alzando la cabeza con orgullo–. Hércules, Jasón, Néstor, que os acompaña aquí, y tu propio padre, que en su juventud realizó grandes hazañas.

–Por favor, recita alguno sobre mi padre –solicitó Aquiles, acomodándose sobre su manta.

El viejo comenzó a contar la historia de la cacería del jabalí de Calidón. Los mejores hombres de su tiempo se habían reunido para matar a aquella bestia que la diosa Artemisa había soltado en el mundo. Aquiles escuchó embelesado cómo su padre había matado por accidente a su anfitrión, Eurición, rey de Ftía, y cómo la cazadora Atalanta y el príncipe Meleagro acabaron con la vida del animal.

Cuando la pierna de cordero estuvo completamente asada, el comandante mirmidón repartió la carne. Comieron, pero el aeda no detuvo su relato. Recitó el poema de Peleo en Yolco, donde el rey, por celos, lo abandonó a su suerte en la tierra de los centauros. Allí Peleo conoció a Quirón, el mejor montador de caballos, que le ofreció su amistad y su ayuda para volver a su hogar.

–Quirón era bueno en la monta, pero no el mejor –interrumpió

Aquiles con una sonrisa, recordando a su instructor–. Sanando sí que era el mejor.

Luego el poeta narró la historia de los argonautas y la búsqueda del vellocino de oro. Aquiles conocía la versión de su padre: se trataba de una expedición que pretendía conseguir el abundante oro de la Cólquida, en el extremo oriental del mar Oscuro. Sin embargo, el relato del aeda estaba revestido de un aire fantástico que le hizo pensar a Aquiles en cómo el tiempo hacía mella en la verdad, convirtiendo hechos simples en mitos perdurables. «Ocurrirá lo mismo con esta guerra», se dijo.

Cuando el viejo anunció la última historia, Aquiles sacó la lira. Se trataba de la boda de Peleo y Tetis, que ya antes de que empezara la guerra se había convertido en un extenso poema cantado. Al sonido de la música, muchos mirmidones se acercaron a ellos. Aquiles estaba contento, las noticias sobre sus padres lo habían puesto de buen humor. Tenía las mejillas arreboladas por el vino, pero tocaba su instrumento con pericia. Terminaron el poema y el viejo, encantado con el acompañamiento, aplaudió y taconeó el suelo entusiasmado.

–Es hora de que me retire a descansar –dijo después, alisándose la túnica–. Mañana zarpamos, y vosotros tenéis que jugaros la vida ante los muros de Troya.

Se abrió un silencio incómodo y los mirmidones se dispersaron con expresiones apesadumbradas, iracundos algunos. Aquiles no contestó. Le pagó el doble de lo habitual y lo dejó marchar. En la crátera todavía quedaba vino, y lo usó para apagar las brasas mientras entonaba una breve rogativa a Ares.

–¿Mantendrás tu cólera mañana también? –se atrevió a preguntar Patroclo, que anhelaba la lucha tanto como el resto de los hombres de Ftía.

Aquiles se encaró con él.

–Bien sabes que te quiero, compañero. Pero, ¿todavía no has comprendido que mi honor seguirá herido mientras Ojos de Perro no se retracte?

El comandante se retiró. Patroclo apretó los puños, impotente, y observó los corrillos de guerreros que cuchicheaban en torno a las hogueras del campamento. Luego, resignado, siguió los pasos de Aquiles hasta la tienda.

Sentado en el suelo con los ojos cerrados, Fénix escuchó pasos que se acercaban. Cuando la mujer depositó a sus pies un pan envuelto en un trapo de lino, abrió los ojos. Al instante reconoció a la esclava que la noche anterior había llorado con desconsuelo a las afueras del campamento.

–Para ti –dijo ella, e hizo el amago de marcharse.

–Espera. Compártelo conmigo. Siéntate a mi lado.

La mujer miró insegura a su alrededor, pero al fin accedió. Las llamas de la fogata iluminaron sus rasgos y el hombre constató que era algo mayor de lo que había calculado en su primer encuentro.

–¿Tu nombre? –le preguntó Fénix mientras le ofrecía la mitad del pan.

–Mi madre me llamó Anatia. Mi amo, Hereida.

–Anatia... Suena a música.

–Anat es una diosa poderosa, de la guerra. Protege al rey de mi pueblo en las batallas.

–Igual que Atenea. –La esclava asintió.

De un corrillo cercano llegaron los cánticos de dos hombres que celebraban estar vivos.

–Gracias por consolarme. –Anatia hablaba con la cabeza gacha, avergonzada.

–Todos tenemos miedo al mañana. Es normal. Ora a los dioses y cuidarán de ti.

–Sólo pido un hombre bueno, como el que he perdido. Hay hombres amables y hombres violentos...

Fénix asintió. Sabía a lo que se refería; por las noches se escuchaban los gritos de las mujeres que no habían tenido suerte con sus amos.

Mordisquearon sus respectivos pedazos de pan mirándose a los ojos. Fénix sintió una ternura que lo embargó por completo.

–Estaré cerca –soltó convencido–. Por si lo necesitas.

Ella esbozó una sonrisa y terminó de comer el pan en silencio.

* * *

Al alba, los ejércitos formaron de nuevo en la llanura. El tiempo de los parlamentos y los duelos había terminado. Los carros se colocaron en vanguardia, algunos en los flancos. La infantería se situó tras ellos, y los comandantes se pusieron al frente de cada batallón. Los sacerdotes realizaron sacrificios y analizaron los augurios.

Calcante se aproximó a Agamenón con unas vísceras sangrantes en las manos.

–Finalmente, ganarás –sentenció.

Por el bando troyano, Héleno sacrificó una ternera de un año.

–Venceremos –le dijo a su hermano Héctor.

Los vaticinios habían sido propicios en ambos bandos. Los dioses estaban divididos, o querían confundir a los hombres.

Agamenón, embutido en su coraza de bronce, miró brevemente a Menelao. Luego pasó revista a sus compañeros más cercanos: Ulises, con su arco tensado y su carcaj repleto de flechas, con su casco de

colmillos de jabalí y el pecho descubierto; Áyax el Grande aferrado a su lanza, cuya altura casi igualaba; Diomedes, con el deseo de matar troyanos incrustado en los ojos, y Néstor, que se esforzaba por mantenerse erguido y aparentar menos años.

En cuanto el rey de Micenas dio la orden, su carro comenzó a moverse. Al instante, los demás también se pusieron en marcha. Pronto una polvareda nubló la vista de la infantería, que se desplazó tras ellos. No hubo hostigamiento en aquella ocasión. Los aqueos ansiaban tener delante a sus enemigos.

–Se mueven las vacas.

Héctor miró al horizonte y dio la orden de cargar a sus carros. Los hombres gritaron para darse ánimo y sonaron flautas, enseguida ahogadas por el estruendo de los cascos de los caballos y las ruedas que se desplazaban por la llanura.

En los carros pesados residía su mayor fuerza. El príncipe confiaba en que podría torcer el rumbo de la batalla a su favor. Animó a su auriga a aumentar la velocidad, y éste usó el látigo con los animales.

Los dos ejércitos se acercaban al centro del campo de batalla. Jabalinas y flechas volaron en el instante anterior al encuentro. Luego, una algarabía de gritos y relinchos invadió la llanura. Cayeron decenas de hombres y animales; atravesados por las armas algunos, arrollados por los carros otros. Los troyanos eran más lentos, pero implacables. Avanzaban sembrando muerte. Sus arqueros disparaban sin cesar, y los lanceros atacaban a los aurigas incautos que se acercaban demasiado. Algunos aqueos desmontaron para luchar a pie, desorientados por aquel tipo de lucha para la que no estaban entrenados.

–¡Pelead con honor, malditos seguidores de Apolo! –gritaba Agamenón a sus adversarios mientras veía cómo caían sus mejores hombres.

Héctor, con su reluciente armadura de escamas oscurecida por la nube de polvo, apretaba los dientes y mataba sin piedad desde su carro. Lo seguían de cerca sus hermanos. Ellos debían inspirar al resto de la tropa.

Los troyanos sobrepasaron los carros aqueos. Al toparse de frente con la infantería enemiga, viraron y retrocedieron sobre sus pasos. Los carros aqueos se habían plantado y ofrecían un muro de lanzas. Sin embargo, el príncipe troyano había aleccionado bien a los suyos.

–Una vez pasadas las vacas, nos abrimos en los flancos y retrocedemos –les había dicho.

Era un hábil estratega y sus hombres, disciplinados, ejecutaron las órdenes con escaso coste de vidas. Las infanterías comenzaron a acercarse al centro de la llanura, donde el verdadero combate estaba a

punto de librarse. Se establecieron los muros de escudos, sobre los que asomaban las lanzas enhiestas. Al fin se produjo el choque.

Los carros troyanos acosaban con flechas los flancos enemigos. Héctor se dirigió a la vanguardia para arengar a los hombres y repartir órdenes. Paris permanecía cerca de él, disparando su arco sin descanso.

–¡Somos más y mejores! –Podían oír la voz de trueno de Agamenón, que comenzaba a preocuparse–. ¡Atenea está con nosotros! –gritaba mientras daba lanzazos desde su carro.

La falsa égida se había perdido en el desorden de guerreros. La línea del frente se rompió por varios puntos. Desbordados, muchos aqueos se dieron a la fuga. Sus reyes intentaban mantener el orden.

El viejo Néstor permanecía junto a Agamenón, algo rezagado. De repente, una flecha impactó en la cabeza de uno de sus caballos, que cayó fulminado. El otro animal se revolvió, inquieto, y estuvo a punto de tirar al rey y a su auriga.

–¡Un rey! –Paris llamó la atención de su hermano–. ¡He matado al caballo de un rey! –Señalaba a Néstor, que se aferraba a la caja de su carro para no caer.

De inmediato, Héctor ordenó a su auriga que se dirigiera hacia él. Polidamante, que ejercía de escudero, asintió.

Diomedes se percató de la situación y acudió a socorrer a Néstor, que a duras penas había conseguido detener a su caballo.

–¡Viejo! ¡Monta en mi carro y toma las riendas! –le gritó. Su auriga saltó para dejar sitio al rey de Pilos.

Juntos, los dos reyes decidieron enfrentarse a Héctor. Diomedes lanzó una jabalina, que se clavó en el pecho del auriga troyano. Raudo, Polidamante tomó las riendas. Héctor arrojó su lanza, pero erró el tiro. Los carros se cruzaron y, al virar para acometerse de nuevo, Néstor lanzó un grito:

–¡Se nos vienen encima!

Los aqueos perdían terreno y las tropas troyanas se abalanzaban sobre ellos. Diomedes apretó los dientes, asumiendo que debían retirarse, y lanzó una última jabalina, que impactó en la caja del carro contrario.

–¡Cobardes! –gritó Héctor mientras los perseguía. Había reconocido al rey de Argos, que tanta muerte y dolor había provocado en sus filas.

Diomedes dudó, herido en su orgullo, pero ganó la sensatez. Los vados se llenaron de guerreros que buscaban la seguridad del campamento. La desbandada se hizo general.

–¡Zeus está con nosotros! –bramó Héctor, eufórico–. ¡Adelante!

Sarpedón, Eneas, Otrioneo y los demás aliados, repitieron la orden y avanzaron hacia el cabo Sigeo.

Ante el campamento, los aqueos corrían y se apretaban para cruzar las puertas del recién construido muro. Ya en el interior, los reyes se reunieron de inmediato para valorar la situación.

–La batalla no ha terminado –le dijo Diomedes a Agamenón con la rabia asomando a sus ojos. El brazo izquierdo le sangraba; la herida de flecha del día anterior se había abierto.

–Debemos reagruparnos –lo apoyó Menelao, sombrío.

El griterío no cesaba y los troyanos se acercaban a buen paso. Sobre los troncos de la muralla asomaron los primeros locrios de Áyax el Menor. Los pocos troyanos que se acercaron al foso cayeron fulminados por las armas arrojadizas. La idea de Néstor había salvado a los aqueos de una matanza mayor.

El rey de Micenas se alejó de la muralla seguido por sus compañeros. Dejaron atrás el túmulo y pasaron junto a las tiendas de los mirmidones. Aquiles, apostado junto al camino, miró desafiante la comitiva. «Zeus me ha escuchado y me devolverá el honor que tú me has quitado», se dijo con una sonrisa, sin pensar en los cientos de hombres que habían caído en la llanura.

–¡Asamblea! –gritaba Agamenón, y los guerreros comenzaron a seguirlo.

Avanzó por la playa, junto a las naves varadas. Subió a la de Ulises y, desde la proa, se dirigió a sus hombres:

–¡Me avergüenzo de vosotros! –Agitó los brazos–. Pido a Zeus que nos salve, porque no confío en vuestra valía. –Miró al cielo, como aguardando una señal divina que no llegó. Cientos de aqueos se agolpaban en la playa, expectantes. Agamenón alargó su silencio–. ¿Vais a rendiros? ¿Vais a entregar vuestro botín sin lucha? Os habéis dejado echar del campo como perros asustados. ¡Encontrad de nuevo el valor! –De pronto bajó la vista hacia la zona micénica del campamento. Allí estaba el altar de Zeus y, junto a él, merodeaba desorientado un cervatillo fugado de uno de los cercados. Agamenón lo señaló–. ¡Zeus nos envía una señal! ¿No lo veis? ¡Rápido! Sacrificadlo y volvamos a la lucha. ¡Zeus nos favorece! –exclamó, excitado y aliviado a la vez.

La oportuna fuga del animal elevó la moral. El sacrificio se llevó a cabo con grandes prisas. Los hombres rodearon al animal, lo atraparon, y un capitán lo degolló sobre el altar.

Los honderos y arqueros habían mantenido a raya a los troyanos, que permanecían desplegados frente a la boca del cabo Sigeo. Los carros y lanceros aqueos pudieron salir con seguridad y formar sus escuadras. El sol comenzaba a declinar, hacía un buen rato que había pasado el mediodía.

–¡Apolo! –gritó Héctor–. ¡Adelante! –ordenó, sin importarle ya las flechas ni las balas de honda. Un nuevo auriga guiaba su carro.

Los licios de Sarpedón y los dárdanos de Eneas fueron los primeros en reaccionar, y el mismo Héctor los encabezó en su movimiento. Avanzaron seguros de su fuerza, pero cayeron por decenas antes de acercarse a los lanceros aqueos. Teucro, el medio hermano de Áyax el Grande, tensó el arco desde lo alto de la muralla y apuntó al carro de Héctor. Su flecha se clavó en el cuello del auriga.

–¡Hermano, toma mis riendas! –pidió Héctor a Cebríones, que iba a pie a su lado.

Los hombres comenzaban a chocar unos contra otros, todos confiados en la ayuda de los dioses. Sin embargo, éstos parecían haberse retirado del combate, dejando a los mortales a su suerte.

Áyax el Grande peleaba cerca de Héctor.

–¡Aquí está tu espada, príncipe! –gritó el gigante–. ¡Ven a por ella! ¡Te la llevarás clavada en el pecho! –Agitó el arma para provocarlo, pero Héctor no se dejó llevar por el envite.

Se habían formado varios frentes y, paulatinamente, el combate se alejaba del cabo Sigeo. La guerra mostraba su rostro más fiero, el de Ares, el dios que gustaba de la muerte violenta y sin sentido. Los guerreros se ensañaban con los caídos, los adalides bramaban órdenes y los capitanes desoían, afanados en acompañar a sus hombres en el festín de carne y sangre que se prolongó durante buena parte de la tarde.

–No volverán a ser los mismos después de esto –le dijo Héctor a su fiel Polidamante, con la mirada fija en el desorden de metales y cuerpos inertes.

El comandante troyano comprendió que no era tiempo de estrategias, que había llegado la hora de seguir a sus lanceros en lugar de darles órdenes. Cebríones dirigió el carro hacia la lucha y Polidamante y el príncipe lanzaron sus jabalinas antes de saltar a tierra para combatir a pie. De igual manera actuaron Eneas y Sarpedón, a pesar de sus heridas. Troyanos y aliados juntaron codos y arremetieron con fuerza.

El sol besaba el mar Egeo para ocultarse tras él. Lentamente, la oscuridad invadió la llanura. Los ejércitos comenzaron a relajarse y a reagruparse, a la espera de recibir las órdenes de retirada. De forma ordenada, los mismos hombres que se mataban un instante antes, se apartaron unos de otros y retrocedieron a posiciones seguras.

Héctor observó el campo y se estremeció.

–Ilión está perdiendo sus flores, toda una generación de hombres fuertes y jóvenes. ¿Quién consolará a sus viudas? –reflexionó–. El nuevo amanecer debe traernos el triunfo y acabar con esta sangría –proclamó, mirando la empalizada tras la que se habían refugiado los aqueos.

Dio órdenes para pasar la noche en la llanura, en la ribera del Escamandro. Allí se estableció el campamento y una miríada de hogueras encendió la oscuridad. Decenas de troyanos se repartieron los turnos para hacer guardias. Estaban animados; la brisa marina traía olores a victoria.

* * *

Agamenón respiraba con dificultad, angustiado. A duras penas contenía las palabras que tenía atrancadas en el pecho. Áyax y Diomedes le ayudaron a quitarse las pesadas placas de bronce que protegían su cuerpo. Tomó su cetro y subió una vez más a la nave de Ulises. Desencantado por el desarrollo de la batalla, sintió el impulso de hablar de nuevo a sus tropas.

–¡Zeus me ha engañado! –soltó furioso–. No veo la victoria que me prometió. –Los rostros sombríos reflejaron el miedo–. Los hijos de Príamo están a nuestras puertas. –No pudo reprimir las lágrimas, que le dieron un aspecto patético de líder derrotado–. Debemos irnos en nuestras naves –concluyó, rotundo.

Era la segunda vez que se dirigía a la asamblea a lo largo de aquel mismo día. En la primera había arengado a los guerreros para que se enfrentaran a sus enemigos; ahora los instaba a huir. En el silencio inmediato a su intervención, tronó la voz potente de Diomedes:

–Zeus te ha dado el cetro, pero no el corazón. Huye tú, si quieres. Estos hombres –abrió los brazos–, estos valientes, se quedarán aquí para destruir Troya.

Algunos aplaudieron sus palabras.

–Has hablado bien –le respondió Néstor, apoyado en el hombro de su hijo Antíloco–, pero eres joven y te quedan cosas por aprender, Diomedes. Debemos prepararnos para la noche y organizar las guardias. Agamenón –alzó la cabeza hacia la proa de la nave–, convoca de urgencia el consejo de príncipes. –El rey, más sereno, asintió–. Esta noche traerá el desastre o la salvación.

Los hombres se retiraron a sus tiendas mientras las mujeres preparaban la cena. Los trípodes y los calderos de bronce resplandecían con destellos rojizos a la luz intermitente de las llamas. No tardó en escucharse el repiqueteo de los dados e incluso algunas risas. Los guerreros estaban acostumbrados a aquella vida. Habían pasado el día jugándose el pellejo y al amanecer probablemente volverían a hacerlo. Para eso estaban allí.

–Desde que le quitaste Briseida a Aquiles todo va mal. –Néstor fue el primero en hablar. Áyax el Grande asintió con vehemencia–. Hay que aplacar al pélida, convencerlo con regalos, con súplicas, si es

necesario. La situación es desesperada.

Se habían reunido en torno a un fuego delante de la casa de Agamenón.

–Me equivoqué –reconoció al fin el rey de Micenas, con los ojos todavía rojos por el llanto. Siguió un breve silencio–. Siete trípodes nuevos, diez talentos de oro, veinte calderos, doce caballos que hayan ganado carreras, siete mujeres de Lesbos... y Briseida. –Agachó la cabeza–. Juro que no la he tocado. Todo eso le daré. También le ofreceré en matrimonio a una de mis hijas, la que él quiera, con buena dote. Con esto será igual en categoría a mi hijo Orestes. –Todos se miraron, boquiabiertos–. Y, si se somete a mí como su rey, le daré siete ciudades costeras. Que vayan dos heraldos a hablar con él.

–No, mi rey –intervino Néstor–. Mejor deberían ser dos de los nuestros, aquellos a quien más estime. –Señaló primero a Áyax y luego a Ulises.

–Bien –dijo Agamenón–. Que Fénix los acompañe. Es como un padre para él.

Briseida se apoyó en el muro trasero de la casa y respiró profundamente, tratando de calmar los latidos de su corazón. Había escuchado que Agamenón estaba dispuesto a devolverla a Aquiles. El mirmidón había matado a su esposo, había saqueado su ciudad y era el responsable de la muerte de su padre. También la había hecho su esclava y había yacido con ella. Tenía motivos suficientes para odiarlo durante tres vidas. Sin embargo, en las últimas noches había soñado con su cuerpo fornido, con su mirada penetrante clavada en ella mientras la tomaba, con su cabello rubio y largo, que ella agarraba en el éxtasis de la pasión. Deseaba borrarlo de su mente, pero el de Aquiles era un recuerdo insistente que, como una semilla podrida, había germinado y crecía día a día en su interior.

Los tres hombres recorrieron el campamento mirmidón, el más cercano a la muralla, hasta dar con la tienda de Aquiles.

Lo encontraron tocando la lira, la que había conseguido en el saqueo de Tebas Hipoplacia, y cantando las hazañas de Hércules durante el saqueo de Troya. Patroclo, a su lado, fue el primero en verlos. Enseguida ambos se pusieron en pie para recibirlos.

–Echo en falta esa lira en los banquetes del consejo –comentó Ulises con una sonrisa.

–Yo echo de menos los brazos que la sujetan en las matanzas de la llanura –soltó Áyax, contento por ver a su pariente–. Todo sería diferente si vinieras.

–Todo es fama, primo. No valgo tanto –repuso Aquiles, humilde, y lo abrazó con fuerza. Luego agarró el brazo de Ulises con afecto y, por

último, apretó contra sí a Fénix, a quien estimaba por encima de todos–. Da de comer y beber a mis hermanos y a mi padre –ordenó a Patroclo, que se apresuró a cumplir el mandato–. Sólo han pasado unos días y parece que hace meses que no os veo.

–Los días que han pasado valen por años –afirmó Ulises, quitándose el casco de colmillos de jabalí y sentándose junto al fuego.

Patroclo sacó una crátera y mezcló vino, que luego sirvió en copas. Sobre el trípode, ensartada en un espeto, puso a asar una pierna de cordero. Todos libaron un poco de vino a los dioses antes de saborearlo.

–Tenemos a los troyanos a las puertas –comenzó Ulises.

–Pensaba que sólo veníais a compartir mi cena –dijo Aquiles con ironía.

–Depón tu actitud, hijo de Peleo. Haz honor a tu sangre y cede, calma tu cólera y lucha con los tuyos. –Los ojos de Ulises se clavaron en los del pélida–. Ansío tanto como tú que esto acabe. Añoro a Penélope, su abrazo cálido, y a mi hijo Telémaco, que se hace hombre sin mí. No quise esta guerra, pero llevo en ella diez años. El final está cerca. Muchos de nosotros moriremos aquí, otros podremos volver a casa. En cualquier caso, quiero la victoria para los nuestros. –Apuró su copa y suspiró–. Agamenón te ofrece abundantes regalos... –Y pasó a enumerar los presentes.

Aquiles lo escuchaba con gesto serio. Sólo cuando oyó nombrar a Briseida un breve destello de luz apareció en sus ojos.

–Aquiles –retomó su discurso Ulises–, si odias demasiado a Agamenón como para volver a luchar por él, apiádate de los demás aqueos, que estamos perdidos sin ti. Te honraremos como a un dios si sales a la llanura.

El pélida negó lentamente con la cabeza.

–He peleado sin descanso. He conquistado doce ciudades en la costa y once de interior por toda la Tróade. Le he dado grandes botines a Agamenón, conformándome con lo que me correspondía. Mientras tanto, él se quedaba aquí, en su casa. –Echó el resto de su vino al fuego, provocando una leve humareda–. Esta guerra es por la esposa del rubio Menelao. Pero Agamenón me ha quitado a una mujer a la que aprecio mucho. ¿Sólo ellos tienen el derecho de amar a sus mujeres? –Señaló a Ulises, incitándolo a dar una respuesta que no supo dar–. Todos los aqueos han conservado sus botines menos yo. Ojos de Perro me ha insultado, me ha deshonrado, y ahora viene a comprarme con regalos. Pues sus regalos carecen de valor para mí. De todo tengo en Ftía, a donde puedo llegar en tres días. –Acercó el rostro a las llamas, como si fuera a hacer una confidencia–. Mi madre tiene el don. –Simuló la voz de una mujer para citar sus palabras–. «Si mueres en Troya, tendrás gloria eterna, pero, si vuelves, tendrás una

vida larga y apacible, aunque sin gloria». –Alzó la mirada–. No hay gloria en la muerte, no hay gloria en vagar por el Hades esperando la sangre de las ofrendas para recordar lo que fuimos. Prefiero mil veces la vida a que me honren como a un dios cuando muera. –Miró fijamente al itacense–. Ésta ya no es mi guerra.

Ulises coincidía con Aquiles en su argumentación. La vida era más valiosa que cualquier honor. Sin embargo, él había sido uno de los pretendientes de Helena y, como tal, estaba atado por el viejo juramento. No tenía escapatoria.

–Entiendo. –Rehusó insistir y se puso en pie. Áyax y Fénix lo siguieron.

–Primo –le dijo Áyax al pélida–, tienes la cabeza más dura que las rocas. Ya lo decía Quirón cuando nos entrenaba. Siempre has sido así, y ahora veo que así seguirás hasta la muerte. –Soltó una carcajada–. Tú lo has querido, yo me quedaré con la gloria y con la larga vida. –Luego, en voz queda, se dirigió a Ulises–. Es cruel, no volverá.

Los tres emisarios se dieron la vuelta para marcharse, pero Aquiles retuvo a Fénix.

–Quédate a dormir aquí y parte con nosotros.

El viejo obedeció, dejó marchar a los otros dos y se sentó.

–La muchacha está bien. –Fue lo primero que dijo cuando Ulises y Áyax se alejaron–. Agamenón la usa en el telar y para otras tareas de la casa, pero no la ha tocado. Ulises te ha dicho la verdad..., aunque te ha ocultado algo. Tal vez no lo sepa. Agamenón intentó yacer con ella, pero no pudo. Cree que la proteges con un sortilegio; su lanza no apunta al cielo delante de ella.

Aquiles explotó en carcajadas.

–Viejo Fénix, esta historia es la mejor que me podías contar. –Echó la cabeza hacia atrás en otro arrebato de risa–. Ojos de Perro sin fuerza en la caña...

Aquiles se palmeó los muslos y miró a su tutor, que permanecía serio.

–Pequeño –el hombre lo llamó cariñosamente, como cuando era un niño–, Agamenón ha cedido. Te ofrece buenos regalos y te devolverá a Briseida. Eso restaura tu honor. Calma tu cólera –añadió–. No te lo pediría si pensara que Agamenón no se ha retractado. Te conozco bien, eres orgulloso. Pero también debes aprender a controlar tu ira en tu propio beneficio. Toma los regalos, Aquiles, y lucha con los tuyos.

Patroclo, atento en todo momento a las reacciones de su amigo, sirvió la pierna de cordero.

–Si no quieres que yo te odie, papá, no te pongas de parte de Agamenón –soltó Aquiles cuando ya no esperaban respuesta–. Únete a mi odio, porque mi honor sólo se verá restaurado si ganan los troyanos y los aqueos me echan en falta. –Calló un instante, pero

Fénix no replicó. Luego miró a Patroclo–. Prepárale una cama en la tienda. –Dio varios bocados a la carne–. Sólo volveré a la lucha si Héctor llega hasta mis naves para incendiarlas.

Fénix cambió de tema, consciente de que no podría cambiar su actitud.

–Mientras estemos aquí, déjame moverme en libertad por el campamento. Es lo único que te pido.

El pélida concedió con un asentimiento y fue el primero en retirarse. Cuando Patroclo entró en la tienda, se lo encontró con la esclava de Lesbos. Aquiles lo miró a los ojos, agarró con fuerza el trasero de la muchacha y empujó con más brío.

Patroclo se acostó con la esclava Ifis, que su amigo le había regalado en Esciro. Estaba furioso. Aquiles se empecinaba en no luchar y lo despreciaba yaciendo con sus mujeres. Le pidió a Ifis que lo acariciara hasta provocarle una erección. Entonces la tomó y gimió en voz alta.

–Grita, enseña tu placer, mujer –le susurró al oído, y la esclava obedeció.

Al otro lado de la tienda sonó la carcajada limpia de Aquiles. Patroclo se detuvo, empujó a la joven fuera de la cama y se echó a dormir, humillado. No pudo conciliar el sueño hasta poco antes del amanecer.

Ulises y Áyax regresaron al consejo de Agamenón. El itacense informó sobre la negativa de Aquiles, que cayó como una pesada losa sobre sus cabezas.

–Fénix se ha quedado con él. Tal vez el viejo lo convenza –dijo para terminar.

Áyax negó con la cabeza. Diomedes se puso en pie, airado, y miró a la cara a todos los reunidos.

–No teníamos que haberle rogado. Ya era altivo, ahora lo será aún más. No es más que cualquiera de nosotros.

–La profecía lo hace distinto –contestó Macaón, el rey médico–. Los hombres la conocen y verán su decisión como un mal augurio. Por otra parte, él es uno, pero arrastra consigo a sus mirmidones, que tanto bien nos harían en la batalla.

El astuto Ulises asintió.

–Contra eso nada podemos hacer. –El rey de Argos retomó la palabra–. Lo sabéis tanto como yo. Ahora descansemos, y saludemos a la aurora haciendo sonar nuestros bronces.

Todos asintieron y comenzaron a retirarse. Agamenón llamó a gritos a su esclava tracia. La muchacha, que cenaba con Briseida sentada sobre una manta, suspiró y se puso en pie. Briseida le agarró la mano para transmitirle fortaleza.

–Tú bien –dijo la tracia–. No Aquiles. No él –señaló con la cabeza la casa antes de perderse en su interior.

Tenía razón, Briseida lo sabía. Estaba mejor sola. Los hombres forzaban a las mujeres, pero se respetaban entre ellos y se pedían permiso para tener relaciones entre sí. Ellas siempre eran las perdedoras, las sumisas, las sufridoras. Ahora era libre. Si Aquiles hubiera cedido a la súplica de Agamenón, habría pasado a tenerlo por dueño. La cabeza le decía todo aquello, pero, a pesar de todas esas verdades, cuando pensaba en Aquiles su corazón se aceleraba. Miró las estrellas, que titilaban como si estuvieran a punto de desencajarse del firmamento, y lloró con amargura por su destino maldito, que parecía no concederle el derecho a amar.

Agamenón no conseguía conciliar el sueño. Dejó a la esclava tendida sobre el lecho y se vistió con una túnica púrpura. Fue a la playa y subió a su nave. El eterno viento que azotaba el Helesponto hacía que su ropa se agitara y se le pegara al cuerpo. La costa norte de la Tróade se extendía a sus pies. Aquél era el tesoro anhelado por los aqueos durante décadas, la puerta a los metales del mar Oscuro, una puerta de la que Troya era la llave, o lo había sido hasta entonces. «Bien poco me importa la zorra de mi hermano. Esto es lo que quiero», se dijo, y dirigió la vista hacia la desembocadura del Escamandro, en cuya ribera se extendía el campamento improvisado por los troyanos. Cientos de fuegos se repartían por la llanura, como una réplica del cielo estrellado.

–Yo tampoco podía dormir. –Menelao apareció tras él. Llevaba una piel de leopardo sobre una túnica blanca–. Te he visto salir.

–Cuántas batallas, cuántas guerras entre los pueblos del Egeo –suspiró Agamenón, volviendo la mirada hacia el mar.

–Tal vez nunca acaben, tal vez Levante y Poniente estemos condenados a luchar eternamente. Nuestro padre ya peleó en estas costas, y otros vendrán cuando no estemos para seguir con la guerra.

–No si conseguimos dominar ambas orillas del mar. –El rey de Micenas recuperó el brillo en la mirada–. Podemos ser más grandes. Siempre hemos necesitado a los troyanos o a los hititas para conseguir el bronce. Un pueblo sin bronce está condenado a someterse. Si vencemos, acabaremos con eso.

Menelao miró a su hermano con una mueca que simulaba una sonrisa.

–Y recuperaremos a Helena... ¿No estamos aquí por eso?

Agamenón rio y palmeó el hombro del rubio Menelao, que le sacaba media cabeza.

–Hermano, la victoria nos daría tantas cosas buenas que nos faltarían dedos para contarlas –intentó quitarle importancia a su

desliz–. Claro que recuperarás a tu esposa, y podrás matar al afeminado que te la robó. Pero nuestro pueblo también se beneficiará... No lo olvides. Esta guerra es de todos y para todos. –Se miraron a los ojos–. Vamos, tenemos que hablar con los demás. Queda noche por delante. –Agamenón, inconstante, parecía haber recuperado el entusiasmo.

Caminando entre las tiendas, Agamenón buscó a Néstor, y con él recogió a Ulises y a Diomedes, mientras Menelao llamaba a los demás. Celebraron el consejo junto a la muralla, en el exterior, donde los guardias velaban por la seguridad del campamento. Los rostros de los reyes reflejaban cansancio e incertidumbre, algunos ansiedad.

–A pesar de la masacre que hemos sufrido, seguimos teniendo más hombres –comenzó Agamenón–. Pero ellos nos han robado la confianza. Sus carros son mejores que los nuestros y matan a muchos aqueos.

–Hace tiempo que lo digo –intervino Ulises–. El carro no es sólo para transportar, tenemos que aprender a pelear sobre él. Los pueblos de este lado del mar nos llevan esa ventaja.

–Tienes razón, Ulises –concedió Néstor–, pero ahora no tenemos tiempo para eso. El nuevo amanecer puede significar el fin de esta guerra, y debemos tomar decisiones. Propongo que uno de nosotros vaya al campamento troyano y averigüe las intenciones de Héctor.

–Yo iré –se ofreció Diomedes. Tenía la mirada serena, como si la batalla hubiera apaciguado su sed de sangre–, pero quiero que alguien me acompañe.

Se alzaron muchas manos, pero él eligió a Ulises.

–Para esta misión hace falta arrojo, pero también astucia –dijo Diomedes mientras se levantaba para armarse y partir.

Los dos reyes sortearon los cuerpos de los muertos caminando por la llanura. Por todas partes había carros destrozados, lanzas partidas y espadas abandonadas. Los cuervos rondaban la carne fría y se espantaban al paso de los caminantes. El olor de las heces, derramadas de las vísceras rajadas, resultaba insoportable.

Un débil gemido llamó la atención de Diomedes. Un moribundo permanecía aprisionado por la caja de un carro troyano. Los ojos del argivo se encendieron mientras se acercaba a él y desenvainaba la espada. El hombre intentó hablar, pero no pudo.

–¿Sufres? –El otro asintió con un sutil movimiento de cabeza–. Yo haré tu sufrimiento más breve, pero más intenso –añadió con la locura dibujada en la mirada.

El caído mostró una expresión de pánico y Diomedes le sujetó la mandíbula. Actuó con rapidez, antes de que Ulises llegara hasta ellos. Con la punta de la espada le sacó el ojo derecho. Los gimoteos se

hicieron fuertes, pero seguía sin poder gritar.

–¿Qué pasa? –preguntó Ulises, mirándolo con severidad. El argivo se apresuró a degollar al herido–. Tienes a Ares metido en la cabeza.

–He aliviado su dolor.

El moribundo se desangraba, sus gemidos se apagaban. Llevaba el pecho descubierto y vestía sólo un faldellín y botas altas de lino endurecido.

–Es de los nuestros.

Diomedes se volvió hacia él y se encogió de hombros.

–Ya descansa en los palacios subterráneos. Vamos, sigamos, que tenemos una misión que cumplir.

* * *

Los troyanos se acomodaban en la llanura, apartados de la zona de combate. No tenían tiendas, pero la temperatura era agradable para pasar la noche al raso. Por todas partes se escuchaba el trajín de las armas que caían al suelo y de los hombres que encendían los fuegos y bromeaban entre sí para aliviar la tensión. Decenas de carros habían salido de Troya para llevarles alimento. Esos mismos carros volverían a Ilión con los heridos. Los muertos permanecían en el campo, aguardando el desenlace de la batalla para ser honrados en las piras.

Héctor y Polidamante se ayudaron mutuamente a quitarse la armadura y se sentaron junto a una hoguera.

–No te precipites. –Héctor forzó la voz para hacerla más aguda–. Aunque lleves ventaja, dale tiempo a tu adversario...

–... que su desesperación le hará equivocarse –remató su compañero con voz igual de aguda–. Perato, viejo canalla. Si en el Hades hay un ejército de muertos, él seguro que lo entrena.

–Pobres muertos, tendrán las espaldas marcadas a varazos.

–Recuerdo bien aquellos años –murmuró Polidamante perdiendo la mirada en la lumbre–. La camaradería, las escapadas, las fiestas nocturnas... Parecen días de otra vida.

–Era otra vida. Nos quejábamos de las lecciones, pero no nos dábamos cuenta de que serían los mejores años de nuestras vidas. Todavía no había cargas sobre nuestros hombros, ni siquiera teníamos esposas, ni hijos.

–La vida cambia, así lo quieren los dioses. Nos unimos a una mujer, engendramos y la responsabilidad nos abate.

–La carga es pesada, tanto que a veces necesitamos a alguien más para ayudarnos a soportarla –añadió Héctor en un sutil tono de reproche. Señaló los brazos de su amigo–. No veo tu pulsera de plata, la que te regaló tu esposa.

Polidamante se miró la muñeca y arrugó la boca.

–La habré perdido en la batalla.

–La he visto en otro brazo. –Héctor se mostró firme–. Sabes que te quiero más que a mis hermanos, pero ella es la esposa de Paris. Eres un estúpido, como él, y te has dejado engañar. Es como una perra en celo: busca machos a los que seducir para luego abandonarlos. ¿Crees que no lo ha intentado conmigo? Yo me alivio con mis esclavas cuando tengo necesidad. Si tú no tienes esclavas, ve a los burdeles. Te saldrá más barato que acudir a la espartana. Si él –señaló con la cabeza a Paris, que no estaba lejos– o mi padre se enteran, te despellejarán y te untarán con miel para que te coman las ratas. –Polidamante se estremeció. Tenía el rostro rojo de vergüenza–. No te delataré, puedes estar tranquilo. Me importa poco lo que haga ella, el que me preocupa eres tú. Ella no merece nada. No merece tanta muerte.

–Lo siento. –Fue lo único que Polidamante pudo articular.

–Dejemos el tema –zanjó Héctor–, pero aléjate de ella, hazme caso. Ahora hablemos sobre cómo ganar esta guerra. –El otro, lívido, no reaccionaba–. Ya, amigo. Te necesito despierto.

–Reuniré al consejo –dijo al fin, y se puso en pie para llamar a los otros hijos de Príamo y a los comandantes de los aliados.

El primero en llegar junto a Héctor fue Eneas, que se sentó a su lado.

–¿Cómo está tu cadera? –preguntó el príncipe de Troya.

–Duele a rabiar, pero no impide que me mueva y siga matando rubios –sonrió con una extraña mueca.

–Me alegra. Tus dárdanos están dando la talla en el combate, como tú.

Luego llegó Licaón, que parecía ausente, afectado aún por la muerte de Pándaro. Se sentó sin saludar y permaneció en silencio. Al instante aparecieron Paris, Sarpedón y Glauco, Deífobo y todos los demás, incluidos los heraldos.

Héctor los instó a todos a seguirlo. Atravesaron el vado más cercano y remontaron la ribera opuesta del Escamandro hasta el santuario de Apolo, donde, dejando atrás el bosque de olmos, tomaron el sendero que llevaba al túmulo de Ilo. Allí, sobre una alfombra de tréboles, se sentaron en círculo.

–Estamos cerca de ganar, pero aún son más que nosotros. Debemos ser certeros. Desde aquí puedo oler su miedo. Hay que aprovecharlo, eso nos da ventaja. Aquiles y sus mirmidones siguen sin luchar, lo habéis podido comprobar. –Todos en Troya conocían la profecía sobre la caída de Ilión–. Propongo que uno de nosotros se acerque al campamento aqueo y compruebe cuáles son sus intenciones, si se mueven a la llanura o a las naves, o si permanecen en sus tiendas a la

espera de un nuevo amanecer.

Se abrió un denso silencio en el que los hombres se miraban unos a otros.

–Yo iré –se ofreció Dolón, el hijo de un heraldo que había acompañado a su padre. Notó todas las miradas sobre él; no esperaban que nadie hablara fuera del círculo del consejo–. Si me ofrecéis una recompensa –añadió.

–Si vas, tendrás un carro y dos caballos –dijo Héctor.

Dolón no contestó con palabras. Se apartó de su padre, se cubrió los hombros con una piel de lobo y comenzó a caminar hacia el oeste. Algunos lo despidieron con sonrisas, divertidos por su reacción.

Acompañadas por algunas mujeres, las princesas de Troya salieron de la ciudadela. Portaban pequeñas lámparas de aceite que iluminaban las rocas de la muralla con tonos ocres. Se detuvieron ante los monolitos de la puerta Apolínea que representaban a Apolo. Sobre ellos dejaron laureles y un fino manto tejido por ellas mismas. Luego continuaron la procesión hasta la gruta de Kaskalkur, donde, junto a uno de los manantiales, depositaron varias figuras votivas de bronce.

–Rey del inframundo –pronunció Andrómaca.

–Que horadaste la tierra de Ilión en tiempos que no recordamos para darnos el agua de las entrañas del mundo –continuó Casandra.

Las mujeres se estremecían con los juegos de sombras que las lámparas dibujaban sobre las rocas esculpidas en forma de túneles. Las princesas se apresuraron con el rito, libaron vino y miel y luego salieron al exterior para liberarse de la sensación opresiva de la cueva.

Cuando llegaron a las puertas Esceas, Andrómaca, Creúsa y Casandra se quedaron solas. Dos mozos de cuadra les entregaron un potrillo, sobre cuyo lomo echaron un manto blanco. Rápidamente tomaron el camino que llevaba al norte, a la orilla del mar.

–¿Por qué no ha venido Helena? –preguntó Creúsa, inocente.

–Está tejiendo la batalla –respondió Casandra.

–Cree que así expía su culpa –explicó Andrómaca, irónica–. Lleva años tejiendo las consecuencias de sus actos. Ahora le faltará tela para representar a los muertos, todos por ella. Pero ése no es el motivo de que no haya venido... Me teme, y hace bien. Me obligan a tolerarla, pero la aborrezco. Cuánto hemos perdido por ella, cuánto estamos perdiendo por una sola mujer... –se sinceró.

–Mi esposo cree que la guerra es por algo más –dijo Creúsa–. Los aqueos quieren el control de este mar para comerciar sin pagar a Troya.

–Puede que sea así –concedió Andrómaca–. De todas maneras, aunque tomen Troya, nos necesitan. Necesitan a nuestros pilotos para navegar por este mar traicionero. No conocen las profundidades, ni los

vientos, ni las corrientes malditas que desde el mar Oscuro empujan a los barcos hacia el Egeo. Nos necesitan..., aunque quien toma, obliga. –Agitó los brazos, como si quisiera cambiar de tema–. Los hombres tienen sus motivos para odiarse. Nosotras, los nuestros. –Creúsa sonrió–. Cuida de tu hombre –Andrómaca la miró–. Si Eneas está destinado a mantener vivo nuestro linaje, que lo haga con tu sangre, no con la sangre salvaje de Helena –remató, refiriéndose a la profecía sobre el hijo de Anquises.

–Puedes estar tranquila. Si la espartana se acerca a él, la agarraré por sus rubios cabellos y la arrastraré por toda la ciudad.

Andrómaca explotó en carcajadas, encantada con el carácter afable y sencillo de su cuñada. Casandra no participó del jolgorio y las miradas se volvieron hacia ella.

–No es nada. Sólo estoy preocupada. Los hombres se juegan la vida; también Otrioneo –aclaró.

–¿Has tenido alguna visión? –preguntó Creúsa con miedo.

–No. El don de Apolo merma con el amor –reconoció–. Espero no recuperar nunca la videncia.

–Tienes suerte –le dijo Andrómaca–. No todas las mujeres aman a sus maridos. Y, por lo que sé, él también te ama. Disfrutad de este momento. Ahora vivís el amor más puro. Luego... todo cambia. –Casandra y Creúsa la miraron sorprendidas–. No me malinterpretéis. Sigo amando a Héctor, pero tenemos responsabilidades y años a nuestras espaldas. El tiempo lo transforma todo. El ímpetu se convierte en sosiego. –Perdió la mirada en el mar cercano. Estaban llegando a la playa–. Recuerdo cuando mi padre me anunció que iba a casarme con el príncipe de Troya. Lo había visto antes y estaba locamente enamorada de él. Aquí –se señaló la cabeza– es donde vive el amor más intenso.

El camino terminó de forma abrupta, interrumpido por la arena. La playa se había comido las tablas que conducían al espigón de piedras que antaño había protegido a los barcos. Las olas golpeaban la orilla con fiereza. Se situaron al oeste del saliente, donde había un remanso de calma. El potro, como si presintiera lo que iba a pasar, se agitó y dio varios saltos. Era importante para el sacrificio que la víctima consintiera, de modo que Casandra le dio hierbas calmantes. Decidieron aguardar a que hicieran efecto sentadas en la arena.

–Príamo tiene miedo –comentó Andrómaca–. Quiere más aliados. Espera noticias de los amazonios y los etíopes. Cree que vendrán a ayudarlo. También ha enviado una nueva embajada a Hatti, pero los hititas tienen otros asuntos de los que ocuparse. No necesitan este mar para conseguir bronce. Héctor dice que cada vez utilizan más el hierro para sus armas. –Señaló con la cabeza hacia las aguas–. El rey también quiere al mar de su lado, pero nosotras sabemos que por muchos

sacrificios que le ofrezca, el dios no nos favorecerá. Dejó que los barcos aqueos llegaran hasta aquí y destrozaran nuestra flota. Incluso los ayudó. Príamo se equivocó después.

–¿Te refieres al sacerdote? –preguntó Casandra.

–Por supuesto. Lo mató por ira, como si él tuviera la culpa de no obtener el favor de Poseidón, y desde entonces no hay sacerdotes del dios en Troya. Es una ofensa. Y ahora piensa que un potrillo va a ganárselo... –Negó con la cabeza. Una sonrisa triste se dibujó en sus facciones–. Poseidón nunca ha estado de nuestra parte. ¿Acaso no son una prueba las grietas en las murallas? ¿No batió la tierra con sus caballos para destrozar Troya y hubo que construirla de nuevo?

–No estuvimos allí para saber lo que pasó –afirmó Casandra.

–A los viejos se lo contaron sus abuelos –insistió Andrómaca–. La tierra tembló tanto que las casas se vinieron abajo y las murallas se resquebrajaron. Tengo una cosa clara, querida cuñada: si ganamos esta guerra no será por Poseidón, será por Apolo.

–En eso estamos de acuerdo –convino la joven sacerdotisa del Divino Arquero.

El potro comenzó a cabecear. Había llegado el momento de iniciar el sacrificio. Andrómaca pronunció las oraciones y dirigió una breve danza en la que pisotearon el agua salina de la orilla. El animal permanecía con la cabeza gacha y la mirada perdida. Andrómaca tomó un afilado cuchillo y practicó un certero corte en su cuello. La sangre resbaló por la quijada y cayó en un hilo constante sobre el mar. Entonces, mientras la esposa de Héctor tiraba del potro hacia el agua, Casandra y Creúsa comenzaron a gritar y a moverse de forma espasmódica. Cuando el mar le cubrió el lomo, la mujer lo agarró por el cuello y le sumergió la cabeza. El potrillo pateaba el agua con fuerza, pero ella no lo soltó. Poco a poco, sus movimientos se ralentizaron, hasta que se quedó completamente inmóvil.

–Helena –susurró Andrómaca apretando los dientes, recordando las muertes acaecidas en su familia por culpa de la espartana.

Pasados unos instantes, su ira fue menguando. Soltó al animal, cuyo cuerpo ahogado mecieron las aguas, y salió del mar a paso lento. La túnica y el velo se le pegaban al cuerpo, manchados de sangre.

–Regresemos, no vaya a ser que los gritos hayan alertado a alguna patrulla.

Las mujeres desanduvieron el camino. Andrómaca se sentía más ligera, como si hubiera soltado en el mar una pesada carga.

* * *

Ulises agarró a Diomedes del brazo y lo hizo agacharse junto a un montón de muertos de la batalla. Señaló una silueta oscura que se

movía por el campo. El argivo hizo amago de salir a por ella, pero Ulises lo retuvo.

–Espera, puede que esté buscando botín.

La sombra se deslizó entre los muertos sin prestar atención a las panoplias. Pasó delante de ellos sin percatarse de su presencia. Sólo entonces Ulises soltó el brazo de Diomedes. Ambos se levantaron y echaron a correr hacia él. El hombre los escuchó y huyó hacia el oeste a toda prisa, como un conejo asustado perseguido por dos lobos. Diomedes, veloz, consiguió darle alcance y, empujando su espalda, lo hizo rodar por el suelo.

–No me matéis, mi padre tiene riquezas para pagar un buen rescate –suplicó el hombre alzando los brazos, de rodillas.

–¿Quién eres y qué haces aquí? –preguntó Ulises.

–Me llamo Dolón. Soy hijo de un heraldo de Héctor. –Temblaba, asustado–. Me han enviado para comprobar las intenciones de los aqueos. No vengo a provocar ningún mal. –Agachó la cabeza y rompió a llorar.

–¿Dónde está Héctor? –Diomedes le apuntó con su espada, todavía con restos de sangre.

–Está reunido en consejo en la tumba de Ilo..., al otro lado del río.

–¿Hay guardias? –preguntó el argivo con el ceño fruncido.

Dolón alzó la cabeza, esperanzado. Podía darles una valiosa información con la que salvar la vida.

–Los troyanos se mantienen alerta en sus hogueras, pero los aliados descansan. Ellos no tienen familias a las que proteger cerca –aclaró–. No hacen rondas. Los más expuestos son los tracios. –Ulises y Diomedes valoraron la información. Dolón alzó de nuevo los brazos buscando clemencia–. Apolo es testigo de que digo la verdad. Dejadme ir junto a mi padre y os pagará un cuantioso rescate.

Diomedes mantenía su espada dirigida hacia él. Ulises apoyó una mano en su brazo para calmarlo, pero el rey de Argos se zafó de él, dio un paso atrás y descargó el filo de su arma contra el cuello de Dolón. Éste no tuvo tiempo siquiera de sorprenderse. Emitió un grito que se ahogó en sangre y cayó al suelo. Diomedes se echó sobre él y comenzó a darle espadazos en el cuello hasta debilitar los huesos de sus vértebras. Su arma quedó mellada. Luego tiró con fuerza y terminó de separar la cabeza del cuerpo. El rey resoplaba por el esfuerzo y tenía el rostro salpicado de sangre.

–Esto es lo que merece el mejor de los troyanos –soltó con furia, resoplando–. Al peor le metería su propia cabeza por el culo.

Ulises se limitó a despojar al muerto de su piel de lobo, su kilt con flecos de colores y su puñal, y lo colocó todo sobre una roca en ofrenda a Atenea. Era su diosa favorita, la que promovía la guerra con orden y honor.

–Ahora vayamos a por los tracios. –Diomedes arrancó a caminar con ligereza.

Ulises negó con la cabeza y esbozó una sonrisa. Su corazón se aceleró y se dejó invadir por el ansia de aventura.

–Vayamos –afirmó, echando a correr tras el argivo.

Salieron del campo plagado de muertos y continuaron hacia levante. Pronto avistaron las finas columnas de humo de las hogueras troyanas y extremaron las precauciones. Sigilosos, llegaron a un cercado improvisado con cuerdas en el que los tracios guardaban sus caballos. Dolón había sido sincero: los hombres dormían despreocupados y los troyanos, que eran los únicos que permanecían alerta, no estaban a la vista.

–¿Soltamos los caballos? –susurró el rey de Ítaca.

–Después de matar –respondió Diomedes blandiendo su espada.

El rey de Argos mató al primer tracio de forma precisa, hundiendo la punta del arma en su pecho. Dos más cayeron antes de que saltara la voz de alarma. Ulises le seguía, luchando con los que comenzaban a despertarse. Diomedes estaba disfrutando con la matanza; se abría paso entre los hombres tendidos clavándoles la espada en los puntos más débiles y dejando tras de sí un reguero de sangre y muerte. Los tracios comenzaban a organizarse para darle caza, pero consiguió llegar hasta la única tienda que había a la vista, que lucía una enseña en lo alto. De ella asomó la cabeza de un hombre, y Diomedes lo degolló al instante. Entonces, desde varios puntos cercanos se escuchó un aullido unísono. Había matado a Reso, rey de los tracios. La situación se complicaba. Diomedes, lúcido y sereno, corrió hacia la zona por la que veía menos hombres en pie. Ulises, siempre a su zaga, fue tras él.

Rodeados por una algarabía de voces y carreras, regresaron a la linde del campamento y soltaron las cuerdas que encerraban a los caballos. Ulises espantó a varios, que arrastraron al resto hacia fuera. Había algunos con los arreos puestos y Diomedes tomó a dos de las riendas.

–¿Sabes montar? –preguntó a su compañero.

De un salto, Ulises se colocó a horcajadas sobre uno de ellos.

–¡Sígueme si puedes! –gritó mientras apretaba las piernas contra los costados del animal y sujetaba con fuerza las riendas.

Varios tracios llegaron hasta Diomedes, que los recibió a espadazos. Mató a dos, y el resto titubeó. Aprovechó ese instante de duda para montar y alejarse al galope, vociferando insultos y soltando carcajadas.

Ulises y él llegaron al cabo Sigeo acompañados por los caballos espantados. Los guardias se hicieron cargo de ellos. La asamblea de Agamenón seguía reunida a la entrada. Esperaban noticias y Ulises les

informó de todo lo ocurrido.

–Malditos locos. –Agamenón reía–. Ojalá todos los aqueos tuvieran vuestro valor.

–No se han movido de la ribera del río –añadió el rey de Ítaca, que todavía jadeaba–. Aguardan al amanecer. En cuanto asome el sol, tendremos batalla.

–Era de esperar. –Agamenón suspiró–. Bien hecho –los felicitó–. Descansemos lo que resta hasta el amanecer. He dudado, pero os prometo que persistiré. Al alba me pondré de nuevo a la cabeza de los lanceros de Micenas y de todos los aqueos. Tal vez el cuervo troyano –así se refería a veces a Calcante– tenga razón y los dioses hayan abandonado a los hombres en esta batalla. Pero, si es así, forjaremos nuestro propio destino.

Los reyes se despidieron y entraron apesadumbrados en el campamento. Sólo quedaron el argivo y el de Ítaca, que fueron hasta la orilla del mar y se sumergieron en las aguas salinas para limpiar sus cuerpos de sangre. Tenían las piernas doloridas por la cabalgada.

–Sirva esta sangre de los aliados de Troya como ofrenda para ti, Poseidón, rey de los mares –pronunció Diomedes mientras se frotaba los brazos.

Después se metieron por turnos en una pila de piedra llena de agua dulce. Algo más sosegados, se miraron y, por primera vez en aquella noche, se sonrieron con complicidad.

–Hagamos caso a Agamenón –dijo Ulises–. Descansemos. Seguiremos matando cuando nos salude el sol.

* * *

Las voces de Andrómaca, Casandra y Creúsa llegaron débiles a la sala. Helena posó su mano sobre la de Etra para que guardara silencio.

–Ya están de vuelta –dijo la espartana, y retomó su tarea en el telar.

–Es tarde. Tal vez sea hora de descansar –respondió la esclava.

–Madre querida, échate tú a dormir. –Le sonrió–. Yo no tengo sueño, necesito seguir tejiendo.

Etra se levantó para traer más rollos de hilo. Se quedaría con ella hasta que el sueño la venciera. Helena trabajaba con maestría en la representación de la última batalla. Dos guerreros se atravesaban el pecho mutuamente con sus lanzas. Sus figuras no eran precisas, pero se distinguían a la perfección sus contornos.

–Lo siento cerca –dijo Helena sin levantar la vista del telar.

–¿A tu esposo?

Helena alzó la cabeza y la miró fijamente.

–A Menelao. Lo veo en sueños, percibo su olor... ¿Será un

presagio? ¿Un aviso de los dioses?

–Pronto lo sabremos.

Etra se dispuso a reponer el aceite de las lámparas, y luego cambió el incienso del quemador del pequeño altar a Afrodita. Helena se había dejado seducir por la diosa del erotismo. La pulsera de plata de Polidamante bailaba en su muñeca, y Helena se la encajó en el antebrazo. Etra se la quedó mirando.

–No puedes evitar ser lo que eres –le dijo.

La espartana le devolvió la mirada con media sonrisa.

–Los hombres ansían matarse entre sí. Nosotras les damos los motivos.

* * *

El sol se anunciaba en la claridad que asomaba sobre las sierras lejanas. Cientos de pájaros comenzaron a trinar. También se escuchaban gaviotas, y los graznidos de los cuervos que se cebaban con la carne en descomposición de los muertos.

Agamenón salió de su casa con los ojos enrojecidos por la falta de sueño. Fuera lo aguardaban los heraldos, dispuestos a armarlo ceremonialmente. Algunos guerreros se acercaron para contemplar la escena: le ciñeron la coraza de bronce, de la que pendían los protectores para los hombros y el faldón articulado en tres piezas que le caía hasta las rodillas; le cruzaron al pecho el tahalí de cuero remachado en oro y le colgaron alrededor del cuello la correa de su enorme escudo. Lo último fue el casco broncíneo con carrilleras y crinera blanca, sobre los cabellos trenzados con cintas de color púrpura.

Con el amanecer, el viento comenzó a soplar con fuerza, el eterno viento de levante que parecía querer echarlos de aquella tierra prestada.

–La armadura de nuestro padre. –Menelao rompió la solemnidad del momento–. Cada vez quedan menos así. Te hace lento –sonrió a su hermano. El rey de Esparta llevaba su coraza acampanada y un faldellín blanco rematado con flecos.

–Me hace lento, pero también imparable. –Agamenón no sonreía–. El peso está bien repartido. –Se golpeó el pectoral con los nudillos–. Tengo ganas de matar troyanos.

Los dos hermanos salieron juntos del campamento. Más allá del foso, los batallones terminaban de organizarse. Los aurigas permanecían junto a sus caballos y los hostigadores tensaban las cuerdas de los arcos, contaban las balas de honda y comprobaban el equilibrio de las jabalinas.

Agamenón subió a su carro y dio la orden de que la tropa se

moviera hacia el sur para evitar luchar sobre los muertos del día anterior. A lo lejos ya se distinguía la nube de polvo que levantaban los troyanos. El viento la empujaba hacia ellos.

–Rematemos el trabajo –exclamó Eneas, aferrado a la caja de su carro mientras avanzaban hacia la zona de combate.

–Que Apolo nos ayude –añadió Alcátoo, su cuñado, que iba en su mismo carro como lanzador de jabalinas–, y también tu madre Afrodita.

Pese a su tono serio, Eneas no pudo evitar soltar una carcajada.

–¡Que nos ayuden todos los dioses, los nuestros, los de ellos y hasta los de los egipcios! Lo necesitaremos.

A su lado, en un carro adornado con remaches de plata, iban Arquéloco y Acamante, los hijos del canciller Antenor. Ambos lo escucharon y escupieron por la blasfemia.

–Malditos ricos –susurró Alcátoo con indignación–. No suben a un carro más que para lucirse. Ponlos al frente y verás cómo empiezan a respetarte.

Héctor iba delante de todos, rodeado por el mar de carros de la vanguardia troyana. Se mostraba serio. El ataque nocturno lo había enfurecido. Los tracios se habían quedado sin rey y lucharían bajo su mando. Héctor decidió combatir como se hacía en Oriente: los carros arrasaban las primeras líneas y la infantería, detrás, remataba los despojos. Estaba decidido a masacrar a los aqueos. Durante las escasas horas de sueño, se le había aparecido su hijo. Astianacte lloraba y corría hacia él con los brazos abiertos. No había sabido interpretarlo, y tampoco quiso preguntar a Héleno, por miedo a lo que pudiera vaticinar. Sería su lanza la que escribiría su profecía.

Los aqueos aguardaban en formación a campo abierto.

–Se han alejado de su campamento –comentó Polidamante– para que tardemos más en llegar. Tienen miedo.

–Puede que tengan miedo –contestó Héctor–, pero se han movido por respeto a los muertos. Obran bien. Así no pisaremos sus cuerpos durante la batalla.

El sol ya lucía alto y, en la nube de polvo que el viento levantaba, destellaba el bronce de las corazas.

Agamenón ordenó a los hostigadores disparar sus armas arrojadizas y enseguida se produjo un cruce de jabalinas, flechas y balas de honda. Héctor ordenó marchar a los carros de Ilión, que se movieron en grandes círculos para dar tiempo a los arqueros a recargar. Los guerreros murieron por decenas y muchos caballos cayeron abatidos, desmantelando los carros en sus caídas.

–¡Zeus! –bramó Agamenón, ansioso por entrar en combate. Sus tropas se pusieron en marcha. Desmontó y avanzó a pie con sus

hombres.

Cada vez era menor el espacio que tenían los carros para maniobrar y finalmente se retiraron a los flancos. Llegó el turno de los lanceros, que avanzaron hacia la zona de combate para formar varias líneas de escudos.

Los reyes pelearon en primera fila. Idomeneo, seguido por sus guerreros cretenses, destacó en los primeros movimientos de la batalla. Con su hacha de doble filo mató a multitud de frigios de Ascania y, apoyado por su compañero Meríones y su guardia personal, abrió una brecha por la que Diomedes y sus argivos empujaron.

Por su parte Agamenón, despreciando el riesgo, se enfrentó a un grupo de dárdanos. Acabó con tres guerreros en un intenso cuerpo a cuerpo en el que las armas enemigas llegaron a rozar su coraza en dos ocasiones.

–¡Ahí va nuestro líder, amado de Zeus! –gritó Néstor, que luchaba cerca acompañado por su hijo Antíloco–. ¿Quién dijo que esperaba el botín en su casa? –se mofó de la acusación de Aquiles–. ¡Seguidlo, aqueos!

–¡Seguidlo, aqueos!

La voz se repitió una y otra vez hasta que se propagó por todo el campo. Los aqueos arremetieron y vencieron las resistencias troyanas. El bando de Ilión, seguro de su victoria, no esperaba aquel ímpetu y cedió desorientado. Las líneas se desdibujaron y se abrieron numerosas brechas. Los aqueos empujaban y provocaron las primeras carreras entre sus enemigos.

–¡A ellos! ¡No los dejéis escapar! –gritaba Agamenón con los ojos rojos de ira.

Animados por los sones estridentes de las flautas, los aqueos corrieron tras los que huían, arrasando las escasas resistencias que todavía ofrecían.

Héctor aullaba, pero nadie parecía escucharlo; a su alrededor, centenares de hombres corrían en dirección a Troya. Polidamante, a su lado, disparaba flechas sin cesar.

–¡Adelántalos y reorganízalos! –gritó Eneas, mientras retrocedía en su carro para hacer lo propio con los suyos. A su lado, manejando el arco, Alcátoo trataba de evitar que ningún aqueo los alcanzara–. ¡Ve hacia el río!

Héctor dudó, pero finalmente le hizo caso. Su corazón latía con fuerza mientras se dejaba llevar por el auriga hacia la ribera del Escamandro, donde la tierra húmeda dificultaba el paso. El príncipe desmontó junto al vado y alzó los brazos. Los guerreros detuvieron su carrera y pronto fueron acumulándose frente a él, angustiados.

–¡Si queréis cruzar el río, podéis hacerlo! –les gritó–. Pero antes

tendréis que matarme. Sois muchos, os será fácil. ¡No seré cómplice de vuestra cobardía! Prefiero morir aquí mismo enfrentado a mi propio pueblo. –Hizo una pausa–. Diez años llevo soportando a esos salvajes rubios en mi tierra. Nos han hundido la flota, han saqueado nuestras ciudades, han robado a Ilión su comercio, han matado a mis hermanos... Si pensabais huir, ¿por qué no lo hicisteis hace diez años? Nos habríamos ahorrado mucho sufrimiento. Yo nunca me retiraré, salvo al Hades, si un maldito aqueo me vence en combate. ¡No dejaré que lleguen a Troya, donde aguardan nuestras mujeres y nuestros hijos! –El viento arrastró la arenga por la ribera, y la sangre se aceleró en las venas. Levantó la voz–. ¿No os dais cuenta? Hoy tampoco lucha Aquiles. ¡La victoria es nuestra! ¡Apolo! –gritó, y echó a correr hacia poniente, buscando la gloria o la muerte.

Como una bandada de pájaros, todos se volvieron y lo siguieron. La euforia invadió sus corazones e insufló en los troyanos valor y ánimo para enfrentarse al enemigo de nuevo. La sangre no tardó en volver a caer sobre el suelo fértil de la llanura.

* * *

–Las casas se hacen con barro y paja. –Anatia hablaba mientras removía un guiso sobre un trípode de bronce–. Están pintadas de blanco, todas pegadas unas a otras.

Fénix la escuchaba embelesado.

–¿Cómo es tu oasis?

La mujer resopló para apartarse un mechón de pelo del rostro y siguió removiendo.

–Un oasis es agua en el desierto. –Se detuvo un instante, como si buscara una imagen que la ayudara a explicarlo–. Es como un lago, pero rodeado de arena. En las orillas la tierra es buena y se puede cultivar. Hay ciudades enteras en los oasis. El mío es grande y tiene muchas casas. Tiene hasta un palacio para el gobernador.

–Pero, si hay arena, no hay caminos –razonó Fénix, tratando de imaginar la vida en aquellas ciudades aisladas.

–Mi pueblo conoce las rutas por el desierto. Nos orientamos por Ra y las estrellas. –Apuntó con su índice al cielo.

El viejo aqueo meditó unos instantes. Luego miró hacia la llanura, donde se desarrollaba la batalla.

–¿Hay paz en tu tierra? –preguntó.

La mujer se echó a reír, y su risa limpia resonó por todo el campamento.

–¿Dónde hay paz? –No borró la sonrisa de su expresión–. La guerra contamina todas las patrias. Siempre ha sido así, y así seguirá.

* * *

Los aqueos, inspirados por su comandante, resistían al nuevo embate enemigo. Agamenón mataba con precisión, pero comenzaba a notar el brazo cansado y su guardia flaqueaba. Había recibido varias cuchilladas y lanzazos en el torso, pero su armadura las había repelido sin daño alguno. Tenía razón, las placas de bronce lo convertían en un guerrero lento, pero implacable.

Acabó con facilidad con un hijo del canciller Antenor que luchaba como lancero. Uno de sus hermanos trató de vengarse y consiguió herirlo por debajo de la hombrera izquierda. El aqueo le clavó su lanza en el estómago y apretó hasta que lo atravesó por completo. Luego extrajo el arma para seguir luchando, pero un intenso dolor en el brazo se lo impidió. Gritó para desahogar su frustración y su guardia acudió a él, permitiéndole retroceder en condiciones seguras.

–¡No cedáis! ¡Defended las naves! –gritó a los hombres, antes de retirarse para que los médicos valoraran su herida.

Héctor mataba a un aqueo tras otro rodeado por la élite de Troya.

–¡Agamenón huye! –gritó con todas sus fuerzas al ver el carro–. ¡Arremeted!

Y el combate arreció. Los que estaban cansados retrocedieron y dejaron paso al refresco.

Ulises y Diomedes decidieron tomar las riendas del ejército para revertir la situación. Cuando argivos e itacenses juntaron hombros, la lucha quedó igualada. Los dos reyes mataban como perros rabiosos, sin descanso, ignorando los calambres que ya sacudían sus brazos exhaustos.

Sin dudarlo, Héctor avanzó hacia ellos. Los aqueos lo reconocieron de inmediato y Diomedes le arrojó una jabalina ligera. El arma voló certera hacia su rostro, pero Héctor giró la cabeza a tiempo de evitar un impacto frontal. La punta de bronce chocó con el lateral de su casco y salió despedida. El casco se abolló, pero resistió. Héctor, aturdido, se vio obligado a retroceder. Apartado de la zona de peligro, cayó de rodillas y vomitó.

Diomedes se agachó para tomar la lanza de un caído, pero una punzada de dolor en el pie derecho lo inmovilizó. Una flecha lo había herido en el empeine. Se echó hacia atrás justo cuando una segunda saeta silbó a su lado. Escuchó risas cerca y se volvió. Un arquero salía de detrás de unos matorrales, protegido por una elegante armadura.

–¡Soy Paris, esposo de Helena, hijo de Príamo y hermano de Héctor! –se jactó el apuesto muchacho–. Ojalá te hubiera matado –añadió mientras extraía una flecha de su carcaj.

Un argivo acudió a Diomedes y le ofreció su escudo de madera

revestido de bronce. El rey de Argos intentó ponerse en pie, pero la herida dolía y sangraba.

–¿Sólo sabes luchar así, escondido? ¡Toma una lanza y ven!

Varios troyanos se acercaron y comenzaron a rodear a la presa. Ulises fue en su ayuda y aseguró su retirada. Diomedes montó en su carro y ordenó al auriga que lo llevara al campamento. Paris volvió a esconderse entre los matorrales para seguir matando desde lejos.

Héctor vomitó de nuevo y comenzó a encontrarse mejor, pero seguía aturdido. Las voces a su alrededor se multiplicaban en infinitos ecos. De repente sintió dos manos fuertes que tiraban de él, y una voz en su oído que sonaba lejana.

–Soy yo, Polidamante. Levanta y monta en el carro.

–Cuida de mi familia –acertó a decir Héctor con voz débil mientras se dejaba ayudar.

–¡Ayuda! ¡Atenea! –vociferó Ulises con todas sus fuerzas.

Los itacenses habían ocupado el puesto de Diomedes, pero ya los troyanos se abalanzaban sobre ellos, aislándolos del resto de tropas aqueas.

Menelao lo escuchó y llamó a su vez a Áyax para que lo cubriera. El gigante de Salamina no dudó. A paso ligero, sin soltar el escudo, arremetió contra un grupo de troyanos y, dispersándolos, llegó junto a Ulises, cuyas fuerzas ya flaqueaban. Muchos de sus hombres habían caído y otros tantos mostraban graves heridas. Áyax el Grande se convirtió en un parapeto infranqueable. Luchaba con su espada de hierro, la que Héctor le había regalado en el intercambio de ofrendas posterior a su duelo.

Menelao pudo acercarse a Ulises para asistirlo. Su auriga aguardaba para recogerlos a ambos. Montados en el carro, se retiraron a una posición segura. Los itacenses, los argivos, los espartanos y los hombres de Salamina pelearon juntos bajo la dirección de Áyax, cuyo brazo parecía no cansarse nunca.

El carro de Héctor se acercó a la ribera del río, donde había algunos focos de lucha. El príncipe, recuperado, volvía a pensar con claridad.

–Centras la vista, buena señal –le dijo Polidamante con una sonrisa.

–He estado a las puertas del Hades. –Tocó el lateral abollado del casco y resopló.

–Tienes el cuello de un toro. ¿Puedes seguir?

Héctor se puso en pie sobre el carro. A su alrededor vio tres grupos de aqueos que peleaban por la zona. Eran Néstor, Idomeneo y Macaón,

con sus respectivos guerreros. También vio a muchos de sus hermanos, que se acercaban a él sobre sus carros. Paris corrió hacia Licaón para unirse a él.

–¡Cebríones! –llamó el comandante a su medio hermano–. ¡A ellos! ¡Apolo!

El auriga se puso en marcha. Los carros rodaron sobre la llanura, rodeados por cientos de hombres a pie que los apoyaban. Los hostigadores montados provocaron una lluvia de bronce que arrasó la primera línea aquea.

Licaón mataba con la lanza a los incautos que se acercaban al carro y gritaba el nombre de su hijo tras cada muerte. «¡Pándaro!», llamaba, como si lo estuviera buscando en el desorden de la batalla.

Paris cargó el arco y apuntó a Macaón, que estaba abriendo una brecha. La saeta se clavó en la parte trasera de su coraza. No penetró demasiado, pero enseguida el faldellín quedó manchado de sangre.

–¡Buena pieza! –gritó eufórico Licaón.

Néstor acudió a socorrer al herido, lo montó en su carro y partió con él hacia el campamento. Los adalides aqueos estaban cayendo heridos y retirándose poco a poco del combate.

Héctor, plenamente recuperado, daba lanzazos desde su carro y animaba a los lanceros para que arremetieran con más fuerza.

–¡Héctor! –le gritó su auriga–. Por allí nos ganan terreno. –Señaló un punto en la llanura donde se concentraban cientos de guerreros.

El príncipe observó y tomó una decisión. Dejaría allí a la mitad de sus hermanos y partiría con el resto. Llamó a los elegidos. Deífobo, que luchaba convencido por el derecho de Troya sobre Helena, fue el primero en acudir. Con él iba Otrioneo, el prometido de Casandra, inexperto y sin recursos, pero voluntarioso. Enseguida llegaron Licaón y Paris, y todos los demás.

–Con suerte, Paris morirá en este ataque –exclamó Deífobo en tono burlón–, y yo me quedaré con Helena para consolarla en las noches frescas.

–¿Quién te dice que, si yo muero, Helena te querrá a ti? –contestó Paris sin ira.

–Si mi hermano muriera –le susurró Héctor a Polidamante–, entregaría la puta a Menelao y acabaría esta guerra en un solo día. –Su amigo guardó silencio y agachó la cabeza–. ¡Adelante! ¡Echemos atrás a esos salvajes rubios! –bramó.

Carros y hombres partieron a la vez hacia la zona más castigada y no tardaron en frenar el ímpetu aqueo.

Áyax el Grande resistía, pero, a su alrededor, los hombres comenzaron a replegarse a la carrera hacia el cabo Sigeo. Troya ganaba terreno y Héctor, renovadas sus energías, se había convertido en su insignia.

«He aprendido a ser valiente», se decía el príncipe cuando el miedo, siempre latente, asomaba la cabeza.

La presión hizo que Áyax tuviera que volverse para reorganizar a sus más fieles. Intentó plantar cara, pero cada vez se veía más rodeado por guerreros enemigos y muertos propios. Eurípilo, un joven tesalio que comandaba una unidad de lanceros, se acercó a él peleando con valentía, pero, después de matar al primer hombre, sintió una punzada en el muslo derecho y, al instante, un dolor agudo le recorrió toda la pierna. Lo había alcanzado una flecha. Escuchó risas no muy lejos, las de Paris. Enseguida se retiró del combate, buscó su carro y huyó hacia el campamento.

–¡Aqueos! –gritó mientras se retiraba–. ¡Salvad a Áyax el Grande!

Muchos se volvieron para socorrer al de Salamina. Resistieron unos instantes, pero pronto tuvieron que huir también, dejando a los troyanos como dueños de la llanura.

* * *

–Zeus me ha escuchado, te lo dije. –Desde la popa de su nave, Aquiles no apartaba la vista de los portones que daban acceso al campamento, frente a los cuales los hombres se arremolinaban para entrar y ponerse a salvo–. Los humilla para que se acuerden de mí. Me echarán en falta. Mira, Patroclo, por ahí viene Antíloco. –Señaló a un guerrero con armadura de bronce y un casco que lucía un cuerno en la parte delantera.

–Han aprendido la lección... –apuntó Patroclo. Observó a Antíloco, su compañero de tantas noches de pasión. Su corazón se alegró por verlo vivo.

–La aprenderán pronto, y nosotros volveremos a Ftía con honor. –El pélida cortó el atisbo de petición de su compañero–. Anhelo volver a la casa de mis padres y ver a Neoptólemo. Debe estar ya crecido. Más le valgo presente que como recuerdo. –Había elegido vivir–. Mira, allí está el viejo Néstor. –Señaló al padre de Antíloco, ya dentro del campamento, que atendía a un hombre herido–. Y aquél parece Macaón el médico... Patroclo, querido amigo, ve a comprobarlo.

Aquiles le sonrió y apoyó una mano en su hombro. Patroclo no pudo evitar emocionarse por el contacto. Su compañero era un hombre de tormentas, colérico, pero en ocasiones las aguas también eran calmas en él. Lo amaba y, aunque el pélida no lo reconociera, sabía que era correspondido. Patroclo fingía que no le importaba, pero sentía celos de las esclavas con las que Aquiles yacía. Se sentía traicionado, pero siempre acababa volviendo a él.

Mientras Patroclo se encaminaba a la tienda de Néstor, el pélida permaneció sobre la nave, recreándose en la retirada de los aqueos,

disfrutando de la sensación de haber sido escuchado por el Dios Padre. Debajo de él, en la arena, varios hombres se afanaban en alquitranar el casco. A lo lejos, los troyanos y sus aliados se cernían sobre el cabo Sigeo como una mancha broncínea, adornada por los colores de los kilts, las crineras y las plumas de los cascos.

Patroclo se sumergió en el jaleo de guerreros que se atropellaban y, entre empujones e insultos, consiguió llegar hasta la tienda de Néstor. Reinaba la confusión; los hombres dudaban sobre si habían sido derrotados finalmente o si los reyes darían la orden de resistir ante el muro de madera. Cuando entró en la tienda, Néstor y Macaón descansaban sentados en sillas mientras una esclava preparaba una bebida con vino, raspadura de queso de cabra y harina de flor.

–¡Patroclo! –exclamó el rey de Pilos con sorpresa–. Sé bienvenido. Hecamede –se dirigió a la esclava–, sirve otro vaso. Siéntate con nosotros. –Señaló una manta en el suelo–. Disculpa que no tenga más sillas.

–Te lo agradezco, pero debo volver junto a Aquiles enseguida. –Miró la coraza de Macaón echada en el suelo. Mostraba una incisión. Había una flecha tirada a su lado–. Me ha hecho venir para confirmar que eras tú y que estabas bien.

–Tengo una herida en la espalda. Nada grave. –Se llevó la mano al omóplato.

Hecamede sirvió tres vasos, pero Patroclo rechazó el suyo.

–Me alegra que te encuentres bien. Aquiles se alegrará también, sin duda.

Se disponía a salir cuando Néstor llamó su atención.

–Me sorprende que el pélida se interese por los aqueos. Dile que Macaón está bien, pero que no es el único herido. Muchos reyes han vuelto de la llanura manchados con su propia sangre. Puedo nombrártelos, si quieres. Cientos de aqueos han caído hoy, y otros tantos yacen heridos. ¿Qué le importa a él? Se empeña en mantener su cólera cuando Agamenón le ha pedido perdón y le ha ofrecido ricos regalos. –El viejo mostró abiertamente su desprecio–. Tal vez perdamos esta guerra, pero lucharemos hasta el final. –Señaló a Patroclo con dedo acusador–. Tú tienes tu parte de culpa en todo esto. Recuerdo lo que dijo tu padre cuando reclutamos a Aquiles. Te pidió que lo aconsejaras bien. Cumple con tu deber, convéncelo para que vuelva a la lucha con sus mirmidones. Haz algo más que ponerle el culo.

Patroclo lo escuchó en silencio. Su sangre hervía de indignación y su corazón latía con fuerza. Por encima de todo, le ofendía que pensara que él tampoco quería luchar.

–Anciano, lo he intentado, pero ya conoces a Aquiles –habló en voz

queda, como si le costara darle la razón–. Es soberbio y firme como una piedra –remató, sosteniendo la mirada del rey de Pilos.

Néstor suspiró. Macaón callaba. Hecamede le aplicaba un emplaste en la herida, y él gruñía entre dientes por el dolor.

–Si no lo consigues, lucha tú –le propuso Néstor entonces–. Que se quede en su negra nave rumiando su rabia. Pero que te deje su armadura y que permita a los mirmidones luchar a tu lado. No creo que ellos deseen permanecer quietos. Los conozco, son los mejores guerreros de entre los nuestros. –Patroclo asintió, confirmando sus suposiciones–. Ponte su casco y su coraza. ¡Inspira a los aqueos y engaña a los troyanos! ¡Que sientan temor al ver a Aquiles peleando de nuevo! ¡Convéncelo!

Sin decir una palabra, apretando los dientes, Patroclo salió de la tienda. Sin embargo, las palabras de Néstor le habían llegado muy dentro y allí, en sus entrañas, habían plantado su semilla. Tal vez aquélla fuera la solución a esa maldita situación.

Caminó por el campamento de vuelta a las naves de los mirmidones. A su alrededor, los hombres comentaban la batalla y elevaban oraciones a sus dioses predilectos. Las esclavas y sus hijos acudían a ellos con lágrimas de alivio en los ojos, o lloraban con amargura por saber perdidos a sus protectores.

Cerca de la casa de Agamenón distinguió la figura esbelta de la joven Briseida.

–Briseida –la llamó.

La muchacha tardó en reaccionar, concentrada en el trajín de guerreros que regresaban derrotados.

–Patroclo, ¿qué haces aquí? –Un halo de pesar la envolvía y ensombrecía su mirada.

–Me ha mandado Aquiles a... –Se dio cuenta enseguida de que poco importaba el motivo. Briseida no pudo retener una lágrima, que resbaló por su mejilla y se detuvo en la comisura de sus labios–. Él te quiere a su lado, aunque no lo reconozca.

La joven alzó la cabeza y su orgullo atávico de reina, hija de rey, afloró en su expresión.

–Calla, Patroclo. Te aprecio, pero calla. –Apretó los puños–. Ha tenido la oportunidad de recuperarme y la ha desaprovechado. Oí a los hombres en el consejo.

–No se trata de ti. Su orgullo, su honor...

Briseida movió la mano para hacerlo callar de nuevo. Más lágrimas aparecieron en sus ojos, ahora de rabia.

–Claro, el honor de los hombres, que es el único que importa en este mundo. Y yo, ¿qué quiero? ¿A quién le importa lo que yo quiero? –Le mostró las palmas de las manos–. Fui la esposa del rey de Lirneso y mira ahora mis manos, heridas de trabajar sin descanso en el telar.

Aquiles asesinó a mi esposo y es responsable de la muerte de mi padre. Él me convirtió en esclava ¿Crees que quiero ir con él? –Patroclo abrió la boca, pero ella tomó la palabra de nuevo–. Poco importa ya lo que él, tú o yo queramos. Vais a perder la guerra, los troyanos están a las puertas del campamento y, cuando eso suceda, pasaré a otras manos. Ése es el destino de las mujeres de los derrotados.

–Eres de esta tierra. Si ganan, serás libre.

La muchacha sonrió, pero sus ojos cargaron el gesto de ironía.

–No soy troyana, y soy esclava. Poco conoces las reglas que nos rigen.

–Hablaré con él –le aseguró.

Ella volvió a sonreír. Dos nuevas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

–Déjalo estar. Recuerdo lo que me dijiste: amor y odio... Sólo hay odio en mí –concluyó.

Briseida regresó al telar en la parte trasera de la casa de Agamenón. Turbado, Patroclo siguió su camino. «He visto el odio», se dijo, «y he intuido el amor». El amor en Briseida era un rescoldo vivo, pero cubierto de ceniza. Ella no quería soplar, trataba de ignorarlo, pero no podía evitar que la pequeña brasa desprendiera su calor entre los restos de su propio incendio. «Así es siempre. Aquiles te quema, su carácter abrasador te consume, y siempre deja una huella inextinguible».

–¡Patroclo!

Alguien lo llamó cuando entraba en el campamento mirmidón. Era Eurípilo, que estaba cerca, sentado en el suelo con una flecha clavada en la pierna derecha. Conocía al tesalio; había bebido con él en los banquetes.

–¿Qué te ha pasado, amigo? ¿Estás bien? –preguntó, sinceramente preocupado.

–Me han herido mientras socorría a Áyax el Grande. Atiéndeme, te lo suplico. No paro de perder sangre.

Patroclo se agachó y observó la herida con detenimiento. Había aprendido el arte de curar de Aquiles, quien, a su vez, se había instruido con el centauro Quirón.

–No ha llegado muy dentro. Sólo tienes la punta clavada.

Buscó un médico con la mirada, pero todos parecían ocupados en atender a los cientos de malheridos que se debatían entre la vida y la muerte. Se colocó detrás de él, lo agarró por las axilas y lo arrastró hasta su tienda, donde enseguida el escudero extendió pieles de buey. Eurípilo gemía para desahogar su intenso dolor. Patroclo corrió al campamento mirmidón para proveerse de hierbas. Luego, con una

daga, se dispuso a extraer la punta de la flecha. Los gritos arreciaron y el hombre estuvo a punto de caer en la inconsciencia.

–¡Agua tibia y telas limpias! –ordenó Patroclo a una esclava.

Mientras tanto, espolvoreó una raíz calmante sobre la herida. Al principio, el tesalio sintió un gran escozor, pero pronto el dolor comenzó a mitigarse.

–No muevas la pierna hasta que te lo diga.

Lavó la herida con el agua y volvió a usar la raíz sobre ella. Luego vendó el muslo. Las telas se tiñeron de rojo, pero, pasados unos instantes, cesó la sangría. Eurípilo sudaba y temblaba de forma involuntaria. Patroclo también sudaba.

–No puedo hacer más. Hasta aquí llega mi arte. –Miró al escudero–. Trae un cordero, haré un sacrificio a Zeus. –Dudó–. Mejor dos; el otro será para Apolo.

De fuera llegaron gritos y el sonido de pisadas a la carrera. Los hombres iban hacia el muro. La lucha seguía y los que habían huido volvían a salir del campamento.

–No todo está perdido –susurró Eurípilo, débil, pero más calmado.

* * *

–¡Hay que ir a pie! –Polidamante intentaba hacerse oír.

Los troyanos, frente al muro, atacaban a los últimos defensores aqueos que aseguraban la retirada de sus compañeros. Habían recibido refuerzos desde el interior del campamento, pero parecían insuficientes. Sobre los troncos, honderos y arqueros disparaban contra el grueso de Ilión. Héctor miraba el foso sembrado de estacas y el estrecho terraplén que conducía a las puertas de la muralla.

–Los carros no pueden pasar –insistió Polidamante–. Que los aurigas y escuderos se queden aquí con los caballos.

–¡Cinco grupos! –gritó Héctor a un heraldo–. Yo iré contra las puertas. Sarpedón, Eneas, Deífobo y Polidamente, al frente de los otros cuatro. Que ataquen el muro y sus torres desde el foso.

El heraldo se retiró al instante para transmitir las órdenes. Polidamante miró a su compañero a los ojos antes de marcharse. Ambos lucían un brillo especial en la mirada, el de los hombres que están dispuestos a jugarse la vida por la victoria final.

–¡Sé valiente, pero sensato! –le pidió Héctor, e hizo avanzar a sus guerreros hasta el pie del foso.

Allí entabló un feroz combate para espantar a los defensores. Aferrado al astil de su lanza, resbaladizo por la sangre, Héctor aullaba y daba lanzazos. Recibió varias balas de honda, que sintió como bocados bajo la armadura de escamas. Cuando los últimos aqueos corrieron hacia las puertas, los hostigadores que asomaban sobre el

muro aumentaron la intensidad del ataque. El paso hasta el foso estaba despejado y Héctor dio la orden de avanzar.

Deífobo condujo a sus hombres por el extremo oriental del cabo. Polidamante se situó a su lado. En la zona occidental se ubicaron Sarpedón con sus licios y Eneas con los dárdanos. Con los escudos sobre las cabezas, sorteando las estacas, llegaron al pie del muro. Muchos cayeron por el camino.

Áyax el Menor, al frente de los arqueros y honderos, recorría el adarve dando instrucciones. Áyax el Grande, que había conseguido llegar a salvo al campamento, arrojaba piedras sobre las cabezas de los troyanos.

–¡Coged estacas y usadlas como ariete! –gritó Héctor a los suyos–. ¡Rápido!

Los licios intentaban escalar el muro, pero eran repelidos una y otra vez.

–¡Glauco! –gritó Sarpedón a su compañero–. ¡Arriba! ¡Atenea! –El grito de guerra se alzó por encima del resto de voces.

De inmediato, Glauco dispuso que varios hombres se arrodillaran de manera que sus espaldas sirvieran como punto de apoyo para escalar. Áyax el Grande llegó a la zona con Teucro y dejó caer una enorme piedra sobre la cabeza del primer hombre que rozó el adarve. Su medio hermano disparó el arco contra Glauco y lo hirió en el brazo izquierdo. Sarpedón, encolerizado al ver la sangre de su amante, arrojó una jabalina y atravesó el abdomen desnudo de un hondero locrio. Repitió la operación otras dos veces, provocando sendas muertes. Luego echó a correr, apoyó un pie sobre la espalda de uno de sus hombres y saltó hasta quedar agarrado a la parte superior de la muralla. Los licios gritaron y se abalanzaron contra los troncos para seguir a su rey. Los aqueos, intimidados, cedieron. Sarpedón logró ponerse en pie y arrancó un parapeto de tablones que dificultaba el ascenso.

–¡Ya son nuestros! –gritó, poseído por el espíritu de la batalla.

Áyax el Grande se vio obligado a retirarse.

Héctor, ante las puertas, contempló a su aliado erguido y orgulloso sobre el muro, ayudando a otros licios a subir.

–¡Troyanos! ¡Arriba! ¡Por Apolo!

Otrioneo fue el primero en pisar una espalda y saltar al adarve. El joven compensaba su inexperiencia con una voluntad férrea. Su amor por Casandra lo empujaba a ser valiente.

Héctor comprobó que la puerta había comenzado a ceder y se apresuró a coger una piedra, con la que golpeó las hojas de madera hasta que el tablón que las cerraba se astilló. Entonces recuperó la lanza y el escudo y, con un fuerte puntapié, abrió la entrada de par en par. Dio dos pasos para penetrar en el campamento aqueo y gritó con

todas sus fuerzas. Detrás de él escuchó los pasos apresurados de sus hombres, que enseguida lo rebasaron. Frente a ellos se abría la ciudad de tiendas de los invasores y, a su derecha, junto a la orilla del mar, se apretaban las negras naves con las que habían surcado el Egeo. Héctor, emocionado, entonó una breve oración de gratitud a Zeus y a Apolo, y avanzó con los suyos, que ya soñaban con el botín.

* * *

El jinete, poco más que un muchacho, delgado y de poca estatura, se aproximó a buen paso a las puertas Esceas. Varios guardias las custodiaban, pero permanecían abiertas. Los ecos de los cascos del caballo resonaron en las calles más cercanas. Cientos de mujeres salieron a su paso.

–Heraldo, dinos algo –suplicó una con el rostro velado. Su voz fue coreada por otras muchas esposas y madres.

–Traigo buenas noticias –contestó el joven sin detenerse.

Siguió hacia la puerta Apolínea y subió las cuestas empedradas que llevaban a los palacios de Príamo. Dejó el caballo en los cuarteles y continuó a pie hasta la entrada del gran salón del mar Océano.

–Me envía Héctor. Tengo un mensaje para el amado de Apolo –les dijo a los guardias, que comprobaron su credencial y lo dejaron entrar.

La atmósfera del interior lo sobrecogió. El salón estaba en penumbra. En el amplio hogar central predominaban las cenizas, pero varios rescoldos mantenían viva una tenue llama. Cuando sus ojos se acostumbraron a la negrura, distinguió a Príamo tumbado bocabajo en el suelo, con los brazos extendidos.

–Ruega a Kaskalkur para que abra la tierra y se trague el campamento aqueo. –Hécuba salió a su encuentro.

–Señora, que no siga rogando –dijo el muchacho con la cabeza gacha, sin poder evitar la insinuación de una sonrisa–. Si el suelo se abriera ahora mismo en el cabo Sigeo, también caerían troyanos.

Príamo se puso de rodillas para levantarse y Hécuba acudió rauda a su lado para ayudarlo. Los gestos torpes evidenciaron el mal estado del rey.

–¿Te manda mi hijo? –Sus ojos brillaban con intensidad. El muchacho asintió–. ¿Está dentro? –Hubo un nuevo asentimiento.

–Héctor, el del casco reluciente, igual a Apolo, ha abierto con sus propias manos las puertas del campamento –informó. Por las mejillas agrietadas de Príamo comenzaron a resbalar lágrimas–. Los aqueos se han replegado junto a las naves y los nuestros los acosan.

El rey agarró el brazo de su esposa, desmadejado por la emoción.

–Digna sangre de mi sangre –gimió–. Él debe ser ya el rey de Troya, no yo, que apenas puedo sostenerme en pie –suspiró–. Daría

todas mis riquezas por recobrar las fuerzas y estar allí, a la cabeza de los troyanos, como tantas veces antes...

–Señor de Ilión –se atrevió a decir el joven jinete–, tu gloria continúa a través de él.

–Ve con mi canciller. –Príamo le apoyó una mano en el hombro–. Di a Antenor que te despache una medida de hierro.

El heraldo, abrumado por la generosidad del rey, inclinó la cabeza y salió del gran salón.

–Pensaba que sería un enviado de los amazonios, o de los etíopes –comentó Príamo, todavía emocionado–. Dicen que se acercan. Ojalá cuando lleguen sus refuerzos no sean necesarios.

Hécuba abrazó su cuerpo menudo.

–Esposo, ciñe la tiara real y hagamos sacrificios a los dioses. No vayamos a perder la guerra por darla por ganada...

* * *

Calcante, vestido con su túnica negra y portando en alto el cetro de sacerdote de Apolo, ordenó al auriga que condujera el carro por el campamento para que los hombres lo escucharan.

–¡Poseidón está con nosotros, puedo sentirlo! –gritaba a pleno pulmón–. ¡Se ha saltado la prohibición de Zeus y nos ayuda a resistir! ¡Acudid al muro! –Su voz delataba miedo. Prefería no imaginar las torturas a las que sería sometido si Príamo conseguía capturarlo.

Muchos aqueos habían comenzado a recoger sus pertenencias; otros ascendían por las escalas a las naves o se arremolinaban en torno a los cascos alquitranados para empujarlos hacia el mar.

–¡No tiréis diez años de espera! ¡La gloria es vuestra! No hallaréis a Poseidón en el mar, sino aquí –insistía el adivino.

La confianza que los hombres tenían en él surtió efecto y, poco a poco, seguros de la ayuda del dios, regresaron a la lucha. Calcante suspiró aliviado al ver cómo los guerreros formaban de nuevo escuadrones y se animaban unos a otros. Antes de que los troyanos se adentraran en el campamento, los aqueos se plantaron delante de ellos.

–¡Poseidón! ¡Poseidón!

Un grito unísono sirvió como señal de resistencia y unidad. Por unos momentos, todos fueron un único cuerpo acorazado con espinas de bronce.

El primer movimiento lo hicieron los aliados de Troya que ocupaban el sector oriental. Avanzaron a la carrera hasta chocar con los escudos enemigos.

–¡Casandra! –gritó Otrioneo, que se había posicionado en primera línea y empujaba con brío.

El choque de escudos pronto se generalizó y muchos cayeron en el primer impacto.

Idomeneo y su fiel compañero Meríones, a la cabeza de los cretenses, defendían aquella zona. El rey, armado con una lanza, buscaba a los adalides para dañar la moral enemiga.

–¡Empujad! ¡Arrasadlos y quemad sus naves! –gritaba Otrioneo enfervorizado.

Idomeneo se fijó en él y lo encaró. Con su lanza, golpeó con suavidad uno de los cuernos de su casco, un gesto leve que solía usar para cobrar confianza. Otrioneo no dudó en responder al envite. Dirigió su arma contra la cabeza del cretense, pero éste la esquivó con facilidad. Su guardia quedó abierta un instante e Idomeneo lo aprovechó para clavarle la lanza en el abdomen, atravesando la fina coraza de lino.

El muchacho perdió la fuerza al instante. Con la boca abierta, incapaz siquiera de gritar, trató de tomar aire. Idomeneo se mojó los dedos con su sangre y le pintó sobre el pecho una burda imagen de la diosa con sus serpientes.

–Casandra –balbució Otrioneo con los ojos desorbitados.

–¿La princesa? –preguntó el rey de Creta.

Otrioneo apretó la mandíbula y comenzó a temblar. Idomeneo agarró con fuerza su astil y tiró de él hacia fuera. A los pies del herido se formó un charco de sangre. El cretense, de un puntapié, lo tumbó bocarriba y, agarrándolo por un tobillo, tiró de él hacia sus hombres.

–Ven con nosotros, ayúdanos a tomar Troya, y te prometo a una hija de Agamenón –le dijo entre risas, pero él ya no oía nada. Su luz titilaba y emitía sus últimos destellos antes de apagarse definitivamente.

* * *

En la explanada que se abría entre los palacios reales y el templo de Atenea, en el corazón de la ciudadela troyana, Príamo, bajo la supervisión de Laocoonte, ofrecía sacrificios a los dioses por la victoria final. Cientos de troyanas se agolpaban alrededor del círculo sagrado. Sonaban flautas y el ambiente era festivo. Hécuba encabezaba a las danzantes del coro, entre las que destacaban Andrómaca, Creúsa, Casandra, Helena e Hipodamía, hermana de Eneas y esposa de Alcátoo.

Príamo realizó el sacrificio de pelo de la víctima y luego empuñó el hacha. Se trataba de una ternera joven, por lo que le bastó un único golpe en la cabeza para abatirla. Cuando el animal cayó al suelo, sacudido por espasmos, las mujeres gritaron con más fuerza y sus movimientos se volvieron frenéticos. Sin embargo, un grito se impuso

sobre todos los demás, un alarido de dolor sincero, tan desgarrador que inmediatamente provocó el silencio. Lo había proferido Casandra, que se desplomó después sobre la sangre del animal.

Desconcertado, el rey no se atrevió a continuar el ritual. Laocoonte se acercó lentamente a la muchacha, pero, cuando estaba a dos pasos de ella, ésta levantó la cabeza y se puso en pie. Tenía el rostro y la túnica manchados de rojo. Su pelo goteaba sangre.

–¡Ha muerto! –Su voz retumbó por toda la ciudadela. Tenía los ojos enrojecidos y su expresión reflejaba un terror atroz–. Estamos perdidos.

–Puede que Apolo la haya poseído –murmuró Laooconte, extendiendo los brazos para que nadie se acercara.

El hacha cayó de las manos de Príamo. Se temía lo peor. Creúsa, que compartía el temor de su padre, se llevó las manos al rostro.

–Los dioses nos engañan –Casandra retomó su discurso–, nos dan señales que no se cumplirán. –De sus ojos comenzaron a brotar lágrimas y muchas mujeres, asustadas, se alejaron de la escena a paso ligero–. De la misma manera que nuestros hombres pisan ahora el campamento aqueo, los rubios pisarán pronto este mismo suelo.

–¡Calla! –gritó Antenor, entre irritado y atemorizado.

–¡Todos moriréis por el fuego aqueo! –Casandra lo señaló, dando dos pasos hacia él.

–¿Y tú? –preguntó Antenor alzando la voz–. ¿Acaso tú no morirás con nosotros?

–¡No! –vociferó ella. En su desesperación comenzó a tirarse de los cabellos–. A mí los dioses me han reservado un destino más cruel. –Escupió y gritó, para finalmente dejarse caer y sollozar, encogida como una niña indefensa–. Ha muerto –repitió, ahora con voz débil–. Padre, ha muerto...

Príamo, temblando, se acercó a ella, pero no se atrevió a tocarla. Pidió a las mujeres que la llevaran a palacio. Creúsa la ayudó a levantarse y miró fijamente a su padre. Apenas había tenido ocasión de verlo desde que había llegado a Troya.

–Ha vuelto a pasar, ha perdido la cabeza –pronunció Príamo afligido.

–Ora a Zeus y a Apolo para que sólo sea eso –respondió Creúsa desafiante–. Por tu bien y por el de toda Ilión.

Las dos jóvenes se marcharon hacia el interior del palacio, y Príamo y Laocoonte se acercaron de nuevo al círculo sagrado. La sangre de la ternera había llegado hasta el hacha ritual y empapaba su empuñadura. El rey hizo amago de agacharse, pero el sacerdote de Apolo lo contuvo.

–No es buen augurio. El sacrificio ha quedado invalidado. –El rostro de Príamo se tornó lívido–. No te preocupes, favorito de Apolo,

haremos otro. Casandra es una buena sacerdotisa, cumple bien con sus obligaciones en el templo y asiste a todos los ritos. Pero el don de Apolo no es tan fuerte en ella como en su hermano Héleno. Deja que se tranquilice y no prestes demasiada atención a sus gritos.

Sin embargo, Príamo no recuperó el color de sus mejillas. Sus ojos se nublaron con una sombra oscura de inquietud.

* * *

Idomeneo reía con fuerza mientras arrastraba el cuerpo de Otrioneo.

–¡No hay honor en tu risa, cornudo! –le gritó de repente un aliado de Troya.

El rey de Creta soltó su presa y se aferró a la lanza. Antes de que el otro pudiera reaccionar, Idomeneo le clavó el arma en la garganta y ordenó a los suyos que lo despojaran de la armadura.

Deífobo, furioso, reaccionó de inmediato; echó a correr hacia el cretense, pero varios guerreros se interpusieron en su camino. Fue Alcátoo, el cuñado de Eneas, quien consiguió abrirse paso hasta el rey. Idomeneo agarró el astil del arma que le apuntaba y, tirando hacia sí, desequilibró a su rival. Luego alanceó su espalda, matándolo al instante. Miró a Deífobo, que seguía intentando llegar a él.

–¡Ven y acaba igual! –lo provocó.

El troyano reconoció al muerto y decidió buscar a Eneas, que batallaba en la confusión de la zona central.

–¡Eneas! Tu cuñado ha caído. Lo ha matado un rey, ¡vamos a por él!

El dárdano se abalanzó de inmediato hacia los cretenses. Apreciaba a Alcátoo como si fuera de su sangre, y el deseo de venganza le quemaba las entrañas. Deífobo señaló al rey de Creta y Eneas se lo quedó mirando iracundo. Sus ojos brillaron y dos lágrimas cayeron por sus mejillas. A los pies de Idomeneo yacía el cuerpo sin vida de su cuñado.

–¡Hermano! –gritó Eneas.

Idomeneo le devolvió la mirada. Distinguió la furia incontrolable en sus ojos y se apresuró a llamar a sus compañeros para que lo asistieran en aquel combate. Muchos hombres de Dardania se colocaron junto a Eneas, preparados para el combate.

–¡Dadme su cuerpo! –voceó el hijo de Anquises antes de arremeter contra los cretenses.

Más de cien gritos lo corearon y lo siguieron en la acometida. Los cretenses alzaron los escudos, que no tardaron en ceder ante los golpes. Se sucedieron las cuchilladas y los lanzazos, y la sangre anegó la tierra. Deífobo resultó herido en el brazo izquierdo, pero continuó

luchando. Eneas e Idomeneo luchaban uno frente al otro, pero sin llegar a encontrarse en un cuerpo a cuerpo.

En la zona central, Héctor y sus más fieles guerreros estaban estancados frente a Áyax y Menelao. Los guerreros pisoteaban los cuerpos amontonados. Paris, alejado del tumulto, disparaba sus flechas sobre los aqueos.

Los locrios de Áyax el Menor hostigaban con sus arcos y hondas a los troyanos, desmantelando sus rudimentarias formaciones por la zona occidental.

El rubio Menelao, con el rostro salpicado de sangre de Ilión y el escudo mellado por sus bordes, gritaba una y otra vez:

–¡Ladrones de esposas! ¡Zeus os maldice!

Calcante, sonriente, observaba el desarrollo de la batalla desde el carro. La chispa que había prendido había provocado un fuego que consumía a los troyanos.

Los sonidos de la lucha parecían más cercanos cuando Néstor salió de la tienda. Caminó por el campamento en dirección al muro. En su camino se encontró con decenas de mujeres que se tiraban de los pelos y se manchaban la cara con cenizas. Distinguió una polvareda y enseguida se dio cuenta de que los troyanos peleaban para abrirse camino hasta las negras naves.

–¡Zeus Padre, están dentro! –exclamó.

No muy lejos, Agamenón observaba el combate junto a Ulises y Diomedes. Néstor fue hacia ellos a paso ligero. Se fijó en la sangre en el brazo derecho del rey de Micenas, el pie vendado de Diomedes y el torso con cortes y moratones del de Ítaca.

–Compañeros, los tenemos dentro.

Agamenón se recolocó la armadura. Tenía calor y el bronce quemaba.

–Les estamos haciendo retroceder –dijo el comandante–. Podemos echarlos y reparar el muro, pero volverán. Nos ganan –suspiró con fuerza. Su mirada reflejaba tristeza e inseguridad–. Para salvar las naves, deberíamos echarlas al mar.

–Agamenón –intervino Ulises condescendiente–, si echamos las naves al mar, los aqueos dejarán de luchar y huirán en ellas.

Ulises, Diomedes y Néstor se miraron furtivamente, hastiados por la actitud de su comandante.

–Vamos a la batalla –propuso Diomedes apretando los dientes–. Estamos heridos, pero podemos animar a los hombres. Necesitan vernos junto a ellos.

Agamenón cedió. En el muro, la batalla todavía no estaba decidida. Los cuatro reyes se repartieron a lo largo de la línea de combate y comenzaron a gritar para insuflar ánimos a sus hombres:

–¡Poseidón está con nosotros!

–¡Luchad por vuestras vidas y por vuestros botines!

El ánimo de los aqueos se encendió con las voces de los reyes. Áyax el Grande tenía a Héctor enfrente y no paraba de gritarle para que se acercara a él. El príncipe de Ilión se mantenía en su sitio.

–¡El hijo de Príamo me teme! –gritó Áyax.

El príncipe, al fin, pidió una jabalina y se la arrojó, pero Áyax se cubrió con su escudo. Héctor dio dos pasos atrás y pidió otra jabalina. No se percató de que el gigante aqueo había agarrado una gran piedra y avanzaba hacia él apartando a codazos a sus propios hombres. La roca le impactó con fuerza en el pecho. Sonó el chasquido de su armadura de escamas.

Héctor hincó rodillas y soltó la pica. Un hilo de sangre salió de su boca.

–¡Ayudadme a sacarlo de aquí! –gritó Polidamante–. Ya has salvado la vida una vez a las puertas del Hades –le susurró a su amigo al oído–. No las atravieses ahora.

Ayudado por otros tres hombres, lo sacó del campamento aqueo y lo montó en su carro. Acompañados por otros cuatro carros, se alejaron hasta la entrada del vado del Escamandro, donde lo desmontaron y le echaron agua en la cabeza. Héctor vomitó y cayó inconsciente.

–¡Héctor se ha retirado! –bramó Áyax al ver cómo se llevaban al herido–. ¡A por ellos! ¡Poseidón!

El grito tuvo más efecto sobre la moral troyana que sobre la de los propios aqueos. Las fuerzas aliadas se agotaban y su flanco izquierdo se veía desbordado cuando los primeros hombres comenzaron a retroceder hacia la puerta del muro. Pronto la huida se hizo masiva.

Héctor inspiró con ansiedad una bocanada de aire. Observó los rostros que lo miraban con preocupación y comenzó a tomar conciencia de lo que había pasado.

–La piedra –balbuceó–. Áyax.

–Casi te mata –le dijo Polidamante.

Héleno, que había acompañado a su hermano en su retirada, permanecía a su lado, pensativo. Se inclinó sobre su hermano y le apoyó una mano en el hombro. Cerró los ojos un instante y suspiró.

–Estás bien, hermano. Apolo te ha ayudado –pronunció el adivino, y volvió a cerrar los ojos–. Antes de que acabe este día, habrás matado a un aqueo de los más grandes.

–¿Te lo ha dicho Apolo? –preguntó Polidamante con respeto.

–Sí, pero es un designio de Zeus.

Poco a poco, Héctor parecía recobrar las fuerzas. Se puso en pie,

aunque el movimiento le hizo proferir quejas sordas de dolor. Volvió a vomitar y se sintió aliviado.

–Llevadme al campamento. –Varios hombres hicieron el amago de objetar, pero no los dejó intervenir–: Mis guerreros necesitan verme a su lado.

Nadie se atrevió a contradecirlo. Los hombres subieron a los carros y marcharon. En la distancia contemplaron cómo cientos de troyanos atravesaban el foso para salir a la llanura.

–¡Vamos, rápido! –pidió Héctor, cuya sangre se aceleraba ante la visión de la derrota–. Detente allí, donde se agrupan –ordenó al auriga. Todavía se sentía aturdido, pero se irguió y trató de aparentar seguridad–. ¡Aquí me tenéis, con vosotros! Volved la cara y entrad en el campamento. Los tenemos al alcance de la mano, ¡meted los carros! ¡Ahora o nunca!

Y los soldados de Ilión y sus aliados se dejaron inspirar por la breve arenga. Los que quedaban al otro lado del muro recibieron a sus compañeros con vítores y atacaron con valentía para hacer retroceder a los aqueos. El príncipe, sobre su carro, avanzaba a duras penas entre la muchedumbre.

–¡Inmortal! –gritaban los suyos, asombrados por verlo vivo.

De nuevo Troya ocupó la explanada que se abría tras la muralla. Cediendo a la brutal presión del enemigo, muchos aqueos corrieron hacia el interior del cabo. Un solo hombre había sido capaz de revertir los acontecimientos.

–¡No os detengáis a despojar a los muertos! –gritó Héctor, aguantando las náuseas–. ¡Acabad con ellos!

Y los troyanos dejaban las corazas tiradas en el suelo para seguir avanzando y matando.

Los aqueos corrieron hacia la orilla oriental del cabo para organizar la defensa de las naves. Por primera vez en aquella larga guerra sintieron verdadero pánico.

–¡A las naves! –gritaron los hombres que irrumpieron entre las tiendas a la carrera–. ¡Defended las naves!

Patroclo se puso en pie, dejando desatendido el fuego en el que estaba asando la ofrenda del sacrificio. Eurípilo lo miró asustado.

–¿Están aquí? –preguntó el herido.

–Son los nuestros, pero huyen de ellos. Los troyanos deben estar cerca.

Miró a su alrededor. Los guerreros animaban a las mujeres a huir hacia la zona norte del cabo. Enseguida comenzó la fuga, y las calles del campamento se llenaron de esclavas que corrían despavoridas con sus hijos en brazos.

–¡Salvadnos, aqueos! –se escuchaba por encima de la algarabía.

–Tengo que ir con Aquiles. Las naves peligran –dijo Patroclo–. Cuídalo –se dirigió al escudero–. Busca ayuda y llévalo al norte; sácalo del campamento.

El joven asintió y corrió a buscar la ayuda de otros esclavos. Patroclo se encaminó hacia la playa. Las naves de los mirmidones estaban al sur, en la zona más expuesta, pero los troyanos, persiguiendo a sus enemigos, se adentraron en el cabo y comenzaron a bajar a la arena por la zona central del varadero.

Sobre su negra nave, Aquiles vio llegar a Patroclo. Éste ascendió por la escala y, una vez arriba, rompió a llorar.

–¿Por qué lloras, querido compañero? –preguntó el pélida, aparentando confusión.

–Los reyes están heridos y... ¿acaso no lo ves? –Señaló hacia el norte, donde cientos de hombres se arremolinaban en torno a las naves para repeler el ataque troyano. Muchos ya habían subido a las cubiertas y empuñaban largas pértigas con punta de bronce–. Eres cruel, Aquiles. –Las lágrimas dejaron de brotar–. Por tu orgullo vas a dejar que tu pueblo pierda esta guerra.

–Mi pueblo es Ftía, no Micenas, ni Argos, ni Ítaca.

–Si no quieres luchar, compañero, permite que lo haga yo –solicitó Patroclo, recurriendo a la idea del viejo Néstor–. Deja que vista tu armadura y que los mirmidones me sigan. Venceremos, y tu honor seguirá intacto.

Aquiles perdió la vista en las naves lejanas. Los troyanos ya las rodeaban y peleaban con fiereza. Luego miró a los ojos a su amigo.

–Mi cólera es justa. Tú lo sabes, y también Zeus, que hace que ellos pierdan para restituir mi honor. Agamenón me quitó lo que me correspondía, incumpliendo las normas que él mismo representa –añadió con tono ampuloso–. Ruego al Dios Padre para que algún día no haya reyes, para que los hombres rijan su propio destino y establezcan sus propias leyes. –Hizo una pausa–. Sí, Patroclo querido, mi cólera es justa. Pero los troyanos están ante las naves y nos amenazan a nosotros también. Ve y lucha..., pero escúchame bien. –Los ojos de su compañero brillaron con intensidad. Aquiles le posó las manos en las mejillas para que le prestara atención–. Echa a los aqueos de las naves con mis mirmidones. Están frescos y pelearán como leones arrinconados. Salva las naves –Patroclo asintió–, pero vuelve enseguida. Cuando los troyanos salgan del campamento y corran por la llanura, deja que sean otros quienes sigan luchando. –Lo miraba fijamente–. Mis hombres sólo deben luchar para defender mis naves, recuérdalo.

–Así lo haré –afirmó Patroclo, emocionado.

Hasta ellos llegaban los sonidos de la batalla. Aquiles le palmeó la mejilla izquierda, le dio un beso en la frente y lo abrazó con fuerza.

–Regresa vivo, por Ares –le susurró al oído–. No seas estúpido. Agamenón no merece que mueras por él. –Lo agarró del pelo y tiró con fuerza, como si le costara soltar las palabras que tenía atravesadas en la garganta–. Te quiero.

Patroclo se apartó del abrazo y le mostró sus ojos, brillantes de lágrimas contenidas. Respiraba agitado, estaba ansioso por combatir. Era un buen guerrero, lo había demostrado en los ataques que Aquiles había dirigido. Enseguida descendió de la nave y se dirigió a la tienda para armarse.

El pélida continuó en la popa de su nave observando la encarnizada lucha que se desarrollaba a los pies de los barcos, en la arena de la playa. Por un instante, sus propias palabras acudieron a su mente: «Sólo lucharé si atacan mis naves». Si fuera fiel a su promesa, debería tomar las armas, pero Patroclo le había brindado la oportunidad de defenderlas sin menoscabar su honor. Una sombra de inquietud nubló su mirada, pero enseguida la apartó de su conciencia. «Sabrá hacerlo bien», se dijo.

–Engancha los caballos al carro –le pidió Patroclo a Automedonte.

Luego tomó la armadura de su compañero. A la vista de los mirmidones, comenzó a colocársela, pieza a pieza, sobre la inconfundible túnica negra de los guerreros de Ftía. Primero, sobre las medias, se ajustó las grebas de bronce con broches de plata. Después se ajustó al pecho la coraza labrada con la imagen de Ares. Se colgó al hombro el tahalí del que pendía la espada de Aquiles, un arma de inmejorable fábrica, hecha en bronce, con la empuñadura claveteada en plata. Cuando se ciñó a la cabeza el casco de su comandante, sobre el que destacaba una cimera con un penacho de crin, sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Embrazó el escudo redondo, reforzado con varias planchas de bronce que mostraban relieves de guerreros en combate. Por último, se detuvo en la armería y observó la Areida, la imponente lanza que Quirón le había regalado a Peleo, y éste, a su vez, a su hijo Aquiles. Era una lanza corta y pesada, para el combate cuerpo a cuerpo, cuyo astil estaba hecho con fresno del monte Pelión, revestido con esferas huecas de bronce. Patroclo no se atrevió a cogerla y optó por dos lanzas ligeras. Cuando se dio la vuelta, listo para el combate, cientos de mirmidones habían formado un semicírculo a su alrededor y Automedonte aguardaba sobre el carro. Los caballos Janto y Balio lucían hermosas trenzas en sus crineras. Pédaso, el animal que Aquiles había obtenido en el saqueo de Tebas Hipoplacia, había sido colocado en un arnés supletorio. Patroclo miró a los mirmidones. Muchos apretaban los dientes; otros se frotaban las manos con nerviosismo, esperando a que hablara, y todos llevaban las corazas abiertas sobre un hombro.

Aquiles asomó sobre la primera duna de la playa y caminó a paso ligero hasta ellos. Iba descalzo y sólo vestía un faldellín blanco con flecos de lana. Al llegar junto a Patroclo, deslizó su mirada por los cabecillas que él mismo había nombrado hacía casi diez años. En aquel instante tomó conciencia del paso del tiempo. Sus expresiones habían perdido jovialidad y reflejaban su madurez. Eran muchachos cuando llegaron a Troya, como él, pero ahora eran hombres. Hacía tiempo que deberían haber salido de la fraternidad mirmidona para formar sus propias familias, pero aquella guerra había alterado el orden natural de las cosas. Tal vez las mujeres que les estaban destinadas se habían unido en matrimonio con extranjeros. «Que los dioses nos perdonen. Lo hicimos por los hijos que no hemos podido tener, por los hijos que las mujeres de Ftía habrán tenido con otros», pensó Aquiles, sintiendo crecer en su interior el odio hacia Agamenón.

–Teníais muchas ganas de ir a la guerra, pero Ojos de Perro me deshonró e hizo que me apartara de la lucha –alzó la voz–. He oído vuestros cuchicheos y he visto vuestras muecas y mohínes. No os reprocho nada porque habéis respetado mi decisión. –Dio un breve paseo delante de Patroclo y Automedonte–. Ahora podéis luchar –sentenció–, con él como comandante.

Patroclo infló el pecho y se golpeó la coraza con una lanza, justo sobre la imagen de Ares. Aquiles se retiró al interior de la tienda para tomar una copa ritual. Delante de todos, la purificó con agua y azufre, se lavó las manos y la llenó con el mejor vino que tenía. Hizo varias libaciones a Zeus y oró al Dios Padre.

–Permite que Patroclo se cubra de gloria, dale valor. –Una ráfaga de aire agitó sus cabellos dorados. Un buen augurio–. Y permite que vuelva ileso con mis mirmidones cuando los troyanos se retiren de las naves. –El aire cesó.

Algunas esclavas se habían acercado a la escena y observaban extrañadas el ritual. Se escuchó el lloriqueo de algún bebé. Patroclo se adelantó unos pasos para hablar:

–No debemos retrasarnos, los troyanos están al pie de las naves. Pelead con fiereza, como sabéis. Honrad a Aquiles, el hijo de nuestro rey, nuestro amado compañero. –Se giró un instante para señalarlo, y éste agradeció el gesto con un breve asentimiento–. Y nunca olvidéis que peleáis por él, no por Agamenón. Recordad siempre que el rey de Micenas deshonró a Aquiles, y quien deshonra a Aquiles nos deshonra a todos nosotros. –No encontró más palabras con las que continuar la arenga–. ¡Mirmidones! ¡Ares! –gritó.

Patroclo montó en el carro y enfiló el camino que llevaba a la playa al frente de los cerca de dos mil mirmidones.

Los hombres de Ilión acosaban incesantemente las naves, con movimientos semejantes a otro mar que dirigía sus embates contra

ellas. En sus filas se destacaban decenas de antorchas, cuyos fuegos trémulos se acercaban peligrosamente a las maderas alquitranadas. Patroclo evaluó la situación, desmontó del carro al comienzo de la playa y se dejó caer sobre la zona más castigada. Enseguida comenzaron a escucharse las primeras voces de alerta.

–¡Aquiles! –gritaban los guerreros de ambos bandos, sorprendidos al contemplar el penacho de su casco y la túnica negra.

Los mirmidones se acercaron a los peonios y Patroclo arrojó una de sus lanzas contra su líder, clavándola en su hombro y haciéndolo caer. Decenas de jabalinas siguieron a la suya y espantaron a los aliados de Troya, que ni siquiera se atrevieron a plantar cara. Los mirmidones abrieron las aguas de aquella marea humana y cayeron sobre el grueso enemigo. Frescos y sedientos de sangre, se impusieron de inmediato sobre los troyanos. Los defensores de las naves, aliviados, al fin pudieron apagar los fuegos que habían prendido en los cascos. La playa se llenó de muertos, y los gritos de guerra de la fraternidad de Ares resonaron por todo el cabo Sigeo. Patroclo mató a siete troyanos, sin dejar de animar a los suyos para que no bajaran el ritmo. Desde las naves, los hombres gritaban eufóricos y agitaban sus pértigas.

–¡Aquiles! –coreaban con orgullo, creyendo verlo en la figura de Patroclo.

–¡Escudos! –gritó Patroclo exaltado.

Al instante, los ftianos formaron un muro móvil con el que fueron barriendo a los hombres de Ilión hasta encontrarse con sus propios compañeros al pie de las negras naves. Tras ellos sólo quedó un reguero de cuerpos que enrojecían la arena de la playa, y cientos de enemigos que corrían por las dunas para salir a la llanura.

Héctor intentaba contener a los que huían, sobrepasado por el curso de los acontecimientos. Se detuvo un instante a contemplar a los experimentados guerreros que acababan de entrar en escena.

–¿Por qué ahora, Aquiles? –musitó incrédulo.

Vio cómo el gigante Áyax soltaba la pértiga y descendía de su nave. Muchos lo seguían.

–¡Héctor, retrocedamos! –le dijo Polidamante, que había llegado a su lado–. No hay nada que hacer. Esos malditos están frescos y matan con ansia. Cae uno de ellos por cada diez de los nuestros. ¡Nos van a masacrar! –Tiró de él para que abandonara la playa.

El príncipe se dejó llevar. «Hemos rozado la victoria», se dijo con la mirada perdida, todavía confuso.

–Me retiro, Polidamante, pero no me rindo. –Sus ojos recobraron la cordura–. Hay que reagrupar a los hombres.

En cuanto Cebríones los vio salir de la playa, condujo el carro hasta ellos para recogerlos. Héctor y Polidamante saltaron a la caja

con agilidad. A su alrededor, los carros se atropellaban y chocaban entre sí. Muchos hombres cayeron bajo sus ejes, provocando que algunos volcaran. En desorden, acosados por los mirmidones, los troyanos y sus aliados se agolparon ante el terraplén que atravesaba el foso para salir a la llanura.

Sobre su carro, Patroclo observaba en la distancia cómo los carros enemigos recorrían los llanos cercanos al Escamandro.

–Allá va Héctor. Huye –masculló con los dientes apretados–. ¡Vamos, fuera! –le ordenó a Automedonte, que al instante tiró de las riendas y puso en marcha a los tres caballos de Aquiles.

Los mirmidones mataron a los últimos troyanos que se apretaban ante la puerta del campamento. Luego salieron en persecución de los que habían logrado escapar. El grueso estaba lejos, pero tenían al alcance a los más rezagados.

–Adelántalos –ordenó Patroclo.

Automedonte los rebasó con facilidad y otros carros lo siguieron. Pronto aquellos infelices se vieron acorralados entre ellos y los lanceros de Ftía.

–¡Aquiles! –gritaban los mirmidones.

En pocos minutos los masacraron.

El grueso de las tropas troyanas se detuvo en la ribera del río. Sarpedón iba en la retaguardia.

–Baja, Glauco. Debo ir a por él y tú tienes el brazo herido –le dijo a su compañero.

–La flecha sólo me rozó. Aún puedo luchar y...

El rey de Licia lo hizo callar. Glauco bajó la cabeza y le acarició levemente la mano en un gesto fugaz que parecía decirle: «Ten cuidado». Un escudero ocupó su lugar. Glauco sabía que no podía hacer nada para que cambiara de opinión, pero, decidido a seguirlo, montó en otro carro, y muchos otros lo imitaron para no apartarse de su rey.

Los mirmidones habían matado a muchos licios y amenazaban con acabar con el resto. Sarpedón, impulsivo, sentía que la ira le aceleraba la sangre. Era rey, pero también era un guerrero bien entrenado y experimentado. Del campamento no paraban de salir aqueos que seguían la estela de los hombres de Aquiles. El licio anudó una tela azul a la punta de su lanza y la alzó todo lo que pudo. Era la señal con la que retaba a duelo.

–Aquiles, pronto uno de los dos entrará en el Hades para aguardar las ofrendas de sangre –se dijo durante la marcha.

Patroclo aceptó el desafío sin vacilar.

–Debe ser un rey, por su carro y su armadura –le dijo su auriga.

Sarpedón llevaba la larga barba recogida con una cinta púrpura, y del mismo color parecían sus ojos furiosos cuando saltó del carro enarbolando su lanza. No mediaron palabras.

El aqueo arrojó una de sus armas, pero erró el tiro, clavándola en el pie del escudero, que gritó enloquecido por el dolor. Sarpedón hizo volar la suya, pero Patroclo se apartó presto y la punta de bronce se clavó en una pata de Pédaso. El yugo crujió, pero Automedonte se apresuró a cortar el arnés supletorio. Patroclo miró por un instante cómo el hermoso caballo se desangraba entre estertores. Resopló furioso. Sarpedón arrojó otra lanza, pero de nuevo falló. Patroclo alzó la que le quedaba, la equilibró y, dando dos pasos, la lanzó. El arma impactó en el pecho del licio y quedó clavada en él, cerca del corazón.

–¡No! –Glauco había saltado de su carro y corría al encuentro de su compañero. Su grito desgarrador invadió el campo.

–¡Ares! –gritó Patroclo en respuesta.

–¡Ares! –respondieron cientos de voces–. ¡Aquiles! –agregaron inmediatamente después.

Sarpedón consiguió alzar el brazo para que su compañero se detuviera.

–Que vengan los licios, no dejes que deshonren mi cadáver –acertó a decir entre balbuceos, convulsionando, antes de caer completamente inerte.

Conmocionado, Glauco se detuvo un instante a contemplar la escena. Los guerreros enemigos se cernían como cuervos sobre el cuerpo de su amante. Detrás de él, Héctor avanzaba a paso ligero al frente de las tropas troyanas. Había conseguido reagruparlas y las animaba a pelear.

Glauco se echó a llorar. De su garganta brotó una amenaza de muerte para Aquiles que voló con el aire del ponto.

* * *

–No dejo de ver su cuerpo castigado. Apolo me lo muestra incesantemente. Han vuelto las visiones... –Casandra permanecía tumbada sobre su lecho.

–Tranquila, hermana. –Creúsa le acariciaba el pelo húmedo–. No sabemos nada. Seguro que Otrioneo está bien. Nuestros hombres están en el campamento.

–No lo entiendes. –Casandra negó con la cabeza–. Ya no están allí. Nos espera fuego y dolor. Nadie me cree, siempre ha sido así, pero es verdad. Puedo verlo como te veo a ti –suspiró–. Pero puedes estar tranquila, Creúsa. Tu hombre está bien. Sobrevivirá a esta guerra. –Su hermana hizo amago de hablar, pero Casandra continuó–: La profecía es cierta. Eneas mantendrá vivo nuestro linaje. Nuestro padre, en el

fondo, lo sabe. Por eso mantiene distancias contigo y con tu esposo. –Casandra trató de incorporarse, pero Creúsa la detuvo.

–Descansa. Las visiones pasarán y dejarás de atormentarte. –Su mirada preocupada no acompañaba a sus palabras.

La cortina de la puerta se descorrió levemente e Hipodamía asomó la cabeza, inquisitiva. La hermana de Eneas aguardaba a su cuñada fuera. Creúsa la miró y dos lágrimas brotaron de sus ojos. Comenzaron a oírse voces lejanas, el pueblo parecía agitado. Enseguida las voces se contagiaron a la ciudadela. Casandra, alterada, agarró a su hermana por la túnica y tiró de ella hacia sí para que le prestara atención.

–Te lo he dicho –advirtió, y comenzó una llantera que la dejó postrada de nuevo en la cama–. Tu cuñada, pobre Hipodamía... –gimió, volviendo la vista hacia la cortina–. También ella ha perdido a su hombre. Ni ella ni yo tendremos siquiera un cuerpo que honrar.

Creúsa se zafó de ella con delicadeza y salió a la calle. Se unió a Hipodamía, y juntas caminaron hasta la muralla occidental. Ascendieron al adarve para asomarse a la llanura. Andrómaca, Helena y Etra estaban allí. Príamo no tardó en salir de su palacio y avanzó renqueante hacia ellas. Se les heló la sangre. Miles de hombres luchaban junto al río. Los troyanos ya no estaban en el interior del campamento, sino que peleaban para contener a los aqueos en un campo varias veces sembrado de muertos. El rey de Troya se echó a llorar. Aquella maldita batalla se asemejaba a un mar cuyas aguas avanzaban y retrocedían en un tira y afloja mortal.

–Ahí tienes a tu marido –pronunció Andrómaca dirigiéndose a Helena–, que viene a recuperarte.

Helena miró el perfil aguileño de la esposa de Héctor.

–Mi marido pelea junto a su hermano, tu marido, para defender Ilión. No conozco a otro esposo más que a Paris.

Andrómaca se encaró con ella. Tenía las mejillas arreboladas, y sus cuñadas se apresuraron a ponerse a su lado para evitar que se abalanzara contra Helena.

–Buena ramera tienes que ser para que vengan a por ti atravesando el Egeo... ¿Acaso tienes miel entre las piernas?

–Pregunta al hijo de Príamo cómo soy en la cama –respondió la espartana, altiva. Etra, con disimulo, tironeaba de su túnica para que midiera sus palabras.

–¡Maldita seas, por Hera y por esa diosa estúpida a la que adora tu esposo! –Andrómaca dio un paso hacia ella, pero Creúsa e Hipodamía la sujetaron a tiempo–. ¡Te maldigo! ¡Escúchame bien! ¡Te maldigo! –Cayó al suelo y comenzó a sollozar, envuelta en ira y miedo–. Has puesto a nuestros hijos en peligro.

–Ya está bien, mujeres –musitó Príamo, tembloroso–. No es esto lo que buscan los aqueos –señaló a Helena–, sino aquello –dirigió el

brazo hacia el Helesponto–. Así que dejad de discutir y de odiaros. Helena ya es parte de Troya, y Troya es lo que ellos quieren. –Negó con la cabeza y se frotó la frente con gesto cansado.

El viejo Antenor acudió a su lado para llevarlo de vuelta al palacio.

–Tranquilo, amado de Apolo –le iba diciendo el canciller–. Lo que hemos visto no es más que otro movimiento de la batalla. No se resolverá todavía, hay esperanza para nosotros.

* * *

La lucha se encarnizaba en torno a Sarpedón. Ambos bandos querían su cuerpo. Los aqueos habían cedido en los primeros compases, pero enseguida Patroclo tomó la iniciativa. Palmo a palmo, fue empujando a los troyanos hacia el Escamandro.

–¡Cuando lleguemos a la ribera nos masacrarán! –exclamó Polidamante–. Tenemos que huir.

De inmediato, Héctor dispuso que varias unidades resistieran y ganaran tiempo mientras los demás se retiraban por el vado. Glauco, entre los que aseguraban la huida, peleaba como si buscara la muerte, ansioso y furibundo, ignorando la herida de su brazo izquierdo.

Las flautas de guerra troyanas dejaron de sonar. Los hombres ya no gritaban. Y los que habían formado el muro echaron a correr al fin, siguiendo a sus compañeros.

Patroclo los observó. Su pecho se inflamaba con cada respiración. El deseo de matar lo cegó. Olvidó la promesa que le había hecho a Aquiles. Sólo habló la ira, y ésta no entendía de compromisos ni de retiradas.

–¡Ares! –gritó a pleno pulmón antes de echar a correr.

Los mirmidones alcanzaron la retaguardia troyana y comenzaron a segar vidas de forma implacable. Las mujeres gritaban desde las murallas, apostadas como aves agoreras que anunciaban una catástrofe. Los primeros hombres de Ilión llegaban ya a las puertas Esceas.

Atravesado el vado, los aqueos se abrieron como una mancha oscura. La cercana visión de las poderosas murallas de Troya enloqueció a Patroclo, que atisbó la victoria definitiva.

–¡Aquiles viene! –gritaban con pavor los troyanos, recordando la profecía.

Patroclo se acercó al punto en el que se unían la muralla de la ciudadela y la de la ciudad baja, la zona más vulnerable. Apoyándose en las juntas de los sillares, comenzó a escalar la pendiente del primer tramo de muralla. Era un acto irreflexivo, pero deseaba ser el primer aqueo en llegar al adarve. Ascendió tres hileras de piedras antes de resbalar y caer.

–¡Ah! –exclamó, frustrado.

Y volvió a intentarlo, agarrando los cantos de los sillares con las manos empapadas de sudor. Por tres veces se lanzó contra las piedras, pero en todas terminó rodando hasta el suelo. Finalmente desistió.

Llamó a voces a Automedonte, que al instante llevó el carro junto a él. Patroclo lo montó para dejarse llevar a las puertas Esceas.

* * *

Briseida contemplaba el choque de las mareas a la entrada del Helesponto. Desde aquel punto del cabo se divisaba la tierra del otro lado del estrecho. Las mujeres se apiñaban unas junto a otras, abrazando a sus hijos como si temieran que los troyanos aparecieran de repente. La mayoría eran originarias de la Tróade.

–Mi hogar allí –dijo la joven tracia, que no se había separado de Briseida.

–No, amiga. Tu hogar ahora está aquí, y donde te lleve el hombre que te posea. Ora a tus dioses para que los aqueos venzan. La vida siempre puede cambiar a peor. –Dejó la mirada perdida en el pedazo de tierra que se vislumbraba sobre la bruma del mar.

Las esclavas lloraban y sus hijos las imitaban sin comprender. Allí, lejos de los hombres, se consolaban mutuamente y procuraban calmar sus ansiedades.

–¡Están fuera, en la llanura! ¡Los han echado!

La voz corrió y pronto estalló una algarabía de risas y loas a los dioses, mientras comenzaban a caminar hacia los grandes tholoi, a las afueras del campamento.

–¡Esperad aquí hasta la noche! –gritó Briseida–. La batalla no está todavía decidida.

Las que estaban más cerca prestaron oídos a su advertencia, pero el resto regresó a las tiendas. Una mujer delgada y madura, con la piel oscura y el cabello zaíno, se acercó a ella con paso inseguro.

–¿Eres tú, Briseida...? –pronunció a varios pasos de ella. La miró y pareció reconocerla. Emocionada, se echó a llorar y se hincó de rodillas en el suelo–. Mi reina, estás viva. Doy gracias a Apolo y a Zeus por cruzarte en mi camino. Me tomaron en Lirneso. –Su mirada se ensombreció–. Cuando mi dueño sacrifica a sus dioses siempre consigo guardar un poco de sangre para tu esposo. Bendito rey Mines...

Briseida suspiró y cerró los ojos brevemente antes de contestar.

–Levanta, mujer. ¿O acaso no ves que tú y yo somos igualmente esclavas? Tengo las manos heridas del telar y quemadas de manejar los trípodes y los calderos. Los dones que dan los hombres, los hombres los quitan. Y sin ellos, ¿qué somos? Iguales todos. –Percibió la decepción en sus ojos–. Levanta, te digo. –La mujer obedeció–. Me

alegra haberte encontrado, hermana, pero debes saber que ya no soy tu reina y que Mines, esté donde esté, no merece tus ofrendas de sangre. Ofrece esa sangre a tus parientes muertos. Mines no fue un buen hombre.

La esclava de Lirneso agachó la cabeza en silencio. Su mundo se había desmoronado, y Briseida acababa de destrozar los exiguos restos que quedaban de él.

* * *

Héctor supervisaba la entrada de los hombres en Troya. Dudaba. Polidamante, a su lado, seguía todos los movimientos con mirada atenta.

–Habla, amigo. Dame tu consejo.

–La batalla no está perdida. Podemos repelerlos –dijo con los ojos brillantes–. Pero también es sensato entrar y recuperar fuerzas. Tuya es la decisión.

–¡Cebríones! –gritó al instante Héctor–. Llévame donde los hombres pelean. ¡Heraldos! ¡Repartid mi orden, que todos vuelvan a salir para luchar!

Estaba cansado, su cuerpo castigado se resentía, pero era el favorito de Príamo y no podía rendirse. Sólo la muerte lo apartaría del combate. Pensó en Andrómaca y en su hijo Astianacte, su adorado Escamandrio. No podía fallarles.

El carro, abriéndose paso entre la multitud, atravesó el muro de escudos y salió a la llanura. No muy lejos podía distinguirse el penacho de Aquiles.

Patroclo saltó del carro al ver al príncipe troyano y se dispuso a recibirlo; sujetó la lanza con la izquierda y tomó una piedra con la derecha. Cuando lo tuvo a tiro, lanzó la piedra, que fue a parar a la cabeza de Cebríones. El auriga cayó a tierra y Polidamante sujetó raudo las riendas. Patroclo corrió hasta el caído, agarró la lanza con las dos manos y le ensartó el pecho con ella.

–¡No! –Héctor aulló de rabia por la muerte de su hermanastro.

Enseguida ambos bandos comenzaron a movilizarse en torno a sus adalides. Caía la tarde y el cielo comenzaba a oscurecerse, pero los hombres volvieron a acometerse con ira.

Héctor buscaba a un lado y a otro la panoplia de Aquiles para enfrentarse a él.

–¡Ven y lucha conmigo! –Su voz se perdía en el estruendo de metales–. ¡Aquiles, ha llegado tu hora o la mía!

Patroclo escuchó su desafío y fijó la mirada en el príncipe. No pudo ver el carro que se dirigía hacia él. Sólo notó el golpe feroz del caballo que lo arrolló por la espalda. Cayó al suelo. Con el golpe, el

barbiquejo del casco se rompió y perdió la lanza. El mirmidón se levantó aturdido. Tenía la vista nublada y el suelo parecía temblar bajo sus pies. La coraza, abollada, le presionaba el pecho. Con gestos torpes, desabrochó las correas y se la quitó. Un guerrero de Dardania le arrojó una jabalina y lo hirió en la espalda. Patroclo desahogó su dolor en un bramido, al tiempo que retrocedía para buscar el amparo de sus mirmidones.

–¡Paso! –gritó Héctor, que había saltado del carro y corría hacia él.

Aprovechando la inercia de la carrera, le clavó la lanza en el vientre. Lo miró fijamente mientras apretaba el arma y, en ese instante, se percató de que aquellos rasgos no eran los de Aquiles.

–No eres...

–Un caballo y un lancero... –Patroclo jadeó, buscando aire, antes de continuar con un hilo de voz– han hecho tu trabajo. –Un reguero de sangre manchaba su barbilla–. Aquiles te matará. –Logró sonreír.

Héctor recuperó la lanza de un tirón. La sangre regó la tierra y Patroclo cayó al suelo sin conciencia. El príncipe troyano corrió hacia el carro de Aquiles. Automedonte ya había puesto en marcha a los caballos y se alejó a buen paso. Menelao luchaba cerca y acudió junto al cuerpo, pero los troyanos ya lo rodeaban e impedían que se acercara.

–¡Ha caído Patroclo! –El rey aqueo acababa de darse cuenta de que no era Aquiles quien ceñía su armadura. La voz corrió por las filas.

La muerte del favorito de Aquiles dio alas a los de Ilión. Héctor desistió de perseguir al carro y, volviendo con los suyos, se hizo con la armadura completa de Aquiles. Dos heraldos la llevaron a Troya.

–Tu cuerpo servirá de alimento a los perros.

Y, agarrando a Patroclo por los pies, comenzó a arrastrarlo hacia las puertas Esceas. Con un nuevo ataque, Menelao y Áyax el Grande consiguieron echar atrás a los troyanos. Héctor no tuvo más remedio que abandonar el cadáver.

–¡No! ¡No dejes el cuerpo! –le reprochó Glauco con las mandíbulas apretadas y lágrimas en los ojos–. Ellos tienen el de Sarpedón.

El príncipe cedió y asintió brevemente antes de transmitir su orden:

–¡Empujad! ¡No cedáis! ¡Al cuerpo! ¡Dos carros con caballos al que lo consiga!

–¡Por Aquiles! –gritó Áyax el Grande al otro lado.

Glauco, rabioso como un perro herido, echó a correr hacia el gigante apuntándole con la lanza, pero Áyax desvió el ataque con su enorme escudo, lo desequilibró y le hundió su lanza en la espalda. Glauco se desangró entre horribles gritos.

–Sarpedón... –balbució antes de morir.

* * *

–Allí está –dijo el anciano rey mientras señalaba la alta cola de caballo sobre el casco de Héctor.

Príamo y Hécuba se habían apostado sobre las puertas Esceas.

–Sí, mi rey –contestó la esposa–. Los está frenando.

–Y allí está Paris. –El hombre señaló otro punto de la llanura–. Y Deífobo, y Licaón –suspiró con alivio–. La muerte los ronda, nos ronda a todos... ¿No lo ves?

Los hombres peleaban aceptando el peligro, mirando a la muerte a los ojos antes de arrojar sus lanzas y flechas.

–Te he dado muchos hijos valientes, esposo. Sabrán defender Troya. –Hécuba alzó la cabeza con orgullo.

Dos heraldos se acercaron a las puertas con un bulto en las manos, y Príamo les gritó desde las almenas.

–¿Qué portáis?

–¡La armadura de Aquiles! Tu hijo la ha conseguido –respondió uno.

–¿Aquiles muerto?

–No, favorito de Apolo. La llevaba puesta uno de sus compañeros.

Príamo escupió por encima de la muralla.

–¡Maldito pélida! Hoy te has salvado, pero Apolo te dará alcance con sus flechas... otro día.

* * *

–¡Abríos! –Menelao gritaba para que dejaran de pisotear el cuerpo de Patroclo. A duras penas consiguió arrastrarlo fuera de la zona de combate.

–¡Hay que regresar y llevar el cuerpo al campamento! –le dijo Áyax sin dejar de luchar–. Busca a Antíloco y envíalo a darle la noticia a mi primo.

El sol rayaba el horizonte cuando Menelao encontró al hijo de Néstor peleando cerca de la muralla.

–Tienes que ir a dar una noticia a Aquiles... –El rey de Esparta respiraba con dificultad por la carrera.

–Aquiles está aquí –repuso Antíloco sin acabar de comprender.

Menelao negó con la cabeza.

–Era Patroclo quien comandaba a los ftianos, y acaba de morir a manos de Héctor –explicó–. Le han quitado la armadura, pero tenemos el cuerpo.

Antíloco lo agarró del hombro con fuerza y apenas pudo contener el dolor, que brilló en sus ojos. Sin pronunciar palabra alguna, montó en su carro y espoleó a los caballos. Lejos de sus compañeros, mientras

surcaba la llanura del Escamandro empujado por el viento del Helesponto, dio rienda suelta a sus emociones y lloró como un niño por la muerte de su amigo. «Cuántas noches de amor en vela, cuántos secretos confesados entre las risas de una borrachera».

Detrás de él, los aqueos habían comenzado una lenta retirada. Menelao y Meríones de Creta cargaron con el cuerpo de Patroclo. Los troyanos, excitados, empujaban. Paso a paso, el combate se acercaba al río.

* * *

–Estúpido. Te advertí que debías volver enseguida.

Desde su nave, Aquiles observaba la batalla. Los aqueos retrocedían y el pélida se estremeció.

Una línea de polvo se levantó desde la ribera occidental del Escamandro. Un carro se acercaba a toda velocidad.

Aquiles descendió de la nave y se dirigió a su tienda cuando el carro atravesaba el campamento mirmidón. No tardó en reconocer a Antíloco, que corrió a abrazarlo. Tenía el rostro desfigurado por el dolor y sus mejillas, cubiertas de polvo, mostraban los regueros limpios de las lágrimas.

–Habla –pidió Aquiles con un ligero temblor en los labios.

–Nos lo ha quitado... Héctor nos lo ha quitado –sollozó–. Y se ha llevado tu armadura.

El pélida apartó a su amigo de un empujón.

–¡No! –gritó con todas sus fuerzas.

Comenzó a caminar hacia la entrada de su tienda, pero se detuvo en el hogar. Esparció la leña para apagar el fuego y tomó un puñado de ceniza, con el que se tiznó el rostro.

–¡No! –volvió a gritar.

Se tiró al suelo y se revolcó en el polvo. Luego se arrancó mechones de pelo y los retuvo en los puños. Su entereza se desmoronaba y su cordura se disolvía en un pozo de sufrimiento. Sus esclavas, y las de todos los hombres de Ftía, corrieron a su lado y lloraron con él, dándose golpes en el pecho y rasgándose los ropajes.

–¡No había hombre mejor que él! ¡Mi amado Patroclo! –vociferó tirado en el suelo, sacudido por un dolor tan profundo que jamás encontraría alivio.

Automedonte llegó al campamento conduciendo el carro de Aquiles. Contempló la escena y acompañó a los dos hombres en su duelo.

–No he podido hacer nada –se lamentó–. Sólo he salvado tu carro. Menelao trae su cuerpo. –Arrancó a llorar. Él también había amado a Patroclo.

Aquiles no contestó. Su pecho ardía de ira.

–Apagad todos los fuegos del campamento –ordenó en tono furibundo a las mujeres. Miró la llanura y distinguió la masa de aqueos que retrocedía acosada por los troyanos–. Mi túnica y mi lanza.

Había dejado de llorar; la furia había consumido al dolor. Salió del campamento y subió al estrecho adarve del muro de madera. Allí, a la vista de todos, enarboló la Areida.

–¡Héctor! ¡Te mataré! ¡Pelearé en la llanura con mis hermanos y te encontraré!

Su grito llegó sólo a los más cercanos, pero su voz se repitió de boca en boca, y pronto todo el ejército aqueo coreaba su nombre. Los troyanos quedaron paralizados por la sorpresa. Muchos no se habían llegado a enterar de que no era Aquiles el que había muerto, y miraban con pavor la oscura silueta del hombre que los amenazaba desde la muralla.

Los aqueos se replegaron hacia el interior del campamento. Cientos de hombres corrían por el terraplén que atravesaba el foso. Entre ellos, Aquiles distinguió a Menelao y Meríones, que cargaban un cuerpo desmadejado. «Ahí van sus huesos y su carne dañada», se dijo, «pero su sombra ya vaga junto a las puertas del Hades».

* * *

Eneas, Paris y Polidamante se reunieron con Héctor. Debían tomar decisiones, y rápido. Las primeras estrellas brillaban en el cielo. Había sido un día intenso, y los guerreros, agotados, mostraban en sus rostros manchas de sangre y polvo.

–Los hemos echado de la llanura –comenzó Héctor–, pero ahora cuentan con los mirmidones. Y con Aquiles. Me inquieta saber que mañana luchará. La profecía...

–Hermano –lo interrumpió Paris–, tú nunca has creído en profecías. Nuestro padre te ha reprochado más de una vez que no atiendes a los dioses.

–Tienes razón –concedió–. No creo en la profecía, pero eso no importa. Lo que importa en verdad es lo que crean ellos. –Extendió los brazos y señaló a su alrededor, a los cientos de hombres que los rodeaban; habían formado en corrillos y miraban inseguros hacia el cabo Sigeo–. Han peleado con más valor que nunca porque pensaban que yo había matado a Aquiles. ¿Qué harán mañana cuando lo tengan delante, vivo?

–Volvamos a Troya –propuso Polidamante–. Aquiles puede cambiar el curso de la guerra. Tenemos que refugiarnos tras las murallas y defender Ilión. Vuestro padre espera refuerzos. No nos arriesguemos.

Se produjo un breve silencio.

–Eres sensato, compañero –contestó Héctor–. Por eso eres mi asesor. Pero llevamos diez años tras las murallas y estoy cansado de ver cómo Troya gasta sus riquezas para pagar a sus aliados. –Miró a Eneas–. Lo digo con respeto. Sois necesarios y bienvenidos.

–Te entiendo, primo –dijo Eneas, que se había desabrochado la coraza para aliviar la herida de su cadera–. Ha llegado la hora, y todos estamos preparados.

Héctor asintió y le dio una palmada en el hombro para agradecer su apoyo.

–Repartiré las órdenes a los heraldos y pasaremos la noche aquí. Iré a por la armadura de Aquiles para llevarla puesta mañana.

La noche se cerró mientras Héctor conducía su carro hacia Troya.

En la ciudad, nadie había podido conciliar el sueño.

Varios guardias tuvieron que abrir el paso del príncipe por las calles. Decenas de lámparas le iluminaban el camino, en manos de mujeres que esperaban noticias. Héctor ascendió hasta la ciudadela y no se detuvo siquiera para quitarse la armadura. En la explanada del templo de Atenea lo asaltó Helena. Llevaba el rostro cubierto por un fino velo.

–¿Dónde está Paris?

–En la llanura con los demás, a las puertas del campamento aqueo.

La espartana se quitó el velo y dejó al descubierto unos ojos inexpresivos. Tomó la mano del comandante e intentó llevársela al pecho.

–Gracias por protegernos –le dijo.

Héctor la agarró por la muñeca, miró con desprecio la pulsera de Polidamante y la apartó de sí.

–Enciérrate en tu casa y ora a los dioses por nuestra victoria. No me gustaría estar en tu pellejo si Menelao te atrapa viva. –Comenzó a caminar hacia la entrada del palacio de Príamo.

Helena se quedó en la plaza, nerviosa. La presencia de Héctor y el tacto rudo de su mano la habían excitado. «No puedes evitar ser lo que eres», recordó las palabras de Etra. Aquella noche volvería a vestirse con harapos para entregarse a cualquier mozo de cuadra. «No hay maldad en mi deseo, aunque nadie lo entienda», pensó.

En el salón del mar Océano, Príamo admiraba la armadura de Aquiles a la luz del hogar. En cuanto vio entrar a su hijo, lo abrazó con fuerza.

–Es su armadura, pero la llevaba puesta uno de sus compañeros –aclaró Héctor.

–Lo sé. Pero tenemos su armadura y ha perdido a alguien cercano –comentó el rey–. Debe estar enfadado –sonrió con amargura–. Estoy orgulloso de ti. ¿Y Paris?

–Con el resto. Mata de lejos, pero mata. Al fin se comporta como debe.

–Bien, bien. –Príamo se agachó con dificultad y tomó el casco de Aquiles–. Quítate el tuyo.

Héctor obedeció y, con la ayuda de su padre, se quitó la armadura de escamas. Luego Príamo le ciñó el casco aqueo y le ajustó la coraza del pélida. Sobre las botas le colocó las grebas de bronce con tobilleras de plata.

–Parece hecha para ti.

–La luciré mañana en la batalla. Es cómoda y será un acicate para los troyanos, y una humillación para los aqueos. Haz sacrificios al alba. Será un día importante.

El padre lo abrazó de nuevo, emocionado.

–Tu madre duerme. Las emociones han podido con ella. Pero entra en la alcoba y despiértala. Se alegrará.

–La dejaré descansar. Debo regresar, y antes quiero ver a Andrómaca y a Astianacte.

Príamo se quedó en vela en el salón. El fuego del hogar crepitaba y daba vida a las criaturas marinas pintadas en las paredes.

–Cuando acabe la guerra, aunque yo viva, serás rey de Troya –pronunció el rey en su soledad, haciendo a la armadura de su hijo, tirada en el suelo, testigo de su promesa.

Héctor entró en su palacio. Apolonia, con alegría, lo ayudó a despojarse de la panoplia.

–Lávala bien y sácale brillo –ordenó–. ¿Andrómaca duerme?

–Está durmiendo a tu hijo, señor.

–Prepara agua para lavarme fuera. La esperaré allí.

La esclava se apresuró a sacar un jarro con agua y un barreño de bronce. Tras desnudarse, el hombre se metió en el barreño y abrió los brazos para dejarse hacer. Apolonia derramó el agua limpia sobre sus miembros, que fueron perdiendo el tono grisáceo del polvo. Bajo la capa de suciedad afloraron numerosos hematomas y algunos cortes. La muchacha frotó su cuerpo, soltó los lazos que recogían las trenzas y lavó a conciencia los cabellos morenos con destellos azulados. Héctor recibió el agua como una purificación, sacudido por escalofríos de placer. No pudo contener una erección que la esclava contempló con deseo. El hombre la miró a los ojos y negó.

–Hoy no. Hoy me debo a mi esposa.

Enseguida la joven apartó la mirada y tomó una túnica limpia para vestir a su señor. Luego lo dejó solo en el pórtico.

Andrómaca no tardó en salir. Abrazó a su marido y lo besó con lágrimas en los ojos. Él respondió a sus caricias y, sin mediar palabra, se sentó en la escalinata y colocó a su esposa a horcajadas sobre él. Allí mismo, al abrigo de las sombras, se amaron con urgencia. Después

llegaron las palabras.

–¿Ganamos? –preguntó ella–. ¿Parará ya esta maldita guerra?

Héctor la informó sobre el estado de la contienda y sus ojos se iluminaron cuando le narró el duelo con Patroclo y el robo de la armadura de Aquiles.

–No hay nada cierto bajo el cielo, pero estamos a las puertas de su campamento.

La esposa suspiró, aliviada. Aquella información era como un soplo de brisa fresca en una mañana calurosa.

–Debo volver con mis hombres.

–¡No! Por favor, descansa aquí esta noche. Vete antes del alba si quieres. Pero quédate hasta entonces.

El príncipe accedió y le pidió que le dejara tener a su hijo en brazos. Andrómaca lo tomó del lecho y se lo entregó. Los tres se echaron juntos en la cama. Astianacte se acomodó sobre el pecho de su padre y su respiración cadenciosa calmó los latidos de su corazón. Héctor lloró y Andrómaca se sintió feliz. La mujer no tardó en dormirse arrullada por los leves ronquidos de su hijo. Héctor se propuso quedarse despierto, pero el cansancio lo derrotó enseguida. Durmieron como hacía meses que no lo hacían, seguros, tranquilos, sintiendo el calor reconfortante de sus cuerpos.

* * *

La sangre empapaba los jirones negros de su túnica. Los brazos y las piernas estaban doblados en formas imposibles, rotos todos los huesos por las pisadas de cientos de guerreros. El rostro, deformado por los golpes, se había reducido a un amasijo de carne sanguinolenta. La boca, abierta, mostraba sus mandíbulas desdentadas.

Aquiles se agachó junto al cuerpo de Patroclo y examinó la herida de lanza de su vientre. Con dedos temblorosos, hurgó en ella y se manchó con su sangre. El pélida lloraba, incapaz de contener el dolor. Sus más cercanos lo rodeaban y acompañaban su sentimiento con muestras de respeto.

–No te honraré hasta que traiga a tus pies la cabeza de Héctor –comenzó a decir–. Degollaré a doce troyanos ante tu pira para ofrendarte su sangre. –Su propio discurso lo excitaba; tenía los músculos tensos y mostraba en el rostro una extraña mueca de ira que le aportaba un aspecto aterrador–. Hasta que llegue ese momento, las mujeres que hemos capturado en esta tierra te llorarán sin descanso. –Se hizo el silencio a su alrededor–. Pronto podré sepultar tus cenizas... Pronto, amado compañero.

Enseguida, tres esclavas se acercaron con agua caliente y aceite para lavar el cuerpo de Patroclo. Trabajaron bajo la atenta mirada de

Aquiles, que no paraba de llorar. El pélida vio cómo el agua arrastraba la suciedad y dejaba al descubierto la piel nívea, salpicada de manchas moradas. Había presenciado cientos de muertos a lo largo de su vida, pero ninguna muerte se podía igualar a la de Patroclo. Su cuerpo castigado era una ofensa a su alma, que clamaba venganza con todas sus fuerzas.

El viejo Fénix lo tomó por los hombros para infundirle ánimo. Él también lloraba.

–Ya no volveré a Ftía. Se ha sellado mi destino, que es morir aquí, peleando en Troya y consiguiendo la gloria –reflexionó en voz alta. Acababa de tomar una decisión que conllevaría la muerte y la gloria, según el vaticinio de su madre. Fénix arreció el llanto.

Una vez ungido con aceite de oliva, las esclavas taparon el cuerpo con una sábana blanca y los mirmidones comenzaron a velarlo. La noche se había cerrado y sólo la luna iluminaba la vela.

Aquiles fue a la armería y salió de ella con la armadura de Patroclo. Llamó a uno de los herreros ftianos y le ordenó que trabajara durante la noche para adaptársela. También tomó su escudo y le pidió que grabara en él la imagen de un sol, una ciudad y un campo. Quería llevarse a la batalla aquello a lo que renunciaba: una vida tranquila en Ftía. Cuando el herrero tomó las medidas, Aquiles se retiró a la orilla del mar Egeo. Allí podía sentir cerca a su madre, y aquella noche de desconsuelo y dolor la necesitaba a su lado.

Tetis salió del mar cubierta de algas brillantes que se iban desprendiendo de su cuerpo. Vestía una larga falda blanca, pero llevaba los pechos descubiertos. Se había recogido los largos cabellos en dos trenzas. Se colocó junto a su hijo, que la miró sorprendido. Aquiles alzó su mano, pero ella lo detuvo.

–Tu armadura está lista –le dijo. Sus ojos pintados con kohl se clavaron en él–. Hefesto la ha labrado para ti. –Aquiles intentó hablar, pero ninguna palabra brotaba de su garganta–. Tu amado compañero yace muerto ante tu tienda. No demores su honra fúnebre. Su cuerpo se corromperá pronto. –Cerró los ojos un instante y suspiró, un gesto muy propio de ella–. Rondas los treinta años, pero siempre serás mi niño. Has escogido tu camino, y yo podría llenar un mar con mis lágrimas. Troya caerá, pero tú serás la ofrenda que los aqueos habrán de hacer a los dioses de Ilión…

La mujer regresó al mar y se dejó tragar por las aguas paso a paso. Aquiles gritaba sin voz; su pecho palpitaba y su frente, manchada de ceniza, goteaba sudor.

–¡No!

El pélida se despertó agitado. A varios pasos de él, a su espalda, el herrero sostenía la armadura de Patroclo en las manos. No se había

atrevido a despertarlo. La claridad del amanecer ya había comenzado a invadir el horizonte. Aquiles se puso la coraza, que ajustaba perfectamente a su torso. Luego cogió el escudo y contempló las imágenes grabadas: eran burdas, pero no podía pedir más en una sola noche. Felicitó al hombre y, calándose el casco, que lucía dos cuernos de bronce en la frente, comenzó a caminar hacia la explanada del ágora voceando una convocatoria general.

Enseguida el ágora se llenó de hombres. Aquiles permanecía de pie sobre la roca del orador. Los rayos del sol que despuntaba destellaban en su nueva armadura. Los últimos en llegar fueron los reyes. Agamenón, que se resentía de su herida, se colocó al pie de la roca. La visión de Aquiles lo animó.

–Agamenón –comenzó Aquiles. Hacía tiempo que no se refería al rey de Micenas por su nombre–, tú y yo nos enfrentamos por Briseida, y los troyanos han salido beneficiados. –Su rostro se contrajo–. Depongo mi cólera –soltó, contundente–. Luchemos ya.

Un murmullo se extendió entre los asistentes, al que siguieron miles de pisotones que manifestaban ansia de batalla. Pasados unos instantes, Agamenón pidió silencio.

–Zeus me ofuscó el juicio, me engañó. Todos conocemos sus artes. Y él todo lo dispone. Ahora estoy dispuesto a enmendar mis faltas y a darte regalos, si los quieres.

–Gloriosísimo rey de hombres –contestó el pélida con cierta ironía–, los regalos son tuyos; puedes darlos o quedártelos, me da igual. Ahora lo que importa es marchar a la batalla.

De nuevo se escucharon taconeos. Con Aquiles a su lado, los aqueos se sentían capaces de vencer.

–Desayunemos para coger fuerzas –propuso Ulises–. Y que Agamenón traiga los regalos que sellarán su amistad con Aquiles, aquí, delante de todos.

Así se hizo. Pronto se presentaron los heraldos con trípodes y calderos de bronce, ricas telas de colores, dos caballos y una espada de hierro, que Aquiles valoró por encima de todo lo demás. También traían un jabalí para realizar un juramento. El rey cortó un puñado de cerdas del animal.

–Juro no haber tocado a Briseida, que está sana en mi casa, preparada para ser conducida a tu tienda.

Luego arrojó las cerdas al fuego, degolló al jabalí y dejó que un heraldo lo llevara a la playa para arrojarlo al mar como ofrenda a Poseidón.

–Acepto tus regalos y tu amistad –declaró Aquiles–. Es cierto que Zeus debió nublar tu juicio cuando me quitaste a Briseida. ¡Comed, y vayamos juntos a la guerra!

Así quedó zanjada la disputa que había apartado a Aquiles de la

batalla. No cedía por la restitución de su honor. Sólo la muerte de Patroclo había podido apaciguar su cólera, sustituida por un vehemente deseo de venganza.

Mientras los guerreros desayunaban, el pélida fue a su tienda. Los heraldos de Agamenón llegaron con los regalos. Briseida iba con ellos, vestida con una sencilla túnica de lino. La joven se acercó a Patroclo y levantó la tela que lo cubría. Sus gritos estremecieron a los presentes.

–¿Qué han hecho contigo? –preguntó al aire, desconsolada.

Patroclo la había tratado bien, se había preocupado por su bienestar y la había consolado en los malos momentos. Ante su cuerpo maltratado, frío y blanco como una losa de mármol, Briseida se derrumbó.

Aquiles se acercó a ella y la miró a los ojos, compartiendo el dolor de la pérdida. La sintió como una hermana, herida en el alma, como él.

–Habría venido conmigo a Ftía –dijo el hombre–. Se habría encargado de viajar a Esciro para llevar a mi hijo a mi casa. Ya no podrá ir a ningún sitio, salvo al Hades, cuando cumpla mi promesa. –Ella guardó silencio–. Apriétame las correas, Briseida, y afianza mis grebas.

Los hombres terminaban el desayuno cuando apareció Calcante con las manos ensangrentadas. Había destripado una liebre para estudiar sus vísceras.

–Rey de hombres –bajó la cabeza ante Agamenón–, los dioses descienden del Olimpo para participar de nuevo en la contienda. Zeus ha revocado su prohibición. Es hora de hacer abundantes sacrificios para ganarnos su favor.

–Quédate aquí y hazlos tú mismo –propuso el rey–. Los aqueos salimos a luchar.

Con el sol calentando los metales, comenzó el trasiego de guerreros que atravesaban el terraplén para agruparse en la llanura. Frente a ellos, los troyanos también formaban sus escuadras. Aquella mañana no había viento. Cientos de gaviotas y cuervos sobrevolaban sus cabezas, y sus graznidos crispaban a los hombres, que ya podían oler la sangre que se iba a derramar.

–¡Fénix! –gritó Anatia cuando vio al viejo caminar hacia ella.

El hombre, sin mediar palabra, la abrazó y lloró sobre su hombro.

–¿Qué ha pasado? –preguntó la esclava, pero él no fue capaz de contestar hasta pasado un buen rato, cuando sintió que el calor amigo lo reconfortaba.

–Uno de mis niños ha muerto –dijo al fin, enjugándose las lágrimas–. Mi Patroclo... Era como un hijo para mí.

–¿Con cuántas vidas ha acabado esta guerra? –soltó Anatia con

ira–. Y ahí siguen los hombres, buscándose de nuevo en la llanura. –Tomó a Fénix de la mano y lo condujo hasta una higuera que daba una amplia sombra–. Siéntate. Comparte conmigo tu dolor. En mi tierra decimos que cuatro hombros cargan más que dos. –Él, con los ojos todavía húmedos, dibujó una sonrisa en su rostro–. Haré un amuleto para tu amigo. No conozco las fórmulas para que siga vivo en el inframundo, pero seguro que vuestros sacerdotes lo hacen bien.

–No le van a faltar ofrendas de sangre –aseguró Fénix.

–Nunca tendrá una segunda muerte –dijo la egipcia, recurriendo a una expresión de su patria para desear que Patroclo viviera por siempre en el más allá.

Cerca, algunas mujeres organizaban un juego de dados para entretener a los niños. Fénix las observó; luego suspiró y apoyó la espalda en el tronco de la higuera.

–Sólo hay una muerte que importa.

El viejo cerró los ojos unos instantes y recordó a Patroclo cuando apenas era un niño. Bajo la atenta mirada de la mujer, musitó una plegaria para que los dioses protegieran a Aquiles.

Aquiles se adelantó a la masa de aqueos.

–Soy Aquiles, hijo de Peleo y Tetis, príncipe de Ftía. Vamos a aplastaros. Estáis a tiempo de entregar Troya para que respetemos vuestras vidas.

Eneas dio dos pasos al frente y se encaró al pélida.

–Soy Eneas, hijo de Anquises. Como Héctor, pertenezco al linaje de Tros. –Lo miraba con rencor, recordaba el acoso al que aquel hombre lo había sometido en el monte Ida, y el posterior saqueo de Lirneso–. Eres demasiado orgulloso, pero puede que te pase lo mismo que a tu compañero.

Aquiles conocía las historias que circulaban sobre Eneas. Miró a Héctor, que lucía su panoplia.

–Sé quién eres –contestó airado–. Estuve a punto de matarte. Eres un pastor que quiere el trono de Troya. ¿Crees que cuando mate a Héctor lo conseguirás? Príamo tiene más hijos, no creo que elija a alguien que huele a cabra. –Abandonó el tono irónico y su mirada se endureció–. Tu esposa trabajará en un telar en los palacios de Micenas, y consolará a los cortesanos cuando se lo pidan.

La mención a Creúsa avivó el corazón ardiente de Eneas, que no dudó en alzar su lanza y arrojarla contra Aquiles. Éste alzó el escudo para esquivar el impacto, y al instante desenvainó la espada y avanzó hacia su oponente. Los hombres de ambos ejércitos comenzaron a correr, envolviéndolos en una algarabía de metales y gritos de guerra. Así terminó el parlamento.

Héctor y Aquiles, desde sus carros, se buscaban incesantemente. Aquiles usaba Areida como una pica. A su alrededor, los mirmidones conformaban una gran mancha negra que se movía implacable por la llanura. Pronto se desmarcaron del resto de aqueos y abrieron una brecha en las filas enemigas.

–¡Ares! –gritó Aquiles, con los cuernos del casco de Patroclo salpicados de sangre–. ¡Empujad!

Asistido por tres escuderos, saltó del carro y siguió matando a pie. Las esferas de bronce que recubrían el astil de su lanza habían perdido el brillo, cubiertas de polvo y sangre.

–¡Hacia el río! –ordenó Aquiles.

Los mirmidones embistieron contra las filas troyanas y, poco a poco, las fueron menguando, conforme se acercaban a la ribera. Allí, sobre las aguas turbulentas, comenzó la verdadera matanza. Aquiles dejó la lanza apoyada en un árbol, desenvainó la espada y se metió en

el agua, seguido por sus guerreros más cercanos. El Escamandro no tardó en arrastrar los cuerpos inertes de los caídos.

–¡Muerte! –gritaba Aquiles fuera de sí.

El río se transformó en una orgía de violencia. Cuando terminó, el pélida recuperó su lanza y corrió tras los pocos troyanos que habían conseguido huir por la orilla. Dio alcance a uno que parecía un hombre principal. Llevaba puesto un casco con crinera alta y vestía un kilt púrpura bajo la coraza. Lo derribó y puso su lanza a dos palmos de su rostro.

–¡No! Soy Licaón, hijo de Príamo. Ya me capturaste una vez y te dieron cien bueyes por mí. Ahora mi padre te dará el triple.

Licaón el Liberado agarró el astil de la lanza con una mano y con la otra se abrazó a las piernas del pélida, que lo miró sin emoción alguna.

–Antes perdonaba a los troyanos. Ahora no.

Y le clavó la lanza en la clavícula. Luego tiró su cuerpo al río y observó cómo las aguas lo arrastraban hacia el ponto, dejando un reguero de sangre que enseguida quedó diluido.

–He matado a uno de tus hijos, rey de Troya. Pronto acabaré con otro, al que más quieres –dijo, jadeante.

Oteó la llanura. La lucha se recrudecía al norte. Montó de nuevo en el carro y ordenó a los mirmidones que avanzaran con él. En su camino, arrasaron uno de los flancos troyanos.

–¡Repliegue! –ordenaba Héctor a voces, pero nadie lo escuchaba.

–Vamos con ellos, hermano. No podemos hacer nada –le dijo Paris, que iba con él en el carro como arquero.

Desbordados, los troyanos corrían hacia el vado. Unos heraldos se adelantaron a caballo para informar a Príamo, que observaba la batalla desde las puertas Esceas.

Finalmente, Héctor decidió huir también, y los aqueos vieron con regocijo cómo el casco de Aquiles, ceñido a la cabeza de Héctor, se alejaba vencido. Una vez más, los guerreros de Ilión corrían hacia la ciudad para buscar el abrigo de sus poderosas murallas.

* * *

–¡Favorito de Apolo! –gritó el primer heraldo en llegar al pie de las murallas. Príamo asomó la cabeza entre las almenas–. Nuestros hombres se retiran y vienen hacia la ciudad.

Príamo podía verlos correr por la llanura. Sacudió la cabeza y suspiró.

–¡Mantened las puertas abiertas hasta que los aqueos estén cerca!

–¡Dueño de Troya! –saludó un segundo jinete–. Traigo informe de

bajas. –Hizo un breve silencio.

–¡Habla! –reclamó Príamo.

–Licaón –dijo sin más.

El anciano rey se apoyó en una almena. Su boca tembló y los heraldos pensaron que iba a romper a llorar allí mismo.

–Entrad en la ciudad y despejad las calles –ordenó al fin, simulando entereza.

«Los hijos del rey deben combatir con su pueblo y morir con él», se dijo con orgullo. Volvió a mirar el campo de batalla. Demasiados yacían inertes sobre los tréboles y la hierba, mientras los oscuros mirmidones avanzaban implacables. Pensó con desasosiego que tal vez aquella huida fuera la definitiva.

* * *

Los alrededores de Troya se llenaron de guerreros que corrían hacia sus puertas. Los mirmidones, adelantados al resto de aqueos, los perseguían. Un grupo de troyanos se organizó para tratar de frenarlos y permitir una huida segura a sus compañeros.

–¡Patroclo! –gritaba Aquiles, cuya destreza e ira provocaba el caos allá por donde pasaba–. ¡Ares!

Las calles de la ciudad rebosaron de guerreros. Los heraldos intentaban organizarlos y dirigirlos a las plazas; las mujeres, asomadas a las azoteas, gritaban de miedo y dolor. Troya se vistió de llanto y desesperación.

Ante las puertas, Héctor supervisaba la retirada. Los aqueos comenzaban a acercarse y los hombres, nerviosos, empujaban con más fuerza.

–¡Mantened la calma! –gritaba, intentando que no hubiera accidentes–. ¡Los carros por las puertas Dardanias!

Pero, aun así, muchos morían aplastados por las pisadas de sus propios compañeros.

–¡Héctor! –se escuchó de pronto en toda la llanura. Aquiles había desmontado de nuevo y lo llamaba–. ¡Héctor!

Desde la azotea de las puertas Esceas, Príamo y Hécuba observaban a su hijo.

–¡Hijo, entra! –le pidió el rey, angustiado–. No te dejes llevar por el orgullo, no te enfrentes a él. Eres más útil vivo aquí que muerto en la llanura.

–¿Qué clase de rey quieres que sea si rehúyo el combate? –replicó Héctor–. ¿Cómo me van a respetar los hombres si no lucho? –Notaba cómo su corazón latía con fuerza. «He aprendido a ser valiente», se repitió.

–¡Cuando yo muera, Ilión necesitará un rey! ¿Qué pasará entonces,

si tú mueres ahora?

Príamo comenzó a tirarse de los cabellos blancos, arrancándose algunos mechones. Hécuba se unió a su lamento:

–¡Haz caso a tu padre, hijo!

Pero Héctor se mantuvo firme. Los últimos troyanos atravesaban la muralla cuando Aquiles, seguido de una escuadra de mirmidones, llegó ante las puertas. Héctor ordenó que cerraran. El aire le faltaba y un temblor involuntario sacudió su cuerpo. «Me debo a mi pueblo», se decía, pero la visión de aquel guerrero iracundo, certero en dar muerte y contaminado por el odio, le hacía flaquear. Sintió sobre su nuca la presión de mil ojos que lo observaban desde las murallas. Quiso gritar para que volvieran a abrir las puertas, pero las palabras no salieron de su boca.

–¿Preparado para morir? –Aquiles dio dos pasos hacia él y le apuntó con la lanza.

Héctor reaccionó. Si iba a luchar, Troya merecía un duelo épico, no la muerte absurda que en ese momento podía ofrecer. Al ritmo de los latidos de su corazón, echó a correr para salvar la vida. Todos quedaron desconcertados por su reacción. Los troyanos, desde los adarves, guardaron silencio como señal de respeto a Príamo. Los aqueos se echaron a reír y comenzaron a hacer chanzas. Algunos arrancaron a correr con intención de cazarlo, pero un grito los detuvo.

–¡No! –era Aquiles–. ¡Es mío! –Y corrió tras él.

Héctor se alejaba en dirección al río por la zona de las fuentes, donde las troyanas lavaban la ropa. Allí torció el rumbo, de regreso hacia las murallas. Aquiles, más veloz, consiguió ganarle terreno, hasta que lo adelantó y lo obligó a retroceder hacia la llanura, frente a las puertas Esceas.

Héctor detuvo su carrera y se volvió hacia Aquiles, plantando los pies en el suelo. Resoplaba, cansado, pero la carrera le había permitido recuperar el control de su cuerpo.

–Luchemos, aquí y ahora –habló con decisión, apoyando el regatón de su lanza en el suelo–. Juremos que el que venza no deshonrará el cuerpo del vencido, que se quedará con su armadura y entregará el cuerpo a los suyos.

Aquiles apretó los dientes antes de responder:

–Llevas puesta mi armadura y mataste a Patroclo. Mis hermanos tuvieron que derramar mucha sangre para recuperar su cuerpo. Me lo entregaron destrozado. No puede haber un acuerdo entre tú y yo. Morirás, y arrastraré tu cuerpo hasta mi campamento.

Sólo cabía el odio entre ellos, un odio profundo que los empujaba a un duelo mortal. Ninguno de los dos había querido aquella guerra, ninguno le veía sentido a pelear por Helena. Sin embargo, allí estaban uno frente al otro, deseándose una muerte dolorosa y sin honra.

Los escuderos de Aquiles se acercaron a él a la carrera. El pélida cambió la lanza por una jabalina y, un instante después, la arrojó hacia la cabeza de Héctor. Éste se agachó y el arma voló sobre él. Luego lanzó la suya, la única que tenía. Aquiles la desvió con el escudo. El pélida recuperó su lanza de las manos del escudero y escuchó el grito furioso de Héctor. Sin su lanza, había tomado conciencia de su clara desventaja.

El príncipe miró las murallas de Ilión y recuperó el valor que poco antes le había faltado. Desenvainó la espada, cargó con todas sus fuerzas y chocó contra el escudo de su oponente. Los dos empujaron para desestabilizarse, pero fue el hijo de Peleo quien venció, haciendo a Héctor hincar la rodilla. La espada buscaba un hueco por el que avanzar, pero Aquiles golpeó su muñeca con el canto del escudo y consiguió desarmarlo. Entonces tomó la lanza con ambas manos y buscó la clavícula del troyano. La punta penetró medio palmo por el hueco que dejaba la coraza. Cuando la extrajo, un chorro de sangre brotó por encima del bronce. Héctor cayó al suelo sacudido por espasmos.

Desde las murallas resonó un grito unísono, un clamor que se alzaba al cielo y retumbaba por toda la Troáde. Su príncipe, el favorito de su padre, el domador de caballos, había caído, y la ciudad quedaba sin esperanza.

–Entrega... a los míos... –consiguió balbucir.

–Los perros y los cuervos te despedazarán. –Aquiles tenía los ojos inyectados de sangre–. Sin embargo, Patroclo tendrá un funeral con honra. Muere sabiéndolo.

Héctor cerró los ojos, aceptando su destino. Había oído hablar de aquel fiero guerrero de voluntad inquebrantable y orgullo sin mesura. Los volvió a abrir y dirigió la vista al horizonte. Con dedo tembloroso, señaló en dirección al monte Ida y pronunció apenas dos palabras:

–Los dioses...

Al fin expiró y sus facciones se relajaron por la ausencia de vida.

Aquiles se agachó sobre él y comenzó a despojarlo de la armadura.

–No temo a tus dioses –le dijo a su cuerpo muerto.

Los aqueos comenzaron a acercarse insultando a Héctor, pero Aquiles los apartó. Con su espada horadó la carne a la altura de los talones, y pidió a Automedonte unas tiras de cuero para pasarlas entre los tendones y los huesos. Luego las ató a la trasera de su carro. Cargó la armadura y fustigó a sus caballos. El carro se movió por la llanura, señoreándose ante las murallas de Ilión.

Héctor fue arrastrado sin piedad. Su cuerpo se cubrió de polvo, sus cabellos negros con destellos azulados se tornaron grises. Su túnica se deshizo y la piel comenzó a desgarrarse. Los aqueos gritaban eufóricos y Aquiles paseó ante ellos al príncipe de Troya, el asesino de Patroclo,

la esperanza de la ciudad con la que todos estaban en guerra.

* * *

–¡Hijo mío! –gritaba Hécuba, arrasada por el dolor.

Se quitó el velo y lo tiró desde lo alto de la muralla. Lloraba desconsolada mientras se tiraba de los cabellos, hiriéndose la cabeza. Príamo también lloraba. Había arrojado la tiara real al suelo, igualándose a su pueblo en el duelo.

–¿Qué nos queda ahora? –preguntó el anciano dirigiendo la vista hacia las nubes, como si esperara que Apolo descendiera de repente para salvarlos.

Algunas mujeres sujetaron a Hécuba por los brazos para que no desfalleciera. La consorte comenzó a gemir y a llorar, invocando a su hijo y a los dioses.

–¿Por qué el Divino Arquero lo ha permitido? Era el mejor de mis hijos, el futuro rey de Troya. –Los sollozos interrumpían su discurso–. Tened piedad de su cuerpo y dádnoslo para que podamos honrarlo, malditos aqueos. ¡Os maldigo! ¡La furia de Apolo caiga sobre vosotros!

Príamo comenzó a caminar hacia la escalera que descendía de la muralla.

–Hablaré con él... –dijo en un susurro.

–¡No, esposo! –clamó Hécuba–. Ya tenemos bastante con perder a nuestro príncipe. Ese salvaje no atiende a razones... Cuando te tenga delante, te matará. –La boca de Príamo tembló por el llanto inminente–. No vayas, mi rey. Lloremos a Héctor aquí, los dos, y preparémonos para lo que viene.

Príamo se derrumbó y su canciller acudió presto a su lado. El rey lloraba como un niño, dando hipidos y babeando, fuera de control.

–Calentad agua. Mi esposo querrá darse un baño –ordenó Andrómaca, que seguía trabajando en el telar. Sabía que los guerreros se replegaban al interior de la ciudad.

Enseguida, Apolonia salió al pórtico para calentar un caldero sobre un trípode de bronce. Se dirigía hacia la cisterna cuando un coro de lamentos llamó su atención. Andrómaca, que también lo había oído, salió inmediatamente del palacio. Juntas, corrieron hacia la puerta Apolínea.

Cruzaron las calles abarrotadas de guerreros cubiertos de sangre y polvo. Llegaron a las puertas Esceas y contemplaron la multitud que se agolpaba en los adarves. Todas las miradas se volvieron hacia Andrómaca, que subió a la azotea y caminó hacia las almenas. Hécuba intentó detenerla, pero se zafó de ella y se asomó a la llanura.

Los aqueos dominaban el campo, formando un semicírculo en

torno a un carro que arrastraba un cuerpo sanguinolento. Andrómaca no tuvo que preguntar, supo que era Héctor. Aulló como una loba herida y se quitó a tirones el velo y las cintas que recogían sus cabellos. Creúsa acudió a su lado y la sujetó por los hombros. Eneas, que permanecía de pie junto a una almena, se acercó a ella.

–Mataremos a Aquiles, acabaremos con él y vengaremos su muerte –le dijo con sincero dolor.

Andrómaca arreció los gritos, se puso en pie y se asomó de nuevo al campo.

–¡Rubio salvaje, te maldigo! ¡Apolo acabará contigo! –gritó, reforzando la maldición de Hécuba–. Pobre hijo tuyo, querido Héctor –continuó con tono lastimero–. Astianacte, tu pequeño Escamandrio... ¿Qué será de él sin su padre?

Príamo y Hécuba la abrazaron, y los tres lloraron juntos. Apartada e ignorada en un rincón, Apolonia lloraba con ansiedad mientras se arañaba los pechos en señal de duelo.

Abajo, Aquiles se dio por satisfecho y comenzó la retirada al campamento sin dejar de arrastrar el cuerpo del príncipe de Troya, que ya no era más que un amasijo de carne y sangre sobre huesos partidos.

* * *

Briseida permanecía sentada junto al cadáver de Patroclo. A su alrededor, las demás esclavas lloraban y gemían, haciendo aspavientos para que su aparente dolor resultara visible. Ella guardaba silencio. Tenía los ojos enrojecidos y sus labios temblaban ligeramente.

Aquiles penetró en el campamento, condujo el carro hasta su tienda y contempló a las mujeres.

«Fue la reina de Lirneso. Ninguna la iguala», pensó el comandante mientras sacaba su armadura del carro.

–Limpiad los acolchados –ordenó a dos esclavas–. La ha llevado él puesta. –Señaló a Héctor.

Algunas mujeres vomitaron al ver las heridas y desgarros. El resto de mirmidones fue llegando y acomodándose entre las tiendas. Aquiles desató a Héctor y tiró de él para dejarlo a los pies de Patroclo.

–¿Es el príncipe de Troya? –Briseida levantó la mirada.

Aquiles asintió. La mujer observó los dos cuerpos sin vida. Héctor pertenecía a su tierra; Patroclo, que yacía cubierto por un sudario, era un foráneo que la había invadido. Pensó en sí misma, pero no supo decir quién era ni a qué tierra pertenecía. «Ahora soy propiedad de un hombre, es lo único que importa», se dijo.

Con los últimos mirmidones llegaron doce presos troyanos, jóvenes y fuertes, a los que habían tomado en la ribera del río. Algunos

lloraban y suplicaban mientras los ataban a unos postes. Aquiles ordenó que los amordazaran. Mientras lo hacían, Áyax el Grande apareció caminando a buen paso.

–Primo, lo siento mucho –dijo ante Aquiles, y lo abrazó con fuerza. El pélida reprimió las lágrimas, agradeciendo el gesto con un esbozo de sonrisa–. Lo has cazado. –Miró a Héctor–. Con su muerte has quebrado los ánimos de Troya. Caerán. Te necesitábamos para que mordieran el polvo –añadió antes de retirarse.

Los adalides mirmidones montaron en sus carros y dieron tres vueltas alrededor del cadáver de Patroclo para presentarle sus respetos. Aquiles, acuclillado junto a su compañero, le puso la mano sobre el pecho. Su tacto frío lo sobrecogió.

–He cumplido mi palabra, amigo mío –pronunció en voz alta–. He traído a Héctor muerto y degollaré ante tu pira a esos doce troyanos. –Se escucharon gemidos ahogados por las mordazas–. Alégrate en el Hades; tendrás abundantes ofrendas de sangre.

Luego le dio la vuelta a Héctor para ponerlo bocabajo y comenzó a quitarse la armadura.

–Id a los cercados y traed animales –ordenó a los heraldos–. Que haya carne para todos.

Asistidos por tres sacerdotes de Zeus y uno de Ares, llevaron a cabo los sacrificios. El anochecer sorprendió a los hombres degollando bueyes, corderos y cerdos en una orgía de sangre que invadió el cabo Sigeo con la pestilencia de la muerte. Por orden del pélida, la sangre fue recogida en copas y en ánforas, para ser vertida más tarde como ofrenda al alma del difunto.

Con las primeras estrellas en el cielo, los sacerdotes comenzaron a quemar las grasas y vísceras en honor a los dioses, y se asó la carne para el banquete funerario. Los reyes aqueos acudieron para invitar a Aquiles a la casa de Agamenón. El hijo de Peleo iba cubierto de suciedad.

–Hermano, te prepararemos un baño –le dijo Ulises con suavidad, procurando que no se sintiera ofendido–. Te sentará bien.

Aquiles le devolvió una mirada sin luz.

–No me lavaré hasta la cremación. –Miró a Agamenón y levantó un brazo–. Rey de Micenas, aquí tienes la sangre real de Troya mezclada con la de los bueyes y cerdos de mi campamento. Así debe ser. Espero que mi aspecto no te resulte desagradable.

El rey negó lentamente.

–Al contrario, me honra –respondió con satisfacción. La muerte de Héctor lo había puesto de un humor excelente.

–Reparte órdenes –le solicitó Aquiles–. Que al amanecer se recoja leña en el monte Ida para la pira.

–Así se hará.

Enseguida comenzaron a llegar las esclavas con espetones de carne asada y grandes ánforas de vino. Antíloco bebió con ansia, buscando una ebriedad pronta que borrara el tormento de la muerte de Patroclo.

Tras la cena, los reyes se retiraron a sus tiendas. Aquiles regresó a su campamento, cavó un profundo hoyo junto al cadáver de Patroclo y derramó en él la sangre de los sacrificios para alimentar a su sombra errante a las puertas del Hades. Luego, con Automedonte y otros mirmidones, se acercó a la orilla del Helesponto. Bebieron más vino e hicieron libaciones a Poseidón para que les ayudara a acabar con Troya. Aquiles pretendía permanecer toda la madrugada despierto, pero el cansancio y el vino pudieron con él, derrotándolo sobre un colchón de arena y sal.

Sintió que le tocaban el hombro y se levantó sobresaltado. Ante él encontró a Patroclo, sano y sonriente, vestido con la túnica negra de los mirmidones. Llevándose un dedo a los labios, le indicó a Aquiles que no alzara la voz. Sus compañeros dormían en la playa.

–Vago fuera del Hades y no puedo cruzar el río –comenzó a decirle con voz calma–. Cumple con los ritos fúnebres cuanto antes para que pueda descansar. Mi destino se ha cumplido. El tuyo... Morirás al pie de las murallas de Ilión. Tu madre Tetis tenía razón. Has elegido luchar y morirás joven, pero tu historia vivirá para siempre en las voces de los aedas. –Aquiles hizo el amago de arrancar a hablar, pero Patroclo lo detuvo–: Nos criamos juntos gracias a tu padre, que me acogió cuando necesitaba un hogar. De la misma manera, juntos, deben permanecer nuestros huesos y nuestras cenizas.

Aquiles se recreó en su imagen con lágrimas en los ojos. Nada tenía que ver con el cuerpo herido que comenzaba a descomponerse ante su tienda.

–Abrázame –rogó el pélida con tono lastimero–, aunque sólo sea un instante.

Patroclo negó con la cabeza.

–Eres hosco y te cuesta expresar tu sentir, pero yo siempre he sabido que me amas.

Su figura comenzó a difuminarse, vaporosa. Una pequeña grieta se abrió en la arena, bajo sus pies, y por ella penetró en las entrañas de la tierra. Se escucharon agudos chillidos amortiguados por el suelo. El agujero se volvió a rellenar de arena y Aquiles sintió frío.

Se despertó gritando.

–Lo he visto, me ha visitado en sueños.

Antíloco se echó las manos a la boca, conmocionado. Aquiles les contó lo que el difunto le había dicho y rompió a llorar desconsolado. Los demás acompañaron su congoja con sincero sentimiento.

El sol comenzaba a clarear el horizonte. Nadie rompió el silencio. Con el disco solar asomando sobre los montes orientales, un grupo de hombres salió en busca de madera para la pira. Había llegado el momento, aunque Aquiles no se sentía preparado para dar aquel paso.

El pélida eligió a los miembros de la guardia de honor que presidiría el funeral. Todos eran guerreros destacados, compañeros de Patroclo. Bien armados, montaron en los carros. Los más íntimos, encabezados por el propio Aquiles, llevaban el cuerpo de Patroclo sobre unas andas. Sobre el sudario reposaban los cabellos de sus más queridos compañeros, atados o recogidos con cintas.

El desfile llegó al lugar elegido por Aquiles, un promontorio que dominaba la bahía en la que atracaban las naves de abastecimiento. La tumba quedaría orientada simbólicamente hacia el Egeo y, más allá, hacia Ftía. Se hicieron abundantes sacrificios de corderos y bueyes, y Aquiles cubrió a Patroclo con su grasa. Decenas de hombres fueron amontonando la madera hasta formar la pira, que quedó presidida por el muerto y rodeada por los cuerpos de los animales sacrificados. Caía la tarde cuando Aquiles vertió un ánfora de miel y otra de aceite sobre el lecho de Patroclo. Luego, como señal de su profundo dolor, degolló cuatro caballos y dos de sus perros más fieles, que fueron incorporados a la pira.

–¡Traedlos! –pidió a gritos.

Enseguida pusieron ante él a los doce jóvenes troyanos, maniatados y amordazados. Los reyes aqueos estaban a su lado. Agamenón apretaba los dientes, ansioso, cuando Aquiles desenfundó su espada de hierro y los degolló uno a uno. Se escuchó el borboteo de la sangre saliendo por las gargantas. Él mismo los arrastró hasta las maderas, dejándolos allí para que acabaran de desangrarse.

–¡He cumplido! –exclamó. Luego arrastró el cuerpo de Héctor hasta ponerlo junto a la pira–. Aquí tienes al príncipe de Troya. Él no arderá contigo, él se pudrirá o se lo comerán los perros.

Sollozó unos momentos. La noche comenzaba a oscurecer el cielo, y una brisa fresca aireó sus cabellos. Aquiles se acercó a Agamenón, que vestía su coraza broncínea.

–Ordena a los hombres que se retiren al campamento, que preparen la cena. Deja que sólo nosotros honremos a Patroclo.

Y así se hizo. En la bahía sólo quedaron los reyes y varios guerreros principales, que prepararon el banquete funerario con la carne de los sacrificios. Antíloco portaba una antorcha, cuyo fuego había prendido en el hogar eterno del campamento, donde se mantenía viva la llama del templo de Zeus de Micenas. Se la entregó a Aquiles y éste, con solemnidad y lágrimas en los ojos, la acercó a las maderas empapadas de aceite. El fuego se propagó lentamente hasta

cubrir la totalidad de la pira. La noche se encendió con tonos anaranjados y una gran columna de humo ascendió hacia las estrellas.

Con una copa, Aquiles tomó vino de una crátera y lo derramó sobre la tierra invocando a su amigo. Gimió como un niño y se negó a comer cuando se sirvió el banquete. Sólo aceptó vino, que le ayudó a recobrar la fuerza necesaria para tocar la lira y cantar viejos poemas heroicos. Patroclo merecía música en sus honras fúnebres. El crepitar de los troncos acompañaba las melodías. Y así transcurrió la noche, con Aquiles obligándose a festejar para agasajar a su compañero, cuando lo único que le apetecía era llorar y rasgarse la piel.

Cerca del alba, el fuego comenzó a apaciguarse y los leños se redujeron a cenizas. El cuerpo de Patroclo se había consumido y Aquiles, derrotado por el cansancio y las emociones, cayó dormido. Pero su sueño duró poco. Cuando el sol despuntó, el alboroto de las conversaciones de los caudillos despertó al doliente. El viento, que soplaba con fuerza, avivaba los últimos rescoldos y arrastraba cenizas hacia el Egeo.

–Apagadlo con vino y recoged los huesos –ordenó.

Pronto se escuchó el siseo de las brasas. Aquiles untó con grasa la urna chapada en oro que recibiría los restos de Patroclo y, emocionado, vio cómo depositaban en ella los huesos aún calientes. Se retiró hacia el campamento sobre su carro, seguido por los demás adalides. Introdujo la urna en su tienda y depositó el cadáver de Héctor bocabajo en el suelo.

–Organizad una cuadrilla que construya la tumba en el promontorio –ordenó a sus hombres de confianza–. Que sea apropiada para Patroclo. Después, cuando yo muera, ampliadla para mí.

Casi cincuenta hombres marcharon a excavar un hoyo para los cimientos, sobre los que construirían la cámara funeraria. Luego, usando la tierra excavada, formarían un túmulo sobre el enterramiento.

Briseida se acercó a Aquiles con el rostro desencajado. Él, desarmado, la abrazó.

–Lo siento –logró decir ella con sinceridad–. Siempre fue bueno conmigo.

–Son mis huesos los que deberían estar en esa urna. Prometí que volvería a luchar si atacaban las naves, pero lo dejé ir a él para salvar mi honor –se sinceró, culpable–. No busco la gloria. Mi gran virtud, y también mi defecto, es el honor –suspiró–. Ahora da igual. Pronto yo también estaré donde él.

Ella lo miró a los ojos, extrañada, pero comprendió que estaba convencido de lo que decía. Su mirada sin luz hablaba de desesperanza, de ira contenida y de deseo de muerte, la de los troyanos y la suya propia.

Los caudillos aqueos comenzaban a retirarse, pero Aquiles se apresuró a detenerlos.

–Quedaos. Mis hombres traerán tesoros de las naves para organizar competiciones. Debemos honrar a Patroclo con unos juegos.

Y todo se dispuso para las carreras, el pugilato, los lanzamientos de peso, el tiro con arco y los lanzamientos de jabalina. Antes de mediodía comenzaron los primeros enfrentamientos, que se prolongaron durante toda la tarde. Hubo risas, vítores a los favoritos, abucheos a los timoratos, alguna disputa e incluso situaciones de peligro en las que algunos estuvieron cerca de resultar heridos. Aquiles pareció olvidar su dolor durante varias horas; observaba los espectáculos y entregaba los premios, siempre con una sonrisa en la boca.

Llegó la hora de cenar y los caudillos comieron con el pélida. Cerrada la noche, Aquiles acudió solo a la orilla del Helesponto. Se descalzó y caminó por el rompeolas dejando que el agua regara sus pies. Pronto sus lágrimas se fundieron con el mar.

* * *

El sol se había ocultado en el Egeo, pero su luz todavía inundaba la llanura. Príamo observaba fijamente el horizonte, rumiando su rabia y su tristeza. La noche anterior había contemplado la columna de humo que se alzaba desde la bahía del Buey. Imaginó que debía de ser la pira del compañero de Aquiles. «Yo no podré honrar a mi hijo», pensaba, apesadumbrado.

Cuadrillas de hombres habían salido al campo para retirar a los muertos de Ilión y organizaron piras comunitarias para sus funerales. Toda la Tróade se dejó invadir por un denso olor a cenizas. La lucha había cesado, pero nadie sabía por cuánto tiempo.

Cuando la oscuridad se impuso, el rey bajó de las murallas y convocó a sus más cercanos en consejo ante el templo de Atenea. El fuego del templo, el único encendido en toda Troya, se mantenía débil. Téano, la principal sacerdotisa, había recibido la orden de reducir la llama en señal de duelo. Príamo subió la escalinata para hacerse oír mejor. Su túnica azul estaba manchada de tierra y cenizas, y su rostro mostraba varios arañazos. No llevaba puesta la tiara real.

–Troya languidece… Debemos tomar decisiones –dijo apesadumbrado–. Hablad por turnos y votemos qué hacer.

–Salgamos –tomó la palabra Deífobo–. Peleemos y recuperemos el cuerpo de Héctor.

–Hacerlo ahora sería una locura –intervino Polidamante, ojeroso–. Necesitamos más guerreros. Héctor no se lanzaría así a la batalla.

–Ellos también han perdido cientos de hombres –saltó Deífobo,

cuya juventud y fogosidad lo enardecían con facilidad.

–Ellos se lo pueden permitir; nosotros, no –contestó Polidamante. Príamo asintió–. Tenemos hombres para hacerles frente, pero no contaríamos con refresco, y pelear así es asumir una derrota segura.

Hubo un breve silencio, que fue interrumpido por Paris:

–¿Qué hay de los hititas, los amazonios y los etíopes? –se le trababa la voz. Había vuelto a beber en exceso. La muerte de su hermano había teñido de negro su conciencia.

–Hatti no quiere saber nada de nosotros –intervino el canciller Antenor–. Los hititas han vuelto la espalda a Troya. Diría que hasta se alegran de que nos dobleguen. Los etíopes están de camino, pero tardarán en llegar –aclaró–. Y los amazonios están cerca, pero dudan; han detenido la marcha y se plantean regresar a sus tierras.

–Si Ilión necesita más aliados, debe convencerlos –afirmó Eneas con rotundidad–. Mañana al alba enviaré heraldos a mi padre para que reúna más hombres en Dardania.

Príamo sonrió, agradecido. Había recelado del hijo de Anquises, pero su actitud en los combates lo estaba acercando a él.

–Les prometeré más riquezas –dijo el rey–. Estás en lo cierto, Eneas. Los necesitamos. Mientras llegan, permaneceremos aquí, al abrigo de las murallas. Los aqueos no se atreverán a asaltarlas. La situación no es fácil, pero aguantaremos. –Miró a los presentes uno por uno. Vio cansancio y desesperanza en las miradas–. ¿Alguien tiene algo más que añadir?

Nadie habló y Príamo se retiró a su palacio renqueando y arrastrando su pena. Paris se encaminó hacia la ciudad baja. Todos sabían lo que buscaba, pero nadie se atrevió a reconvenirlo. Polidamante aguardó unos instantes ante el fuego, hasta que se quedó solo. Entonces, se sentó en la escalinata y echó un puñado de tierra sobre la hoguera. Echaba de menos a su amigo. Se levantó y comenzó a caminar, cabizbajo. Un perro a sus espaldas ladró con aire lastimero.

–Ven –escuchó en un susurro detrás de él. Al volver la mirada, vio que una mujer lo esperaba en el pórtico del palacio de Paris–. Ven –le insistió apremiante.

Polidamante caminó hacia ella hasta que distinguió los rasgos de Etra, la esclava aquea de Helena.

–Entra –le dijo la mujer, y al instante se perdió en el interior de la casa.

El hombre suspiró y miró a su alrededor. La ciudadela estaba en calma. En el vestíbulo del palacio, débilmente iluminada por una lámpara, encontró a Helena. Olía a incienso. La espartana vestía una falda larga con flecos y llevaba los pechos desnudos, con los pezones pintados con polvo de oro. Lucía varios collares con cuentas de colores y llevaba puestos unos vistosos pendientes de plata con cristales.

–Me he puesto esto para ti –le dijo y, remangándose la falda, se puso de rodillas y se dio la vuelta. Apoyó las manos en el suelo y volvió la cabeza hacia él–. Siempre dijiste que era una perra. Tómame como una, Héctor.

Polidamante tembló al comprender que ella le pedía que se hiciera pasar por Héctor para poseerla. Se recreó en sus nalgas grandes y firmes, y enseguida supo que no podría resistirse al deseo de tomarla. Se desvistió por completo, se puso en cuclillas detrás de ella y la penetró con ansia.

–Sí –gimió ella–. Héctor –volvió a invocarlo, pero esta segunda vez su voz se quebró.

Polidamante la agarró por las caderas y empujó con fuerza varias veces hasta llegar al éxtasis. Luego se puso en pie, aturdido, y comenzó a vestirse. Hizo amago de acercarse a la mujer.

–Vete –le ordenó ella con los ojos brillantes, anunciando un llanto inminente.

Al salir del palacio, él también lloró. Héctor, con su marcha al inframundo, dejaba vacíos insospechados.

* * *

Su pecho, perlado de gotas de sudor, se inflamaba rítmicamente. Tras el intenso orgasmo, Briseida todavía sentía espasmos en las piernas.

El viento agitaba las telas de la tienda. Aquiles abandonó el lecho y salió de la alcoba. Briseida no se atrevió a pronunciar palabra. Habían pasado tres días desde los funerales de Patroclo y al fin Aquiles la había llamado. La había tratado con delicadeza, le había susurrado cariñosas palabras al oído y había respetado los tiempos necesarios. Ambos desahogaron su pena, el uno sobre el otro, como dos confidentes en el alivio de la intimidad.

La esclava observó su espalda musculada mientras se marchaba. El destino la había puesto de nuevo en sus brazos. Se sentía rota, pero, con él dentro, con su aliento sobre las mejillas, algo en ella se recomponía.

Escuchó cómo Aquiles uncía los caballos al yugo de su carro. Supo que iba a arrastrar de nuevo a Héctor e imaginó su sombra castigada, condenada a vagar sin poder llegar al Hades. Lo había visto la tarde anterior. Su carne, desgarrada, se pudría. Se estremeció al pensar hasta dónde podía llegar la cólera de Aquiles.

–Y ahora, ¿qué? –preguntó el viejo Néstor de Pilos.

Los líderes se habían reunido para cenar ante la casa de Agamenón.

–No tengo prisa –respondió el rey–. Ha muerto el comandante de Troya, y Aquiles y sus mirmidones han vuelto con nosotros. Tenemos la victoria en las manos.

–Pero ellos tienen la ciudad y sus murallas –replicó Ulises.

–Un asalto –intervino Diomedes–. Morirán hombres, pero acabaremos con esta guerra en dos días.

–Morirían demasiados hombres –respondió Agamenón–, y nadie garantiza la victoria. No es necesario arriesgarnos tanto. Estamos bien abastecidos. Llevamos diez años aquí... ¿Qué importan un par de meses más? No aguantarán. Saldrán a pelear o morirán de hambre. No tienen flota, y la mitad de su ejército ha caído en la llanura. –Se rascó la cabeza–. Me lo decía mi instructor de armas: la precipitación lleva al error.

–Todos deseamos volver pronto a casa –añadió Ulises con la mirada perdida en la fogata central–, pero Agamenón tiene razón. Ya es cuestión de poco tiempo. Aguardemos.

Todos miraron a Menelao que, poniéndose en pie, se dirigió a la trasera de la casa para mear. No solía intervenir en las asambleas. Algunos lo llamaban «el silencioso». Sin embargo, se percibía su nerviosismo. Helena había sido su reina, la había amado sinceramente, pero lo había traicionado de la peor manera posible. «¿Qué hará cuando la tenga delante?», se preguntaban.

* * *

La comitiva dárdana llegó a Troya por levante, por la llanura del río Simois. En las puertas Dardanias los recibió un grupo de troyanos encabezado por Deífobo, el nuevo favorito de Príamo.

–Soy Anquises, líder de los dárdanos –se presentó el anciano que iba al frente–. Vengo a dar mis condolencias a Príamo, favorito de Apolo, y a engrosar su ejército con estos hombres. –Tras él había unos doscientos guerreros armados, muchos de ellos montados sobre carros.

–Sois bien recibidos. –Deífobo lo abrazó–. Mi padre se alegrará de veros –dijo sin convencimiento, consciente de las viejas rencillas entre los dos.

Los dárdanos atravesaron las empalizadas y el foso, y penetraron en la ciudad. Recorrieron la avenida Dardania, que desembocaba en la plaza del mercado principal de Troya, y desde allí enfilaron las primeras cuestas hacia la ciudadela. La ciudad baja hervía, abarrotada de viudas y guerreros. Los campamentos extramuros se habían desmantelado y los hombres se agolpaban en las pequeñas viviendas. Por decreto del rey, muchas viudas se habían visto obligadas a compartir sus casas con otras mujeres. Los guardias apenas daban abasto resolviendo los conflictos que surgían en la urbe. Muchas

construcciones estaban siendo remodeladas a grandes prisas, estrechando las habitaciones y construyendo nuevos muros de separación. En su camino, los dárdanos pudieron ver los rostros demacrados y tristes de las mujeres y niños, y las miradas de desesperanza de los hombres. No era lo que esperaban encontrar en la ciudad de las maravillas, en la Troya que antaño había controlado el comercio del Helesponto, cuya flota hacía temblar a los pueblos del mar Oscuro.

En la puerta Apolínea, Anquises ofrendó grano ante la estela de Apolo. Príamo se reunió allí con él. Iba vestido con una larga túnica de color púrpura manchada de barro y ceniza. Sus cabellos canos se mostraban enmarañados.

–¡Primo! –exclamó Anquises, emocionado por la triste imagen del orgulloso rey de Troya. Se abrazó a él con fuerza y los rencores quedaron al instante disipados–. Lo siento mucho. –Lloraba, y Príamo lo acompañó enseguida.

Así, abrazados por los hombros, subieron la cuesta de la ciudadela. Arriba se encontraron con Eneas, que mandó llamar a su esposa y a su hijo.

–Te he echado de menos –le dijo Anquises a su nieto Ascanio mientras lo abrazaba.

Príamo se sintió culpable por haber desatendido a su hija Creúsa y a su nieto. Se volvió hacia ella y le apretó el hombro con afecto. La muchacha se lo agradeció con lágrimas en los ojos.

–Puedes sentirte orgulloso de tu hijo, Anquises –dijo el rey–. Ha peleado bien, ha sabido liderar a sus hombres. Héctor... –se le quebró la voz–. Lo apreciaba de veras.

Eneas sacó pecho y su padre lo miró con satisfacción. Luego, Anquises centró su atención en Príamo.

–Todos sentimos la muerte de Héctor. –Fue directo–. Era el rey que algún día, espero que lejano, necesitará Troya. Celebremos sus funerales.

–No sin su cuerpo –replicó Príamo–. No celebraré sus honras con un trozo de madera, ni con un muñeco relleno de paja. –Se restregó los ojos–. Vamos dentro del palacio. A Hécuba le vendrá bien la visita.

Cuando los dos viejos se perdieron en el vestíbulo, Eneas abrazó a su esposa, que seguía emocionada, y besó en la cabeza a Ascanio.

–Al fin va a comenzar a valorarte –le dijo.

Ella se arrebujó contra su pecho, sonriendo.

–Me alegra, pero contigo me basta.

Eneas sonrió a su vez y la besó, sintiéndose afortunado por tenerla a su lado. Troya seguía vestida de luto por la muerte de Héctor, pero, al menos para ellos, hubo algo de luz aquel día en que Anquises llegó del sur con cerca de doscientos guerreros dárdanos.

* * *

–Ni los perros se acercan a él. –Áyax no disfrazó su repugnancia. El cuerpo de Héctor, cubierto de moscas, hedía a putrefacción–. Quémalo o tíralo al mar, pero no lo mantengas aquí, en medio del campamento. Acabará trayendo enfermedades.

Aquiles traspasó a su primo con la mirada.

–Verlo me relaja. Me recuerda que he vengado a Patroclo –fue su respuesta.

–¿Qué piensas de todo esto? –le preguntó el gigante, buscando su complicidad–. ¿No crees que deberíamos asaltar Troya y acabar ya con esta guerra?

–Habrá más batallas, te lo aseguro. Es cuestión de días. –Aquiles se puso melancólico–. Todos debemos cumplir con nuestro destino... Troya caerá, y yo...

–Y tú tendrás diez esclavas troyanas y una manada de caballos, y mucho oro para cubrir tu cuerpo delgaducho –se adelantó Áyax.

–Todo eso, y más, lo tendrá mi hijo. Si me sobrevives, encárgate de que así sea.

Áyax el Grande resopló.

–Eres un maldito agorero, primo. Te encanta aguar las fiestas. –Se volvió para regresar a su tienda–. Bebe vino, fóllate a tu Briseida y celebra la vida. Patroclo lo estaría haciendo si pudiera. Hazlo tú, que puedes.

Y se alejó a grandes zancadas.

–¡Un maldito agorero! –gritó desde la linde del campamento mirmidón.

Aquiles sonrió. No entendía cómo, pero Áyax siempre conseguía hacerle sonreír. Sin embargo, en esta ocasión sus ojos no acompañaron a su boca. Su mirada vacía hablaba de noches en vela, de tristeza infinita y de funestos presagios.

* * *

Casandra, impertérrita, observaba los aspavientos de sus hermanos, que lloraban y se lamentaban a gritos. Hécuba gemía y repetía el nombre de su hijo una y otra vez en una letanía aterradora. Príamo se había embadurnado en estiércol de caballo y sollozaba como un niño. El hogar seguía apagado y el gran salón del mar Océano se asemejaba a una cueva maloliente.

–Os queda poco tiempo de sufrimiento –murmuró la sacerdotisa.

La llegada de Anquises con sus refuerzos había representado un leve alivio que enseguida se esfumó.

–Han pasado doce días. –Príamo se puso en pie de repente y apoyó una mano en el hombro de su esposa–. Ya es hora de hacer algo –dijo alzando la voz por encima de los lamentos–. Yo, un anciano decrépito, tengo que tomar las riendas, porque los nueve hijos que me quedan vivos no sirven para nada. –Su voz fue subiendo el tono hasta tronar dentro de la estancia. Deífobo se sintió herido en su orgullo, pero no replicó. Paris apenas se había enterado del discurso, mareado aún por la última borrachera–. Traed una carreta con ricos regalos. Iré hasta ellos para recuperar el cuerpo de Héctor.

–¡No! –gritó Hécuba arrasada por las lágrimas.

–Yo iré, padre –propuso el joven Deífobo.

Y siguieron los ofrecimientos de otros, aparentando valor y fortaleza.

–¡Callaos! –ordenó el rey–. Cumplid la orden y callad de una vez. Han muerto los mejores, y sólo quedan los despojos de mi sangre. –Las palabras volaron certeras como flechas–. Llamad al viejo Ideo. Él me acompañará. Vosotras –señaló a tres esclavas–, traed agua y una bañera.

Todos obedecieron, incluso Hécuba respetó su decisión. Príamo se dejó lavar y se vistió con una larga túnica de color negro, mientras sus hijos preparaban la carreta. Antes de marchar, Hécuba le entregó una copa de oro con vino.

–Mi rey, liba a Zeus para que permita que regreses a salvo con el cuerpo de nuestro hijo.

Así lo hizo, y luego montó en el carro y se dejó llevar por Ideo. Por el camino, cientos de troyanos salieron de sus casas para ver a su rey. Sus bendiciones lo arroparon hasta que llegó a las puertas Esceas, por donde salió a la llanura.

Cuando pasaron junto a la tumba de Ilo, la noche comenzaba a caer. Príamo sentía cerca la muerte, pero no le tenía miedo; sus ojos cansados habían visto ya demasiado. Las ruedas del carro pasaban por la hierba pisoteada, embarrada y manchada de sangre, e incluso tropezaban con algún cuerpo que se descomponía, olvidado por los suyos.

–En esta llanura aprendí a manejar el carro de combate –le dijo al heraldo con la voz quebrada por la pena–. La guerra destroza el mundo.

Ideo guardó silencio. En su juventud había acompañado al rey en sus campañas contra los reinos rivales de Troya. Príamo maldecía la guerra, pero, gracias a ella, su estirpe era la señora de la Tróade.

Llegaron a las cercanías del muro y Príamo ordenó al heraldo que aguardara allí. Iría a pie al encuentro de Aquiles. Se cubrió los cabellos plateados con un velo negro y, desde la playa, bordeando el mar, se adentró en el cabo evitando el foso. Enseguida se encontró con

las negras naves de los aqueos y su corazón se encendió de odio. Remontó la arena y, a lo lejos, entre las primeras tiendas, distinguió una que sobresalía por su altura y su extensión. Caminó hacia ella sin vacilar. Nadie salió a su paso para detenerlo. A la entrada, observó una figura oscura que cabeceaba. Se quitó el velo.

–Soy el rey de Ilión. Busco a Aquiles –pronunció con voz insegura.

–¿Príamo? –preguntó Fénix a media voz mientras se ponía torpemente en pie y miraba a su alrededor, como si esperara encontrarse con un escuadrón de troyanos. Lo observó detenidamente y, poco después, señaló al otro extremo de la tienda con un dedo tembloroso–. Por allí –susurró, aún sorprendido.

En la parte de atrás, dos hombres permanecían sentados en torno a una hoguera casi consumida. A su alrededor había restos de comida. El anciano reconoció a primera vista a Aquiles y, acercándose en silencio, se inclinó ante él y le besó las manos. Automedonte se puso en guardia, pero Aquiles, aunque tenso, se dejó hacer.

–Vengo a por mi hijo. Nadie me acompaña –dijo–. Apiádate de mí. –Sus ojos se cubrieron de lágrimas–. Muerto está, dámelo para que pueda honrarlo, para que su madre deje de llorar ante una armadura vacía. –Volvió a besarle las manos–. Piensa en tu padre; imagina su ansiedad si tú cayeras y no pudiera recuperar tu cuerpo... Apiádate de nosotros, te lo suplico. –Le apretó las manos–. He besado las manos que han matado a mis hijos y nietos. Estoy arrodillado ante ti... ¿Qué más quieres, Aquiles?

El comandante mirmidón se conmovió al pensar en su padre, viejo y solo, sin su único hijo a su lado para cuidarlo.

–Traigo un valioso rescate. Está en una carreta a las puertas de vuestro muro –prosiguió Príamo–. Dame a mi hijo ya. –Su voz adquirió un tono firme.

Aquiles frunció el ceño y se desasió de sus manos. De nuevo afloró su naturaleza colérica.

–No me metas prisa, viejo –le dijo–. Me has conmovido, pero no tientes tu suerte. –Se puso en pie y Automedonte lo imitó–. Ve a por el rescate –le ordenó a su auriga. Luego miró al anciano rey, un hombre consumido, con los huesos apenas cubiertos por una fina capa de piel–. Espérame aquí, siéntate junto al hogar.

Aquiles buscó a Briseida.

–Llama a otras dos mujeres y preparad juntas el cuerpo de Héctor. Lavadlo y ungidlo con aceite. –Briseida lo miró extrañada–. Se lo voy a dar a su padre.

La mirada de la joven se iluminó.

–Haces lo correcto –dijo Briseida.

Él se limitó a asentir y se volvió para regresar junto al rey. Príamo lo esperaba quieto, pero impaciente. Aquiles colocó un espeto con

carne sobre el trípode de bronce y le sirvió vino al anciano.

–Cena. Yo te acompañaré. –Se sirvió vino él también y bebió un sorbo–. Te entregaré a tu hijo al amanecer. –Príamo sollozó de alivio–. Come conmigo y llévate a tu hijo cuando salga el sol. Ya tendrás tiempo de llorarlo en Troya. No lo hagas aquí.

Automedonte no tardó en volver con la carreta, acompañado por el heraldo Ideo. Aquiles se acercó a ellos y examinó los bienes.

–Patroclo, no te enojes conmigo por lo que voy a hacer –susurró casi para sí–. El rey trae un rescate digno, y a ti te ofrendaré tu parte. Han pasado muchos días, he derramado muchas lágrimas. Se ha ablandado mi corazón, y él no es más que un padre desesperado y suplicante...

Comprobó que el cuerpo estaba preparado y, cuando la carreta estuvo descargada, lo tapó con una túnica y lo cargó en ella. Luego volvió al hogar para repartir la carne.

–Háblame de tu ciudad, rey –le pidió a Príamo.

El viejo comenzó a hablar con una mezcla de melancolía y tristeza.

–En sus mejores días, Ilión tenía una flota de trescientos barcos que dominaban el ponto...

Así comenzó un relato acerca de las glorias pasadas de Troya. Aquiles lo escuchó ensimismado, consciente de que la llegada de su pueblo había fulminado su gloria y manchado su tierra de sangre. Comieron y bebieron, dedicándose fugaces miradas alrededor de la hoguera casi extinta. Aquiles dispuso dos lechos para los troyanos a la entrada de su tienda. Antes de retirarse a su alcoba, el mirmidón se dirigió al rey:

–¿Cuántos días necesitas para los funerales de tu hijo?

Príamo meditó en silencio. «Nueve días para llorarlo, un día para la cremación y el banquete, otro para construir el túmulo y enterrarlo», se dijo.

–Once.

–Sea. Después de once días retomaremos la lucha –concedió Aquiles, y se introdujo en la tienda.

Briseida lo esperaba en la cama y, en cuanto apareció, lo abrazó con lágrimas en los ojos. A la luz de una lámpara, la esclava observó su rostro. Sus facciones se habían relajado, como si se hubiera liberado de una pesada carga. Lo besó y, por primera vez desde que lo conocía, le abrió su corazón.

–Eres hermoso, ahora lo veo. Dentro de ti hay belleza, aunque te esfuerzas por ocultarla. Patroclo supo encontrarla...

La joven se entregó a él gustosa. Aquiles la amó con sosiego, y luego ambos se durmieron abrazados, arrullados por el suave sonido de los cueros de la tienda, que se mecían con la brisa marina.

Fuera, Príamo e Ideo no tardaron en conciliar el sueño, pero antes

del alba se despertó el rey.

–Vamos, pongámonos en marcha –apremió a Ideo, nervioso–. Si Agamenón se entera de que estoy aquí no será tan amable como Aquiles.

Montados en la carreta llegaron al muro. Los guardias, avisados por los mirmidones, los dejaron salir. Atravesaron la llanura y, una vez cruzado el vado del Escamandro, los primeros rayos de sol golpearon sus ojos.

Vestida de blanco, Casandra permanecía apostada en el adarve occidental de la ciudadela. Tenía la vista fija en una pequeña mancha que se movía por la llanura. Cuando ésta atravesó el río, distinguió la carreta de su padre bajo los primeros rayos de sol.

–¡Héctor vuelve a casa! ¡Mi hermano regresa a Ilión! ¡Acudid a recibirlo! –voceó a pleno pulmón.

Un nudo en el pecho acrisolaba su pena y su alegría. Casandra dejó correr las lágrimas. Podría honrar a Héctor, pero no a su amado Otrioneo, inerte en algún punto impreciso del cabo. Todavía, en las noches inquietas, sentía su cálido tacto sobre su cuerpo.

Las primeras en acudir a la llamada fueron Hécuba y Andrómaca, y juntas caminaron hacia las puertas Esceas. Cientos de troyanos salieron de sus casas y las siguieron. Cuando llegaron a la muralla, la carreta ya enfilaba el empedrado, y Andrómaca echó a correr hacia ella. En cuanto el heraldo detuvo el carro, la mujer saltó dentro y destapó el cuerpo. Sólo los cabellos negros con destellos azulados permitían reconocerlo; la piel estaba rasgada y lacerada, seca, y el rostro se había convertido en una masa de carne putrefacta que, por algunas zonas, dejaba ver el cráneo.

–¡No! –pudo gritar al fin, y su lamento estremeció a toda Troya.

Príamo la tomó de una mano y la apartó suavemente del cadáver. Desmadejada, se dejó llevar por un llanto lastimero.

–Ya, hija mía... Ahora podremos honrarlo como merece.

Hécuba los recibió en las puertas. Tenía el rostro deformado por el dolor y sujetaba con los puños dos mechones de pelo.

–¡Él se ha librado de ver lo que está por venir! ¡Alegraos por él! –gritaba Casandra por el camino que los llevaba hacia la ciudadela.

Príamo hizo una señal a sus guardias para que alejaran a su hija de allí.

–¡Quisiera ser él! –gritó cuando la empujaron suavemente para que se adelantara y atravesara la puerta Apolínea.

En la explanada del templo de Atenea, improvisaron un lecho para depositar a Héctor. Laocoonte, Téano y Héleno, principales sacerdotes de Ilión, destaparon el cuerpo y lo untaron con aceites perfumados, sin poder reprimir las lágrimas. Decenas de aedas acudieron para cantar

el dolor de toda Troya y las mujeres respondían a sus cánticos con profundos gemidos. Andrómaca tomó en sus brazos la cabeza de su esposo.

–Has muerto muy joven, Héctor mío –sollozó–. Y dejas a nuestro hijo sin mañana. Ahora que tú has muerto, la ciudad caerá...

Tomó la palabra Hécuba:

–¿Qué has obtenido de su muerte, Aquiles? ¿Acaso te ha devuelto a Patroclo? Tal vez estemos perdidos sin Héctor, pero te maldigo, rubio aqueo. Si hemos de caer, tú no lo verás. –Su boca temblaba de ira.

Helena se abrió paso entre la gente y, acercándose a Andrómaca, pronunció un «lo siento» con la voz tan quebrada que desarmó a la viuda.

–Ojalá hubiera muerto antes de que Paris me trajera a Troya. –Miró a su esposo, que permanecía de pie junto a Príamo con la cabeza gacha. Luego dirigió la vista hacia el príncipe difunto–. Héctor, nunca me insultaste, a pesar de que no querías que estuviera aquí. Yo siempre te consideré un amigo. Lloro por ti.

Polidamante la miró fijamente, pero ella no le devolvió la mirada. El compañero del príncipe permanecía serio y su rostro reflejaba ansia de venganza más que dolor.

Príamo suspiró tres veces y, apoyado en el hombro de Deífobo, repartió órdenes para la celebración de los funerales.

–Recoged leña durante nueve días. Al décimo prenderemos la pira. No vayáis con temor, los aqueos nos han dado una tregua. Que los aedas sigan cantando nuestra pena y las mujeres gritando nuestro dolor.

Se retiró al interior de su palacio y ordenó que le prepararan un asado. Por primera vez en varios días, anhelaba una comida decente. Pensó en Aquiles, en su seguridad y en su mirada impenetrable. Tomó una copa de oro y libó vino a Zeus. Luego se enjuagó la boca, se frotó los labios y escupió sobre el hogar.

«He tenido que besar las manos del asesino de mi hijo, ¿qué peor me podéis tener guardado, dioses del monte Ida?», se dijo mientras volvía a llenar la copa, acompañado por los cánticos y gritos que provenían de fuera.

* * *

Briseida acariciaba los cabellos mal cortados de Aquiles, que permanecía tumbado bocabajo sobre el lecho.

–Te los puedo arreglar.

–Me gustan como están –respondió él–. Son un recuerdo de mi ofrenda. –Se giró y la miró a los ojos–. Pronto tendré que hacer un sacrificio mayor que el de mi pelo. –Ella hizo el amago de un

reproche, pero él la calló–. Mi madre no se equivocaba, puedo sentirlo. Moriré aquí.

–¿Por qué hablas así? –Los ojos de Briseida se anegaron de lágrimas–. ¿Por qué te empeñas en cubrir tu vida con un manto negro?

Aquiles evitó responder. Se levantó y se puso un taparrabos y un faldellín. Así, con el torso desnudo, salió fuera y caminó hacia la linde oriental del cabo. El campamento entero agradecía la tregua. Los heridos se recuperaban y los sanos recobraban fuerzas. Los aqueos habían limpiado de muertos la llanura y seguían celebrando banquetes en su honor. El pélida se detuvo donde comenzaba la arena de la playa. Briseida lo siguió y se reunió allí con él. La muchacha tenía las mejillas mojadas.

–No me rehúyas, Aquiles. Nunca huyas de mí. He aprendido a quererte. No me dejes ahora...

Aquiles miraba hacia el ponto, donde se destacaban varios pecios con provisiones que se acercaban. Apoyó brevemente la mano en la espalda de la joven y esbozó una fugaz sonrisa.

–Me consuela saber que me recordarás con cariño.

Y echó a caminar descalzo sobre la arena para enfilar el rompeolas y comenzar su carrera matutina.

«No sé si la profecía de su madre es cierta, pero él hará todo lo posible por cumplir ese destino», pensó Briseida.

Como cada mañana, cientos de aqueos se acercaban a la playa para descargar las provisiones y llevarlas al campamento. En esta ocasión había grano, quesos, animales y alquitrán para las naves.

–Ésos vienen de mi tierra –comentó Idomeneo de Creta.

Ulises, a su lado, observaba el trasiego de hombres y valoraba la mercancía.

–No es mucho, pero somos menos. Hay casi tantos hombres en los tholoi como fuera de ellos.

–¡No exageres! –Áyax el Grande le palmeó el hombro. Desde que Aquiles se había incorporado a la lucha, su humor había mejorado ostensiblemente–. Seguimos siendo muchos y, si estamos vivos, es porque somos los mejores.

–En eso tienes razón –concedió el rey de Ítaca–. De todas formas, no nos queda mucho tiempo aquí. Pronto podremos volver a casa... –Perdió la mirada en el mar, melancólico.

–Ay, Ulises. Tú nunca quisiste venir. Penélope, Penélope... –El gigante simuló una voz quejosa e infantil–. Si tanto la amas, deja de follarte a las esclavas –explotó en carcajadas.

Ulises no pudo tomárselo a mal y rio con él. Cerca, Menelao escuchaba la conversación sin intervenir. De reojo miraba hacia Troya. Sabía que Ulises tenía razón, faltaba poco para que aquella guerra

terminara.

–Menelao, amigo –lo llamó Ulises–. ¿Qué harás entonces? –Todos supieron a qué se refería.

El rey de Esparta los miró por turnos antes de soltar su respuesta, corta y contundente:

–La mataré.

* * *

Los jinetes se presentaron en Troya el octavo día de tregua. Sus monturas, robustas y de gruesas patas, impresionaron a los guardias que les dieron el alto en la puerta del Alba. Los célebres caballos de Troya eran buenos para tirar de los carros, o para cargar sobre sus lomos a heraldos jóvenes y delgados, pero serían incapaces de galopar con guerreros de aquella envergadura.

–¿Quiénes sois? –preguntó un guardia con armadura de escamas de bronce.

–Soy Pentesilea, reina del pueblo de Amazonia, y vengo a ver a vuestro rey Príamo para darle mis condolencias y tratar sobre nuestra alianza –contestó la cabecilla en su misma lengua, aunque con un marcado acento extranjero.

Los troyanos la miraron sorprendidos, sólo la voz delataba que era una mujer. Los siete jinetes vestían de igual manera, con calzones holgados y camisas largas de colores, sobre las que llevaban puestas cotas de piel. Iban armados con lanzas y arcos sin tensar. A sus espaldas colgaban carcajes repletos de flechas. El rostro de Pentesilea era rudo, propio de alguien acostumbrado a la guerra. Tras observar los rasgos de los demás con atención, los guardias se dieron cuenta de que sólo dos eran hombres. Les abrieron el paso hasta la ciudadela, pero los obligaron a descabalgar.

Príamo recibió a la reina en el salón del mar Océano. El hogar seguía apagado en señal de duelo, pero, a pesar de la escasa luz, los murales de animales acuáticos impresionaron a Pentesilea.

–En mi tierra no es fácil ver palacios así –reconoció–. Nos movemos demasiado. –El amazonio era un pueblo nómada que vivía fundamentalmente de la ganadería. Su tierra se extendía por las grandes llanuras que había al norte del mar Oscuro–. Sentimos mucho la muerte de tu príncipe. Su fama llegaba a nuestras tierras.

–Os lo agradezco. –Príamo se llevó la mano al pecho–. Me consta que lo habéis sentido, tanto que detuvisteis vuestro camino... –La crítica velada hizo que Pentesilea frunciera el ceño–. Tu esposo, Areio, ¿sigue en la guerra?

Pentesilea afirmó con la cabeza. Los amazonios estaban en guerra con los pueblos que lindaban con ellos a levante.

–Llevo tres años gobernando en su nombre.

–¿Cuántos hombres puedes traer?

La reina respiró profundamente y habló en tono serio:

–¿Hombres? Apenas doscientos. Pero vengo con ochocientos guerreros. Es lo que pediste desde el principio, y es lo que he traído. Conmigo viajan más de seiscientas mujeres entrenadas para la guerra, tan capaces como cualquier hombre. Peleamos con arcos, montadas a caballo, y somos capaces de vencer a un ejército de aqueos. –Hizo una pausa–. La pregunta debo hacértela yo a ti: ¿qué nos ofreces? No creo que Troya pueda permitirse pelear sola. He visto la ciudad y estoy informada sobre todo lo que ha pasado. Los términos de nuestro primer acuerdo no son válidos ahora, después de una derrota y de la muerte de Héctor.

Príamo se tomó unos instantes para meditar. Deífobo, a su lado, se mantenía en silencio. El rey conocía la fama de las amazonas. Los hombres se ausentaban a menudo, y las mujeres eran capaces por sí solas de defender sus poblados. Eran muchas las naciones que las temían en el campo de batalla.

–Podemos daros telas y caballos en abundancia –dijo al fin, ofreciendo las dos principales mercancías de Ilión.

–Vuestras telas no son buenas para montar a caballo –señaló sus rudos calzones–, ni vuestros caballos son capaces de soportar nuestro peso. Los criais débiles... Pero hay algo vuestro que queremos y que podéis darnos: oro. –Príamo se puso en pie para replicar, pero Pentesilea prosiguió sin darle ocasión para abrir la boca–: No ahora. Queremos una cuota del comercio del Helesponto. Cuando se restaure –aclaró.

Príamo valoró la actitud de la reina en la negociación, fría e inteligente.

–Una medida de cada veinte –ofreció.

–Sea –confirmó la amazona–. Daré la orden de que mis guerreros desmonten el campamento y vengan a Troya.

–Quédate con nosotros mientras tanto –solicitó Príamo–. Eres bien recibida y serás alojada como te corresponde. –Pentesilea inclinó la cabeza levemente en señal de asentimiento y gratitud–. Pasado mañana celebraremos los funerales de Héctor. Será un honor contar con tu presencia.

La pira había sido instalada fuera de la ciudad, frente a las puertas Dardanias. El décimo día de tregua, cuando el sol se acercaba al Egeo, una procesión solemne acompañó al cuerpo del príncipe, que era porteado por Deífobo, Paris, Polidamante y Eneas. Justo detrás de ellos, Príamo y Hécuba lloraban sin descanso.

–¿Cuántos hijos hemos perdido y no hemos podido honrar? –

preguntaba al cielo la reina–. ¡Que pare ya esta sangría!

Los porteadores colocaron al príncipe sobre el lecho de troncos y dieron comienzo los sacrificios en su honor. La sangre que se le iba a ofrendar se vertió en recipientes de barro, y la grasa fue untada en las maderas y en los restos de Héctor.

Andrómaca, abrazada a su esclava Apolonia, lloraba desconsolada. Pentesilea, desde su puesto de honor en el cortejo, lo observaba todo en silencio.

Decenas de hogueras fueron encendidas para asar la carne sacrificada y, cuando la primera estrella pudo verse en el cielo, Príamo prendió el fuego que iba a devorar a su hijo. Toda Troya lloró, toda Troya se lamentó por su destino incierto.

La noche se encendió con las llamas, que dibujaron figuras grotescas sobre las murallas de Ilión. Hasta el alba se mantuvo viva la pira y, a su alrededor, comieron y bebieron los troyanos. El banquete fue acompañado por música, canto y viejas historias recitadas por los mejores aedas de la Tróade. Nadie pudo dormir. Todos hablaban sobre Héctor, ensalzaban su figura y rememoraban sus hazañas. Había muerto un hombre, pero había nacido un mito. Astianacte, su hijo, fue colocado ante la pira para que honrara a su padre, pero el pequeño sólo lloró y gritó, sin acabar de comprender lo que estaba ocurriendo.

Al amanecer, Príamo ordenó que apagaran los rescoldos con vino. Los más cercanos al difunto recogieron sus huesos para introducirlos en una urna. Y entonces comenzaron los trabajos para construir el gran tholos en el que serían enterrados. Al rey no le quedaban lágrimas. El cansancio y la pena deformaban sus rasgos, borrando toda la dignidad que representaba su tiara real. Hécuba acudió a su lado para ayudarlo a caminar, pero él se zafó de ella.

–¡Recordad este día! –alzó la voz, para que todos los presentes lo oyeran. Se hizo el silencio a su alrededor–. Ilión ha muerto hoy. No importa lo que viene. ¡Aedas! –se volvió hacia ellos–, componed un poema que termine aquí, que recuerde a los que vendrán quién fue Héctor y quién lo mató.

A lo largo de aquel funesto día, el tholos quedó construido y en su interior fue depositada la urna. Amontonaron la tierra sobre el techo de piedra y cubrieron el camino que conducía a su puerta subterránea. Dos columnas solitarias marcaron el lugar y, junto a ellas, se excavó un profundo agujero en el que se vertió la sangre de los sacrificios, una generosa ofrenda para el caído. En honor a Héctor, Pentesilea hizo una demostración de tiro con arco montada sobre su caballo. Príamo quedó complacido. «Las amazonas desconcertarán a los aqueos con su manera de luchar», pensó.

A primera hora de la tarde, la ciudad al fin quedó en silencio.

Así se hicieron las honras de Héctor, domador de caballos.

ESPERANZAS

–No sé si será hoy –le dijo Aquiles a Briseida– o mañana, pero cuando pase quiero que quedes libre.

Se había vestido para la batalla y empuñaba a Areida, su temida lanza pesada. La esclava asintió con lágrimas en los ojos, impotente ante aquel destino que Aquiles imponía para ambos. Odiaba a aquel hombre y también lo amaba. Recordó las palabras de Patroclo, tan certeras; con Aquiles no había tibiezas: se le amaba con desenfreno, se le odiaba con intensidad y, con frecuencia, ambos sentimientos convivían en un mismo pecho.

En cuanto Aquiles montó en el carro, Automedonte hizo marchar a los caballos hacia la llanura, donde se concentraba el ejército. Cada rey comandó a sus hombres. Las tropas aqueas invadieron los campos de tréboles y avanzaron a buen paso para cruzar el vado del Escamandro. Al otro lado, los troyanos y sus aliados los aguardaban dispuestos para la batalla. Deífobo, Eneas y Pentesilea pretendían cubrir juntos el enorme vacío que había dejado Héctor.

–¡No os confiéis! –gritó Agamenón–. No cejéis hasta que el último troyano haya hincado la rodilla en el suelo. ¡Pronto las troyanas calmarán vuestra sed!

Menelao, a su lado, apretaba con fuerza el astil de su lanza y miraba las murallas, imponentes y cercanas, sobre las que se adivinaban los cuerpos de cientos de mujeres. «Puedo olerte, Helena», susurró para sí.

Calcante por los aqueos y Héleno por los troyanos, realizaron los sacrificios previos al combate e interpretaron las señales, propicias para ambos bandos.

Deífobo lanzó a los carros, que fueron recibidos con flechas y balas de honda. La tregua por los funerales de Héctor había terminado.

Las filas micénicas fueron las primeras en ponerse en movimiento, e inmediatamente las siguieron las de los demás aqueos. Diomedes, adelantándose a Agamenón, se acercó a los carros enemigos, que ya se abrían hacia los flancos para que los peones troyanos avanzaran. En retaguardia, los amazonios aguardaban a que se produjera el choque; entonces se adelantarían hasta la segunda fila aquea para dificultar el refresco. La estrategia, ideada por Eneas, contaba con el beneplácito del rey de Troya. «Ha terminado el tiempo de llorar, ha vuelto el momento de tomar las armas», les había dicho Príamo a sus comandantes aquella misma mañana.

Enseguida la línea de combate serpenteó por la llanura. Los

hombres empujaban los escudos y clavaban las armas en los huecos que dejaban las corazas.

Aquiles desahogaba su rabia a lanzazos, rodeado por la temible hermandad de ftianos. Entre sus oponentes cundía el miedo cuando veían el penacho de crin de su casco, recuperado tras matar a Héctor.

La muerte quedó sembrada en los llanos de Troya. Pentesilea determinó que había llegado el momento de intervenir. Los jinetes, en su mayoría mujeres, cabalgaron por los extremos de la zona de combate y se posicionaron en la retaguardia contraria. Los aqueos observaban maravillados cómo cabalgaban hacia la batalla con sus ropajes coloridos y sus melenas al viento. Enseguida comenzó la lluvia de flechas y los peones aqueos intentaron darles alcance. Sin embargo, las amazonas retrocedían veloces, sin dejar de disparar sus eficaces arcos. Pronto varios cientos de hombres cayeron abatidos bajo los dardos amazonios.

–¡No os dejéis atrapar! –gritaba Pentesilea a sus guerreras–. ¡Por Ares!

Nadie acudió a ocupar el lugar de los aqueos que peleaban en el muro de escudos, que ya sentían los brazos cansados. Entonces se dieron cuenta de que la retaguardia estaba en apuros.

Eneas y Deífobo seguían animando a sus hombres para que no desfallecieran. Su estrategia parecía dar resultado y comenzaba a dañar la moral enemiga.

Ulises, sobre su carro, recorrió las filas hasta dar con Aquiles.

–Me manda Agamenón –le dijo–. Tenemos problemas. –Señaló la retaguardia–. Son arqueras montadas a caballo.

Aquiles reflexionó. Quirón, su maestro, también peleaba montado a caballo. Se necesitaban animales fuertes, como los que se criaban en las estepas, al norte del mar Oscuro.

–Escudos, y detrás arqueros –dijo al fin–. Es la única manera.

Ulises asintió.

–Vamos juntos –le pidió el itacense–. Parémoslas.

Los dos adalides marcharon a la retaguardia con algunos de sus mejores hombres. Aquiles contempló los movimientos de los caballos, que hacían círculos sobre la llanura.

–Nunca nos hemos enfrentado a algo así –reconoció el pélida.

Ulises le palmeó el hombro para sacarlo de su asombro.

–Esto es Troya. Podemos esperar cualquier cosa. Los poetas escribirán canciones sobre nosotros, y sobre ellas. –Sus últimas palabras se perdieron entre el griterío de las mujeres, cuyos chillidos agudos intimidaban a los aqueos.

Enseguida se formó un sólido muro de escudos tras el que se colocaron los arqueros y honderos.

–¡Disparad por los huecos, no os expongáis! –gritaba Ulises

mientras recorría la fila. Él mismo tomó su arco y se unió a ellos, protegido por el escudo de Aquiles.

–La guerra no es cosa de mujeres –comentó el pélida.

–Todo lo que hacen lo hacen bien –respondió Ulises–. Si deciden hacer la guerra... tiembla. –Se irguió, disparó su mortífero arco e hizo caer a un jinete, uno de los pocos hombres que acompañaban a Pentesilea.

Los amazonios se vieron forzados a acercarse para conseguir tiros más precisos, exponiéndose a los proyectiles aqueos. Pronto el hostigamiento quedó anulado y las primeras arqueras comenzaron a caer. Los aqueos gritaron eufóricos.

–¡No podemos continuar así! –gritó en su lengua la reina amazona–. Hay que tomar las lanzas.

Su voz corrió entre las mujeres, y enseguida todas se cruzaron los arcos al pecho y agarraron las lanzas cortas que llevaban enfundadas en grandes carcajes de cuero.

–¡Adelante! –ordenó Pentesilea, y a su voz siguió un estruendo de animales a la carrera.

Se lanzaron contra el muro de escudos. Ulises vio sorprendido cómo muchas amazonas lloraban de rabia mientras cabalgaban hacia sus oponentes. La carga suponía un sacrificio. En el brutal choque muchos caballos perecieron ensartados por las lanzas enemigas, y sus relinchos desesperados animaron a las mujeres a matar sin piedad. Cayeron sobre los aqueos como una tormenta, acuchillando y dando lanzazos, enfrentándose sin coraza con aquellos guerreros bien adiestrados y pertrechados. Acabaron con multitud de enemigos, pero las amazonas estaban condenadas a perder en aquel enfrentamiento tan desigual.

Pentesilea levantó la vista y se fijó en un casco con penacho de crin que sobresalía por encima de los escudos. Con decisión, dirigió hacia él su montura. Sin embargo, Aquiles se percató y, tras apartar a Ulises a un lado, se echó al suelo. El caballo pasó sobre él sin pisarlo. La mujer, gritando, tiró de las riendas para girar y volver a encararse con el aqueo. Puso al trote al caballo y agarró la lanza con fuerza. En la acometida, el arma quedó clavada en el escudo de Aquiles, que se preparó para recibir un nuevo ataque. Pentesilea extrajo una espada corta de su tahalí. Apretó las piernas a los costados del animal y se echó a un lado. Cuando estuvo cerca, el pélida giró dos veces sobre sí mismo y, situándose en el flanco contrario del caballo, alanceó a la reina en el muslo. La inercia del animal la tiró al suelo. Aquiles saltó sobre ella y descargó a Areida sobre el estómago de la mujer, que vomitó sangre.

La amazona observó a su asesino mientras se desangraba. En su coraza de bronce distinguió los símbolos de Ares. Extendió la mano

hacia ellos. Aquiles la dejó tocarlos, reconociendo en ella el valor y el coraje de una adoradora de su dios. Pentesilea exhaló su último aliento mientras, a su alrededor, sus guerreras eran aniquiladas.

Aquiles la miró sorprendido. Nunca antes nadie había estado tan cerca de matarlo. En sus rasgos y complexión no se adivinaba la figura de una mujer. Ignorando el griterío de la batalla, se arrodilló y le rasgó las vestiduras, dejando expuestas unas largas tiras de tela que le comprimían el torso. Las cortó y dejó que los pechos se liberaran.

–Realmente eres una mujer. Has estado a punto de matarme –le dijo al cuerpo inerte de Pentesilea–. Mereces mi respeto.

Alzó la cabeza. El sacrificio de las amazonas estaba a punto de culminar. Los aqueos se cebaban con ellas en un cuerpo a cuerpo desequilibrado.

–¡Dejad a ésas con vida! –gritó a un grupo de mirmidones que acosaban a dos amazonas.

Las llevaron ante él. Aquellas mujeres no hablaban la lengua del Egeo, pero Aquiles se hizo entender con gestos. Señaló a la guerrera caída y luego hacia Troya. Las mujeres comprendieron y enseguida buscaron dos caballos vivos con los que llevar a su reina a la ciudad. El pélida las contempló mientras se alejaban por un flanco. Ulises se le acercó.

–¿Qué has hecho?

–Deben honrar sus restos –contestó Aquiles–. Se los he entregado. Ha estado a punto de matarme. –Dejó ver un atisbo de vanagloria.

–Te lo he dicho. Teme a una mujer que busca hacer la guerra. –Ulises esbozó una sonrisa–. Vamos.

Los hombres se pusieron en marcha para reforzar la primera línea, que comenzaba a verse en apuros por la presión constante de los troyanos. Su aparición alteró el equilibrio de fuerzas; los aqueos plantaron los pies en la tierra, dejaron de retroceder y comenzaron a mermar las filas contrarias.

* * *

Anquises se había apostado junto a Príamo para observar la batalla desde las puertas Esceas. Los dos parientes comentaban la situación como dos viejos camaradas, olvidando los celos y las viejas rencillas.

–Allí está Eneas –señaló el dárdano.

–Será un gran líder de su pueblo –apuntó Príamo–. Héctor y él se apreciaban de veras... Ojalá nunca tengas que vivir lo que yo –se le quebró la voz.

–Expone su vida. Sólo Zeus dispone de ella –contestó Anquises.

En la llanura, las amazonas cargaban contra los aqueos, pero su ataque fue brutalmente neutralizado. Príamo apretó la boca, irritado.

–Otra vez. Nos devuelven cada golpe. ¿Cuánto podremos resistir?

Un nutrido grupo de aqueos avanzó para reforzar la primera línea, y enseguida los troyanos comenzaron a ceder terreno.

–No tardarán en huir –analizó Anquises–. Espero que lleguen vivos a las puertas. Y luego, ¿qué?

Príamo observó el campo, donde ya se daban las primeras carreras.

–Los etíopes están a pocas jornadas. Tienen fama de buenos guerreros. Son los últimos aliados que nos quedan.

Se abrió un denso silencio entre ellos, sólo interrumpido por los gritos de los hombres que se mataban y las melodías estridentes de las flautas.

La huida se generalizaba, y los dos ancianos regresaron a la ciudadela apesadumbrados.

Mientras observaba los rescoldos de la pira de Pentesilea, Casandra acariciaba los cabellos de Andrómaca. La viuda no llevaba puesto el velo y su túnica estaba manchada de ceniza.

–Mi niña –le susurraba Casandra con dulzura.

La joven sacerdotisa parecía haber encontrado una calma extraña, la que le daba la certeza de lo inevitable. Aquel estado turbaba a Príamo y a Hécuba. Por su parte, Andrómaca había caído dentro de un oscuro pozo que la engullía y le robaba la voluntad; su mirada se perdía en puntos indefinidos y las manos solían temblarle. Apolonia se hacía cargo de Astianacte, que comenzaba a tratarla como si fuera su madre.

La pira se había instalado ante el templo de Atenea. Los hombres hicieron un corrillo para comentar la reciente batalla.

–Helena debería estar aquí también para honrar a esta reina aliada –le soltó Deífobo a su hermano Paris.

–Eso quisieras tú, para tenerla cerca –respondió el otro, con la lengua trabada por el alcohol.

–Eso es lo apropiado, no lo que yo quiero. También hubiera sido apropiado que hubieras luchado hoy con nosotros –repuso con ira.

Paris lo miró con los ojos turbios.

–Eres un niño, no sabes nada de la vida. Y ahora te crees el mejor de nosotros porque nuestro padre te ha dado el mando de un puñado de hombres. –Escupió al suelo–. No eres ni la mitad de lo que fue Héctor. –Al pronunciar el nombre de su hermano, no pudo evitar que una lágrima le resbalara por la mejilla.

–En eso estamos de acuerdo. Pero soy el doble de lo que eres tú.

Paris miró a su padre, y éste negó lentamente con la cabeza, como si se avergonzara de él. Se tragó la respuesta y se retiró a su palacio, caminando inseguro sobre el empedrado de la ciudadela.

Helena bordaba su manto, en el que ahora representaba la última batalla. Se esmeraba en confeccionar la figura de una amazona montada a caballo. Etra, a su espalda, la observaba.

–Más muertes. –La espartana suspiró–. Más vidas destrozadas –añadió, pensando en Andrómaca.

–Tenemos cerca el final. –La vieja Etra apoyó una mano en su hombro–. Debemos prepararnos.

Helena dejó el telar y se volvió hacia ella para mirarla a los ojos.

–¿Qué crees que pasará, madre querida?

–Troya caerá, y pronto estarás en manos de tu esposo.

–Me matará, lo sé.

–Tal vez. O tal vez no. Tienes el don de quebrar la voluntad de los hombres. –Sonrió.

Helena volvió a su labor y reinó el silencio. Un rato después, escucharon a Paris entrando en el palacio. Llegó a la alcoba dando tumbos y ordenó a Etra que saliera. Luego, agarrando a su esposa por la muñeca, la hizo levantarse y trató de arrastrarla. Helena se zafó y, sin desviar la mirada, caminó hasta la cama, se tumbó y abrió las piernas para él.

–Te espero –le dijo desafiante–. Ardo de ganas. Házmelo como un hombre.

Él se quitó el kilt y mostró su sexo flácido. Respiraba agitado. Se acarició con la mano, pero el pene apenas reaccionó.

–¿Quieres que te ayude? –Helena, sin inmutarse, lo llamó con la mano.

Paris se acercó a ella sólo para propinarle una sonora bofetada que le coloreó la mejilla. Con parsimonia, Helena se puso en pie, se ajustó la túnica y salió de la alcoba. En el salón principal se encontró con Etra, que se puso delante de ella y la detuvo. Escucharon resoplar a Paris, ya dormido. La esclava tomó unas sencillas prendas de un arcón, cogió a Helena del brazo y la condujo al vestíbulo. Allí se las ofreció sin pronunciar palabra. El ojo izquierdo de la esposa lloraba de forma involuntaria. Se desnudó y se vistió con la nueva ropa. Etra le echó un fino velo sobre la cabeza, tapándole buena parte del rostro.

–Marcha.

Helena salió del palacio confundiéndose con las sombras de la noche. La ira y el deseo animaban su paso.

Cuando una segunda piedra golpeó la puerta, Polidamante salió a la calle. En la esquina más próxima distinguió una figura femenina que lo miraba.

–¿Qué pasa? –preguntó la esposa desde dentro.

–Nada, tranquila –respondió mientras entraba de nuevo y comenzaba a vestirse–. Voy a hacer una ronda por el barrio, por si hay

alguien molestando.

–Ve con cuidado. Desde que han venido todos esos hombres de fuera no estoy tranquila.

Polidamante la besó en la mejilla.

–Ve con los niños y duerme tranquila. No tardaré.

Cerró la puerta tras de sí y echó a andar despacio, en dirección contraria a la de la mujer. Enseguida escuchó sus pasos ligeros, pero no volvió la mirada. Varias siluetas oscuras se asomaron a la calle por las ventanas entreabiertas. Polidamante se dirigió hacia uno de los múltiples establos que salpicaban la ciudad. Entró en él y, momentos después, la mujer lo siguió a través de la puerta. Dos yeguas piafaron a pocos pasos de ellos.

–Héctor, vuelves del Hades para verme. –Ella se abrió los ropajes y dejó ver su cuerpo de formas perfectas.

Polidamante no se reprimió. La agarró por la cintura y la atrajo hacia él.

–Vengo a tomarte, Helena. –Aceptó jugar, ahogado por el deseo–. He añorado tus piernas.

Ella dio un salto y lo abrazó con sus muslos firmes. Sujetándola con un brazo, él dejó caer su taparrabos y liberó su miembro. Helena se movió sobre él, húmeda, emitiendo suaves gemidos de satisfacción, y no tardó en sentir los espasmos del primer orgasmo. Continuó moviéndose y explotó por segunda vez. El hombre sintió que llegaba su momento e hizo el amago de apartarla, pero ella cerró las piernas en su espalda y apretó con fuerza.

–Dentro, Héctor –le susurró al oído.

Todo él tembló y experimentó el placer más intenso que jamás había sentido. Luego la depositó en el suelo y se sentó sobre la paja del establo, incapaz de mantenerse en pie. Ambos respiraban agitados.

Helena se apañó la ropa y el peinado, miró brevemente a Polidamante y, sin soltar una palabra, se marchó con dignidad.

–Perdóname, amigo –dijo él en su soledad, sollozando, como si Héctor pudiera escucharlo–. Nunca estuve a tu altura.

* * *

–¿Habrán vencido? –preguntó Anatia.

Caía la noche y la tropa no había regresado al cabo.

–Si hubieran perdido, ya estarían aquí –respondió Fénix–. Y si hubieran entrado en Troya, ya lo sabríamos también.

La egipcia apartó el caldero del fuego. Tres mujeres se acercaron. Anatia llenó dos cuencos y le ofreció uno a Fénix.

–Cena conmigo. Me reconforta tenerte cerca.

El viejo aqueo aceptó el ofrecimiento y se sentó a su lado. Anatia le

posó la mano en el brazo y lo miró a los ojos.

–Has venido muchos días a verme y has compartido mi dolor. Me has escuchado y has dejado que me desahogara contigo. Pero sé poco de ti. Ya es hora de que me hables de tu vida.

Fénix le devolvió la mirada, enternecido por su interés. Saboreó el guiso con calma, y luego, soltando un suspiro, miró las estrellas, como si buscara algo en su memoria.

–Me importas, Anatia. Si tuviera veinte años menos, ya te habría hecho mía. –Ella hizo el amago de un reproche, pero él se adelantó–: No digas nada. Un hombre de mi edad ya no tiene energías. No mereces eso. Me consuela tenerte como amiga, escucharte, y tu interés por mí me llena de alegría –dijo, emocionado–. He vivido muchas décadas, podría pasar varias lunas hablándote de mí. Te bastará saber que me enemisté con mi padre, y que él me maldijo y me empujó a marcharme. –Anatia frunció el ceño–. Por su maldición no he podido tener hijos. –Ella volvió a apoyarle la mano en el brazo–. Pero tuve a Aquiles, que ha sido como un hijo para mí. Peleo me acogió en Ftía y me hizo tutor de su hijo. –Se detuvo un instante para tomar otro bocado–. Aquiles era un niño enérgico. Ya lo imaginabas, ¿no? Tenía mucho carácter, pero también sabía demostrar su afecto, siempre a su manera. No se despegaba de mí. Luego llegó Patroclo. Su padre lo llevó ante Peleo. Había provocado una muerte y necesitaba esconderlo. Era poco más que un niño cuando lo conocí, y también quedó a mi cargo. –Hizo una pausa–. Mi vida son sus vidas, las de mis niños. Ahora he perdido a uno, y el otro se empeña en arriesgarse por vengarlo. Y yo... yo me siento morir, Anatia. –No pudo contener las lágrimas–. Eso es todo lo que soy: un viejo padre que ve cómo lo que más le importa se esfuma, como el humo de esa hoguera. No hay más.

Se llevó las manos a los ojos y comenzó una llantera. La mujer lo abrazó. Las esclavas dirigían fugaces miradas hacia ellos.

–Pase lo que pase, me tienes a mí –le dijo Anatia al oído mientras lo arrullaba.

Una miríada de hogueras se repartía por la llanura a las puertas de Ilión. Los aqueos habían decidido pasar la noche allí para provocar a los troyanos. Sin embargo, Príamo, consciente de su inferioridad, ordenó que las tropas se resguardaran en el interior a la espera de los etíopes. Las amazonas habían luchado con valentía, pero su sacrificio sólo había servido para desconcertar a sus enemigos y ponerlos en un breve aprieto. Al rey se le agotaban los recursos, y el pueblo comenzaba a llorar. Se temían lo peor.

Aquiles acudió a la ribera del Escamandro para lavarse el polvo y la sangre de la batalla. Luego paseó por el bosque de olmos hasta dar con el templo de Apolo. Dentro, cuatro jóvenes aqueos entonaban una

oración frente al altar. Cuando se marcharon, entró. Antíloco, que lo había seguido, entró tras él. El profundo silencio del interior los envolvió con su calma.

–Cada día más de los nuestros lo adoran –comentó el joven, ojeroso y pálido.

–Es un dios fácil de amar –respondió Aquiles–. Representa lo mejor del hombre: la belleza, la juventud, el arte, la salud...

–Te representa a ti, amigo mío. –Antíloco lo miró.

Sus miradas se perdieron en la oscuridad. Aquiles, percibiendo su intención, se puso en pie para dar por zanjado el acercamiento.

–Eso es lo que siempre me decía Patroclo: eres como Apolo –dijo, simulando la voz del compañero muerto.

El de Pilos sintió una fuerte punzada en el pecho.

–Tersites anda por ahí diciendo que te acostaste con una muerta, con la amazona que te atacó. –Cambió bruscamente de tema–. Dice que la desnudaste después de matarla y la tomaste allí mismo.

El pélida no contestó. Antíloco percibió su ira y dejó que saliera solo hacia el campamento. Aquiles caminó con paso firme gritando el nombre de Tersites. Varios hombres le indicaron el camino y, justo antes de llegar, escuchó risas.

–Así, así... –decía Tersites mientras movía la cadera, insinuante.

En cuanto el pélida se acercó, las risas cesaron y el grupo se dispersó. Tersites se quedó paralizado, con una sonrisa bobalicona en el rostro.

–Eres una vergüenza para todos nosotros –le soltó Aquiles al tiempo que desenfundaba su espada de hierro.

–Yo sólo... –comenzó a decir Tersites, pero no pudo acabar.

Aquiles ya lo había agarrado por los cabellos y le lanzó un espadazo al cuello. Pronto la sangre formó un charco en el suelo, y Tersites cayó desmadejado, con los ojos desencajados por el terror. Aquiles se echó sobre él y le dirigió varios espadazos más para intentar descabezarlo. La espada de hierro se acabó mellando con las vértebras. Cuando se dio por satisfecho, miró a los hombres que lo rodeaban. Su rostro, salpicado de sangre, le confería un aspecto fiero.

–¿Alguien más cree su injuria?

Todos agacharon la cabeza, pero entre los más alejados comenzó a escucharse un murmullo reprobador. Aquiles se mojó los dedos con la sangre de Tersites y se los llevó a la boca. Por tres veces escupió para borrar la mancha de su crimen. Luego echó a andar hacia los mirmidones.

–Has matado a uno de los nuestros sin juicio. –Néstor lo interceptó por el camino. Meneó la cabeza–. Da igual lo que haya hecho... No está bien.

Aquiles soltó su mano y avanzó más rápido para dejarlo atrás.

Amaneció sin que hubieran llegado noticias de Troya. Las puertas Esceas permanecían cerradas. Nada parecía indicar que los troyanos saldrían a batallar. Los heraldos avisaron de que sólo dos jinetes habían salido de la ciudad por las puertas Dardanias y que, al verlos, se habían alejado galopando en dirección a levante. Eran las dos amazonas a las que Aquiles había dejado con vida, que marchaban con los restos de su reina aún calientes en un saco de cuero.

Al mediodía, Agamenón dio la orden de regresar al cabo Sigeo. Estaba de mal humor. Había recibido múltiples quejas sobre el comportamiento de Aquiles y reunió a su consejo para hablar con él.

–Has matado a un argivo –soltó Diomedes furioso, sin esperar a que Agamenón hablara–. Era el peor, pero hombre de Argos, al fin y al cabo. Era uno de los nuestros, y lo has asesinado.

–Se lo merecía –contestó Aquiles, tranquilo–. Inventó injurias sobre mí que avergonzarían hasta a los perros. Ya las habréis oído. Todos conocíais a Tersites. No valía para luchar y se dedicaba a malmeter y a contar mentiras.

Diomedes se levantó, pero Agamenón puso orden alzando su cetro dorado.

–Merecía un castigo y lo iba a recibir, pero después de un juicio adecuado –repuso–. Pero tú te has cobrado su vida antes. –Aquiles no respondió, sabía que Agamenón estaba en lo cierto–. En una ocasión me recordaste las normas que nos rigen, normas que nadie debe incumplir. –Se recostó, satisfecho por su réplica–. Ahora has sido tú quien ha incumplido nuestra norma más sagrada. Te has ganado el desprecio de los dioses y de los hombres.

Aquiles, sereno, se puso en pie y alzó la voz para que todos lo oyeran bien.

–Asumo mi culpa. No me arrepiento de lo que hice, pero os pido perdón, a los hombres y a los dioses, y acataré lo que dispongáis. –«Bien muerto está», se dijo sin embargo en su fuero interno.

Agamenón caviló. No podía prescindir de él ni, sobre todo, de sus mirmidones.

–Debes ser purificado por uno de nosotros –dijo al fin–. Delante de todos los aqueos.

Aquiles asintió y miró a Ulises, que accedió a oficiar el rito. Una representación aquea se congregó en torno al altar de Hércules, frente al cual Aquiles sacrificó a Zeus y a Apolo tres carneros de sus propios corrales, pidió perdón públicamente y fue desnudado y lavado con agua del mar por Ulises. Así quedó expiada su culpa.

«Volvería a matar a ese malnacido», se iba diciendo el pélida mientras regresaba a su tienda.

* * *

–Es él.

Deífobo lo señaló. Paris dormía la borrachera en plena calle, a la entrada de uno de los prostíbulos de la ciudad baja. Dos guardias lo levantaron en volandas y el príncipe reaccionó vomitando y soltándose.

–Dejadme, puedo moverme solo.

–No vales para nada. –Deífobo lo miraba altanero. Ya había adquirido el porte que se esperaba en el favorito del rey–. ¿Así quieres defender a la sagrada Ilión? –Se acercó a su oído–. Robaste una esposa. Gánatela.

Deífobo lo llevó ante su padre. Al verlo, Príamo entristeció la mirada; tenía una sensación amarga en el corazón.

–Tu hermano ha muerto –le dijo–. Yo también lo he llorado y me he dejado arrastrar por la pena. Pero nuestro pueblo espera algo más de nosotros. Recomponte. Pelea con tus hermanos cuando salgan de nuevo a la llanura vestidos de bronce –subió el tono–. Vamos a recibir nuevos aliados. Vienen de lejos y son nuestra última esperanza.

–¿Ya están aquí los etíopes? –preguntó Deífobo, y Príamo asintió–. ¿Son tan oscuros como dicen?

–Sus pieles son negras como la noche. –El rey esbozó una sonrisa–. Su rey, Memnón, ha mandado heraldos para acordar nuevas condiciones. Les he prometido lo mismo que a los amazonios: una cuota del comercio con el mar Oscuro si ganamos la guerra, pagadera cada primavera.

–Mermará mucho nuestros ingresos –se atrevió a opinar Paris con voz ronca.

–Pero ingresaremos –respondió Príamo. Tras años sin poder comerciar con los pueblos del mar Oscuro, la esperanza de retomar el comercio, aun cediendo parte de los beneficios, era realmente positiva–. Los etíopes viven más allá de Egipto. Han hecho un viaje largo para ayudarnos, y no lo han hecho por amistad.

–¿Cuándo saldremos? –preguntó Paris, que no podía evitar balancearse.

–Espero a Memnón esta misma tarde. En dos días estaremos preparados.

–Tomaré mi arco y mi carcaj –Paris se enderezó– y lucharé con los míos.

Príamo lo observó detenidamente. Paris no apartó la mirada, y el rey vislumbró la pizca de valor que su hijo atesoraba en su alma. Ya había demostrado que podía pelear, pero era tan frágil que fácilmente podía hundirse de nuevo en el pozo.

–Te creo capaz, pero antes quítate ese kilt manchado de orín y

lávate para quitarte el olor a ramera barata. –Paris asintió, algo avergonzado–. ¡Bebe vino sólo para celebrar tus victorias! –tronó el rey antes de perderlo de vista.

El ejército etíope apareció por el sur. Troya había costeado su traslado en barco desde Egipto hasta las costas de Licia, desde donde habían avanzado a pie. Cerca de mil quinientos hombres marchaban armados con lanzas de hoja ancha y corazas redondas sujetas con correas de cuero. La mayoría usaba botas de lino endurecido, cuyo color blanco destacaba sobre el negro de sus pieles.

Una guardia de diez troyanos los recibió a las afueras e invitó al rey a entrar en la ciudad para entrevistarse con Príamo. Un traductor egipcio los acompañaba. Memnón atravesó las principales calles y plazas, y a su paso los vecinos de Troya murmuraban y se llevaban las manos a la boca. Era la primera vez que veían a alguien con su color de piel. Los etíopes, a su vez, observaban sorprendidos a aquellos individuos que se trenzaban los cabellos y se los decoraban con cintas y joyas.

En el templo de Atenea, los dos reyes realizaron juntos sacrificios en honor de la protectora de ciudades. Téano, exultante, los asistió. Luego celebraron un banquete en la explanada central de la ciudadela, en el que libaron vino y comieron carne de buey asada a fuego lento en grandes espetones.

–¿Te gusta nuestra carne? –preguntó Príamo, y tradujo el egipcio.

–Es muy buena –contestó Memnón en su lengua–. En mi tierra no consumimos mucha carne. Los animales nos valen más vivos que muertos.

Tras escuchar la traducción, Príamo estalló en carcajadas y se palmeó las rodillas.

–La carne es lo que da la fuerza para la batalla. En tiempos de guerra no hay alimento mejor.

Memnón escuchó en silencio, respetuoso. Luego miró los brazos escuálidos del rey de Troya y los suyos propios, musculosos y bien definidos. Ambos rompieron a reír.

–Tienes razón, tienes razón –dijo Príamo sin poder controlar la risa–. Soy un mal ejemplo.

Terminado el banquete, Príamo dispuso que Memnón se alojara en una estancia de su palacio. Sin embargo, el etíope rehusó cortésmente.

–Para mi pueblo, el rey debe ser uno más –informó–. He seguido tus costumbres, he sacrificado a tus dioses, pero me quedaré en el campamento con mis hombres.

–¿Cuándo estaréis preparados? –preguntó Príamo, consciente de que necesitarían tiempo para descansar de la marcha.

–Ya –contestó Memnón–. Cuando dispongas, saldremos a pelear a

vuestro lado.

* * *

Al atardecer, Aquiles regresó de la carrera por la playa empapado de sudor. Iba descalzo y sólo vestía un taparrabos. El ejercicio formaba parte de su entrenamiento, lo mantenía ágil y mejoraba su resistencia.

Briseida lo vio llegar y preparó un caldero con agua tibia. Lo desnudó a la intemperie, derramó el agua sobre sus miembros y lo fue secando lentamente con lienzos limpios.

–Han llegado nuevos aliados. –Briseida frunció el ceño, anticipándose a lo peor–. Pronto volveremos a luchar.

–Los hombres os empeñáis en pelear –dijo ella mientras estrujaba un lienzo–. Cuando no hay guerra, andáis desorientados. –Le pasó el paño por los muslos–. No me arrepiento de no tener hijos. Si tuviera niñas, su destino sería la esclavitud. Si fueran niños, su destino sería morir o matar a otros hombres, y hacer esclavas a sus mujeres.

–Pronto serás libre –soltó Aquiles con la mirada perdida en la llanura.

–Calla, no lo vuelvas a decir.

Briseida echó los lienzos en el caldero y se retiró, limpiándose las lágrimas que le nublaban la vista.

Aquella noche Aquiles la llamó a su lecho. Durmieron juntos, piel con piel, aspirando cada cual el aroma del otro para retenerlo en la memoria.

–¡Han atravesado el Escamandro!

El muchacho que vigilaba la llanura entró corriendo en el campamento. Los hombres estaban desayunando, pero dejaron la comida y comenzaron a arremolinarse en torno a sus comandantes. Agamenón ordenó al instante que todos se armaran para la batalla.

–Haz los sacrificios –ordenó a Calcante–. Hoy puede ser el día en que acabemos de desangrar a Troya.

El sacerdote se apresuró a seleccionar dos carneros para sendos sacrificios a Zeus y a Atenea. Poco después, el altar de Hércules quedó manchado con la sangre caliente de las víctimas. Calcante inspeccionó las vísceras.

–Los aqueos vencerán –vaticinó–, pero pagarán un elevado precio. –Prefirió guardarse el augurio completo para sí.

Inmediatamente comenzó el trasiego de hombres a través de las puertas del muro. Como hormigas, fueron saliendo a la llanura para ordenarse cada cual con los suyos. Aquiles se dejó armar por Briseida, que había aprendido a anudar con fuerza las correas de grebas y

corazas. La mujer lo hizo en silencio, con cierta solemnidad.

–Huye de la muerte, no la busques. Te lo suplico –dijo con la voz quebrada mientras le ajustaba el inconfundible casco de bronce con penacho de crin.

Aquiles, fiel a su carácter, se marchó sin contestar. Sin embargo, un rumor agitaba su pecho, y se aferró a Areida como si necesitara su apoyo. «Hera te puso en mi camino para que te hiciera mi esposa, pero Ares, sin compasión, me arrastra a la guerra para apartarme de ti», se dijo con una sombra de pesar, pero resignado a su destino.

Los guerreros todavía se armaban cuando Fénix salió del campamento mirmidón en dirección al norte. Se adentró en la ciudad de tiendas en busca de la de Anatia. La mujer lo vio acercarse y se puso en pie, sollozando.

–Detente, Fénix. Ya no puedes venir a visitarme. –Varias esclavas acudieron a su lado–. Ya tengo dueño... de Pilos. –Su voz tembló en la última palabra. Agamenón había ordenado que las mujeres que habían perdido a sus hombres en batalla fueran redistribuidas entre los supervivientes.

Fénix perdió el habla. Paralizado por la sorpresa, sintió un nudo en el estómago que le dificultaba respirar. Alzó la mano lentamente, como si reclamara a la muchacha para sí. Las esclavas tomaron a Anatia por los hombros, pero la egipcia se zafó de ellas.

–Ojalá me hubieras hecho tuya. ¿Qué importan los años?

Sus ojos lucían brillantes, anegados de lágrimas. Fénix sintió que el corazón se le rompía y cayó al suelo de rodillas. Todavía incapaz de hablar, contempló en silencio cómo Anatia se marchaba con las demás mujeres. Lo dejaba desamparado, sin el único apoyo que había encontrado en la vida.

* * *

–Realmente son imponentes –comentó Paris con Eneas.

Obedeciendo a su padre, el príncipe de Troya se había ceñido la coraza para salir a pelear con sus hermanos. Montaba como arquero en el carro de Deífobo.

–Veamos cómo pelean, que es lo que realmente importa –contestó el dárdano. A medida que pasaban los días, el hijo de Anquises ganaba prestigio y los troyanos lo asumían como uno de sus líderes principales.

Los etíopes se habían colocado en la vanguardia. Además de la lanza, todos llevaban dos jabalinas. Las armas arrojadizas de los etíopes eran ligeras, fabricadas con un astil de caña que terminaba en una afilada punta de bronce.

Mientras los ejércitos se valoraban, Héleno y Laocoonte hicieron sacrificios a Apolo. Los augurios parecían favorables, y los sacerdotes decidieron ir al templo de Apolo para hacer ofrendas de laurel.

El hostigamiento comenzó en cuanto los aqueos se reunieron en la llanura. Pronto Memnón vio cómo sus hombres comenzaban a caer heridos por las flechas enemigas.

–¡Corred! –voceó el rey negro, echando a correr con las jabalinas en la mano.

Inmediatamente, sus casi mil quinientos guerreros marcharon junto a él. Eran veloces y no tardaron en tener a tiro la primera línea aquea. Arrojaron sus armas en dos tandas y retrocedieron varios pasos, mientras las unidades de honderos locrios, dirigidas por Áyax el Menor, los acribillaban. Memnón, que no esperaba ser recibido así, perdida la ventaja de las armas arrojadizas, se aferró a su lanza y se estrelló contra los primeros escudos aqueos. No tuvo que gritar orden alguna; sus hombres lo imitaron, empujando con sus cuerpos para abrir las guardias enemigas. Sus lanzas entonces se movían ágiles contra los hombres, sembrando la muerte y el desconcierto.

–¡El Hades ha abierto sus puertas!

–¡Vienen del inframundo!

Algunos aqueos temblaban ante la visión de los etíopes.

–¡Sangran en rojo como nosotros, estúpidos! –vociferaba Diomedes mientras se ensañaba con sus cuerpos.

Los demás troyanos no tardaron en llegar a la zona de combate, arengados por Deífobo y Eneas.

–¡A su rey! –gritó Néstor a los de Pilos desde su carro–. ¡Acabad con él!

Memnón destacaba entre sus hombres por el alto casco cónico rematado con cimera emplumada. Las voces del viejo rey aqueo llamaron la atención de Paris, que, desde el carro de su hermano, tensó el arco y disparó. El tiro impactó en uno de los caballos, que cayó al suelo y trabó el carro. Al verlo, Memnón sonrió, anticipándose a la caza.

–¡Antíloco! –Néstor llamó a su hijo–. ¡Ayuda!

Antíloco acudió de inmediato. Había perdido su lanza y luchaba a espada. El rey etíope lo tanteó con la punta de su lanza, pero el joven desvió los ataques con su escudo hasta en tres ocasiones. Una de las veces, Antíloco alzó la defensa y dirigió la espada contra el rey. Ágil, Memnón giró sobre sí mismo y volteó su arma para golpear con ella a su oponente en un movimiento circular. El filo broncíneo golpeó certero el cuello de Antíloco, provocándole una herida que lo dejó aturdido unos instantes.

–¡No! –gritó Néstor al ver que su hijo hincaba las rodillas en el suelo.

Memnón dejó caer la lanza sobre la clavícula del joven, que tembló antes de caer inerte. El rey de los etíopes gritó y sus hombres más cercanos lo acompañaron con alaridos y golpes en las corazas. Los guerreros de Pilos, alertados, acudieron prestos a defender el cuerpo de su príncipe. Memnón se vio enseguida desbordado y obligado a retroceder, cediendo el cuerpo de Antíloco a sus verdaderos dueños.

Los mirmidones peleaban con eficacia. Aquiles, imparable, recorría la línea de escudos y la reforzaba cada vez que cedía en algún punto.

–¡Aquiles!

La voz se escuchó lejana, y su eco se confundió con otros gritos.

–¡Aquiles! –volvió a oírse, ahora más cerca.

Néstor avanzaba hacia él montado sobre el carro de uno de sus guerreros.

–¡Lo han matado! –gritó el viejo. Aquiles agarró las riendas y lo miró inquisitivo–. Antíloco. El rey de los etíopes lo ha matado... –Las lágrimas mojaron sus mejillas–. Sé que lo amabas como a un hermano... ¡Véngalo!

Aquiles no dudó. Subió al carro de un salto y se dejó llevar por Néstor hacia la zona central, donde Memnón seguía peleando. La cólera, aquella ira que lo dominaba con tanta facilidad y que lo impulsaba a actuar de forma irreflexiva y brutal, destellaba en sus ojos enrojecidos. Tras matar a dos guerreros de piel oscura para despejar el camino, se plantó frente a Memnón, que le clavaba su lanza a un argivo en el pecho. Aquiles aguardó a que recuperara su arma; el honor no le permitía atacarlo desprevenido.

–¡Tú! –gritó entonces con todas sus fuerzas.

Cuando el otro le devolvió la mirada, Aquiles echó a correr apuntándolo con Areida. Memnón cruzó su lanza para empujar con ella la de Aquiles, pero nada podía desviar la furia del pélida. Areida no se resintió con el golpe del astil enemigo; continuó su camino implacable, clavándose en el disco de bronce que el rey llevaba por coraza y atravesándolo con facilidad. Los ojos de Memnón, desorbitados, adquirieron el color de la sangre. Abrió la boca, como si quisiera gritar, pero sólo un hilo de saliva brotó de ella. De pronto, un grito unísono invadió la llanura, palabras incomprensibles para aqueos y troyanos que desahogaban un dolor profundo por la pérdida de un rey. Aquiles vio cómo decenas de etíopes se acercaban a la carrera. Se apresuró a recuperar su lanza y retrocedió con ella a grandes prisas. Los etíopes alzaron en volandas a Memnón, que aún agonizaba, y se lo llevaron a la ribera occidental del Escamandro para que fuera atendido por sus sanadores. No había nada que pudieran hacer para salvarlo, pero lo lavaron y cubrieron la herida con emplastos de hierbas. Memnón exhaló su último aliento rodeado por sus hombres

en aquella tierra extraña del otro lado del mar.

Por unos momentos, el desconcierto cundió entre los troyanos, que, sorprendidos, veían cómo sus aliados retrocedían. Aquiles se percató y arengó a los suyos para que arremetieran con más fuerza. Al instante, los demás reyes lo imitaron.

Los aqueos desbordaron la línea de troyanos y provocaron la primera desbandada. Palmo a palmo, cedieron el frente, y los hombres comenzaron una carrera desesperada por salvar la vida. Los aqueos salieron tras ellos y dieron caza a decenas de rezagados, a los que mataron sin piedad. En el río, los etíopes se unieron a sus aliados y comenzaron a huir en dirección a Troya.

Aquiles corría y gritaba, excitado. La ira por la muerte de Antíloco lo empujaba a exponerse en ataques furibundos, insaciable en su venganza.

Deífobo ordenó a su auriga que condujera el carro hasta las puertas Esceas para tratar de detener la estampida.

–¡Manda arqueros a las almenas! –sugirió Paris.

–¡Ve tú con ellos y organízalos! –ordenó Deífobo sin vacilar, asumiendo su papel como comandante troyano a pesar de su juventud. En ese momento llegaban los primeros hombres a la carrera y Deífobo comenzó a gritarles–: ¡Alto! Apolo defiende estas puertas. ¡Volveos y plantad cara!

Paris reunió a los arqueros y los dirigió hacia el adarve de la muralla. Él mismo, con un grupo de honderos, se apostó en la azotea de las puertas Esceas. Desde allí podía ver cómo los hombres corrían y se mataban unos a otros, y cómo los aqueos se iban arremolinando a varios tiros de flecha, indecisos.

–¡A las puertas! –Menelao se adelantó a su hermano. Su grito sonó como un trueno, como si el propio Zeus diera la orden.

Aquiles fue el primero en echar a correr, seguido por los mirmidones. Las túnicas negras oscurecieron el campo; los destellos dorados de sus corazas se asemejaban a las chispas de un fuego que devoraba la llanura. Los troyanos, de nuevo dispuestos para la lucha, gritaban para darse ánimo e infundir temor en sus enemigos. Sin su líder, los etíopes se habían mezclado con ellos y no atendían a más orden que la de defender sus vidas y vengar a Memnón.

Paris observaba en silencio, aferrado a su arco. Distinguió el casco de Aquiles, que avanzaba como una tormenta, descargando sus rayos sobre todo el que se le acercaba. «¡Antíloco!», se le oía gritar, perdida la razón por un dolor que le hacía despreciar el peligro. Paris colocó una flecha en su arma y la tensó, despacio. A su alrededor escuchaba el siseo de los proyectiles que volaban desde la muralla.

–Te crees invencible –comenzó diciendo sin dejar de apuntar a Aquiles–. Mataste al mejor de mis hermanos. –Corrigió el tiro,

siguiendo sus movimientos–. Caiga sobre ti la flecha ponzoñosa de Apolo. –Cerró los ojos un instante–. Guía mi mano, Divino Arquero.

Soltó su saeta, que voló en parábola.

Aquiles ascendía con rapidez la pendiente que llevaba a las puertas Esceas. Sus más íntimos lo rodeaban.

–¡Aquí cayó Patroclo! –gritó mientras aceleraba el paso.

Sintió que el pie le fallaba y rodó por el suelo. Luego vio la sangre que resbalaba por el bronce de su greba derecha. Intentó levantarse, pero un intenso dolor se lo impidió. Tenía el tendón del talón cercenado. La flecha que lo había herido permanecía tirada a su lado.

–¡No! ¡Así no! –gritó Aquiles desesperado, incapaz de seguir la marcha.

Un etíope y un troyano se echaron sobre él enseguida. Desde el suelo, el pélida clavó la punta de Areida en la entrepierna del troyano, derribándolo al instante. El etíope aprovechó aquel movimiento y descargó su lanza contra su nuca.

Tras un breve espasmo, Aquiles cayó al suelo. Dirigió la vista al cielo y sólo distinguió una intensa luz que lo cegaba, justo antes de quedar inerte sobre la tierra.

Aullando de rabia, los mirmidones llegaron a su lado y formaron un círculo impenetrable alrededor de su cuerpo.

–¡Aquiles! ¡Ha caído Aquiles! –gritaban en ambos bandos, y todos acudían al lugar para pelear por su cuerpo.

–¡Ares! –llamaban los mirmidones, y se ensañaban con los troyanos y sus aliados en un baño de sangre y carne lacerada.

Los hombres de Ilión se llamaban unos a otros, animados por aquel éxito inesperado. El equilibrio de fuerzas se torcía a su favor, la moral de los aqueos se venía abajo. Desde la azotea de la torre, sobre el punto más candente de la batalla, Paris observaba la escena.

–Divino Arquero, juntos lo hemos derribado –pronunció emocionado.

Los arqueros y honderos que había junto a él le palmeaban el hombro y lo abrazaban, eufóricos por la muerte del asesino de Héctor. El príncipe se apartó de ellos y depositó el arco en el suelo. Luego se tendió bocabajo para ejecutar su acción de gracias a Apolo, defensor de las puertas, defensor de toda Ilión.

Bajo el muro, las piedras seguían tiñéndose de rojo.

–¡Ulises! –gritó Áyax, que peleaba en la retaguardia–. ¡Trae a los tuyos y cúbreme! ¡Voy a por él!

El gigante llevó a sus hombres de Salamina junto a los mirmidones, y avanzó a empujones hasta el cuerpo sin vida de su primo.

–¡Levanta, Aquiles! –bramó enloquecido–. Vamos, pies ligeros, ¡levanta! –insistía, resistiéndose a creer que estuviera muerto.

Los aqueos contuvieron a los troyanos el tiempo suficiente como para que Áyax alzara en volandas su cuerpo y se lo llevara a una zona segura.

–Siempre tenías que ser el primero –le iba diciendo–. Desde lo de Patroclo no te importaba la vida. Buscabas la muerte, primo. Aquí la tienes, la has conseguido.

Agamenón ordenó la retirada. Tenían delante los muros de Troya, podían oler sus tesoros, pero la muerte de Aquiles los dejaba profundamente debilitados.

–¡Malditos robaesposas! –gritaba Menelao, frenando el ímpetu troyano a la cabeza de sus espartanos.

Los hombres de Ilión los persiguieron hasta el Escamandro. Pero allí, dándose por satisfechos, retornaron a la ciudad como vencedores de una batalla que daban por perdida.

Los aqueos corrieron por la llanura arrastrando su pena y su miedo, mirando hacia atrás con recelo, como si la sola muerte de Aquiles significara su derrota. Agamenón y Menelao aguardaron en la retaguardia a que todos entraran en el campamento.

–Un duro golpe –le dijo Agamenón a su hermano mientras observaban las últimas carreras–. Se avecinan tiempos inciertos.

* * *

Los gritos y lamentos alertaron a Briseida.

–¡Aquiles, Aquiles! –se escuchaba constantemente.

Sintió que le faltaba el aire y, ahogada por la certeza, se desmayó. Luz y sombra habían luchado en ella desde el primer instante. Poco a poco, la luz había ido ganando terreno, brillando con fuerza para iluminar sus recovecos más oscuros. Ahora la sombra, sibilina, la golpeaba y la dejaba sin voluntad, como los maderos de un naufragio que flotan a merced de las mareas.

–¡Aquiles! –se seguía oyendo por todo el campamento.

Pero Briseida ya no podía oír nada, como si hubiera descendido hasta el Hades para acompañar a Aquiles en su último viaje.

–Ha muerto por mí –decía Néstor con tono lastimero ante el cuerpo de Antíloco–. Ha ocupado el lugar de un viejo que ya ha vivido lo suficiente. ¡Cuánta vida se va contigo, hijo mío!

El anciano explotó en un llanto desesperado y culpable que nadie se atrevió a interrumpir. El cuerpo de su hijo yacía junto al de Aquiles. Los aqueos se arremolinaban a su alrededor, todavía incrédulos; muchos negaban con la cabeza, otros se cortaban el pelo, todos se lamentaban.

–La profecía... –se repetía en voz queda en los corrillos.

Las mujeres cumplieron con el papel que se esperaba de ellas y comenzaron el llanto fúnebre, al tiempo que ensuciaban sus ropajes y se tiznaban los rostros con ceniza.

–¡Apagad todos los fuegos! –ordenó Agamenón, decretando el luto para todo el campamento.

Sólo quedó vivo el fuego de Zeus, el que los aqueos habían traído de su tierra. Luego, el rey de Micenas dispuso que prepararan una pira para Antíloco, que sería incinerado aquella misma noche. Aquiles, como correspondía a su rango, sería expuesto durante varios días, y en su honor se celebraría un funeral digno, con competiciones, banquetes y abundantes sacrificios a los dioses. Había caído un símbolo, y los aqueos debían despedirse de él como merecía.

–¡No! –Briseida despertó sobresaltada–. ¿Ha sido un sueño? –preguntó, mirando asustada los rostros de las demás esclavas.

La joven de Lesbos, una de las favoritas del pélida, negó con expresión triste. La oscuridad dibujaba sombras tétricas en sus facciones.

Briseida miró a un lado y a otro, hasta fijar la vista en la claridad de un gran fuego, en torno al cual se apiñaba una multitud de guerreros.

–Es la pira de Antíloco. También ha caído –aclaró una mujer madura.

–También... –repitió Briseida a media voz, aturdida.

Frente a la tienda vio un cuerpo tendido sobre un lecho de mantas, cubierto por una tela. Se apartó de ellas y caminó despacio. Olía a flores.

–Lo hemos lavado con agua tibia y lo hemos untado con ungüento –explicó la esclava de Lesbos, como si aquello sirviera para aliviar el dolor de la joven–. Lo velamos mientras los hombres celebran los funerales de Antíloco.

Briseida lo destapó y contempló el rostro de facciones hermosas, su pelo dorado mal cortado y su cuerpo fornido, ahora exánime. No había rastro de violencia en él, y tuvo la sensación de que podría levantarse en cualquier momento. Cayó de rodillas a su lado y acercó la boca a sus labios. Primero sintió el tacto pegajoso del ungüento, y luego el frío de su piel, que parecía hecha de mármol blanco. Brotaron lágrimas de sus ojos, desbordando el mar de pena que la inundaba.

–Ahora eres libre. –La mujer madura apoyó una mano en su hombro.

Briseida le devolvió una mirada sin luz.

–Libre... –repitió mecánicamente, y volvió la cabeza hacia Aquiles, que seguía dormido a su lado.

* * *

–Ya vuelan las cenizas de Aquiles por el Helesponto –comentó Paris con orgullo mientras observaba el resplandor lejano del fuego.

Desde el adarve occidental de la ciudadela, el rey de Troya y varios de sus hijos mayores se asomaban a la llanura. Habían celebrado sacrificios en acción de gracias a Zeus, Apolo y Kaskalkur, y se habían reunido allí para valorar la situación.

–No es a Aquiles al que queman –respondió Príamo–. A él lo honrarán varios días antes de ponerlo en la pira, como hicimos con tu hermano...

–Vengado está.

El rey sonrió. Su hijo se había recompuesto; había participado en la batalla y había provocado la muerte del mayor de los héroes aqueos. Deífobo, a su lado, se mordía los labios. Paris lo había matado de lejos, desde lo alto de la muralla. Él, en cambio, había peleado pisando la tierra, a un palmo de aquellos salvajes rubios. Su coraza de escamas de bronce todavía lucía restos de sangre. ¿Quién merecía los honores?

–Hay buenos augurios en esas luces –indicó Héleno.

Laocoonte, a su lado, asintió en silencio. Había sido invitado a la reunión. Casandra, que lo asistía, rio a carcajadas. Todos la miraron.

–Héleno –la muchacha no podía contener la risa–, pronto estarás con ellos. Y les darás el arma que acabará con nuestro hermano.

Los hombres quedaron desconcertados. Príamo miró a Laocoonte y le hizo una señal con la cabeza. Enseguida, el sacerdote tomó por el hombro a la joven y la empujó suavemente hacia las escaleras que descendían del adarve. Su risa se seguía escuchando mientras se alejaba por las calles de la ciudadela.

–Tranquilo, padre –dijo Héleno–. Ha vuelto a perder la razón. Sus palabras no tienen sentido. Desde la muerte de Otrioneo... –no quiso terminar. Miró hacia el cabo Sigeo, donde los resplandores anaranjados teñían el horizonte–. Los augurios son favorables. Hemos torcido la profecía.

El rey miró fijamente a Héleno. La tristeza acumulada durante los últimos diez años asomó a sus ojos.

–Ya no doy nada por cierto. La profecía decía que Aquiles tenía que venir para que Ilión cayera. Y vino...

Etra le cepillaba los cabellos enredados. Mientras, Helena se observaba en un espejo de bronce. La imagen no era clara, pero podía distinguir incipientes arrugas en el contorno de sus ojos. A pocos pasos, Paris yacía bocarriba en la cama, completamente desnudo. Etra

evitaba mirarlo; le costaba disimular su desprecio.

Al hombre le temblaban las manos, y su rostro, pálido, expresaba un anhelo insatisfecho. Sin pronunciar palabra, se puso en pie y comenzó a vestirse. Helena contempló su pene flácido. Había estado dentro de ella horas atrás, pero ahora le resultaba patético, digno de risa. Paris se esforzaba por agradar a su padre y comportarse como un príncipe, pero, como Helena, no podía evitar ser lo que era. Constantemente oscilaba, se alejaba del vino y las orgías para al instante siguiente volver a ellos. La muerte de Aquiles le había granjeado cierto respeto, pero no había disipado los tormentos de su alma. Ambos constituían un matrimonio extraño, la unión de dos animales salvajes y heridos que, en sus buenos momentos, se habían amado con la intensidad de una brasa ardiente, pero que ahora sólo se esmeraban en soplar sobre cenizas.

Las mujeres supieron a dónde se dirigía Paris. Sólo una cosa podía calmar los temblores de sus manos.

Helena soltó el espejo y cerró los ojos. Etra terminó de cepillar su pelo y lo recogió en un artístico tocado. La esposa caminó hacia el pórtico para recibir los primeros rayos de sol de la mañana. Un rumor le agitaba las entrañas y la angustia se había instalado en su pecho. También a ella sólo había una cosa que podía calmarla, pero nada podía hacer hasta entrada la noche, al amparo de las sombras. Pensó en el cuerpo de Polidamante, en los juegos que practicaba con él al borde de la locura, y su sexo, de forma inconsciente, se humedeció. Se había encaprichado con él, pero sabía que él se había enamorado de ella. Helena sabía leer la mirada de los hombres y distinguir el amor del puro deseo. «Pobre, yo ya no tengo capacidad para corresponder al amor», pensó.

Se sentó en la escalinata del pórtico y se remangó la falda hasta las rodillas. Cerca, Apolonia jugaba con Astianacte, que correteaba con cierta inseguridad. Sentada a la entrada de su palacio, Andrómaca los observaba con la mirada vacía. Había perdido peso y aparentaba estar enferma. No giró la cabeza hacia su enemiga, tampoco la insultó, como hacía antaño. Se limitó a quedarse perdida en su conciencia, ajena por completo a los juegos de su hijo.

«Tu esposo murió por nuestra causa. Mi esposo ha vengado la muerte del tuyo. Tu esposo merecía la vida más que el mío», se dijo Helena con pesadumbre. En aquel instante decidió incluir a aquella mujer sin voluntad entre los bordados de su manto, donde representaba las peores consecuencias de su huida de Esparta.

* * *

El cuerpo hedía, los ungüentos no resultaban eficaces para frenar

la descomposición de la carne. Habían pasado cuatro días, durante los cuales los aqueos habían honrado a Aquiles ofreciéndole sus cabellos y ejecutando sacrificios en su honor. Sobre el campamento se había posado una densa nube de angustia e incertidumbre. Agamenón reunió a los reyes en consejo.

–No quiero enterrar un saco de gusanos –comenzó diciendo–. Este calor lo va a pudrir, debemos montar la pira ya. –Los demás asintieron.

–Mi primo merece la madera de un monte entero –dijo Áyax el Grande. El dolor parecía haberlo trastornado; lucía ojeras y su carácter afable se había agriado–. Y unos juegos como nunca se hayan visto.

–Así lo haremos, Áyax –concedió Agamenón.

Diomedes negó lentamente con la cabeza. Él nunca le había dado tanta importancia a Aquiles.

–¿Qué harás con sus armas? Las quiero. –Áyax los miró uno a uno, esperando que alguien le respondiera.

–Serán el premio de una competición en los juegos funerarios.

Áyax asintió, conforme. Y entonces pasaron a deliberar sobre el futuro inmediato de la guerra. Mientras duraran los funerales de Aquiles estarían en tregua. Después se volverían a reunir para tomar decisiones. Atisbaban cerca el final, aunque la muerte del pélida oscurecía los augurios.

Cuando terminó el consejo, Ulises se acercó a Agamenón para hablarle en privado.

–Sólo ha muerto un hombre –soltó–. Los mirmidones siguen aquí y lucharán con nosotros. Pero la profecía ha calado en los hombres... Mira sus rostros. –Señaló las tiendas a su alrededor–. Dudan, han dejado de creer en la victoria.

–Y tú, Ulises, ¿crees que ganaremos? –preguntó el rey de Micenas.

–Yo... –suspiró–. Yo creo que para ganar necesitamos que ellos tengan fe en la victoria. Con hombres sin moral no se ganan guerras.

–¿Qué propones? –Agamenón fue directo.

–Necesitamos un símbolo que anime a los hombres. –Agamenón enarcó las cejas. Recordó su argucia sobre la égida de Atenea y se temió algo similar–. Traigamos a Neoptólemo. La sangre de Aquiles sigue viva en su hijo. Está en Esciro, sería cuestión de días.

–¿Te has vuelto loco? Es un niño de poco más de diez años, por Hércules.

–No necesitamos un líder, ni un guerrero. Necesitamos fe. Y Neoptólemo puede mantener viva la profecía. Calcante puede difundir la noticia.

Agamenón quedó pensativo unos instantes. No le resultaba descabellado. Lo importante era que los aqueos creyeran que Neoptólemo suplía el vacío de su padre. Como bien afirmaba el astuto

Ulises, Calcante sería una pieza fundamental. El comandante soltó una carcajada y palmeó el brazo de Ulises.

–Perro astuto. Quisiera tener tu cabeza. Te haremos caso.

El rey de Ítaca se retiró a su zona del campamento. Ansiaba el final de la guerra más que cualquier otro aqueo. No codiciaba riquezas ni deseaba a las troyanas. Tan sólo anhelaba la vuelta al hogar, el abrazo cálido de Penélope, la sonrisa de su hijo, incluso las montañas agrestes de su Ítaca, que tan difícil hacían la vida. En el camino hacia su tienda se encontró con Áyax el Grande. Estaba solo, sentado en el ágora, con la vista fija en la roca del orador. «Podalirio debería tratarte», pensó Ulises. Pero, en las últimas semanas, el médico estaba desbordado. Muchos hombres habían perdido la voluntad, o la cabeza. «La guerra lleva a los hombres a la locura. Espero que ésta acabe antes de que me toque a mí».

–¿A qué dioses ofreceremos los sacrificios? –preguntó Idomeneo a Calcante mientras seguían a la comitiva funeraria.

Las mujeres bailaban y gritaban, acompañadas en su delirio por los sones de las flautas. El sacerdote había elegido varias decenas de bueyes y carneros. Todos los reyes y adalides aqueos se encaminaban hacia el promontorio donde se había instalado la pira, junto a los túmulos en los que descansaban los huesos de Patroclo y Antíloco.

–Zeus y Ares –contestó el adivino con cierto fastidio mal disimulado–. Aquiles lo dejó dicho. Siguen despreciando a Apolo –soltó, haciendo a Idomeneo cómplice de su opinión.

–No tienes motivos para preocuparte –repuso el rey de Creta–. Cada día más aqueos acuden a su templo. Es un dios en alza. En cambio, la vieja diosa cae en el olvido. Incluso mis hermanos sacrifican a Zeus.

Calcante observó el fuego que Ulises portaba.

–Los pueblos se levantan y caen –reflexionó–. Creta dominó el Egeo hace tiempo. Luego vino Micenas. Troya controlaba el Helesponto, y ahora los aqueos se lo disputan. Hatti domina Oriente y Egipto, las costas del sur... Esta guerra cambiará el orden de los mares. Veremos quién se alza con el poder.

–Esta guerra, troyano, la gane quien la gane, acabará con Micenas y con Ilión. –Idomeneo bajó la voz–. De sus cenizas nacerá un nuevo orden donde ninguna de las dos dominará.

Calcante no contestó; se limitó a asentir despacio, meditabundo.

Llegaron al borde del mar cuando el sol lo besaba, pintando de rojo las mareas. Se llevaron a cabo los sacrificios y se untaron con grasa las maderas de la pira y el cuerpo de Aquiles. El héroe estaba cubierto por los cabellos trenzados de sus más allegados. Los gritos y lamentos no cesaban, ni los bailes frenéticos del coro de mujeres.

Ulises prendió la pira y el fuego se expandió con rapidez. Una densa humareda blanca se elevó hacia el cielo, pero enseguida fue arrastrada hacia el Egeo por el insistente viento de la Tróade. Los hombres la observaron diluirse sobre el mar y lanzaron suspiros para acompañarla hacia poniente, hacia sus hogares.

Las llamas devoraron el cuerpo de Aquiles, cebándose con él hasta reducirlo a huesos. Los reyes comenzaron a preparar el banquete. Sólo ellos se quedaron en el promontorio para honrar al muerto, como él mismo hubiera deseado.

–Ahora es humo –comentó Agamenón, pensativo–. Su vitalidad, su carácter colérico, su fuerza y su destreza en la batalla... ¿Qué queda de él ahora?

–Una sombra en el Hades –contestó Áyax el Menor–. Así acabaremos todos. Por eso, disfrutemos mientras podamos. –Levantó su copa de vino y dio un largo trago.

–Nos quedarán los poemas que le compongan –intervino Ulises–. Los hombres como él viven en la memoria del mundo durante generaciones. También nos queda su hijo, que mantiene viva su sangre –añadió.

Agamenón esbozó una sonrisa.

Los reyes comieron y bebieron, libaron vino a los dioses y cantaron canciones sobre las proezas de los héroes antiguos.

–Yo estuve allí –decía el viejo Néstor cuando contaban aquellas historias–. Cada uno de ellos valía por diez de los de ahora. –Miraba de soslayo a un lado, como si esperara que Antíloco se riera, pero enseguida espantaba su sombra y recordaba que ya no estaba entre los vivos.

Cerca del alba, Áyax el Grande se puso en pie y comenzó a desperezar a los que dormían la borrachera. Luego derramó lentamente un ánfora de vino sobre los rescoldos humeantes de la pira. Poco a poco, se le fueron uniendo los demás. Conforme se acercaban al centro, Áyax sentía una tenaza que le oprimía el pecho y le impedía respirar con normalidad.

–Primo –balbució al llegar ante los huesos, limpios de carne y ennegrecidos. Y rompió a llorar.

Diomedes y Ulises los enfriaron con vino y los recogieron. Había amanecido y una cuadrilla de hombres llegó al promontorio para trabajar en la ampliación del tholos. Según las instrucciones del propio Aquiles, desenterraron el camino y agrandaron el espacio interior, desmontando la bóveda de piedras para construir un segundo cinturón de paredes. La urna de Aquiles, de oro, fue colocada junto a la de Patroclo.

–Traed los premios –ordenó el rey de Micenas a los heraldos mientras la cuadrilla seguía los trabajos–. Los juegos deben comenzar.

Trajeron calderos y trípodes de bronce, mantos dobles, espadas, lanzas, caballos e incluso a cinco esclavas capturadas en la Tróade. Los principales guerreros fueron invitados a participar. Durante toda la jornada, los hombres rivalizaron y pelearon por cada recompensa. El ambiente era festivo, pero Áyax seguía turbado, como si el rumor de dos ríos agitara su cabeza. El gigante dirigía la vista constantemente hacia las armas de Aquiles, sin acabar de creer que su primo no volvería a lucirlas jamás.

A media tarde, el tholos estuvo preparado para ser cubierto. Los reyes echaron los primeros puñados de tierra sobre la bóveda. Agamenón dispuso que había llegado el momento de celebrar el juicio por las armas de Aquiles. Dos fueron los aspirantes: Áyax el Grande y Ulises. Competirían en lucha cuerpo a cuerpo, tiro con arco y lanzamiento de jabalina.

–Deberías darle a Áyax el primer tanto –le susurró Menelao a su hermano.

Ocurrió como Menelao predijo: Áyax no tuvo dificultad para plantar la espalda de Ulises en el suelo. El de Ítaca peleó con ganas y se zafó en tres ocasiones del abrazo de oso de su oponente, pero finalmente su fuerza y su tamaño se impusieron.

Los heraldos dispusieron una tabla para el tiro con arco, sobre la que pintaron burdamente la imagen de un cuerpo. Los aciertos en la cabeza puntuaban doble. Ulises disparó primero el arco heredado de su padre. Sus tres flechas fueron directas a la cabeza. Áyax tomó el arco de su medio hermano Teucro.

–Ojalá pudiera disparar yo por ti –le dijo éste–. No te precipites y tensa bien la cuerda.

Una de las flechas se clavó fuera de la figura. Las otras dos, en el pecho. Ulises ganó el segundo tanto.

La jabalina serviría para desempatar. Ambos arrojaron dos armas contra la misma tabla. Ulises acertó en un brazo y en la cabeza; Áyax, las dos en el pecho.

–¡No! –vociferó Áyax al verse derrotado–. Merezco las armas de Aquiles. He luchado en primera línea, me he expuesto en cada batalla, incansable. –Dejó que sus palabras calaran–. Dadnos una lanza a cada uno y dejadnos luchar, ¡a ver quién gana! –Señaló a Ulises. Agamenón se mantuvo en silencio. Ulises, por su parte, habría renunciado gustoso a las armas, pero ese acto habría representado una grave ofensa para Áyax–. Son de mi primo, yo las merezco –suplicó en tono lastimero, y se alejó caminando hacia el cabo Sigeo.

–¡Aquiles! –lo escucharon gritar antes de que se perdiera de vista.

Comenzaba a anochecer y los hombres enterraron el camino empedrado del tholos. Los reyes prepararon su retorno al campamento. Allí, en aquel pequeño cabo, quedaron los restos de

Aquiles, junto a los de Patroclo y, cerca, los de Antíloco. Los túmulos miraban hacia el Egeo, el mar que separaba las dos tierras que llevaban años hiriéndose mutuamente.

–¡Esto es lo que merecéis! ¡Zeus os maldiga!

Los gritos sobrepasaban los límites del campamento y llegaban a la comitiva con nitidez, arrastrados por el viento.

–Rey de los aqueos, Áyax está en uno de los corrales. –Un heraldo se acercó para informar–. Está matando a los corderos.

–¿Habéis intentado detenerlo? –Podalirio se adelantó. El heraldo negó con la cabeza–. Bien. Dejadlo, podría mataros también a vosotros.

Acompañado por su hermano Macaón, el médico echó a correr hacia el campamento. Los demás reyes los siguieron a paso ligero.

–Deberías haberle dado las armas de Aquiles –le dijo Ulises a Agamenón cuando atravesaban las puertas del muro.

–Di por hecho que ganaría... Tal vez tú deberías haber fallado los tiros. –En su voz se velaba un reproche.

Llegaron al cercado y, en la penumbra de la noche, contemplaron el macabro espectáculo del gigante ensangrentado, blandiendo su espada de hierro. Los animales le huían y balaban atemorizados.

–¡Malditos! –gritaba Áyax mientras los perseguía.

Podalirio pidió silencio.

–Los confunde con nosotros. Cree que nos está matando, grita nuestros nombres –explicó. Agamenón abrió los ojos, sorprendido–. No es la primera vez que lo veo. La razón de los hombres se puede quebrar, como los huesos. Debemos hacer más sacrificios a Apolo.

El rey de Micenas observó los cuerpos de los corderos mutilados. Áyax estaba mancillando el botín, infringiendo una de las normas más sagradas que los regían.

–Ulises, tu arco –ordenó.

Podalirio solicitó un instante para intentar recuperar el espíritu del guerrero.

–¡Áyax! –gritó con todas sus fuerzas. El gigante se detuvo y miró en su dirección. La oscuridad le impedía ver con claridad y dio varios pasos hasta tener a los reyes delante, al otro lado de la cerca–. Míranos. Estamos aquí. –Le sostuvo la mirada–. Ahora mira atrás y dime lo que ves.

Áyax obedeció y su pecho comenzó a inflamarse rítmicamente. Un ligero temblor sacudió su cabeza. Miró la espada, y luego sus manos ensangrentadas. Sus ojos recuperaron la cordura.

–¿Qué estoy haciendo? ¿A quién he matado? –preguntó, todavía confuso.

Agamenón negó con la cabeza, con los labios apretados. Áyax miró

a los reyes una última vez antes de agarrar con fuerza la empuñadura de su espada y dirigir la punta contra su estómago. No soportó la vergüenza de la locura. Exhaló un suspiro, al que siguió una bocanada de sangre. Luego extrajo la espada y se la clavó en el pecho. Cayó fulminado. A su alrededor, los corderos seguían balando y corriendo por el cercado.

–Nos ha ahorrado el trabajo –dijo Agamenón con furia, apenas alterado–. No lo queméis. Metedlo en una caja y enterradlo fuera del campamento.

Los demás lo miraron turbados. Podalirio hizo el amago de hablar, pero Macaón lo acalló. El rey de Micenas no perdonaba aquel acto deshonroso.

–Antíloco, Aquiles y Áyax de Salamina... Mal día para los aqueos –comentó Ulises afectado.

–Tres hombres –dijo Diomedes impasible, igualando a los caídos con el resto–. Menos cabezas para repartir el botín de Troya –añadió mientras observaba cómo cuatro de sus hombres cavaban el hoyo en el que enterrarían a Áyax.

–Basta un instante para fulminar el rastro de toda una vida de gloria –reflexionó Ulises en voz alta.

* * *

Polidamante se descalzó y entró a hurtadillas. La casa estaba a oscuras y tuvo que tantear las paredes para encontrar la alcoba sin tropiezos. Se escuchaban los ronquidos de uno de sus hijos.

–¿Ahora vuelves?

Se sobresaltó. Su mujer estaba sentada al borde del lecho.

–¿Quién es? –preguntó áspera.

El hombre depositó el casco en el suelo y comenzó a desvestirse lentamente.

–No sé a qué te refieres.

–¿Crees que soy estúpida? Llevas semanas sin tocarme y siempre que puedes te escapas de madrugada. ¿Quién es? ¿Una fulana del barrio del Alba? –Su voz anunciaba lágrimas.

–No digas tonterías. –Simuló firmeza–. Los amigos de Héctor nos reunimos para libar vino y beber en su honor. –Ella guardó silencio–. Créeme, no tienes de qué preocuparte.

–Tienes hijos, y me tienes a mí. Respétanos.

Polidamante se echó en la cama. Agarró suavemente a su esposa y tiró de ella, que se dejó hacer. Comenzó a besarla con suavidad y ella se abrazó a su cuerpo fibroso. Cuando la acarició, ella respondió buscando su entrepierna. Pasados unos instantes, el hombre se apartó lentamente y simuló estar cansado.

–Demasiadas preocupaciones, demasiadas tensiones. Necesito descansar. –Ella no dijo nada–. Duerme tranquila, nada se interpone entre nosotros.

Polidamante fingió estar dormido. Ella lloraba, tratando de no hacer ruido. «Hueles a otra mujer», se decía. Él todavía sentía el tacto húmedo de Helena en su miembro, y el recuerdo de sus gemidos lo endureció. Pensó en acercarse de nuevo a su esposa, pero no merecía una traición como aquélla. Pasó la noche en vela, arrullado por sus hipidos y sollozos.

Príamo apareció con una holgada túnica de color púrpura con bordados de oro. Llevaba la alta tiara real ceñida a la cabeza. La barba cana, bien recortada, estaba recogida en tres trenzas sujetas por anillos de plata. Tras la caída de Aquiles había abandonado el luto y había vuelto a encender el fuego en el hogar del gran salón del mar Océano. La muerte de Héctor había sido vengada; Apolo había dirigido la mano de Paris para acabar con el salvaje rubio.

A su lado, Hécuba lucía un hermoso tocado y llevaba el velo echado hacia atrás. Vestía un kilt con flecos de vivos colores y una fina camisa de lino. Sus ojos delataban su pena.

Paris y Deífobo aguardaban de pie.

–Con la flecha de mi hermano, Apolo nos mandó una señal –dijo Deífobo–. Ha muerto su principal héroe, es el momento de echarlos de la Tróade. –Era joven e impetuoso. Sus ojos color azabache brillaban con intensidad. Tenía el cabello rizado, como su madre, y la tez oscura de su padre.

Príamo miró a Paris para instarlo a dar su opinión.

–Seguimos estando en inferioridad. –Nervioso, movía la cabeza mientras hablaba–. Los dos ejércitos hemos perdido hombres, pero a nosotros las muertes nos hacen más mella. Lo más sensato es esperar al amparo de las murallas. Ahora mismo es lo único que tenemos a nuestro favor.

El rey asintió lentamente.

–Por una vez, debo dar la razón a Paris. –Éste se irguió–. Con los hombres que tenemos, nos sobra para repeler un asalto, pero no nos basta para atacarlos. Nos quedaremos aquí y esperaremos.

–La situación en la ciudad no es fácil –insistió Deífobo–. Los extranjeros molestan a las viudas, la comida escasea...

–La guerra ya nos ha hecho perder. –Príamo apretó los puños–. Somos una sombra de lo que fuimos. –Hécuba comenzó a llorar en silencio–. Encárgate tú mismo de organizar guardias para que vigilen la ciudad baja. Ante la indisciplina, muerte pública.

Deífobo agachó la cabeza, acatando la decisión de su padre. Los dos hermanos se retiraron, dejando solos a los reyes.

–Esposo, Deífobo necesita una esposa. Tiene cerca de veinte años.

–Lo sé, pero no es momento de pensar en eso. Cuando todo pase, si vivimos, le buscaremos una buena mujer.

–No mientes a la muerte –le reprochó Hécuba, mirándolo desafiante.

–La muerte nunca ha necesitado que la nombre para acudir.

* * *

Desde la muerte de Aquiles, Fénix había menguado medio palmo. Cabizbajo y encorvado, se acercó a Briseida, que permanecía sentada junto a una hoguera con la mirada perdida en las llamas. Se sentó a su lado, pero evitó mirarla a los ojos. Sabía que, si lo hacía, sus respectivas penas se sumarían y acabarían llorando como dos ríos desbordados.

–Sufres su pérdida como una esposa, pero no lo eres. Yo sufro como un padre, y no lo soy.

Briseida separó dos palos para evitar que se consumieran demasiado rápido. Acababa de amanecer, pero ya hacía calor. Las mujeres del campamento se afanaban en calentar los desayunos.

–Él te quería como a un padre.

–Y a ti como a una esposa, aunque le costara decirlo. –Sonrió–. Estas mismas rodillas lo sostuvieron cuando apenas sabía caminar. –Se las palmeó–. Ahora están enfermas, inflamadas, y crujen como una puerta en invierno. Yo debería haber muerto antes que él. Los hijos deberían ahorrar este sufrimiento a los padres. –Dos lágrimas, pesadas, rodaron sobre las arrugas de sus mejillas–. Ya sabes que eres libre. Los mirmidones se han repartido a las demás esclavas, pero nadie osará contradecir la última voluntad de Aquiles. Tienes suerte. Raras veces la libertad es el destino de una mujer. –Pensó en Anatia. La añoraba, lloraba por su ausencia y oraba a los dioses para que su nuevo dueño la respetara.

–¿Soy libre para marcharme? –Briseida lo miró fijamente.

El viejo suspiró.

–Si lo hicieras, te extrañaría. Tu presencia me da consuelo. Pero sí –dijo al fin–, eres libre para marcharte.

Briseida se puso en pie, lo besó en la frente y marchó hacia la salida del campamento. Nadie la detuvo. Era la antigua reina de Lirneso, la esclava del pélida que había provocado su cólera contra Agamenón. La joven salió del cabo Sigeo y se encaminó hacia el sur bordeando la costa. No tardó en llegar al promontorio donde habían instalado los túmulos de Aquiles, Patroclo y Antíloco, sobre la bahía en la que aún fondeaban algunas naves aqueas. Una gran piedra encalada, que hacía las veces de altar, marcaba el lugar en el que

comenzaba el camino a la cámara funeraria de Aquiles. Junto a ella estaba el profundo orificio en el que se vertían las ofrendas de sangre para los muertos. Sobre la tierra habían comenzado a crecer tréboles. Soplaba una suave brisa de levante, anticipo del viento que se avecinaba.

«Era mi destino», creyó distinguir la voz de Aquiles susurrada por el aire. «Amor y odio», escuchó después, como si Patroclo le recordara su advertencia, tan certera y tan demoledora.

Briseida extrajo un cuchillo que llevaba oculto en los ropajes. Observó la hoja de metal, hipnotizada por su brillo. Luego agarró con ambas manos la empuñadura y dirigió la punta contra su pecho. Sintió el aguijonazo del arma abriéndose paso por su carne, entre las costillas, cerca del corazón. Tuvo el impulso de gritar, pero el chillido se le ahogó en la garganta. Su sangre se derramó sobre el blanco inmaculado del altar. Con dificultad, se echó al suelo y se arrastró hasta el agujero de las ofrendas. Cuando estuvo sobre él, extrajo el cuchillo de su pecho y un río rojo manó hacia el inframundo.

«Bebe de mí, rubio maldito. Te empeñaste en morir, y nos has condenado a todos».

Comenzó a sentir frío y su vista se nubló. En el trance de la muerte creyó distinguir frente a ella a sus padres y esbozó una sonrisa. Luego apareció Patroclo, que le tendió la mano, como animándola a levantarse. Por fin, se presentó Aquiles, completamente desnudo. Se arrodilló a su lado y le dio un beso en la mejilla.

El tacto frío de los labios del pélida fue lo último que sintió Briseida antes de dejarse ir.

–Echo de menos el olor de la sangre.

Diomedes jugaba con su espada, haciéndola girar sobre su punta. Idomeneo, Áyax el Menor y él se habían reunido con Ulises en torno a su fuego para cenar.

–Acostúmbrate –le respondió el anfitrión–, vas a tardar en volver a olerla. A los troyanos sólo les quedan los despojos de sus aliados. Si son inteligentes, se encerrarán tras las murallas y esperarán.

Áyax el Menor dibujó una mueca de fastidio en su rostro.

–Estoy cansado de mis esclavas, quiero nuevas.

Diomedes rio, complacido con el comentario.

–Podríamos asaltar la ciudad –opinó Idomeneo, que, como Ulises, ansiaba regresar al hogar–. No les quedan demasiados hombres para defender sus murallas.

–Unos muros como ésos se defienden con cinco hombres –zanjó Ulises–. Y nosotros tampoco andamos sobrados de guerreros. –Los vacíos se hacían notar. Muchas tiendas habían sido desmontadas y cientos de mujeres se vendían a otros hombres–. Pero podemos

intentar hacer algo para provocarlos, hacer que salgan a pelear... –Ulises perdió la mirada en el fuego.

–¿En qué piensas, astuto Ulises? –preguntó Diomedes.

–Algo que los encienda, un pequeño sacrilegio... Dejadme pensar tranquilamente. Mañana lo hablaré con Agamenón.

El sonido de pisadas lejanas despertó los sentidos de Ulises. Agazapado entre los olmos de la ribera del Escamandro, a la vista del templo de Apolo, oteó los llanos. Una figura se acercaba a buen paso. Poco después, distinguió a un joven que portaba un cetro dorado de sacerdote y una ofrenda de laurel. Al fin, tras dos días aguardando, la espera había dado fruto.

Al principio, Agamenón había puesto reparos a su plan.

–No voy a ofender a Apolo de una forma tan ruin –afirmó.

Ulises propuso entonces que Calcante consultara al oráculo.

–Debemos hacer lo que propone Ulises –afirmó el adivino con rotundidad– si queremos poner fin a esta guerra pronto. Pero ni se os ocurra matarlo.

De esta manera, el astuto Ulises contó con la aprobación de Agamenón para llevar adelante su plan de capturar a un sacerdote troyano de Apolo y así provocar una respuesta de Ilión.

–Si los provocamos adecuadamente, saldrán a pelear y podremos derrotarlos sin asedio –defendió el rey de Ítaca con vehemencia.

Ahora, varios días después, su plan comenzaba a materializarse. Dejó que el sacerdote entrara en el templo e hiciera la ofrenda. El joven salió poco después, se apostó frente al tronco de un olmo y comenzó a orinar. En ese momento, Ulises saltó de su escondite y lo amenazó con su espada de bronce.

–Si gritas, estás muerto.

El muchacho alzó las manos, pero no pudo evitar seguir orinando, de manera que empapó su túnica corta.

–Acompáñame, tenemos que hablar.

El troyano siguió a Ulises hasta el vado más cercano. El miedo le agarrotaba las manos y la tensión se acumuló en su nuca.

–No me mates, pagarán un buen rescate por mí. Soy hijo de Príamo, rey de Ilión –soltó nervioso.

Ulises se detuvo al instante. No acababa de creer en su buena fortuna.

–¿Cuál es tu nombre? –El itacense ya tenía uno en mente, el del mellizo que ejecutaba los sacrificios durante las batallas.

–Héleno.

Ulises gritó su euforia.

–¡Premio! ¡Premio! Por Hércules, ¡buena presa! –Se obligó a calmarse–. Pórtate bien y no te despellejaremos. –Con la sola mención

del posible castigo, el joven príncipe se meó encima de nuevo. Ulises no podía borrar la sonrisa lobuna de sus labios.

Lo llevó al campamento. Héleno quedó sorprendido ante la visión de la ciudad de tiendas que los aqueos habían montado en el cabo. Disponían de hornos para el pan, herreros y hasta puestos temporales para los mercaderes que llegaban por mar. Los grandes tholoi en los que enterraban a sus muertos eran similares a los de Ilión, y por todas partes paseaban mujeres y niños. «A la mayoría las han conseguido en la Tróade», pensó apesadumbrado.

Ulises lo condujo hasta la única vivienda que se alzaba a la vista. Allí, Agamenón lo miró son sorna.

–El conejillo huele a meado.

Los heraldos rieron a carcajadas.

El rey de Ítaca anunció quién era y el comandante lo observó con otros ojos, calculando su valor.

–Ulises, vales tu peso en plata. Saldrán a pelear, sin lugar a dudas. –Héleno se removió, inquieto–. Tú eres el que habla con Apolo y puede ver lo que vendrá, ¿no?

–Lo es –afirmó Calcante, que estaba cerca–. Sus visiones son certeras. –La mirada del príncipe se tiñó de desprecio al ver al sacerdote–. Tranquilo, muchacho. Fue el mismo Apolo quien me ordenó que viniera aquí.

–¿Por qué no consultas al dios para mí? –solicitó Agamenón.

Héleno miró aterrorizado al rey, y luego a Calcante.

–Muchacho –le dijo el viejo adivino–, ahora estás en sus manos. Más te vale obedecer.

–Necesito una hoguera y hojas de laurel mojadas en la sangre de un sacrificio –pidió al fin el joven con la voz entrecortada.

Inmediatamente le suministraron lo solicitado y el troyano echó las hojas al fuego. Aspiró el humo y cerró los ojos. Permaneció así durante un buen rato, con el ceño fruncido. Cuando los abrió, su mirada parecía vacía.

–En una isla abandonasteis a un héroe que porta mi arma predilecta –dijo con voz ronca. Agamenón miró a Calcante, que estudió las señales y asintió, confirmando que Apolo estaba hablando por la boca del muchacho–. Lo necesitáis si queréis ganar la guerra. –Héleno tembló. Entre los aqueos reinó el silencio–. Veneradme –añadió–, soy portador de la salud y de la enfermedad. Haced sacrificios en mi honor si no queréis recibir de nuevo mis flechas. –El sacerdote cerró los ojos y, cuando los abrió de nuevo, su rostro se había desfigurado por el terror.

–Tranquilo. –Calcante acudió a su lado para llevarlo aparte–. El dios te ha bendecido con su palabra.

–Filoctetes –pronunció Agamenón, y Ulises asintió–. El arco de

Hércules.

Filoctetes, uno de los mejores arqueros del Egeo, había participado en una incursión comandada por Aquiles a la isla de Lemnos. Recibió una mordedura de serpiente y pidió que lo dejaran allí con un grupo de guerreros. Había pasado cerca de un año y no habían recibido noticias suyas. Todos lo daban por muerto. El guerrero tenía bajo su custodia el arco de Hércules, una reliquia que muchos consideraban sagrada.

–¡Diomedes! –llamó el rey de Micenas–. ¿Te apetece navegar?

El rey de Argos aceptó el encargo y se apresuró a hacer los preparativos para zarpar aquel mismo día.

–Quítale la túnica al príncipe troyano –Agamenón se dirigió a un heraldo–, y llévala a caballo hasta las puertas de Troya. Déjala en el suelo, con uno de nuestros cascos encima. –Para que el plan funcionara, Príamo debía saber que tenían a su hijo–. ¡Haced sacrificios a Apolo! –gritó el rey–. Ahora más que nunca, necesitamos a todos los dioses de nuestro lado.

La negra nave arribó a la bahía del túmulo de Aquiles al caer la tarde. Las corrientes impidieron que pudiera penetrar en el Helesponto. Diomedes se apresuró a conducir a Filoctetes al campamento.

–¡Aquí tenéis al muerto vuelto a la vida! –anunció.

Filoctetes cojeaba ligeramente. La pierna que había recibido la mordedura se resentía todavía de la herida. Llevaba su célebre arco en la mano, sin encordar, y al verlo, sus compañeros soltaban exclamaciones de asombro.

–Hércules –susurraban a su paso, invocando al antiguo héroe que había saqueado Troya en tiempos del padre de Príamo.

–Me alegra verte vivo, y con las dos piernas –lo recibió Agamenón.

–No me valen igual –respondió Filoctetes, irguiéndose en presencia del rey–. Ésta me hace cojear, pero no impedirá que vaya a la batalla. Por lo que me ha dicho Diomedes, ya me he perdido unas cuantas.

–Lo mejor está por venir.

–Espero seguir vivo hasta entonces. He pasado meses con dolores y fiebres. Pensé que moriría, pero Zeus no ha dispuesto aún mi marcha.

–Puede que Zeus te tenga reservado un destino ilustre. –Agamenón miró de reojo a Héleno, que permanecía junto a su casa, vigilado por un heraldo armado.

El comandante de los aqueos hizo llamar a Macaón para que tratara la herida de Filoctetes y ordenó a los hombres que se prepararan por si, como preveía, los troyanos salían para recuperar a su príncipe.

–¡Aprendiz! –gritó Teucro al ver a su amigo. El médico ya

examinaba la herida–. Espero que en Lemnos hayas aprendido a usar el arco como yo, nos vendrá bien en la batalla. El arma no hace al guerrero –dijo, señalando el arco de Hércules.

Filoctetes rio a carcajadas, contento por ver de nuevo a Teucro.

–Pronto te enseñaré de lo que soy capaz, bravucón. Las palabras tampoco hacen al guerrero. Y tu hermano..., ¿dónde está ese gigante estúpido?

Teucro ensombreció la mirada al instante y se sentó a su lado.

–En el Hades, espero. –Dirigió una fugaz mirada de rencor a Agamenón–. Han pasado muchas cosas en estos meses. –Filoctetes abrió la boca para comenzar a excusarse, pero Teucro lo calló–. Deja que te cuente, amigo...

* * *

–¡Cuánto he echado de menos esa risa!

Anquises miraba cómo jugaba su nieto Ascanio.

–Se parece mucho a ti –le dijo Eneas con una sonrisa, y Créusa, que estaba a su lado, asintió convencida.

–Bueno, también tendrá algo de su abuela –respondió el anciano.

Los esposos se miraron divertidos. Anquises siempre había afirmado que la madre de Eneas era la diosa Afrodita, que se le había aparecido en el monte Ida, pero el hijo dudaba de aquella historia.

–¡Consejo! –voceó un heraldo desde la puerta del palacio de Príamo.

Eneas se levantó de un salto y salió apresurado para asistir a la reunión. En el gran salón, Príamo, Deífobo, Paris y el nuevo comandante de los licios discutían alrededor de lo que parecían unas prendas de ropa. Sobre ellas había un casco de bronce con cuernos y crinera, al estilo aqueo.

–Es la túnica de mi hijo Héleno. –El rey temblaba de ira–. No respetan ni a los sacerdotes.

Eneas valoró la situación antes de expresar su opinión.

–¿La habéis encontrado cerca? –preguntó. Deífobo asintió–. Está vivo, entonces. Han traído esto para que sepamos que lo tienen.

–Evidente –dijo Deífobo con aire de suficiencia–. Debemos ir a por él.

–No –refutó Paris. Las ojeras y el cabello revuelto mostraban que no estaba en uno de sus mejores momentos–. Eso es lo que quieren, que salgamos. Saben que aquí estamos seguros, que no pueden asaltar las murallas.

–Es nuestro hermano –respondió Deífobo con los dientes apretados–, y un sacerdote de Apolo.

–Paris está en lo cierto –intervino Eneas–. No es momento de

presentar batalla. Podemos mandar heraldos para negociar un rescate. La batalla no asegura que lo recuperemos.

El licio asintió, pero, como invitado, no se atrevió a hablar.

–¡Malditos pusilánimes! –explotó Deífobo–. ¿Cuántos insultos debemos soportar con la cabeza gacha? ¿Cuánto oro troyano debemos entregar a esos salvajes rubios? ¡Yo digo basta! ¡Levantemos la cabeza y recordemos lo grandes que somos!

–No nos quedan hombres –rebatió Paris, subiendo el tono–. Salir es un suicidio.

–Eso es lo que temes: morir. Tu vida es la única que te importa. –Deífobo lo señalaba, acusador–. No mereces llevar la sangre de Ilo.

Paris apretó los puños. Las provocaciones comenzaban a surtir efecto y Eneas se preparó para intervenir.

–¡Ya! –gritó Príamo, y su voz sonó como un trueno de Zeus–. Ordenad a los hombres que se preparen. Mañana al alba presentaremos batalla. –Se acercó a Paris y lo abrazó–. Llevas la razón –le susurró al oído–. Empiezo a sentirme orgulloso de ti. Pero ha llegado la hora de recuperar el orgullo de nuestro pueblo, aunque nos cueste la vida.

El príncipe sintió un escalofrío. En cuanto Príamo se perdió en dirección a su alcoba, Deífobo sonrió con aire triunfal.

–Es hora de que Ilión devuelva los golpes.

Paris y Eneas callaron el pensamiento que sobrevoló sus cabezas. La trampa de los aqueos había funcionado.

* * *

Con la claridad del alba, los troyanos y sus escasos aliados comenzaron a organizarse para salir a la llanura. Deífobo y Eneas se mantenían al frente del ejército, aunque los adalides de cada pueblo seguían liderando a sus hombres. El número de carros se había reducido considerablemente; la mayoría yacían en la tierra, desarticulados. Todo el campo estaba sembrado de armas de los dos bandos, olvidadas como un macabro tributo a los caídos.

Los hombres avanzaron hasta la ribera del río y allí se detuvieron a esperar una respuesta por parte de los aqueos. Antes de que el sol sobresaliera por encima de las murallas de Troya, el campamento del cabo se convirtió en un hervidero de hombres que corrían para armarse y atravesar el foso. Agamenón recibió a un heraldo troyano.

–Apolo es testigo de lo que habéis hecho y os castigará con toda su ira si no devolvéis a Héleno –transmitió el mensajero.

–Filoctetes, desentumece tus manos –pronunció Agamenón sin perder de vista al heraldo.

El aludido encordó su arco y extrajo una flecha del carcaj. Al

instante, el heraldo hizo virar a su montura para huir al galope, pero sólo había comenzado la marcha cuando Filoctetes disparó. La flecha fue a parar a la espalda del desgraciado, que cayó al suelo retorciéndose de dolor.

–Recuperad el caballo. Atadlo a él y devolvédselo a sus dueños –ordenó impasible el comandante–. Cuando un lobo huele la sangre de una presa es capaz de hacer cualquier cosa por conseguirla –dijo al aire–. Desde aquí huelo la sangre de Troya.

El ejército aqueo se desplazó hasta la ribera del río y se colocó frente a los troyanos, que permanecían formados al otro lado de las aguas. Sólo un vado los separaba.

–Atacaremos desde aquí con arqueros y hostigadores –ordenó Agamenón.

Cuando los troyanos recibieron las primeras flechas, sus arqueros se organizaron para responder. Paris destacaba en primera línea, con su coraza de lino y un alto casco emplumado. Detrás, Eneas y Deífobo retenían a los infantes para que no se precipitaran.

–Míralo –le indicó el rubio Menelao a su hermano Agamenón–, lleva más plumas que una gallina. –Sus ojos, inyectados de sangre, seguían a Paris.

Áyax el Menor, Teucro y Filoctetes comandaron el ataque por el lado aqueo. Los honderos y jabalineros se acercaban al río para poder alcanzar sus objetivos.

–¡Caed, malditos! –gritaba Filoctetes, eufórico por poder participar en la batalla–. ¡Por Hércules!

–¡Dos esclavas y una espada de hierro para el que acabe con Paris! ¡El del casco de plumas! –gritó Menelao con todas sus fuerzas.

Enseguida una lluvia de armas arrojadizas salió disparada hacia él. Ágil, Paris soltó el arco y se cubrió con un alto escudo, que quedó erizado de flechas.

–Apolo, protégeme –suplicó mientras las afiladas puntas atravesaban la piel y la chapa de bronce que recubrían su defensa.

Filoctetes, con el arco tensado, aguardó a que la primera carga amainara. Temblaba ligeramente; no podría aguantar mucho tiempo en esa postura. En cuanto Paris asomó tras el escudo para cambiar de posición, soltó la saeta.

El príncipe llegó a escuchar el siseo del proyectil justo antes de que se le clavara en la frente. Su casco cayó hacia atrás. Una algarabía de gritos se elevó hacia el cielo en la ribera occidental del Escamandro.

–¡Mías son las esclavas y la espada! –le dijo Filoctetes a Menelao, que, con la boca apretada, asintió sin apartar la mirada del lugar donde Paris había caído.

–¡Seguidme! –tronó el rey de Esparta, ávido de sangre. Y se

adentró en las aguas para atravesar el vado.

Sus espartanos y otros muchos aqueos lo siguieron. Los troyanos, desorientados, tardaron en reaccionar. La primera línea de hostigadores retrocedió y Menelao llegó hasta el cuerpo de Paris sin oposición alguna. Al ver al príncipe caído, el odio acumulado durante los últimos diez años le tensó los músculos. Desabrochó su coraza y lo despojó de ella. Luego rasgó su túnica púrpura y lo dejó desnudo. Los aqueos seguían atravesando el vado y comenzaron a producirse algunas escaramuzas. Menelao agarró su lanza y se la clavó a Paris entre las costillas. La sangre, todavía caliente, manó generosa. Gritó, furioso, y una y otra vez clavó su arma en la carne desnuda, hasta que el pecho quedó reducido a un amasijo de carne y vísceras. Para acabar, desenfundó su espada, agarró los testículos y el pene, y los seccionó de un solo corte. Los alzó con la mano ensangrentada y lanzó un voto al dios de la violencia:

–¡Ares, te los ofrendo! Serán la comida de mis perros.

Eneas y Deífobo dudaban. Los aqueos seguían creciendo en número y pronto los superarían.

–Tenemos que recuperar el cuerpo de tu hermano –murmuró Eneas, y sólo entonces Deífobo reaccionó.

–¡Arremeted! –ordenó, cumpliendo así con su deber como comandante–. ¡Recuperad el cuerpo del asesino de Aquiles!

Al oírlo, los troyanos se lanzaron a la carga y los aqueos no tuvieron más remedio que ceder terreno. Menelao se vio obligado a abandonar el cuerpo, pero se llevó los genitales, que iba mostrando en alto mientras corría y aullaba.

Una vez que recuperaron los despojos de Paris, los de Ilión se retiraron. Los aqueos también se dieron por satisfechos. El troyano que había encendido la chispa de aquella guerra al fin había muerto.

* * *

El llanto inconsolable del preso se veía amortiguado por los gruñidos y ladridos de los perros que se disputaban la carne. Menelao los azuzaba sin piedad, hasta que el de mayor tamaño se hizo con el botín y lo devoró a dentelladas.

–Hermano, hermano... –Héleno sollozaba. Se sentía culpable por el destino al que creía haber condenado a Paris. «Pronto estarás con ellos y les darás el arma que acabará con tu hermano», recordó las palabras de Casandra y un escalofrío le recorrió la espalda–. ¡He sido yo! –gritó desesperado.

Agamenón se acercó a Menelao y lo palmeó en el hombro.

–Muerto está el ladrón. Ya sólo queda recuperar a tu esposa.

«Recuperarla, no. Matarla», pensó el rey de Esparta, pero guardó

silencio.

–¿Qué hacemos con éste? –preguntó Ulises señalando al troyano.

–Devolvedlo a Troya –intervino Calcante–. Ya ha cumplido su función. Es un sacerdote de Apolo. Retenerlo o matarlo enfurecería al dios. Recordad la peste... –Su voz era suave, pero escondía una severa advertencia.

–Así lo haremos –confirmó Agamenón.

Poco después, Héleno, completamente desnudo, corría hacia la llanura escoltado por las risas de sus captores.

–Hemos dado un buen golpe –comentó Ulises–, pero me preocupa la moral de los hombres. Desde la muerte de Aquiles no pelean convencidos. ¿Os habéis dado cuenta? Cedieron cuando los troyanos se echaron sobre nosotros. No plantaron cara. –Todos lo escuchaban atentos. Estaban de acuerdo con él–. No temáis. Pronto tendremos algo que les subirá el ánimo.

Sólo Agamenón sabía a qué se refería.

–¿Y ahora qué? –preguntó Menelao con la mirada perdida hacia oriente.

–Ahora asediaremos Troya hasta que caiga por hambre. –Agamenón se mostró tajante–. Ya no me importa el honor ni las reglas de la guerra. Subyugaremos a la ciudad como sea, la estrangularemos y la acabaremos quemando. Su recuerdo se convertirá en cenizas, y nosotros seremos los dueños del Helesponto.

ASEDIO

Helena corrió hacia el templo de Atenea. En la explanada, un cuerpo tapado por un manto púrpura presidía el espacio. Eneas, Deífobo, Polidamante y el líder de los licios estaban sentados a su lado, cubiertos de sudor y sangre. Llegaron Príamo y Hécuba, y en torno a ellos comenzaron a arremolinarse decenas de troyanos.

La espartana dirigió su mano a un extremo del manto y Eneas se levantó para impedirle que tirara de él. La mujer contuvo las lágrimas y, apretando los dientes, miró fijamente al dárdano, que bajó la cabeza. Todos la respetaron. Hizo a un lado la tela. El rostro de Paris mostraba una expresión serena, como en ausencia de vida. Sin embargo, su cuerpo maltratado reflejaba sin recato la tortura a la que había sido sometido. El pecho destrozado, la carne lacerada, la sangre que comenzaba a secarse y la entrepierna mutilada. De su frente brotaba un resto de astil aserrado, de la flecha que lo había matado.

–¡No! –gritó con todas sus fuerzas, llevándose las manos a la cabeza y arrancando sendos mechones de cabello dorado–. ¡No, esposo mío! –Se desgarraba por dentro, como si tiraran de ella para romper sus fibras.

Hécuba cayó al suelo sin conciencia, incapaz de soportar más dolor. Príamo lloró y gritó desesperado, sujetando a duras penas el cuerpo de su esposa. Las mujeres comenzaron un lastimero llanto funerario.

–Ya, mi niña –Etra, que había acudido al lado de su señora, intentaba consolarla. Tiró de ella para llevarla de vuelta a casa. Allí, cumpliendo con la tradición, la recién viuda apagó el hogar y cubrió su cabeza con cenizas.

El pueblo troyano lloró a su príncipe. No todos lo apreciaban, muchos incluso lo odiaban por haber provocado aquella guerra, pero la muerte eliminó el rastro de cualquier pecado. La sangre de Ilo, el mítico fundador de Ilión, se apagaba con la muerte de sus descendientes.

El joven sacerdote atravesó las puertas Esceas a la carrera. Iba desnudo y con el rostro desencajado, pero todos reconocieron al hijo de Príamo. Los guardias, asustados por la aparición, le abrieron paso. El príncipe no detuvo su marcha hasta que estuvo ante los palacios de su padre.

–No está completo –fue lo primero que dijo. Las mujeres cesaron sus lamentos y Deífobo se acercó a él–. He visto a los perros de Menelao devorar su hombría. –Su mirada se mantenía fija en el manto

que tapaba a su hermano.

–¡Héleno! –Casandra corrió a abrazarlo.

–Yo les di el arma –balbuceó el príncipe entre hipidos–. No supe verlo, hermana. Me lo advertiste, pero no supe verlo. –Se desmoronó–. Todos creen que estás loca –le susurró al oído–, pero ahora sé que Apolo confía en ti más que en nadie.

Los hermanos se echaron a llorar juntos. Deífobo se acercó a Héleno por la espalda y cubrió su desnudez con un manto blanco. Príamo, en la distancia, también lloraba y se golpeaba el pecho; en un mismo día había recibido a dos de sus hijos: a uno lo esperaba vivo y había llegado muerto y mutilado, al otro lo suponía en el Hades y había aparecido vivo. Hécuba seguía inconsciente, sumida en un dulce sueño, y su esposo deseó que siguiera así hasta que todo acabara.

Los funerales de Paris se celebraron al día siguiente. La familia real no tenía ánimo para grandes festejos, de modo que todo transcurrió con sobriedad. Un carpintero había tallado una figura votiva que representaba los genitales del difunto, que fueron colocados en su sitio para que ardieran con él. Príamo pidió al coro de mujeres que fueran discretas. Hécuba y Andrómaca, quebradas por el dolor, asistían al funeral en silencio.

Mientras ardía la pira, comenzó a espetarse la carne de los sacrificios y se encendieron fuegos. Dos flautistas comenzaron a tocar, pero nadie bailó en honor del difunto. Una pesada nube de desasosiego se había instalado sobre Troya, trastornando los ánimos y dibujando funestos presagios.

Los rostros serios eran acariciados por la luz ocre de las llamas. Príamo permanecía sentado en la escalinata del templo de Atenea, acompañado por Anquises. Sus hijos lo miraban de soslayo, preocupados. Deífobo alzaba la cabeza, orgulloso; la muerte de Paris lo reafirmaba como sucesor de su padre. Héleno parecía ausente. El rapto parecía haberlo cambiado y muchos murmuraban que se había desquiciado, como su hermana Casandra.

–La decisión está clara –le dijo Príamo a Anquises.

El padre de Eneas le había aconsejado que volviera a casar a Helena con uno de sus hijos si no quería entregarla a los aqueos. «Nos la quitarán, tal vez, pero nunca la entregaré. No mientras tengan a mi hermana», le había contestado el rey, que seguía recordando a su hermana Hesíone. La lloraba a menudo y la imaginaba infeliz. Le habían dicho que Teucro, el hijo que ella había tenido con Telamón, se contaba entre los aqueos que asediaban Troya.

El rey miró a Helena. Parecía otra mujer con los cabellos sucios y enmarañados, la tez cenicienta, la ropa manchada y su expresión deformada por el sufrimiento... En los últimos años, Príamo había

visto apagarse el fuego del amor entre Paris y ella, pero sabía que los rescoldos habían seguido humeando. Luego miró a Deífobo. Siempre había permanecido a la sombra de sus hermanos, pero ahora, cuando las circunstancias lo requerían, había florecido para liderar a sus ejércitos en la batalla. «Te casarás con él», se dijo, cumpliendo de un solo golpe con dos deberes que tenía asumidos como rey.

–Prepara los hilos, madre querida.

Helena tenía los ojos hinchados por el llanto. Etra había intentado que descansara, pero la viuda necesitaba distraer la mente para olvidar por unos momentos el dolor. La luz de la mañana iluminaba la estancia, y había preferido tejer en la casa. Escogió uno de los rollos y se dispuso ante el telar. Buena parte del manto se amontonaba arrugado en el suelo. Allí se apretaban los hechos, como los granos de cereal en un ánfora. Lo primero había sido Esparta, representada por un palacio del que salía un tesoro. Luego vino Pafos, con sus barcos robados, y Sidón, con su rey asesinado por Paris. Todo eso antes de llegar a Troya. Después se sucedían las muertes y los saqueos, incontables, insoportables. Ahora tocaba representar el final de una historia y no sabía bien cómo afrontarlo. Al fin decidió tejer a Paris atravesado por una flecha.

La habitación olía al incienso que se quemaba en el pequeño altar de Afrodita.

–Me van a casar con Deífobo –comentó Helena con desgana. Etra guardó silencio, instándola a continuar–. Es demasiado joven y demasiado impulsivo. Siempre me ha mirado con deseo, pero con los ojos turbios. No me gusta su mirada.

–Es lógico que Príamo te case –opinó la esclava–. Si no lo hace, el pueblo le pedirá que te entregue. Acéptalo y ora a tu Afrodita para que te respete.

Helena comenzó a llorar y detuvo su trabajo para limpiarse las mejillas.

–Ahora recuerdo los años buenos –sollozó–, el amor que nos quemó a los dos y que ha terminado por devorar nuestras patrias.

«De ese fuego sólo quedaban cenizas, tú lo sabes. Pasarán los días y te repondrás», pensó la anciana.

–Hija mía, escúchame bien –Su voz irrumpió áspera–. Cuando Menelao llegue, entrégate a él. –Le apretó los hombros con fuerza para apagar un amago de réplica–. Tú y yo sabemos que vendrá, que tomará Troya y que te buscará. –En su mirada afloró el viejo orgullo de la madre del rey Teseo–. Debes vivir y regresar con tu esposo. Sabrás conseguirlo. Las dos debemos volver con nuestro verdadero pueblo –sentenció.

Etra aflojó las manos y se sentó. Helena retomó la labor sin

responder, dejando que su mente volara a Esparta, a su palacio, donde había dejado a su hija.

«Podría conseguir que Menelao me perdone, pero ¿lo hará ella?», se preguntó con tristeza.

* * *

El carro de Ulises llegó a la bahía. A cierta distancia, una barca recibía la carga de la nave. En tierra, cerca de un almacén, aguardaba la comitiva. Ulises observó detenidamente al niño y se perdió en sus ojos de mirada profunda.

–Tienes los ojos de tu padre. Sé bienvenido, Neoptólemo.

El hijo de Aquiles, bien aleccionado, le dio las gracias agachando la cabeza. Era de constitución delgada. Vestía una impoluta túnica blanca que no paraba de estirar con gestos nerviosos. Sus ademanes parecían afeminados. «Demasiado tiempo con su madre, ya va siendo hora de que se haga un hombre», pensó el rey de Ítaca. Lo tomó del brazo y lo condujo al promontorio que ya todos conocían como Aquileion.

–Aquí yacen los huesos de tu padre. –Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del viento–. Puedes sentirte orgulloso de él. Fue un guerrero fiero, temido por los troyanos, e incluso por los aqueos. Los hombres venideros lo recordarán.

Neoptólemo contempló el montón de tierra con gesto inexpresivo. No había conocido al hombre que estaba enterrado allí, pero los ecos de sus hazañas le habían llegado a través de su madre en Esciro. Tras la marcha del pélida a la Troáde, Deidamía lo había criado sola, colmándolo de cariño y atenciones. La infancia de Neoptólemo había transcurrido como un sueño placentero, lejos de la pobreza y la guerra.

El niño miró brevemente a Ulises, se volvió y dio dos pasos para alejarse del túmulo, pero el itacense lo agarró por la nuca y apretó con fuerza. Neoptólemo soltó un grito y quedó paralizado.

–Eres el hijo de Aquiles. Muestra respeto a tu padre.

–¡Suéltame! Quiero ir con mi madre –le respondió con lágrimas en los ojos.

–Él no pudo enseñarte a ser un hombre –Ulises suspiró–, pero lo haremos nosotros. –Apretando del cuello hacia abajo, lo obligó a arrodillarse–. Muéstrate digno. Deja de llorar. Honra a tu padre y respétanos a todos nosotros, que te hemos traído para formarte como te corresponde. El destino de un aqueo no está en los brazos de su mamá, está aquí, respirando el polvo de la batalla, durmiendo en una tienda con sus compañeros, luchando por su patria donde su señor lo requiera. –El niño temblaba–. ¿Me has escuchado bien? –le gritó al

oído, y él asintió–. Te voy a soltar. Quiero que honres a tu padre con unas palabras.

Ulises aflojó la mano, aunque no se movió de su lado. Neoptólemo tardó unos momentos en dejar de sollozar.

–Padre –intentó dominar sus temblores–, te honro. Que Zeus te reserve un puesto entre los dioses.

El rey de Ítaca asintió, conforme.

–Mañana comenzará tu instrucción como guerrero. –Tomó del carro la coraza y el casco de Aquiles, las armas que había ganado en su duelo con Áyax el Grande–. Fueron de tu padre, y ahora son tuyas. Cuando llegue el momento, llévalas con orgullo al campo de batalla.

–Tienes mi gratitud –dijo el niño con voz débil. Las palabras de su madre cuando lo arrancaron de su lado resonaron en su cabeza: «No lo convirtáis en un animal, os lo suplico». Ahora las entendía. Lo habían llevado junto a la manada para convertirlo en un lobo más.

–¡La sangre de Aquiles! ¡La profecía sigue viva en él! –gritaba el astuto Ulises mientras lo paseaba en el carro por todo el campamento.

Los hombres alzaban los brazos a su paso. Algunos habían tomado las lanzas y escudos y los golpeaban para recibirlo con el sonido metálico de la guerra. Las miradas se encendían y el rey de Ítaca sonreía. Neoptólemo, con el escudo de su padre bajo el brazo, miraba temeroso a los guerreros. Los mirmidones formaron en el camino central del campamento y gritaron loas a Aquiles y a Ares.

El carro llegó hasta la casa de Agamenón, que los recibió vestido con una túnica púrpura y su cetro áureo en la mano.

–Sé bienvenido, aquileida.

El niño saludó y los hombres saltaron de regocijo, pisoteando el suelo y batiendo palmas. Entonces Neoptólemo perdió la compostura y sus ojos se anegaron de lágrimas. Agamenón llamó la atención de Ulises para que lo llevara al interior de su casa.

–De Aquiles sólo tiene el casco –le dijo el comandante al itacense cuando pasó a su lado con el niño agarrado del brazo.

Ulises empujó a Neoptólemo. «Yo me encargaré de que seas como debes ser», se dijo.

* * *

Etra volcó el caldero sobre el cuerpo desnudo de Helena. Hacía calor y la mujer recibió el agua fresca con alivio. La esclava la había traído de la cueva de Kaskalkur para la purificación. Luego la secó con paños blancos y la vistió ceremoniosamente.

–Deberías vestir como una espartana –le dijo mientras le ajustaba el kilt de colores a la cintura, pero Helena no contestó.

Por último fijó un extremo del velo en su tocado y lo dejó caer sobre su rostro.

–Incluso velada eres hermosa. No hay tela que apague tu brillo.

–Gracias, madre –pronunció la novia, emocionada.

Téano las recibió a la entrada del templo de Atenea para conducirlas a la parte trasera, donde se alzaba la columna que representaba a Hera. Allí depositó Helena dos figuras de bronce que representaban a sendas mujeres preñadas.

–Esposa de Zeus padre, bendíceme con un matrimonio dichoso y con el don de la fertilidad –utilizó la fórmula habitual a ambos lados del Egeo.

Las dos aqueas regresaron al palacio y aguardaron a que llegaran las demás mujeres.

Los hombres realizaron los sacrificios y celebraron su propio banquete, en el que comieron y bebieron en abundancia. Deífobo, exultante, charlaba animadamente con los invitados. Príamo intentaba aparentar alegría, pero sus ojos desmentían sus palabras.

–... domador de caballos. Su casco reluciente, igual al sol, servía de guía a los troyanos en la batalla... –cantaba un aeda en honor a Héctor.

Polidamante, atormentado por la tristeza y los celos, se acercó al poeta y se sentó a su lado para escuchar el poema completo. Recordó las batallas recientes, en las que había luchado hasta la extenuación con su amigo Héctor.

–Nunca lo vi usar un hacha de batalla –corrigió. El aeda sonrió y asintió, confirmando que cambiaría la narración–. Pero es un buen poema, tal vez un poco corto.

–Gracias –respondió el hombre–. Todos los poetas de la Tróade componemos versos a Héctor. Príamo recompensará a los mejores.

–Esmérate entonces, pero no inventes nada. Pregunta a los hombres, acude a mí cuando quieras. Héctor merece que se le recuerde con la verdad. –Hizo una pausa–. ¿Lo conociste?

–Lo vi muchas veces atravesando la ciudad. El pueblo lo amaba.

Polidamante perdió la mirada en sus recuerdos.

–Era fácil amarlo. Nunca hubo mejor amigo que él. –Libó un poco de vino y bebió un largo trago.

Cuando la primera estrella brilló en el horizonte, Deífobo se puso en pie y animó a los hombres a seguirlo. Todos comenzaron a cantar y a soltar vulgaridades entre risas.

Sobre un carro, el novio hizo el camino que llevaba hasta la casa de su difunto hermano Paris. En la puerta, con el rostro velado, aguardaba Helena, acompañada por las demás mujeres.

–Sé fuerte –le susurró su esclava.

Deífobo se acercó a ella, tomó el velo y lo echó hacia atrás, descubriendo su rostro maquillado con kohl y carmín.

–De pronto, vuelve a lucir el sol –dijo en voz alta con una sonrisa.

El cortejo llevó a la novia hasta el palacio de su nuevo esposo. Hécuba iluminaba el umbral con una antorcha.

–Felicidad, amor y fertilidad –les deseó.

Los novios entraron solos y el grupo del cortejo se disolvió entre risas.

–Tal vez no pueda darte hijos –reconoció Helena mientras se dejaba llevar al tálamo.

–Dejaste una hija en tu tierra. Mi hermano jamás engendró –dijo, dejando claro que pensaba que el problema lo había tenido Paris–. De todas maneras, no es tener hijos lo que busco ahora.

La miró con la lujuria que siempre había asomado a sus ojos al contemplarla. Agarró su kilt y tiró de él, desgarrándolo. Luego la empujó hacia el lecho y se echó sobre ella con ansiedad. Helena soltó un grito, pero al instante se mordió el labio para reprimir las muestras de dolor. Siempre había desconfiado de la mirada turbia de Deífobo, pero no imaginaba que pudiera ser tan brusco con ella. Los hombres solían tener muchas caras, y la más oscura la reservaban siempre para la alcoba.

Deífobo la poseyó varias veces con el ímpetu de la juventud, sin dejar de pronunciar obscenidades que parecían encender su ardor.

–Sé que te gusta así... –le decía, agarrándola con fuerza o pellizcándole los pechos generosos.

Helena callaba y se dejaba hacer. Cuando el hombre se sació, pareció recuperar la mesura. Alegre, llamó a una esclava para que le enseñara a Helena su nuevo hogar. La esposa cojeaba levemente, pero se esmeró en disimularlo.

–Esposo, ¿puedo traer mi telar? –preguntó cuando terminó la visita.

–Claro que sí. Trae también a tu esclava aquea, que sirva en nuestra casa.

Antes de acostarse, Helena pidió a la esclava que la peinara. No pudo reprimir las lágrimas. Era el primer día de su matrimonio y ya tenía motivos suficientes como para odiar a su marido. Allí, llorando en silencio, en la penumbra de la casa, se prometió vengarse de él.

«No serás el único, niño estúpido. A una mujer hay que saber tratarla, incluso en el juego de la sumisión».

También decidió cuál sería la próxima figura que iba a representar en el manto: se tejería a sí misma. Ahora le tocaba a ella sufrir las consecuencias de sus propios actos.

* * *

–¿Cuánto aguantará? –preguntó Menelao con la vista fija en Ilión.

–Pueden pasar meses. Dentro tienen huertos y corrales, y Calcante dice que hay agua en cuevas por todo el monte –respondió Agamenón–. Pero te aseguro que no entrará ni un solo grano de trigo.

Los reyes observaban la llanura inmediata mientras los hombres, repartidos por el terreno, cavaban zanjas para protegerse de un eventual ataque. Habían cruzado el Escamandro para estrechar el cerco sobre la ciudad, y allí mismo, junto al templo de Apolo, estaban levantando el nuevo campamento. Dos destacamentos controlaban las rutas del sur, que llevaban a Dardania, y del este, en el valle del río Simois.

–Sería conveniente saber cómo están dentro –apuntó Ulises, que tenía a su lado a Neoptólemo.

Agamenón lo miró con curiosidad.

–¿Puedes encargarte? –El rey de Ítaca asintió–. ¿Qué haría sin ti, astuto Ulises?

Las carcajadas de Agamenón resonaron en el valle mientras Ulises se marchaba con Neoptólemo en dirección a la tumba de Ilo. El niño comenzaba a aceptar sin quejas su autoridad. «Borraré el rastro de tu madre. Los hombres necesitan ver al hijo de Aquiles», se decía Ulises, empeñado en pulir aquella gema que pretendía convertir en un símbolo para todos los aqueos.

–Si quieres cantar sobre Aquiles, empieza por su cólera. –Fénix había escuchado el breve poema. Un corrillo de hombres lo habían premiado con vino, y el aeda lo apuraba sentado sobre una piedra–. Habla sobre Criseida, sobre cómo Agamenón la perdió y exigió que Aquiles le entregara a Briseida. –El poeta lo miró expectante, ávido de ideas–. Ahí está el germen de una buena historia. Eso provocó la cólera del pélida. Más tarde, la muerte de Patroclo dobló su cólera y lo acabó llevando al Hades antes de tiempo. –El viejo Fénix dejó caer dos lágrimas, pero su voz no se quebró–. Te lo contaré todo, he sido testigo. Pero prométeme que lo harás eterno.

–Te lo prometo. Los poetas de hoy y los de mañana cantarán los versos de Aquiles mientras el sol siga recorriendo el cielo cada día. –El hombre se llevó las manos al pecho para reforzar sus palabras–. Pero cuéntamelo, cuéntamelo todo.

–Está bien. Sabes componer, te he oído. Sólo necesitas conocer bien los hechos. –Fénix se sentó con dificultad. La noche era cálida y el viento había concedido una tregua. Los hombres se iban retirando a dormir–. Antes, dame vino. –El viejo bebió y se relamió–. Crises vino a rescatar a su hija. Agamenón la tenía como esclava...

Así comenzó su relato, que se prolongó buena parte de la noche. El

aeda lo escuchaba con atención y, en ocasiones, hacía preguntas para comprender mejor el carácter del héroe y las circunstancias que lo llevaron a actuar de aquella manera. Fénix lloró, pero también rio con algunos recuerdos. En sus palabras se adivinaba el amor de un padre orgulloso. Paso a paso, avanzó por la historia reciente de la guerra, dándole a su oyente el privilegio de conocer los hechos tal y como sucedieron, como el propio Aquiles los había vivido. La claridad del alba los sorprendió embelesados en los últimos apuntes de la historia.

–Y murió... Mi niño murió, el mismo que jugaba sobre estas rodillas ahora arrugadas... –La voz se le deshizo, partida en mil pedazos.

El poeta le apoyó una mano en el hombro para transmitirle algo de consuelo.

–Te prometo que compondré los mejores versos para su memoria –dijo emocionado–. Ahora vete a descansar, ya amanece.

–Sí, necesito descansar.

Fénix salió del campamento por el oeste y se adentró en el bosque de olmos que había cerca del templo de Apolo. No se detuvo allí. Evitando el suelo embarrado de la desembocadura del río, caminó hacia las playas del Helesponto. El olor salino lo reconfortó. El mar estaba calmo, como pocas veces lo había visto en aquel estrecho traicionero.

Los recuerdos, como las olas espumosas del ponto, batieron sobre él sus melancolías. Aquiles, Patroclo, Briseida..., todos lo visitaron, abandonando el Hades por unos instantes. Luego fue Anatia la que acudió a su memoria, y el dolor por lo perdido se hizo insoportable. Atravesó el rompeolas y dejó que el mar acariciara su cuerpo hasta la cintura.

–Poseidón, Batidor de la Tierra –pronunció en voz alta con tono solemne–, libérame de la vergüenza de regresar a Ftía y enfrentarme a las miradas de Tetis y Peleo cuando les anuncie la muerte de su hijo. Arrástrame a tus dominios y hazme desaparecer. Acéptame como ofrenda.

Fénix cerró los ojos, suspiró con fuerza y siguió caminando hasta que sus pies perdieron el contacto con la arena del fondo. La marea lo arrastró a su antojo, alejándolo de la orilla. No se resistió, ni siquiera agitó los brazos para intentar mantenerse a flote. Primero tragó el agua salada; luego, tras unos instantes de ahogo, el mar lo engulló.

Así murió el viejo tutor de Aquiles, sin que nadie se percatara. A mediodía, dos hombres lo encontraron sobre la arena de la playa. Poseidón había aceptado la ofrenda, pero había incumplido una parte del trato: no lo hizo desaparecer.

El pastor azuzaba a sus cuatro ovejas por el camino que llevaba a

las puertas Dardanias. A cierta distancia, una escuadra de aqueos lo perseguía. Consiguió cruzar el foso y la empalizada, y los guardias de Ilión abrieron las puertas para recibirlo.

–Te has librado por poco –le dijo entre risas un licio.

–He perdido seis ovejas y dos cabras –contestó el pastor entre resoplidos–. ¡Malditos rubios! Que el Divino Arquero les tire sus flechas.

A su alrededor comenzaba a arremolinarse gente y los guardias le pidieron que subiera a la ciudadela lo antes posible. Príamo había dado la orden de reunir todos los alimentos cerca de su palacio para racionarlos desde allí. Dos hombres armados lo escoltaron.

–Poca gente, ¿no? –preguntó el pastor al pasar por el mercado.

–Hay poco que vender –respondió uno de los guardias, lacónico.

Ilión era una ciudad grande y, a pesar de las bajas provocadas por la guerra, miles de ciudadanos se hacinaban en ella. Los extranjeros habían sustituido a los muertos, y las calles se habían convertido en un crisol de pueblos. El asedio, después de varios días, comenzaba a notarse.

Cuando llegaron al gran cercado que se había instalado cerca del bastión oriental, el encargado introdujo a las ovejas en el corral y le dio al hombre una generosa medida de plata.

–No está mal, pero ahora su carne y su leche valen el doble –intentó negociar–. He visto cómo está el mercado.

–Da gracias por el pago y márchate –respondió el encargado–. Es lo que ha dispuesto Príamo, amado de Apolo –soltó de forma mecánica.

El pastor dio media vuelta y se encaminó a paso lento hacia la puerta Apolínea. El cuartel que la flanqueaba bullía de actividad. Decenas de herreros y hombres de armas entraban y salían con los brazos cargados de lanzas, flechas y balas de plomo para las hondas. Comenzaba a descender por la cuesta que llevaba a la ciudad baja cuando una mano lo agarró con fuerza.

–Vamos, rápido –le dijo la mujer que lo sujetaba, tirando de él hacia un rincón de la calle.

–¿Qué te pasa, mujer?

–No sigas por ahí. Me has reconocido, como yo a ti.

El hombre la miró a los ojos un instante y agachó la cabeza.

–Helena… –musitó–. Pensaba que sería suficiente. –Extendió los brazos para mostrar su aspecto. Se había manchado la cara con tierra, llevaba la barba sucia y la cabeza cubierta por una tela anudada a su frente. Vestía un kilt pardo confeccionado con pieles de conejo.

–Eres inconfundible, astuto Ulises –dijo ella en voz queda–. Estás loco… ¿Cómo te has atrevido a entrar en la ciudad?

–Si no me hubieras descubierto, me habría marchado sin que nadie se diera cuenta.

–¿Qué pretendes?

–Sólo quiero observar, ver cómo está Troya para saber cuánto aguantará el asedio.

Helena lo miró y se enterneció. Hacía más de diez años que no veía a sus hermanos aqueos, a pesar de tenerlos tan cerca.

–Tenemos agua y comida para meses –dijo al fin–. Príamo es listo. En cuanto os acercasteis, reunió el grano y el ganado, y los raciona de forma estricta. También tenemos el Paladión.

–¿Realmente crees que ese trozo de madera lo envió Atenea? –Ulises sonreía.

–Sacrílego.

–Sólo creo en lo que veo, espartana.

–Pues ándate con cuidado. Los dioses podrían castigarte por despreciarlos.

–Llevo diez años fuera de mi casa, lejos de mi mujer y de mi hijo. ¿Qué más castigo quieres para mí? –rio en voz baja.

–Penélope, mujer afortunada. Su marido la ama.

Varios transeúntes se quedaron mirándolos, y Ulises se percató de que no podía alargar el encuentro.

–Tarde o temprano entraremos en Troya. Debes saberlo. Prepárate para ese momento y piensa en lo que harás. –Helena asintió–. Gracias –susurró como despedida, y comenzó a retirarse muy lentamente, como si temiera que la mujer lo denunciara.

Helena observó en silencio cómo se adentraba en los barrios de la ciudad baja. Tenía una profunda sensación de congoja instalada en el pecho.

–¿Estás loco? –le espetó un guardia a Ulises cuando llegó a las puertas Dardanias.

–Ya no tengo las ovejas... ¿Qué le van a hacer a un pobre pastor como yo?

Los hombres le franquearon el paso, pensando que realmente estaba loco. Era la segunda vez que alguien lo pensaba en aquel mismo día. Tal vez lo estuviera de verdad. Se adentró en la llanura y se perdió en dirección al sur.

«No se rendirá. No caerá sola», iba pensando Ulises.

* * *

Etra la acompañó hasta la puerta. Ambas iban vestidas de forma sencilla, con faldón y un manto de lino sobre el pecho. Helena llevaba el velo vuelto hacia atrás para cubrir su inconfundible cabello dorado. Sin embargo, allí muchos ya la conocían. Entró y se dejó engullir por la penumbra. Paris había bebido y fornicado sin medida en aquel mismo antro, entregándose al culto más extremo a su diosa Afrodita.

Ahora era ella la que lo visitaba para entregarse al placer a ciegas, para borrar los rastros de dolores pasados y vengarse de Deífobo, que seguía tratándola como a una esclava.

Etra se quedó fuera, esperándola. Por el extremo opuesto de la calle apareció una sombra que se acercó a paso ligero. Intuyó problemas.

–¿Está dentro? –le preguntó el hombre.

–Sí –Él hizo amago de abrir la puerta, pero Etra lo detuvo–. Polidamante, no entres. Déjalo estar. Si entras, todo se sabrá. Ella morirá, y tú también. Tienes hijos. –Polidamante dudó. Etra suavizó el tono–: Es como una hija para mí. La conozco bien, y sé que no te conviene. Tiene demasiadas heridas, sólo puede hacerte daño. Está casada con el príncipe de Troya y tú tienes una familia. Ve con tu esposa. Olvídate de ella. Helena acabará mal. –Señaló con la cabeza la puerta, impotente–. Sálvate tú.

El hombre se removió, sacudido por la indecisión. Golpeó la pared, que quedó manchada con su sangre. La anciana podía ver en sus ojos el conflicto y la ansiedad. Finalmente, Polidamante se marchó cabizbajo por las calles oscuras de Troya.

Tras saludar a los guardias de la puerta Apolínea, accedió a la ciudadela. Al llegar a la gran cisterna, ascendió al adarve a la altura del bastión. Desde allí contempló en silencio la llanura del Simois regada por la luz plateada de la luna. También observó las rocas que sostenían la muralla. Cerró los ojos y la imagen de Helena poseída por desconocidos aguijoneó su corazón. «¿Por qué me desprecia?, ¿por qué no me busca a mí?». Sin abrir los ojos se dejó caer hacia delante para que las piedras acabaran con su dolor.

El sonido del golpe alertó a los guardias que hacían ronda por el adarve. Polidamante aún sufría espasmos, pero nada pudieron hacer por salvarle la vida. Murió poco después.

–Otro –dijo sin más uno de los guardias.

–Cuando entren, será mejor hacer lo que Polidamante –comentó Casandra con aire distraído mientras tejía.

Hécuba negó con la cabeza, pero no contestó. Ahora todos temían las palabras de la joven sacerdotisa

–Ay, hermana, no digas esas cosas –replicó Creúsa–. No podrán asaltar las murallas. Tenemos menos hombres, pero bastan para proteger la ciudad.

–Tenemos hijos. –La voz de Andrómaca sonó cortante. Estaba demacrada y había dejado de maquillarse–. Si no tuviera a Astianacte, ya habría hecho lo que Polidamante. Su Escamandrio... –Perdió la mirada en los hilos de colores.

–Ya está bien de llorar. –Hécuba se puso en pie–. Trabajad en

vuestras telas y olvidaos del mañana. No lo vamos a cambiar.

La reina les dio la espalda y se afanó en su telar. Sin que pudieran verlas, gruesas lágrimas cayeron de sus ojos.

ENGAÑO

Los tres hombres aguantaban estoicamente los varazos que el argivo les daba en la espalda con juncos frescos. Las heridas sangraban. Habían defecado fuera de las fosas, como animales, sin respeto por sus compañeros. Los reyes presenciaban el castigo en el ágora improvisada del nuevo campamento.

–Hay algo que podemos hacer –le susurró Ulises a Agamenón, que arqueó las cejas.

Poco antes, en el consejo, Ulises había hablado sobre la situación de Troya. «Príamo es un rey sabio», había dicho. Según sus cálculos, podían pasar meses sin que Troya cayera. Volverían las lluvias y el frío, y los aqueos no tendrían la seguridad y el amparo de su campamento en el cabo. Atrás habían dejado a las mujeres y los niños, que requerían un esfuerzo constante de abastecimiento. La situación resultaba más complicada de lo que habían esperado.

–Habla –lo instó Agamenón.

–Aquí no. Convoca una reunión en tu tienda. Sólo los principales.

El rey de Micenas asintió. Sabía que únicamente la astucia de Ulises podía sacarlo del farragoso camino en el que había metido a sus tropas.

Los reyes cuchicheaban unos con otros. Agamenón alzó su cetro dorado para pedir silencio y le dio la palabra a Ulises.

–Hemos incumplido las normas de la guerra cercando Troya para rendirla por hambre –comenzó éste, contundente–. No me opongo. Incluso lo sugerí hace tiempo. Tenemos a los dioses de nuestro lado, no nos van a abandonar por esto. –Sabía que los aqueos necesitaban escuchar eso–. Ahora ya no importa recurrir a otras artes para someter a nuestro enemigo. –Hizo un breve silencio.

–Soy viejo y respeto nuestras tradiciones, pero haré lo que sea necesario para ver Ilión en llamas –intervino Néstor, manifestando su apoyo a cualquier ardid que Ulises pudiera tener en mente.

–La ciudad tiene reservas suficientes para aguantar hasta el invierno. Lo he visto con mis propios ojos, y Helena me lo contó. –Menelao se revolvió, incómodo–. Tenemos que colarnos dentro. –Se alzó un revuelo de voces, pero enseguida se apaciguaron para que Ulises pudiera continuar–. Podemos conseguirlo. Yo mismo he recorrido sus calles sin que nadie me detuviera.

–Pero no es lo mismo meter a un hombre que a mil –saltó Diomedes–. ¿Qué es lo que propones?

–Ni uno ni mil –sentenció–. Debemos conseguir meter a los

hombres suficientes como para abrir una de las puertas y mantenerla abierta hasta que llegue el resto.

Los hombres pensaron en aquello, pero no acababan de imaginar cómo conseguirlo.

–Aclárate –lo conminó Agamenón, señalándolo con su cetro–, deja de jugar con las palabras.

Ulises se puso en pie.

–Entraremos en Troya como llegamos a esta tierra: metidos en una nave. –No pudo evitar expresarse así–. Fingiremos que nos retiramos, que hemos comprendido que Ilión resistirá el asedio y que no tenemos manera de asaltar sus murallas con éxito. Desmontaremos los campamentos y embarcaremos. Partiremos lejos –las miradas mostraban asombro–, pero dejaremos aquí un regalo, una ofrenda a Poseidón para que nos sea favorable en el retorno. –Se detuvo un instante, dando tiempo a sus compañeros para que asimilaran el plan–. Una nave con una cabeza de caballo en la proa, el animal favorito del dios de los mares. –Algunas miradas comenzaron a iluminarse–. El mismo dios que batió la tierra con sus caballos y destruyó Troya una vez. –Ulises vio que alguno sonreía. Todos conocían aquella historia, la del terremoto que había sacudido a la gran Ilión y había resquebrajado sus murallas. Desde entonces, Poseidón era enemigo de Troya, y la ciudad pretendía congraciarse con él–. Nuestros carpinteros modificarán la nave. Colocarán una cola de caballo en la popa y construirán cuatro firmes patas para evitar que vuelque. –Ulises empezó a mostrarse eufórico–. También la cerrarán con tablas por arriba, de manera que nadie vea su interior. En ella se esconderán los mejores de los nuestros. –Las sonrisas demostraron que todos habían comprendido el plan en toda su complejidad–. Grabaremos una inscripción en el caballo, una fórmula para el dios: «El dueño de esta ofrenda gozará del favor de Poseidón».

Macaón no pudo reprimirse y batió palmas ante su genialidad.

–Serán ellos mismos los que nos metan en Troya –dijo entre risas el viejo Néstor de Pilos.

Ulises asintió.

–Para que el plan funcione debemos convencer a nuestros hombres de que nos marchamos, debemos engañar a troyanos y aqueos. Príamo nos vigila, y puede que tengamos espías cerca. –Agamenón comenzó a asentir lentamente, confundido y a la vez excitado–. Mandaremos las naves a la isla más cercana. Aquí sólo quedarán unos pocos hombres de confianza para que nos puedan avisar cuando el caballo entre en la ciudad. El resto, ya os lo imagináis. Troya será una fiesta. De noche, las naves regresarán y los del caballo saldrán, tomarán la puerta y la mantendrán abierta hasta que lleguen los demás.

La tienda quedó en silencio. Agamenón fue el primero en

romperlo.

–Maldito Ulises... Una vez más estamos en tus manos. –Negó con la cabeza, sonriendo–. Los zorros deberían aprender de ti. Así lo haremos, y celebraremos una hecatombe para que los dioses nos perdonen. No será fácil. El éxito dependerá de la suerte. Pero es posible. Con eso basta.

La reunión se disolvió, y todos se comprometieron a mantener el plan en secreto. Idomeneo se acercó a Ulises para hablar en privado con él.

–Amigo, ¿tendremos a los dioses de nuestro lado en la paz que venga tras la guerra? –El rey de Creta parecía preocupado.

–Los dioses se apartaron hace tiempo de nosotros, Idomeneo. Eres inteligente, lo sé. Ésta es una guerra de hombres, nunca lo olvides. Troyanos y aqueos estamos condenados a desaparecer, pero viviremos durante siglos en las historias que los aedas canten en las fogatas. Ahora lo único importante es vencer, salvar la vida y retrasar nuestra caída todo lo que podamos.

Idomeneo se retiró pensativo. Él también lo veía así: de aquella guerra no saldría ningún vencedor. Ambos bandos se habían dañado lo suficiente como para destruirse mutuamente.

* * *

–No me gusta ese movimiento. Parece que preparan su marcha, pero traen madera del monte Ida. ¿Para qué?

Anquises observaba la llanura desde la muralla.

–Más extraño me parece aquello. –Eneas señaló la desembocadura del Escamandro–. No tiene sentido.

Desde las dos riberas, decenas de hombres tiraban de gruesas sogas para arrastrar una nave tierra adentro.

–Las murallas nos protegen, pero no creo que los aqueos se vayan a marchar sin tomar Troya. No estoy tranquilo... –El anciano dárdano arrugó el ceño.

–Si asaltan las murallas, pelearemos, padre. No quiero a los aqueos en la Tróade. El destino de nuestro pueblo es ahora el destino de Ilión.

–Y el destino de Ilión es ahora tu destino, hijo. Ningún hijo de Príamo puede igualarte. –Lo miró con orgullo–. La profecía... –comenzó a decir, pero Eneas lo acalló.

–Ya está bien de profecías. Príamo es el rey de Troya y tiene hijos para sucederlo. Mi sangre viene de ti, y me enorgullezco de que sea así. No estoy aquí para suplantar a nadie, ni para ocupar ningún trono.

Anquises abrazó a su hijo.

–Me honras, hijo mío. Pero has de saber que poco importa lo que

tú o yo queramos. Los dioses tejen los hilos. Sólo el tiempo dirá lo que han preparado para ti.

–Lo haces bien, aquea.

Deífobo, completamente desnudo, permanecía tumbado en el lecho. Helena se acicalaba y peinaba sus cabellos. Había tomado la costumbre de dejarse caer un mechón de pelo sobre la frente para ocultar un moratón. Su esposo no sólo la despreciaba, también la golpeaba a su antojo.

–Habla, responde cuando tu esposo se dirige a ti.

–¿Qué hago bien? –Helena, poniéndose en pie, lo miró con el orgullo de la reina de Esparta–. ¿Dejarme humillar por ti?

–Ésa es la gata que llevo años deseando –soltó con sorna el joven–. Bien, bien. Debes comprender algo: eres hermosa, y te deseo, pero eres la causa de la guerra que asola mi patria. No esperes delicadezas. Ahora eres mía. Voy a disfrutar contigo y, si me place, te haré pagar las muertes de mis hermanos. Pórtate bien, y yo aprenderé a hacerlo también.

La mujer se giró para salir de la alcoba, pero él habló de nuevo:

–No te he dado permiso para retirarte. Trabaja en el telar. –Señaló el bulto tapado por una sábana en un rincón de la estancia.

Helena dudó, pero sabía que debía someterse a su voluntad. Destapó el telar y se sentó a trabajar. Deífobo se vistió y salió del palacio. Etra se asomó entonces a la alcoba.

–Lo ha vuelto a hacer –le dijo la esclava–. Malnacido. Espero que Menelao le dé su merecido un día cercano.

–Madre querida, yo ya no sé ni lo que desear... –Helena se había vuelto hacia ella y su rostro sin luz la alteró.

–Pues déjame a mí desear por las dos –replicó, iracunda.

* * *

El calor del verano comenzaba a suavizarse y el viento había concedido una tregua. El campamento principal de los aqueos hervía de actividad. Siguiendo las órdenes de Agamenón, habían comenzado a desmantelarlo. A las afueras del campamento, Epeo había terminado de modificar la nave.

–Está completamente cerrada por arriba –explicó el hombre con el orgullo propio de un artesano experto. Le habían encargado la tarea por su experiencia como armador, y en las tareas de mantenimiento de las naves aqueas–. Sólo hay una abertura, justo allí. –Se desplazó varios pasos para mostrar un pequeño hueco–. Una vez que los hombres estén dentro, deberá cerrarse. Así nadie sospechará. No podrán ver nada, así que debería haber alguien fuera para avisarlos. –

Miró a Agamenón como si le pidiera información.

–Habrá alguien, aunque todavía no sabemos quién –confirmó el rey.

–¿Podrá abrirse desde dentro? –preguntó Ulises. Epeo asintió–. Bien. Dejamos demasiadas cuestiones al azar. Te felicito por el trabajo, Epeo.

El hombre acompañó a los reyes alrededor del barco para mostrar sus detalles.

–Las patas evitan que vuelque. Las hemos unido a una base de troncos para que pueda desplazarse mejor.

Los líderes observaban el trabajo satisfechos. Seguía siendo una nave, pero la cabeza, la cola y las patas le conferían cierta similitud con un caballo.

–¿Y la inscripción? –preguntó Idomeneo.

–Aquí –respondió Epeo–, tallada. Apenas se distingue, pero pintaremos el caballo de negro y las letras de blanco.

–Bien, Epeo. –Agamenón no podía ocultar su alegría–. Tendrás una justa recompensa. Ahora sólo queda elegir quién esperará fuera y quiénes irán dentro.

–Yo iré dentro –afirmó con rotundidad Ulises–. Y sé quién puede quedarse fuera para dar aviso al resto. Tiene mi misma sangre, y una parte de mi astucia. –Carcajeó.

–Sinón, tu primo –dijo Áyax el Menor.

–Es capaz de convencer a un perro para que maúlle. –Los hombres rieron–. Si estáis de acuerdo, lo aleccionaré para que interprete bien su papel ante los troyanos.

Varios adalides cuchichearon, pero Agamenón se impuso.

–Ulises, ya has demostrado que sabes lo que haces. Sinón se quedará. –Miró a los demás, pero nadie replicó. Se golpeó con el cetro la palma de la mano–. Que los dioses nos perdonen. Ya sólo queda marchar y quemar las tiendas. –Perdió la mirada en el mar cercano–. Para dar un salto hacia delante, siempre hay que dar un paso atrás...

* * *

El olor a telas y maderas quemadas sustituyó al de las víctimas de la hecatombe. La densa humareda blanca que se alzaba del campamento aqueo invadía las calles de Troya. Apoyado en una almena, Príamo temblaba de emoción, sin acabar de creer en lo que veían sus ojos.

–Se van –exclamó Antenor, a su lado.

–Apolo los ha echado –afirmó Laocoonte, sacerdote principal del dios.

Casandra comenzó a reír.

–No se van, ¿acaso no los veis ahí abajo?

Héleno acudió raudo junto a su hermana y, tomándola por los hombros, la bajó del adarve.

–Saben que no pueden asaltar las murallas y que el verano está acabando –opinó Deífobo–. Hemos perdido a muchos hombres, pero ellos también. ¡La victoria es nuestra!

Los aqueos regresaban al cabo Sigeo, donde los esperaban las mujeres y sus hijos. Las negras naves seguían varadas en la playa, pero, una a una, fueron arrastradas hacia el mar, hasta que las mareas lamieron sus cascos resecos e hicieron crujir las sogas y las tablas.

–Licaón, Pándaro, Héctor, Paris... y tantos otros hijos de Troya que se han dejado la sangre en la llanura... –Príamo hablaba mirando al frente–. ¿Merece la pena tanta muerte? Tantos años de batallas y saqueos... Una tierra devastada y centenares de viudas que llenan las calles de lágrimas. Sarpedón, Glauco, Pentesilea, Memnón... Nuestros aliados también han recibido duros golpes de los aqueos. Maldita plaga. –Agachó la cabeza–. Ahora os vais, pero mi hermana sigue retenida en Salamina, criando los hijos de un aqueo. –La vieja obsesión seguía viva–. Juro que, si no muero antes, tomaré Salamina y la arrasaré para rescatarla.

Deífobo se acercó a su padre y apoyó una mano en su espalda encorvada.

–Seguimos vivos y nuestro deber sagrado es reconstruir la flota. Retomaremos el comercio con el mar Oscuro, devolveremos a esta tierra su gloria pasada. Hemos vencido, seguimos controlando el Helesponto... Hemos humillado a los aqueos y los obligaremos a aceptar las tasas que el rey de Troya les imponga. Así fue siempre, y así será de nuevo. –Sus ojos se iluminaron con los destellos del oro que ya intuía cerca–. ¡Viva nuestro rey! ¡Viva Apolo! ¡Viva Kaskalkur! ¡Viva Ilión! –gritó con todas sus fuerzas.

Decenas de troyanos corearon sus palabras.

Aquel mismo día se ejecutaron generosos sacrificios en honor a los dioses. En procesión, transportaron abundantes figuras votivas de barro y bronce hasta las entrañas de la cueva de Kaskalkur. El altar de Atenea rebosó de ricos mantos, y las estelas de Apolo se coronaron con laureles. Los troyanos lloraron de alegría. Durante toda la jornada, las viudas honraron a sus esposos sacrificando corderos y ofreciéndoles su sangre en los tholoi. Los muertos quedaron saciados, y muchos creyeron escuchar sus risas brotando de la tierra. Todos celebraban la victoria. Sin embargo, nadie se atrevió a pisar la llanura, humeante todavía. El recuerdo de los aqueos estaba caliente, como los rescoldos de su campamento incendiado.

* * *

Las naves se agolpaban en torno a la isla de Ténedos. Algunas embarcaciones habían sido quemadas en el cabo Sigeo. Sus maderas estaban podridas y resultaba imposible repararlas. Aun así, los barcos no iban llenos. La guerra dejaba demasiados muertos en tierra enemiga.

Agamenón había ordenado que todo el mundo permaneciera a bordo, y los hombres, atentos a la costa de la Tróade, cuchicheaban y murmuraban a escondidas, sin comprender por qué habían detenido la marcha. Algunos rumoreaban que Agamenón esperaba que Aquiles se levantara de su tumba para partir con ellos.

Agamenón agarró a Neoptólemo de un brazo y subió con él al castillo de popa.

–No espero a Aquiles –alzó la voz para que sus palabras llegaran a las naves cercanas. Había llegado el momento de dar explicaciones–. Tenemos a su hijo, que mantiene viva la profecía. –Neoptólemo se revolvió–. ¡Tomaremos Troya! –Los guerreros lo miraban entre sorprendidos e incrédulos–. En las entrañas del caballo que hemos dejado ante la ciudad están los mejores de los nuestros. –Levantó el cetro dorado–. Ulises, Áyax el Menor, Idomeneo, Macaón, Podalirio, Teucro, Diomedes... Cuarenta hombres que no temen morir. Ellos abrirán las puertas de Troya para nosotros. –Sonrió–. A su señal, regresaremos. Cuando llegue el momento, no quiero dudas. Ya sabéis lo que se espera de vosotros. Cuando veáis un fuego en aquella costa –señaló la Tróade–, agarrad las armas con fuerza. ¡Y no las soltéis hasta que hayáis matado a un troyano y tomado a su mujer! ¡Sin piedad! –bramó.

–¡Sin piedad! –respondió un coro de voces exaltadas.

Las palabras de Agamenón volaron de una nave a otra con rapidez. Sin embargo, no todo fue entusiasmo. Muchos, hastiados por los largos años de guerra y ansiosos por regresar a casa, maldijeron en silencio y ensombrecieron la mirada.

Neoptólemo se dejó mostrar por los cuatro costados de la nave. Los hombres lo vitoreaban y gritaban el nombre de su padre. Como había predicho Ulises, se había convertido en un símbolo.

Aquella misma tarde, por orden de Agamenón, Calcante sacrificó un cordero blanco.

–Tomarás Troya –sentenció tras examinar las entrañas.

–Venceré... –Agamenón soñó con su triunfo.

–Tomarás Troya –repitió Calcante, haciendo hincapié en cada palabra.

* * *

Sinón se puso en pie, oteó las puertas Esceas y golpeó con los nudillos las maderas de la nave varada. A los golpes siguieron los siseos que ordenaban silencio en el interior. Habían pasado dos días desde la marcha de los aqueos, y al fin las puertas de Troya se abrían. El sol despuntaba por oriente.

Varios carros avanzaron a la cabeza de la pequeña tropa. Príamo, Antenor, Deífobo y Eneas viajaban juntos, rodeados por una guardia fuertemente armada. Dos centenares de lanceros los seguían a pie. Detrás de todos, Laocoonte, Héleno y Casandra encabezaban un coro de mujeres y flautistas que celebraban poder visitar de nuevo el templo de Apolo.

Pronto la comitiva rodeó el barco e inspeccionó los alrededores. Sinón alzó los brazos en señal de paz. No se inmutó cuando dos guardias se situaron a pocos pasos de él y le apuntaron con sus lanzas broncíneas.

–¿Quién eres y qué haces aquí? –le preguntó Deífobo desde el carro.

–Me llamo Sinón. Soy sacerdote de Poseidón. Estoy aquí por voluntad del Batidor de la Tierra.

–¿Qué es eso? –preguntó Eneas, acercándose a la estructura de madera.

–Es una ofrenda de los aqueos a Poseidón, para que los cuide en su retorno a la patria.

–Hablas como si no fueras uno de ellos –comentó Deífobo, tenso.

–El dios me ha pedido que me quede aquí para dirigir su culto. Os quiere perdonar por las afrentas pasadas. Su furia contra Ilión se ha aplacado.

–No me fío de los sacerdotes que cambian de bando –lo interrumpió Príamo, recordando a Calcante.

Sinón miró a Príamo fijamente a los ojos y, con su gesto, muchos guardias se pusieron nerviosos.

–No tengo más bando que el de Poseidón. No soy aqueo ni troyano. Yo sólo sirvo al Batidor de la Tierra. –Se abrió un breve silencio–. Si no me aceptáis, matadme. Moriré gustoso sirviendo a mi dueño. Pero, si lo hacéis, cuidaos de su ira... –añadió, y el rey de Troya se estremeció.

–Desconfía, favorito de Apolo –recomendó Laocoonte a su oído–. Poseidón nunca ha amado a los troyanos.

Príamo miró a su canciller para instarle a hablar.

–Tenemos la oportunidad de recuperar el favor del dios –opinó Antenor–. Es poderoso, bien lo sabemos. E iracundo. Ahora que la plaga rubia se ha marchado y retomaremos el comercio con el mar Oscuro, necesitamos estar bien con el dios de los mares.

–¿Por qué un barco? –preguntó el rey, aún dudando.

–Es un caballo, el animal favorito de Poseidón. –Sinón señaló la cabeza tallada, los maderos que simulaban las patas y la alta cola.

–Y Agamenón, ¿te ha dejado ir sin más? –continuó el interrogatorio.

Sinón rio a carcajadas.

–No lo conoces. Le importa poco la voluntad de los dioses. Me habría despellejado sin dudar. Tuve que esconderme.

Príamo desmontó del carro y paseó alrededor del caballo. Se detuvo ante la inscripción pintada en blanco.

–El dueño de esta ofrenda gozará del favor de Poseidón –leyó. Se permitió meditar durante un buen rato, mientras seguía paseando en torno a la nave. Finalmente se giró hacia Laocoonte–. ¿Qué perdemos? –Con esta sencilla pregunta manifestaba su intención de quedarse con la ofrenda y aceptar en Ilión al sacerdote–. Llevadlo dentro –ordenó al fin.

Los hombres comenzaron a tomar los troncos y sogas que los aqueos habían usado para arrastrar la nave, y prepararon el camino que llevaba a la ciudad. Al verlos, Casandra tembló y su hermano Héleno intentó abrazarla.

–Destruirá Troya –profetizó la joven sacerdotisa.

–Deberíamos quemarlo, o despeñarlo en los acantilados del Egeo –dijo Héleno, afectado por las palabras de su hermana.

Sólo Laocoonte lo apoyó.

–Tenéis razón –dijo el sumo sacerdote de Apolo–, pero la decisión no es nuestra, sino de vuestro padre. Honrar a Poseidón implica afrentar al Divino Arquero, que ha salvado del saqueo a Troya. Orad, orad a Apolo para que contenga las mareas que amenazan a Ilión...

Algunos troyanos recorrieron las tierras cercanas para asegurarse de que todos los aqueos habían partido. Otros se afanaban en arrastrar el caballo hasta las puertas Esceas. Las sogas crujían, pero resistían, y las maderas se doblaban bajo la presión. Cerca del mediodía, habían conseguido colocar la nave en el camino empedrado que ascendía hasta la puerta. Con gran esfuerzo, los hombres movían los troncos y empujaban la ofrenda, obrando el milagro de su movimiento. Sobre la muralla, cientos de mujeres los jaleaban.

–No pasará –informó un guardia a Príamo cuando el caballo enfilaba el último tramo–. Es más ancho que la puerta.

–¿Y las puertas Dardanias? –preguntó el rey.

–Lo hemos pensado, favorito de Apolo, pero son aún más estrechas.

Príamo meditó en silencio.

–Noble Príamo –Sinón se dirigió a él–, déjalo en la llanura. No es necesario introducirlo en la ciudad.

–Señor, manda que rompan una parte del caballo, o que rompan

las puertas, pero llevémoslo dentro –intervino al instante Antenor, dedicando una fugaz mirada de sospecha al aqueo–. La ofrenda beneficia a su dueño –añadió en referencia a la inscripción–. ¿Cómo pretendes ser su dueño si no la tienes contigo?

–¿La calle Escea es lo bastante ancha? –preguntó el rey–. ¿Y la Apolínea? –Ésta conectaba la puerta principal de la ciudadela con la plaza central de la ciudad baja.

–Ambas lo son –confirmó el guardia.

–Entonces romped lo que sea necesario de la puerta y llevad al caballo hasta la plaza de Apolo.

Enseguida, los mejores constructores de Ilión supervisaron la apertura de un hueco sin comprometer la estabilidad de la estructura. Mientras tanto, los hombres, con los rostros manchados con el alquitrán que recubría la ofrenda, descansaron y se secaron el sudor.

–Qué sencillo sería acercarle una antorcha... –comentó un dárdano en voz baja a su compañero de fila mientras se olisqueaba las manos ennegrecidas.

* * *

Nadie podía verlo, pero Ulises esbozó una sonrisa. La oscuridad era casi total. Epeo sólo había dejado abiertas unas minúsculas rendijas en la parte superior de la estructura.

«Astuto primo», se dijo el itacense, «sabes manejar las voluntades».

Desde el interior del caballo, los aqueos escuchaban los golpes metálicos de los mazos contra los cinceles y el eco pétreo de los sillares que comenzaban a desmoronarse. También se escuchaban los trabajos de la cuadrilla que desmontaba de sus goznes una de las enormes hojas de la puerta. No harían falta más de dos cuartas para que la nave pasara.

«Huele a orín», pensó Ulises. «Demasiado pronto. Maldito Diomedes».

Durante los dos días de encierro, mientras esperaban a que los troyanos se decidieran a salir de la ciudad, los hombres habían tomado aire por turnos tres veces al día. Ulises había insistido en que no tomaran líquido en las horas previas al amanecer, pero Diomedes lo había desoído.

El itacense desconfiaba del argivo. No le gustaban su ansia de sangre ni su carácter violento. Tenía grabadas en la memoria sus burlas de la última noche en el campamento.

–Eres un estúpido –le había dicho el rey de Argos riéndose a carcajadas–. Te desahogas ahora con las esclavas, cuando tenemos tan cerca el saqueo...

Ulises había yacido con dos de sus esclavas antes de reunirse con

los demás reyes para compartir la cena.

–Precisamente por eso lo hago –contestó el de Ítaca, ignorando las risas–. No me fio de lo que pueda llegar a hacer. He visto demasiados saqueos.

–Después de diez años, ¡pretendes perderte lo mejor! –volvió a burlarse Diomedes.

Incluso Agamenón rio con su ocurrencia.

«Os comportáis como lobos», pensó Ulises, que prefirió callar. «Lo mejor vendrá cuando regrese a casa».

Los martilleos continuaron escuchándose durante un buen rato. Luego, tras un breve traqueteo, el enorme caballo negro comenzó a moverse de nuevo, penetrando lentamente en Ilión.

* * *

El caballo recorrió las calles de Troya con paso majestuoso, acompañado por cientos de troyanos que lanzaban loas a Poseidón y a Apolo. Los heraldos habían difundido la noticia de que el dios de los mares quería reconciliarse con la sagrada Ilión, y el pueblo lo celebraba mostrando sus monturas adornadas con mantas de vivos colores. La alegría contenida de los días previos explotó en euforia al comprobar que el mismo rey había salido a la llanura. Los aqueos habían abandonado la Tróade. Estaban a salvo. Reconstruirían la flota y navegarían por el Helesponto como sólo ellos sabían hacerlo, y pronto el bronce, el oro y el hierro llegarían a la ciudad. Habían sido años difíciles, pero Troya había resistido y, a pesar de las derrotas, había ganado la guerra.

La familia real acompañó al caballo en sus últimos movimientos. Helena, con el rostro velado y vestida al estilo troyano, salió de la ciudadela del brazo de su nuevo esposo. Las miradas hacia ella parecían más indulgentes. A su lado, Deífobo caminaba erguido y sacaba pecho, como si hubiera sido el artífice de la retirada de los aqueos.

–¡Helena de Troya! –gritó una mujer al paso de los príncipes.

–¡Deífobo! –clamó otra.

Pero al instante se alzaron varias voces masculinas reclamando el recuerdo de los caídos, a los que consideraban los verdaderos héroes: Héctor, Sarpedón, Pándaro, Licaón, Paris... Los nombres resonaron en la plaza de Apolo. Incluso Pentesilea y Memnón tuvieron su lugar en el emotivo recuerdo del ejército troyano.

–¡Otrioneo! –gritó Casandra entre sollozos, pero su voz quedó ahogada por la algarabía.

Eneas y Anquises también formaban parte del cortejo. Los dárdanos los vitorearon, orgullosos de sus líderes.

Príamo, Hécuba y Andrómaca, que llevaba en brazos a Astianacte, cerraban la comitiva. No ocultaban su tristeza. En señal de luto, Andrómaca había manchado de ceniza sus ropas y cabellos. A su paso, las mujeres lloraban emocionadas.

–¡Él nos ha salvado! –gritaron las viudas, y Deífobo, sintiéndose humillado, aceleró el paso.

Los guerreros formaron un pasillo para los reyes y para la viuda de Troya, y les presentaron sus respetos con los escudos embrazados y las lanzas apuntando al cielo. Golpearon el suelo con los regatones, a la vez que susurraban sin cesar, como en una letanía: «Héctor, Héctor, Héctor...». El desfile se convirtió en una catarsis.

Arribaron a la plaza de Apolo, en cuyo centro fue instalado el caballo, la gran ofrenda a Poseidón.

–Dirige los sacrificios al Batidor de la Tierra –le ordenó Príamo a Sinón, que aguardaba junto a la nave–. Aquí mismo haremos un altar de cenizas con los restos del campamento aqueo. –Luego se dirigió a Laocoonte–. Se acabó el racionamiento. Sube a la ciudadela y toma bueyes y corderos para celebrar una hecatombe en honor a Apolo. Que toda Troya se sacie de carne. –El sacerdote se puso en marcha para cumplir la orden, pero Príamo retomó la palabra–: Y ordena a mis esclavas que traigan vino, suficiente para todos. ¡Que el vino borre el rastro de la sangre! –gritó, y una multitud de voces lo vitoreó con alegría.

Comenzaba a atardecer cuando las hogueras se encendieron por toda la plaza. No hubo troyano que no celebrara, incluso los que hacían guardia por los adarves recibieron su parte de vino. Se improvisaron decenas de altares que enseguida estuvieron teñidos por la sangre de las víctimas. Sinón ejecutó sacrificios a Poseidón y examinó las señales que se ocultaban en las vísceras de los corderos.

–Rey de Ilión –le dijo a Príamo, apretando con las manos un amasijo de órganos calientes–, Poseidón está contento. Le agrada ver a su caballo dentro de Troya y ha borrado todo lo pasado.

–Sinón –pronunció el rey, alzando una copa de vino a modo de saludo–, sé bienvenido a nuestra ciudad. Construiremos un templo digno del Batidor de la Tierra, y tú serás su sumo sacerdote.

El aqueo observó al anciano y, por un instante fugaz, sintió pena por él. Su cuerpo consumido evidenciaba el sufrimiento de los últimos meses. A su lado, Hécuba parecía ajena a los festejos; su cuerpo estaba presente, pero su sombra parecía haber sido arrastrada a las moradas del Hades. Sólo cuando el pequeño Astianacte le echó los brazos, la mujer salió de su estado de abstracción. Aquella imagen familiar evocó en Sinón la añoranza de su propia familia. Pronto, tal vez, si funcionaba el plan de su primo, podría reunirse con ellos.

Deífobo y Helena se sentaron frente al caballo, en una posición de

honor. El príncipe, que no había parado de beber, tenía los ojos brillantes.

–Esta noche voy a penetrarte por donde nadie lo ha hecho todavía –susurró al oído de su mujer, y experimentó una gran erección.

Helena calló, ni siquiera lo miró. Un coro de mujeres había comenzado a bailar alrededor de la ofrenda y la espartana se acercó a ellas. «Tarde o temprano entraremos en Troya. Prepárate para ese momento y piensa en lo que harás». De pronto, las palabras de Ulises acudieron a su mente y su mirada se encendió. Posó la mano sobre el casco de la negra nave, con el convencimiento de que la astucia del rey de Ítaca tenía algo que ver con todo aquello. Luego, más tranquila, regresó a su asiento.

–¿Qué has hecho? –le preguntó Deífobo.

–Sólo he alzado una plegaria a Poseidón para que nos proteja.

Había sido completamente sincera, pero su esposo no pudo adivinar para quién había pedido aquella protección.

Los principales aedas de Troya competían por atraer la atención de los que celebraban. Por turnos declamaron ante Príamo, que asistía emocionado a las narraciones sobre las hazañas de Héctor. El príncipe ya se había convertido en un mito. «Con su muerte di por terminada la historia de Ilión, pero su valor ha hecho posible la victoria que hoy celebramos», pensó el rey.

–Dos discos de plata para cada aeda que cante a mi hijo –ordenó a su canciller.

Príamo, como su pueblo, bebía y comía la carne de los sacrificios. Parecía haber recuperado algo de brío, e incluso se le vio reír con las ocurrencias de algunos poetas que pretendían ridiculizar a los aqueos. En un momento de exaltación llamó a Téano, esposa de Antenor y sacerdotisa principal de Atenea.

–La protectora de ciudades al fin nos ha favorecido. Honrémosla. Saquemos el Paladión en procesión y coloquémoslo junto al caballo. Que reciba también honores.

Téano, horrorizada, mudó la expresión.

–Favorito de Apolo, tú gobiernas Ilión y dispones de todo lo que contiene, pero prefiero morir aquí mismo antes que desvelar dónde se oculta el sagrado Paladión.

–No te pido que lo hagas. Ve tú sola. Mis hijas Casandra y Creúsa te acompañarán en la procesión.

Príamo cabeceaba por efecto del alcohol. Téano dudó, pero su esposo le dirigió una mirada furiosa para exigirle que obedeciera de inmediato.

Las tres mujeres ascendieron las cuestas que llevaban a la ciudadela cuando el cielo comenzaba a oscurecerse. Una vez arriba,

Téano se adentró a solas en el templo de Atenea.

–Todo ha terminado –comentó Creúsa.

Casandra no contestó, pero dos pesadas lágrimas resbalaron de sus ojos. Su hermana la abrazó y le susurró al oído:

–El dolor cesará. Amarás a otro hombre. Otrioneo se quedará contigo como un bonito recuerdo.

Poco antes había tenido que consolar a Hipodamía. La hermana de Eneas también había perdido a su esposo, Alcatoo, durante los combates. Aquel día de fiesta los muertos se estaban haciendo presentes y caminaban por las calles de Troya.

Téano salió del templo con el Paladión en brazos, como si fuera un bebé al que acunara.

–Vamos, niñas –las conminó–. Dejad los abrazos y honremos a Atenea.

Las muchachas se colocaron a su espalda y comenzaron a cantar con voz aguda. Cuando cruzaron la puerta Apolínea, decenas de mujeres se unieron a la procesión.

En la plaza de Apolo el jolgorio se había generalizado. La noche comenzaba a dibujar sus sombras sobre los empedrados, las hogueras crepitaban, y el olor de la sangre de las víctimas se fundía con el de la grasa quemada de las ofrendas. Las viudas habían abandonado el luto y bailaban, haciendo saltar los flecos de colores de sus kilts. La música estridente excitaba los corazones y borraba las penalidades. Hombres y mujeres celebraban juntos, ebrios de paz y optimismo.

Téano avanzó entre la multitud con paso solemne, sosteniendo en alto la talla sagrada para imponer respeto. Los troyanos, bajo los efectos del vino, se reían de su expresión de gravedad.

–¡Noble Príamo! ¡Protege la imagen sagrada de Atenea! –La voz de la sacerdotisa tronó en medio de la plaza. Tenía miedo.

El rey reaccionó e impuso orden. Unos guardias escoltaron a la mujer hasta que depositó la vieja talla junto al barco, y se apostaron allí para vigilar que ningún borracho se acercara.

–¿Ya nadie respeta a los dioses? –preguntaba a voces Téano, indignada–. Sólo os acordáis de ellos cuando estáis en apuros. Cuando era joven, los troyanos temían la furia divina. Los jóvenes de hoy habéis perdido el respeto. –La música y las risas ahogaron sus críticas.

La noche se cerró por completo y toda Troya se convirtió en una fiesta. Los guardias que rondaban los adarves terminaron su turno y se unieron a las celebraciones, y sus puestos fueron ocupados por otros hombres que habían estado festejando en la plaza. Sinón, comedido con el vino, observaba el ambiente con satisfacción. La plaza y sus calles aledañas bullían de gente entregada al frenesí de la victoria. «Ha llegado el momento», pensó. Se acercó a Príamo, que permanecía sentado frente a uno de los fuegos en los que se asaba carne.

–Soberano de Troya –saludó–. Poseidón me ha mandado servirte y me debo a su mandato. Los aqueos se han retirado y regresan a su tierra, pero pueden volver. Codician el comercio con el mar Oscuro por encima de cualquier cosa. –Príamo asintió, de acuerdo con su opinión–. Rogaré al dios de los mares para que impida su retorno al hogar. –Inclinó la cabeza en señal de sumisión.

–Tu intención es buena, Sinón. Cuenta con mi apoyo.

–Realizaré sacrificios en las aguas del Egeo para que el dios provoque tormentas –soltó, y escrutó el rostro de Príamo.

–Una tormenta... Naufragios... –susurró el rey con la mirada perdida en las llamas cercanas–. Qué buen final sería para esta guerra. –Miró a Sinón–. Si lo consigues, te daré más oro del que puedas gastar en tres vidas.

–Hay que convencer a Poseidón. No depende de mí, pero lo intentaré con todas mis fuerzas. Debe ser un sacrificio a la antigua manera, por ahogamiento. Y con caballos, de los mejores que haya en Troya. Puedo hacerlo esta misma noche.

El rey alzó una mano y al instante se acercó un heraldo.

–Acompaña a este hombre a mis establos y deja que se lleve cinco caballos, los que él elija. Luego ve con él a las playas del Egeo y ayúdalo en lo que necesite.

Sinón se contuvo para no mostrar su satisfacción.

Los establos reales se situaban en las inmediaciones de la puerta del Alba. A la luz de unas antorchas, Sinón seleccionó cinco imponentes ejemplares de buena raza. Con ellos, los dos hombres se pusieron en marcha. A la altura de la puerta Apolínea, Sinón pidió al heraldo que lo esperara allí. Regresó solo a la plaza de Apolo y se aproximó a la nave. Apoyó las manos en el casco y cerró los ojos, simulando una plegaria. Luego golpeó las tablas tres veces y se retiró con gesto solemne.

Aquélla era la señal acordada. El plan se había puesto en marcha.

–¿Sabes montar? –preguntó el heraldo.

Sinón miró los caballos y dudó, pero finalmente negó con la cabeza. No tenía prisa. Los troyanos todavía estaban despiertos y Ulises había convenido con él que aguardaría el tiempo suficiente antes de salir.

–Los caballos están hechos para tirar de carros, no para que los monten los hombres –soltó el aqueo con tono burlón.

La luna creciente, casi llena, los iluminó por el camino. Atravesaron los restos incendiados del campamento hasta llegar al Escamandro. Lo cruzaron por el vado principal y enseguida llegaron a la bahía del Aquileion, donde antaño fondeaba la flota troyana. El Egeo estaba en calma y la luna pintaba un surco blanco sobre las

negras aguas.

–Mete al primer caballo en el mar, hasta el pecho –solicitó Sinón.

El heraldo fijó la antorcha en la arena y arrastró al animal, que piafó y trató de resistirse. Las hierbas calmantes comenzaron a hacer efecto y el hombre pudo hacerse con él. El troyano se quejaba de la frialdad del agua cuando Sinón se le acercó por la espalda y, con el cuchillo sacrificial, le rebanó el cuello en un único y preciso gesto. Sólo se escuchó un gorjeo de sangre. El caballo, libre, salió inmediatamente del agua. Sinón empujó mar adentro al herido, que se debatió unos instantes con la marea, pero finalmente quedó flotando a la deriva.

–Dios de los mares, amigo de los aqueos –pronunció Sinón como si realmente fuera un sacerdote–, recibe esta víctima y permite nuestro éxito. Protege a los hombres que se ocultan en el interior de tu ofrenda y ampáralos con sombras para que puedan cumplir su misión.

Luego tomó la antorcha y partió hacia el promontorio que dominaba la bahía. Cerca del túmulo de Aquiles, juntó varios arbustos y les prendió fuego. Pronto las llamas se elevaron y Sinón suspiró, aliviado al fin. Complacido, se sentó a esperar.

SAQUEO

–¡Fuego!

El grito provenía de una nave cercana. De inmediato, Agamenón corrió entre los bancos de los remeros para observar el perfil de la costa lejana. A la altura del Aquileion, un débil resplandor anunciaba la fogata de Sinón.

–¡Sí, por Hércules! –gritó eufórico.

Buscó a Neoptólemo, que dormía en el castillo de popa. Lo despertó y lo arrastró para que contemplara el fuego.

–¿Lo ves? –Señaló en su dirección–. Tu padre nos llama para que acudamos a la batalla. No podemos fallarle.

El niño observó aterrorizado los resplandores anaranjados, imaginando cómo Aquiles salía del Hades para dirigir al ejército aqueo. Hacía calor, pero sintió un escalofrío.

–¡A la bahía! –gritó con todas sus fuerzas el comandante. Su hermano Menelao, desde otra nave, repitió la orden–. ¡Seguidme!

Los pilotos comenzaron a dar instrucciones, los hombres ocuparon sus puestos ante los remos y las negras naves comenzaron a abandonar Ténedos en dirección a la Tróade.

–Pronto vas a ver a lo que se dedicaba tu padre –le dijo Agamenón a Neoptólemo.

El niño vomitó, agitado por un rumor incontrolable en el estómago.

«Maldito niño débil», pensó el rey. «Ya es hora de que te conviertas en un hombre».

* * *

–Aguarda, esposo. En el palacio... –suplicó Helena.

Deífobo la iba provocando, tanteándole las nalgas y agarrándola por la cintura para apartarla del camino y llevarla a los rincones más oscuros. A regañadientes, esperó. Era poco más de medianoche y las hogueras se habían convertido en brasas que se extinguían lentamente. El jolgorio se acallaba mientras hombres y mujeres caían derrotados por el cansancio y el vino. La ciudad recuperaba la calma.

Príamo y Hécuba se habían retirado hacía rato. Téano, que los había acompañado hasta la ciudadela, se detuvo en la escalinata del templo de Atenea, donde se quedó dormida abrazada al Paladión. En la plaza de Apolo quedaron algunos vecinos, la mayoría borrachos.

Etra vio cómo los esposos se perdían en el interior de la alcoba. Entre dientes, murmuró una maldición: «Que Afrodita te abandone y

te la deje floja como una tripa de cordero».

Deífobo, con los ojos vidriosos por el alcohol, se colocó detrás de Helena e intentó subirle el kilt. La esposa lo detuvo y se lo remangó ella misma. Él, torpe, se aflojó el taparrabos y lo dejó caer hasta los tobillos. Luego empujó a la mujer para que se doblara y, agarrándose el sexo, lo colocó a la entrada de su ano.

–Por favor, esposo, deja que use aceite –suplicó ella.

Él empujó. Helena gritó de dolor. No era la primera vez que la penetraban así, pero siempre había sido de manera consentida. «Soy un juguete en manos de niños que tienen la fuerza y la maldad de los hombres», se dijo, y comenzó a llorar.

–Troya ha vencido y tú seguirás siendo nuestra... ¡Mía! –dijo él con la lengua pesada–. ¿Te duele? Aguántalo, más ha sufrido mi pueblo por ti.

Alertada por los gritos, Etra se asomó a la puerta. Helena volvió la cabeza y, al ver el cuchillo que llevaba en la mano, negó con suavidad.

Deífobo no tardó en llegar al orgasmo y enseguida el cansancio y el vino lo derrotaron sobre el colchón. Helena se palpó y comprobó que tenía sangre. Se aplicó paños para cortar la hemorragia y prendió incienso en el altar de Afrodita.

«Estos actos no te honran, diosa Celeste». Luchaba consigo misma para contener las lágrimas. El dolor era intenso. «Ulises, sea cual sea tu plan, ejecútalo con éxito y permite que los aqueos destruyan Troya, que arda hasta la última casa».

Con un suspiro, se limpió las lágrimas y recuperó la compostura propia de la reina de Esparta.

–No hagas ruido –susurró Creúsa–. Ascanio duerme al fin.

Eneas entró descalzo en la alcoba. Anquises, alegre por la victoria, lo había retenido hasta la medianoche. Dardania participaría en los beneficios del comercio a través del Helesponto. Sus ciudades habían sido saqueadas, pero el anciano le auguraba un futuro brillante de riqueza y poder.

Eneas se asomó a la cuna. El pequeño dormía plácidamente. En ese instante, como si hubiera percibido su presencia, el niño emitió un ronco suspiro de satisfacción. El padre sonrió enternecido.

–Tal vez él no conozca la guerra.

–Es un bonito sueño, esposo. Pero ¿has conocido un solo año de tu vida en el que nuestros pueblos no hayan visto la guerra? La paz es extraña y breve. Las fronteras cambian, los pueblos siempre quieren más...

–Si ha de batallar, espero que sea como buen líder de los dárdanos.

–Como su padre –pronunció Creúsa con un rastro de orgullo en la

voz. Eneas la besó–. ¿Has bebido mucho?

–No demasiado. Al menos, no tanto como Deífobo. –Sonrió–. Ese hombre tiene algo que no me gusta. No sabría decirte qué es, pero su mirada parece esconder algo.

–Casandra piensa lo mismo. A mí tampoco me gusta, pero es mi hermano, y ahora mismo es el heredero de mi padre.

–Tu amada Casandra... –Eneas pareció meditar–. Tiene demasiadas tormentas en la cabeza. ¿La crees? ¿Crees que después de esta victoria estamos perdidos?

–La victoria ha sido amarga. Hemos vencido por retirada y hemos perdido muchos buenos hombres... No será fácil levantarnos. Espero que Casandra se refiera a eso. Sé que su cabeza no está bien, pero a veces parece ver lo que nadie ve.

Se abrió un breve silencio entre los esposos. Eneas la volvió a besar y la animó a acostarse.

–Que los dioses nos protejan. Tenemos un largo camino por delante.

* * *

Ulises hacía cálculos, intentando adivinar cuánto tiempo había transcurrido desde la señal de Sinón. Hacía un rato que los sonidos de la fiesta se habían apagado. Desde entonces sólo había escuchado los gemidos aislados de varias parejas dándose placer, los ladridos de algunos perros y el crepitar de las hogueras, que se extinguían sin nadie que las atendiera. De un extremo de la plaza, llegaban los ronquidos de alguien que dormía a la intemperie.

«Debería haber acordado otra señal. Tendría que haberles pedido que permanecieran en la llanura hasta que mostráramos una antorcha sobre las murallas. Ahora tendremos que tomar la puerta a ciegas, sin saber si están cerca», pensaba el itacense.

Notó que una mano le tocaba la rodilla. Una llamada de atención para que comenzara a moverse. «Diomedes», se dijo, «ansioso por volver a matar». Aguardó unos instantes más, pero enseguida llegó a la conclusión de que realmente había pasado tiempo suficiente como para que las tropas desembarcaran. Había llegado la hora.

Al ponerse en pie, sintió las piernas entumecidas por la inactividad. Tanteó la oscuridad hasta que encontró un hombro. Lo palmeó para transmitir la orden, y los hombres se fueron tocando unos a otros para avisarse. Ulises encontró la escalera que Epeo había construido en el centro de la nave y comenzó a subir los primeros peldaños. En la oscuridad, los aqueos formaron una fila. Él inspiró profundamente, abrió los cierres de la trampilla y la empujó con

suavidad hasta que consiguió una abertura suficiente como para observar.

La luz de la luna iluminaba el empedrado de la plaza. Más de diez fogatas se repartían por el espacio, con los troncos reducidos a pedazos de carbón. Contó hasta cuatro personas que dormían tendidas sobre el suelo y, por sus posturas, dedujo que estaban ebrias. No había guardias cerca. Con extremo cuidado alzó la trampilla y la desplazó hacia un lateral. Luego miró hacia abajo, donde varios pares de ojos lo observaban con fijeza para adivinar si tenían paso franco. Ulises esbozó una sonrisa y salió al aire cálido de la noche, agradecido por poder respirar fuera de la nave. Un perro ladró, distante, y los hombres aguardaron, atentos a las reacciones de los que dormían en la plaza. Pero nadie se movió, y los guerreros comenzaron a invadir el ágora de Troya.

Vestían de manera sencilla, al estilo troyano, con túnicas largas o coloridos kilts. Iban armados únicamente con espadas. El líder ordenó un ataque simultáneo a los cuatro borrachos que tenían a la vista. Al instante, cuatro guerreros se acercaron a ellos, los degollaron y taparon sus bocas hasta que perdieron el vigor.

Ulises observó la plaza y las calles que desembocaban en ella. Tomó como referencia la ciudadela para ubicar las puertas Esceas. Repartió a los hombres en cuatro grupos, con instrucciones para que avanzaran a paso ágil, pero sin correr. Debían ser silenciosos y aparentar que volvían a casa después de la fiesta. Idomeneo, Diomedes, Áyax el Menor y él mismo encabezaron las cuadrillas.

Los corazones latían desbocados, anticipándose a la lucha, pero se movieron como sombras y nadie alertó su presencia. De algunas casas llegaban sonidos de celebraciones íntimas, canciones y risas ahogadas por los muros de barro. No tardaron en atravesar el barrio de Poniente y llegar ante las murallas. Ulises se adelantó hacia la boca de la escalera que ascendía por el interior de la torre puerta.

–¡Alto! –sonó desde el adarve.

El rey de Ítaca llegó arriba y se enfrentó solo al troyano.

¡Ayuda! –le dio tiempo a gritar al guardia antes de que la espada de Ulises penetrara por su clavícula.

–¡Vamos, rápido! –animó el itacense a sus hombres.

Varios guardias que rondaban el adarve comenzaron a correr hacia las puertas Esceas. El asalto había comenzado.

Los aqueos se organizaron con rapidez. Mientras los últimos terminaban de subir, los que habían llegado arriba repelieron el ataque de otros tres troyanos sin dificultad. «No tienen brío», se dijo Ulises con satisfacción.

Pronto se oyeron algunos gritos, guardias que se llamaban unos a otros y vecinos que chillaban asustados. También se escucharon las

carreras de los hombres que salían de sus casas y acudían a defender la ciudad.

–¡La mitad, al otro lado de la puerta! ¡Echad los muertos por las escaleras! –gritó Ulises. Los cuerpos dificultarían la ascensión–. Tú –señaló a un joven–, sube a la azotea y trae fuego.

El revuelo se extendía por toda la ciudad, pero la mayoría de sus habitantes apenas tenían fuerzas para sostenerse en pie.

–¡Es nuestra! –gritó Diomedes eufórico tras matar a dos hombres.

–Pero está cerrada –repuso Ulises–. Hay que abrirla y mantenerla abierta. –Tomó el fuego e hizo señales hacia la llanura, con la esperanza de que Agamenón estuviera allí y comprendiera la señal.

Aguardaron una respuesta. Pronto, uno de los aqueos señaló hacia el Escamandro.

–¡Allí! ¿Los veis? ¡Están cerca! ¡Avanzan!

Las tropas aqueas ya atravesaban el bosque de olmos de la ribera del río, siguiendo el paso de los carros de combate. En la vanguardia, de repente, un fuego osciló en respuesta al de Ulises. El rey de Ítaca entonó una breve oración de gratitud a Atenea.

Del otro lado de la torre llegaba ruido de armas. La lucha se recrudecía. Los troyanos habían subido al adarve por el siguiente tramo de escaleras y se enfrentaban a los defensores. Abajo, ante las puertas, se habían congregado al menos quince hombres armados que gritaban furiosos. Si esperaban, acudirían más y resultaría imposible repelerlos. No podían fallar ahora.

–Tomad sus arcos y disparad a los de abajo. –Ulises señaló a los guardias caídos. Áyax el Menor y Filoctetes fueron los primeros en reaccionar–. Cinco hombres al otro lado, para reforzar la defensa. –Diomedes tomó la iniciativa y seleccionó a cuatro guerreros–. El resto, conmigo abajo. Por Hércules, que Zeus nos ampare.

Arrebató la lanza a uno de los muertos y embrazó su escudo. Silbaron las flechas y los troyanos se alejaron de la puerta. Ulises descendió raudo, gritando para infundirse valor. Más de veinte aqueos lo seguían. En cuanto aparecieron por la abertura, los troyanos se abalanzaron sobre ellos. Ulises sabía que tenía que avanzar para dejar sitio a los que bajaban tras él. Tres guerreros se le enfrentaron, pero no lo hicieron retroceder. Plantó los pies en el suelo y empujo su escudo para desembarazarse de ellos. Enseguida sus hombres lo rodearon y comenzaron a matar.

–¡Atenea! –invocó a su diosa predilecta mientras ensartaba a uno con la lanza. Luego desenfundó la espada–. ¡Escudos! –llamó, y enseguida los pocos que tenían defensa formaron un pequeño muro–. ¡Abrid las puertas! –gritó desesperado, consciente de que no aguantarían mucho tiempo en aquella situación.

Los guardias de la ciudadela comenzaban a acudir a la zona,

desequilibrando el combate. Algunos ciudadanos se habían organizado para llegar hasta el adarve desde otros puntos de la muralla.

–¡Abrid! –El grito provino del otro lado del muro.

La avanzadilla aquea había alcanzado las murallas y aguardaba para penetrar en Troya y arrasar sus resistencias. Ares infundió su furor en sus hijos, que empujaron y mataron como la ola de un mar bravo que lo barre todo a su paso. Sonaron golpes impacientes en las puertas.

–¡Están dentro! –se escuchaba por las calles de la ciudad baja.

–¡Apolo, protégenos! –gritaban las mujeres.

Idomeneo tomó a dos hombres y, juntos, consiguieron levantar la tranca. Luego empujaron las pesadas hojas de madera que, lentamente, entre crujidos, comenzaron a desplazarse. Tras la abertura apareció un aqueo, un hombre alto que respiraba con ansiedad y apretaba con fuerza su lanza.

–Helena... –susurró, jadeante.

Se trataba de Menelao. A su alrededor había varios carros vacíos y decenas de guerreros. Tras ellos, a poca distancia, la tropa aquea corría por el camino que llevaba a las puertas Esceas.

El rey de Esparta saltó al interior del recinto y arremetió con fuerza contra los troyanos, clavando su lanza en el estómago de uno de ellos. Recuperó el arma y aulló como un lobo llamando a su manada. Con él iban los mirmidones, con sus túnicas negras y sus melenas rasuradas en recuerdo de Aquiles.

Las lanzas se tiñeron de rojo y los troyanos fueron repelidos hacia el barrio de Poniente. Ulises recibió la ayuda como agua en un desierto y se dejó arrastrar por su empuje hasta las primeras calles de la ciudad baja. El aire se colmó de voces: los bramidos de victoria de los aqueos y los gemidos desesperados de los troyanos y sus aliados, incapaces de reaccionar. La pequeña explanada que se abría junto a las puertas Esceas fue ocupada por los aqueos. Tres troyanos cayeron desde el adarve a los pies de Ulises y Menelao.

–¡Muerte! –gritó Diomedes desde arriba, con su túnica empapada de sangre.

Los reyes de Ítaca y Esparta se miraron.

–Ares está esta noche con nosotros –dijo Ulises.

–El Hades se llenará hoy de troyanos –respondió Menelao.

La luz de la luna iluminaba sus ojos, que emitieron un destello salvaje, el propio de un hombre que anhelaba venganza.

* * *

Príamo dormía tan profundamente que el siervo hubo de sacudirlo para despertarlo.

–Favorito de Apolo, los aqueos están dentro –soltó el hombre.

El rey se sentó en la cama, mareado. Le costaba pensar con claridad.

–¿Cómo dices?

–Los aqueos han abierto las puertas Esceas y se reúnen allí.

–¿De qué estás hablando? –Príamo trató de ponerse en pie y a punto estuvo de caer al suelo–. ¿Qué aqueos?

–Están todos atravesando la llanura. Es todo lo que sé, mi señor.

Aturdido aún, sin acabar de creerlo, Príamo salió del palacio y, a las puertas, se encontró con un revuelo de hombres que corrían hacia los cuarteles para armarse. «Apolo, ¿qué está ocurriendo? ¿Un mal sueño?», se preguntó.

–¡Lo advertí! ¡Atenea nos ha abandonado! –En la escalinata del templo de Atenea, Téano lloraba abrazada al Paladión.

–Ya ha llegado el fuego –repetía una y otra vez Casandra, a su lado.

Con paso inseguro, Príamo caminó hasta la muralla occidental. Desde su adarve contempló la masa de guerreros que se abatían contra las puertas como si quisieran derribarlas. El rumor de sus voces le llegaba ahora con fuerza y terminó de despabilarlo.

«El caballo...», dijo para sí, y se maldijo por su estupidez. «Kaskalkur, llévame contigo a las entrañas de la tierra, no me dejes ver lo que está por venir».

Distinguió los gritos que provenían de la ciudad baja y supuso que había comenzado el saqueo. Se encaminó a paso ligero hacia los cuarteles de la puerta Apolínea.

–Padre, ¿qué ha pasado? –Se encontró con Deífobo a medio camino, completamente borracho aún.

El rey no contestó y siguió su camino. Deífobo lo siguió. A la entrada del cuartel principal, Eneas daba órdenes y repartía armas a toda prisa.

–¡Vamos, vamos! No bajéis solos, grupos de al menos diez.

El dárdano había reaccionado con rapidez, poniéndose al frente de la defensa. A su alrededor, los guerreros a medio armar se reunían en cuadrillas y bajaban la cuesta para enfrentarse a los aqueos.

–Troya tiene un nuevo príncipe –le dijo Príamo a su hijo con desdén.

Deífobo no fue capaz de responder, sumido en la bruma de la ebriedad.

–Estamos perdidos –fue lo primero que dijo Eneas al verlos–. Nos superan en número y los nuestros están borrachos todavía. Han abierto las puertas desde dentro.

–Nos han engañado –contestó Príamo, y miró fijamente al hijo de Anquises–. Tienes el mando. –Señaló la puerta Apolínea–. Llévate a los

hombres que necesites.

Eneas respiraba con ansiedad. Cerró los ojos y trató de serenarse. Al instante, continuó organizando a los guerreros:

–¡Cuando salga el último hombre, cerrad las puertas! ¡Salid y esperadme junto a las estelas de Apolo! –Bajó la voz para dirigirse al rey–. Troya está perdida, salvemos lo que podamos.

Príamo asintió, triste, consciente de que tenía razón. Comenzó a caminar a paso lento hacia su palacio.

–¿Acaso lo has puesto por encima de mí? –se atrevió a preguntarle Deífobo, que lo seguía.

Príamo se encaró con él, escrutando sus ojos rojos y vidriosos.

–Ármate. Ve tú a la ciudad, baja al frente de los troyanos.

Deífobo le mantuvo la mirada, pero calló.

«¿Es así como ha de terminar?», se preguntó el rey mientras retomaba sus pasos.

Cerca de doscientos guerreros aguardaban junto a la puerta cuando Eneas salió de la ciudadela. En la calle había siete hombres muertos, cinco aqueos y dos troyanos. Los invasores habían comenzado a moverse por la ciudad.

–¡No os separéis! Vamos a asegurar el camino hasta la puerta del Alba.

Los hombres apoyaron su plan para salvar a la población. Todos tenían familia en la ciudad baja y temían por ellos. Eneas dirigió sus pasos hacia la plaza de Apolo.

–¡Salid por la llanura del Simois! –gritaban los guerreros a los ciudadanos conforme avanzaban.

Muchos salieron de sus casas y se les unieron. Los hombres iban armados, las mujeres lloraban, aferradas a las manos de sus hijos, acarreando lo poco que pretendían salvar de sus hogares.

En la plaza, el caballo se alzaba orgulloso, con la trampilla abierta a la vista de todos. Un grupo de aqueos se cernían sobre la escasa resistencia troyana.

«Cómo hemos podido caer en una trampa tan burda», se castigó Eneas. Y, sin pensarlo, echó a correr con la lanza al frente. Enseguida lo siguieron sus hombres, furiosos, envenenados de odio. El combate fue feroz, pero breve. Los aqueos cayeron masacrados. La plaza se llenó de gritos y sangre.

–¡Apolo está con nosotros! –gritó Eneas para animar a los suyos, aunque sabía que aquélla no era más que una pequeña victoria. Se palpó el hombro izquierdo, donde había recibido un corte; pero apenas sintió dolor–. ¡A la puerta! –ordenó.

Los aqueos aún no habían llegado al barrio oriental, y Eneas y sus hombres se movieron con rapidez. A cada paso, más hombres se les

sumaban, y más mujeres corrían despavoridas a su encuentro. En la puerta del Alba, cientos de mujeres, niños y ancianos lloraban y gritaban con desesperación.

–¡Están ahí, hijo de Anquises! –Un viejo lo había reconocido–. Estamos acorralados.

Eneas ascendió al adarve con paso decidido. Al ver la llanura del río Simois, suspiró. Un nutrido escuadrón de aqueos la había invadido.

«Son más que nosotros, pueden permitirse tomar las puertas desde fuera», se dijo. No tenían posibilidades de victoria. Entonces se giró y observó la ciudad. Varias columnas de humo, teñidas de blanco por la luna, se alzaban hacia el cielo. Los sonidos de lucha hacían adivinar por dónde avanzaban los invasores. En las calles inmediatas, las mujeres corrían, muchas a medio vestir. Sobre la muralla, en varios puntos, se señoreaban los salvajes rubios, y un grupo de ellos avanzaba a buen paso hacia la puerta del Alba. Sus troyanos podrían repelerlos, pero, si se quedaban allí, pronto se verían desbordados. Resignado, Eneas descendió de la muralla.

–¡No hay salida! –gritó–. ¡A la puerta Apolínea!

Una mujer salió del tumulto con dos niños cogidos de la mano y se le acercó.

–Eneas, soy la viuda de Polidamante. –El dárdano se detuvo–. Protégenos, te lo suplico.

–Venid con nosotros a la ciudadela. No os quedéis atrás.

Eneas le apoyó una mano en el hombro para tranquilizarla y echó a andar. Polidamante acudió a su memoria. Tras él, uno a uno, fueron apareciendo los caídos. Aceleró el paso para dejarlos atrás y concentrarse en salvar a los vivos.

El grupo llegó al pie de la muralla de la ciudadela y la recorrió hasta dar con la puerta Apolínea. Un escuadrón de aqueos la asediaba.

–¡Por la puerta del caballo! –gritaron los defensores desde el adarve, haciéndoles señales hacia el este.

Aquélla era una puerta accesoria de reducidas dimensiones. No podrían pasar más de dos personas a la vez. «Será lento y nos atacarán, pero no hay otra manera», resolvió Eneas.

No tardaron en llegar a la puerta y de inmediato comenzó el trasiego de mujeres y niños. Un grupo de aqueos les dieron alcance, y los troyanos se enzarzaron con ellos en una dura refriega. Eneas, al pie de la puerta, voceaba constantemente para que los ciudadanos se dieran prisa.

Las jabalinas volaban, las lanzas se clavaban y las espadas acuchillaban sin cesar. La batalla se extendió a todo lo ancho de la calle. Caían hombres de ambos bandos, pero los aqueos, más numerosos, consiguieron abrir una brecha y comenzaron a apresar a las mujeres.

–¡Matadme! –se oyó gritar a una muchacha, consciente de lo que le esperaba en manos del enemigo.

Los troyanos cedían un palmo tras otro y, finalmente, no tuvieron más remedio que retroceder y dejar a las mujeres a su suerte.

–¡No podemos hacer nada por ellas, no entrarán todas! –le dijo un tracio a Eneas.

Éste observó la calle. Los aqueos se pasaban a las mujeres de mano en mano, muchas de ellas con sus hijos en brazos, y mataban a los ancianos sin vacilar para luego pisotear sus cadáveres. Muchas troyanas echaron a correr hacia el este, con la esperanza de encontrar algún refugio. La presión sobre la puerta se alivió y los guerreros comenzaron a entrar. Eneas no lo aprobaba, pero lo entendía: estaban perdidos, y aquellos hombres serían más útiles vivos en la ciudadela que muertos allí. Antes de marchar con ellos, divisó a la esposa de Polidamante. Un aqueo la tenía agarrada por el pecho. No vio a sus hijos. «Protegedla», rogó a los dioses. Luego atravesó la puerta. Tras él quedaban algunos hombres, pero el riesgo de que los rubios tomaran aquel acceso era demasiado alto.

–¡Cerrad y atrancad la puerta! –ordenó con lágrimas en los ojos.

«Un buen líder debe saber tomar decisiones difíciles», le había dicho su padre en muchas ocasiones. Mientras subía las cuestas que llevaban a los palacios reales, Eneas oía los gritos de las mujeres capturadas. En ese instante supo que, si sobrevivía, aquellas voces no abandonarían jamás su cabeza.

En la ciudadela, entre los cientos de refugiados, se encontró con Príamo. El rey se quedó mirando su rostro sombrío y sus mejillas húmedas.

–No podrán entrar –se le ocurrió decir.

–Te equivocas, noble Príamo. Somos nosotros los que no podremos salir.

El rey asintió, hundido. Le señaló el hombro y le dijo con voz entrecortada:

–Ve a que te curen.

Eneas se dio cuenta entonces de que todavía sangraba. En ese instante comenzó a sentir dolor. Se sentó en el suelo, sin fuerzas, y se entregó al llanto. «¿Qué será de mi familia?», se preguntó.

* * *

El carro se detuvo ante la torre de las puertas Esceas. Agamenón saltó y contempló la ciudad a través de ellas. Llevaba puesta una coraza de bronce con remaches de plata e iba armado con una espada de hierro y un escudo de forma ovalada. Vestía un kilt teñido de púrpura, con flecos blancos que caían sobre sus rodillas. Su casco lucía

dos cuernos y, entre ambos, se alzaba una cimera con crin de caballo.

–Troya abre sus piernas para mí –pronunció en voz alta antes de atravesar el umbral con paso ceremonioso.

Los aqueos seguían entrando, pero la mayoría ya había invadido las calles y se dedicaba al exterminio y al saqueo. Junto a las puertas Esceas había decenas de muertos, aqueos y troyanos, y el empedrado se había llenado de sangre. Las murallas de la ciudadela estaban a la vista, cercanas. Tras las almenas se intuían los honderos y arqueros que acosaban a los incautos que se ponían a tiro.

–No vayas por allí, Agamenón –le dijo Ulises, que permanecía junto a la entrada para repartir a los hombres por los diferentes barrios. Los itacenses le habían llevado sus armas y ya vestía de guerrero, con su inseparable casco de colmillos de jabalí–. Estamos tomando la ciudad baja, pero aún no hemos podido entrar en la ciudadela.

Agamenón lo abrazó con fuerza. Los bronces chocaron y emitieron un agudo chasquido.

–Te debemos Troya, zorro astuto –soltó entre risas.

–Tenlo en cuenta en el reparto de botín –contestó Ulises–. Y no olvides a mi primo Sinón. –Al comienzo de una calle, dirigía a un grupo de argivos hacia la plaza de Apolo–. Ha engañado a una ciudad entera.

Agamenón asintió convencido. Luego se adentró en el barrio de Poniente, seguido por su guardia de hombres de Micenas y una cuadrilla de mirmidones. Por todas partes había cuerpos sin vida tirados en el suelo. En algunas zonas se habían formado pequeños arroyos de sangre. La luz de la luna enmascaraba los colores, pero su olor resultaba inconfundible. Del interior de muchas viviendas llegaban los sonidos del forcejeo de los hombres con las troyanas.

Al torcer una esquina se encontraron con dos hombres en paños menores armados con lanzas. Caminaban inseguros y parecían desorientados, pero apuntaron sus armas hacia el rey. Los guardias se interpusieron, pero Agamenón los apartó y se enfrentó a ellos. Al primero lo cogió desprevenido con una finta lateral; le descargó la espada sobre su nuca y el troyano cayó sacudido por una breve convulsión. Agamenón sonrió. Estaban borrachos. El segundo, consciente de que no tenía escapatoria, se lanzó a la carrera contra él, pero el rey opuso su escudo y empujó con fuerza. El desgraciado quedó a su merced. Hizo el amago de huir, pero Agamenón no le dio tiempo: le hundió la espada en el pecho, entre las costillas.

–¡Muerte! –gritó el comandante, excitado.

Recorrió las calles de Troya con la sensación de que ya eran suyas. A medida que se acercaba al ágora, más y más muertos sembraban el camino. La mayoría eran troyanos, hombres sin armar. En varios

puntos, el grupo se topó con corrillos de guerreros que hacían turnos para forzar a alguna muchacha. También se encontraron con alguna mujer vaciada de sangre por la entrepierna, incapaz de soportar las embestidas.

«Os lo habéis buscado», se decía Agamenón para alejar de sí cualquier atisbo de culpa.

En la gran plaza de Apolo luchaban varias escuadras. Los escasos troyanos que quedaban en el recinto inferior se habían organizado allí, conteniendo a duras penas el empuje de los aqueos. En medio de todo, destacaba la gran ofrenda a Poseidón.

–Ulises..., si tú hubieras gobernado al ejército desde el principio, esta guerra no habría durado más de un año... –reconoció el rey.

Enseguida ordenó a los suyos que apoyaran a los que luchaban, y él mismo corrió hacia el grupo más numeroso de enemigos. Las últimas resistencias, como los rescoldos de las hogueras, se extinguían sin remedio.

Diomedes, completamente manchado de sangre, corría con los ojos desorbitados. Había recorrido las calles matando a espada a los incautos que se cruzaban en su camino. Sus hombres intentaban seguirlo, pero él se esforzaba por perderlos de vista. Era su momento, el que había esperado desde hacía más de diez años. «Prefiero la espada», le había dicho en la llanura a Idomeneo, «con ella sientes la muerte más cerca». El rey de Creta había evitado acompañarlo. Áyax el Menor, en cambio, le reía las gracias, y Diomedes lo había adoptado como discípulo.

El de Argos se aventuró solo en el barrio oriental, donde esperaba encontrar más víctimas para saciarse con su sangre. Dos mujeres jóvenes se cruzaron en su camino y huyeron despavoridas.

«Ya tendremos tiempo de ocuparnos de vosotras», se dijo. «Ahora es momento de matar».

Una anciana con un niño de la mano se asomó a la calle desde una vivienda. Al instante, se ocultó en el interior.

«Todavía quedan conejos en las madrigueras», pensó Diomedes, y echó a correr hacia la puerta. Tras él, unos cuantos argivos invadieron la calle. Enseguida escucharon los gritos de la anciana.

–¡Lo has matado! ¡Lo has matado! –gritaba enloquecida.

El timbre de las voces se hizo más agudo. Los argivos aguardaron en la calle hasta que Diomedes salió empapado de sangre. Los miró sin reconocerlos.

–Mi rey, somos argivos.

Diomedes centró la mirada en sus vestimentas.

–Idiotas, ¿qué hacéis ahí parados? ¡Seguid matando!

Y echó a correr, con la mente anestesiada por el éxtasis de la

sangre.

Junto a las puertas Esceas, algunos reyes organizaban la recogida de las mujeres que habían sido capturadas. La madrugada avanzaba y la ciudad baja se vaciaba de hombres. Los aqueos sólo respetaban las vidas de las mujeres y niñas, que podrían venderse como esclavas. Muchas llegaban con heridas, con las túnicas y kilts manchados de sangre.

–¡Callaos, por Hércules! –gritó Áyax, pero no consiguió más que provocar miedo, y el miedo hizo que arreciaran los llantos.

Agamenón, terminada la ronda por los barrios de Troya, paseaba entre ellas calculando su número. Como si se tratara de ganado, iba contando las cabezas.

–Hay más de trescientas. No está mal, pero arriba debe haber muchas más. –Ladeó la cabeza hacia la ciudadela. De un punto lejano llegó un grito ahogado por los muros. Seguían apareciendo mujeres–. Se hace tarde, hay que ir pensando en esa muralla.

Ulises le había planteado un ataque con escalas al mismo tiempo que se prendía fuego a las puertas. Agamenón sabía que costaría muchas vidas, pero estaba de acuerdo en que era la única manera de acabar con el asalto aquella misma noche, aprovechando la sorpresa y la ebriedad de los troyanos.

Diomedes apareció caminando lentamente, seguido por sus argivos; llevaba la espada mellada, con la punta ligeramente doblada, y estaba completamente cubierto de sangre y vísceras que no se había molestado en limpiar.

–Por Zeus, ¿qué has hecho? –le preguntó Idomeneo.

–He matado troyanos, como todos.

Esbozó una sonrisa, satisfecho. Contempló los grupos de mujeres y niñas y al instante centró la atención en dos figuras menudas. Se acercó y tomó del brazo a un niño que no tendría más de cinco años.

–¿Qué hacen aquí? –Eran los dos únicos varones entre los capturados. Las mujeres comenzaron a llorar y suplicar–. ¡Silencio!

–Diomedes, son demasiado pequeños. –Ulises se puso en pie–. Déjalos ir. ¿Qué daño pueden hacer?

–Son las leyes de la guerra –escupió el argivo con los dientes apretados.

–Ulises –intervino Agamenón, con el cetro en la mano–, yo también tengo corazón, pero Diomedes está en lo cierto. Ningún hombre, grande o pequeño, vale como esclavo ni puede quedar vivo. Nos odiará más que a nada, y algún día tendrá fuerzas para empuñar un arma. –Negó lentamente con la cabeza y suspiró–. Recuerda que llevamos aquí diez años para vengarnos de una afrenta. No subestimes el poder del odio. –Miró a Diomedes–. Hazlo, pero no aquí –sentenció.

Diomedes agarró por los brazos a los niños y se los llevó a rastras, insensible a las lamentaciones y gemidos de las mujeres. Los pequeños lloraban y se resistían, pero nada podían hacer contra aquel hombre cubierto de sangre y ansias de matar. Ulises los vio perderse tras una esquina.

–¿Cómo se llamaba tu padre? –oyeron que preguntaba a uno de ellos.

–¡Polidamante! –gritó el niño entre sollozos.

–Reúnete con él en el Hades.

Ulises no pudo evitar las arcadas y vomitó sobre el empedrado, pero nadie se rio de él. A pocos pasos, Neoptólemo parecía a punto de desmayarse. Sostenía el casco de su padre entre las manos, y miraba con ojos desorbitados en todas direcciones, sin fijar la vista en ningún punto. Ulises se limpió la boca y acudió en su ayuda. Lo agarró de un brazo y tiró de él para alejarlo de allí.

–Mírame a los ojos. Respira más despacio. –Lo sujetó por los hombros–. Tranquilo –le susurró–. No estás hecho para esto, lo sé, pero ahora no puedes escapar. Tienes que estar aquí. Mira sin ver, mantente firme. Ellos te necesitan. Eres el hijo de Aquiles –le recordó–, los inspiras. –Suspiró de nuevo. Neoptólemo seguía teniendo los ojos muy abiertos, pero había controlado su respiración–. Cuando esto pase volverás a tu vida. –Echó un vistazo a su alrededor–. Queda poco, muy poco.

* * *

–¡Tiradlas! –gritaba Eneas mientras recorría el adarve abarrotado de guerreros.

Tras las almenas, cientos de troyanos y aliados disparaban los arcos y las hondas y arrojaban piedras sobre los aqueos que intentaban asaltar las murallas. Los invasores habían tendido siete escalas y se apresuraban a subir por ellas para tomar el adarve.

Los troyanos resistían como podían.

Al pie del muro se amontonaban los muertos.

A la orden del dárdano, los hombres se concentraron en agarrar los extremos de las escalas para hacerlas caer, pero el peso de los que subían lo impedía. Eneas olió a madera quemada. Una fina columna de humo se elevaba desde el otro lado de la muralla.

–¡Derramad agua sobre la puerta! –ordenó. Se había percatado de que estaban quemando la puerta Apolínea. Su voz había perdido fuerza. Como todos, había llegado a la conclusión de que estaban perdidos.

Los troyanos que habían conseguido refugiarse en la ciudadela lloraban abrazados unos a otros. No habían tenido tiempo para

asimilar lo que ocurría, y se preguntaban angustiados por qué Apolo los había abandonado. Muchas mujeres se quitaron la vida acuchillándose el pecho o tirándose desde el adarve sobre los riscos de la zona norte. Tenían demasiado miedo y demasiado dolor acumulado en las entrañas.

Eneas descendió de la muralla. Cerca del cuartel se encontró con su padre, que lo miró apesadumbrado.

–Hijo, ésta no es nuestra guerra. Lo hemos dado todo, no demos la vida también.

–No es momento de pensar en eso –contestó Eneas, cansado.

–Tienes un hijo. Dale un mañana –insistió Anquises–. Tu tierra es Dardania. No la dejes desamparada, no mueras en Troya.

–Padre, ¿no lo ves? No hay escapatoria. –Abrió los brazos como si quisiera abarcar el recinto amurallado–. Estamos condenados.

Eneas abrazó brevemente a su padre y se retiró para buscar a Príamo.

El rey permanecía sentado junto al hogar, en el gran salón del mar Océano. El fuego desfiguraba sus facciones consumidas. Los gritos de la plaza penetraban amortiguados en la estancia. Por encima de todos, se escuchaban los de Casandra y Téano, que seguían aferradas al Paladión a la entrada del templo de Atenea.

–Pensaba que serías Deífobo –le dijo nada más verlo–. Mi sangre se extingue. Ese maldito niño está tan borracho que no es capaz ni de agarrar una lanza. Siéntate –solicitó, y Eneas obedeció–. Se llevaron a mi hermana cuando era un niño –evocó–. Hércules saqueó la ciudad y se la dio a su amigo Telamón. Vivo gracias a ella. Mi vida fue su regalo de esponsales. –Eneas lo escuchaba en silencio–. Tuvo hijos con ella. Uno de ellos, mi sobrino Teucro, está ahí abajo deseando matarme –suspiró–. Hesíone, así se llama mi hermana. Todos estos años he soñado con recuperarla. Ayer lo daba por hecho. Sin embargo, hoy la plaga del Egeo asalta mis murallas, y ahora sé que también se llevarán con ellos a mi esposa, y a mis hijas.

–Nadie tocará a Creúsa. –Eneas negó con la cabeza–. Daré mi vida si es necesario.

Príamo esbozó una sonrisa que enseguida se apagó.

–Cuídala hasta el último momento –se limitó a decir. Los gritos arreciaban y se escuchaban carreras cercanas. «¡La muralla!», escucharon–. Vete, cuida de tu familia. Te libero de tu carga.

Eneas se puso en pie y arrancó a correr. Antes de salir del salón, se volvió hacia Príamo.

–Siempre has sido el rey que Ilión merecía tener.

Y se perdió en dirección a su casa. A lo lejos, sobre la muralla, contempló varias escenas de lucha.

«Han pisado el adarve. Ya nada los detendrá».

–¡Tú te alegras de que estén aquí, zorra!

Tenía la lengua pesada por el alcohol. Deífobo la zarandeó, pero Helena guardó silencio, desafiante. Una joven esclava de su esposo permanecía en pie a su lado, sin atreverse a moverse.

–¡Nos van a matar a todos! –Deífobo estaba a punto de llorar de angustia.

Helena lo observaba impertérrita, avergonzada por su actitud. «¿Es éste el príncipe de Troya?», pensó. «Los niños de Esparta tienen más valor que tú». Los gritos de miedo y rabia atravesaban las paredes. Se acordó de Héctor. «Él estaría fuera, enfrentándose a la muerte junto a los suyos. Tú te crees un hombre en la cama, pero con la lanza en las manos no eres más que un niño asustado». Las palabras se atrancaron en su pecho.

–¡Están en la muralla! –gritó entonces Etra desde la entrada.

Deífobo salió corriendo hacia la estancia en la que guardaba sus armas. Etra entró en la alcoba y se fijó en que la túnica blanca que vestía su dueña estaba manchada de sangre por detrás.

–Cámbiate, hija mía, y arréglate el pelo. Él va a coger sus armas; usa tú las tuyas.

Cuando sonaron los golpes en la puerta Apolínea, buena parte del adarve estaba ya ocupado por aqueos. Un grupo de hombres de Micenas había improvisado un ariete con un tronco de olmo. La tranca, carbonizada por las llamas, no tardó en ceder. Al séptimo impacto, la puerta se abrió. Las hojas ardientes chocaron contra los muros y el fuego iluminó los rostros lobunos de los guerreros. De inmediato, los troyanos abandonaron las murallas y empujaron a los refugiados hacia la zona norte.

–¡Es el final! –gritaban las mujeres, desesperadas.

En las calles aledañas, los defensores, heroicos, intentaban vanamente contener a los asaltantes. Gritos y ladridos sonaron bajo la luna en el último reducto de la Troya sitiada. Murieron muchos aqueos, pero, por cada uno de ellos, caían cinco troyanos. Cientos de guerreros penetraban en la ciudadela y apoyaban a los que luchaban. Otros se adentraban en las viviendas en busca de algún ciudadano escondido. La marea aquea llegó a los primeros palacios y entró en ellos con furia.

Agamenón y Menelao, rezagados, atravesaron juntos la puerta Apolínea.

–Aquí la tienes –le dijo el comandante supremo a su hermano.

–La huelo, tiene miedo. Y hace bien en tenerlo –respondió el rubio Menelao.

Sobre los restos del saqueo, pisoteando los cuerpos amontonados

de aqueos y troyanos, ambos reyes avanzaron hacia su destino final.

Andrómaca apretaba la empuñadura del cuchillo, cuya hoja apuntaba hacia su pecho. Jadeaba, nerviosa, y de sus ojos se derramaban pesadas lágrimas.

–No puedo con más sufrimiento –balbució, rota por el dolor.

–¡Mamá, mamá! –Astianacte gritaba y lloraba en brazos de Apolonia.

Las voces del niño disolvieron la seguridad de Andrómaca, que finalmente dejó caer el arma y arrebató a su hijo de las manos de la joven. Lo abrazó con fuerza, pegando su cabecita a su hombro.

–Mi niño, mi niño... Sé fuerte, como tu padre.

La sombra de la muerte se cernía sobre el palacio como un viento inevitable, cargado de olor a podredumbre y sangre. Cada grito, cada sonido metálico de bronce contra bronce alertaba a las mujeres. Andrómaca miró a su fiel esclava.

–Afrontaré mi destino. Por él.

–Yo estaré a vuestro lado.

Apolonia se acercó y se fundió con ellos en un abrazo que no entendía de princesas ni de esclavas.

Así, abrazadas, las sorprendieron los golpes en la puerta. Las mujeres se miraron y elevaron una plegaria a Apolo. El niño, más calmado en brazos de su madre, las miraba sin comprender.

Cuatro aqueos penetraron en el palacio armados con lanzas y espadas. La luz de la lámpara los guio hasta ellas. Apolonia lanzó un grito y ellos sonrieron.

–¡Soy la viuda de Héctor, príncipe de Ilión, y éste es su hijo! –soltó Andrómaca manteniendo la compostura. Astianacte rompió a llorar de nuevo.

Uno de los aqueos dio dos pasos hacia ella, apartó al niño y la tiró al suelo. Otro de ellos, el que parecía dirigirlos, lo retuvo.

–Estúpido, no es para ti. ¿Quieres que Agamenón te mande despellejar? Las princesas, para los reyes. –El aludido se detuvo con evidente mal humor–. Y tú –se dirigió a Apolonia–, ¿quién eres?

–Es hija de Príamo –se adelantó Andrómaca.

Pero el hombre no se dejó engañar. Apolonia vestía como una esclava. Negó con la cabeza, y los otros tres rieron entre dientes mientras desanudaban sus prendas interiores. Andrómaca ocultó la cabeza de su hijo entre sus pechos para que no pudiera ver la escena.

–Llevadlos fuera –ordenó el líder–. Yo primero.

Enseguida los gritos de Apolonia se unieron al lamento de la ciudadela. Pasados unos instantes, el aqueo se reunió con sus hombres.

–Rapidito, que hay mucho que hacer.

Los otros tres, que ya se habían repartido los turnos a suertes, descargaron sobre Apolonia toda su ansia y su rabia. Andrómaca sollozaba, pero procuraba no gritar. El último salió de la estancia con la esclava agarrada del brazo. Un chorro de sangre le caía por las piernas y apenas podía mantenerse en pie. Salieron todos fuera y, a la luz de la luna, el líder comprobó su estado.

–Malditos idiotas. Ésta va a morir. –Apolonia estaba pálida, y la hemorragia no cesaba–. Tiradla por la muralla, que no la vean los reyes. ¿Sabéis lo que vale una esclava como ésta? –Chasqueó la lengua y se alejó con Andrómaca y el niño.

Apolonia, trastornada y débil, ni siquiera gritó. Se dejó llevar hacia las murallas occidentales, donde los tres lobos aqueos acabaron con su dolor.

–¡Rápido, Creúsa! Coge a Ascanio y vamos fuera. La casa no es segura.

–Hijo, ¿tu hermana? –preguntó Anquises.

Hipodamía había salido con los primeros alborotos y no había vuelto todavía.

–La veremos fuera. Hay que salir –los apremió Eneas.

Los aqueos avanzaban implacables hacia los palacios. «Los tenemos delante», pensó el dárdano con desesperación, al tiempo que conducía a su familia hacia la explanada del templo de Atenea. Casandra y Téano seguían gritando, aferradas al Paladión. Héleno permanecía junto a ellas, pero en silencio. Al ver la sagrada estatua de madera, Eneas se acercó.

–Hay que esconderla, que no se la lleven los aqueos.

Téano lo miró con los ojos desencajados. El hombre la zarandeó, y sólo entonces la mujer pareció recuperar algo de cordura.

–¡Escóndela tú! –exclamó, señalando la entrada del templo–. Dentro, junto al altar. Guárdala allí. –Antenor, su esposo, apareció caminando a paso ligero.

–¡Esposa mía, estamos perdidos! –El canciller lloraba. Por todas partes reinaba el caos.

–¡Trae fuego! –pidió Eneas a su padre, que encendió una tea en la hoguera imperecedera del templo.

El dárdano cogió el Paladión e hizo señas a su familia para que entraran con él.

–Cumple con tu destino –murmuró Casandra ante la escalinata del templo, pero nadie la escuchó.

Eneas caminó hacia el altar. «Debe estar por aquí», se dijo. Anquises alumbraba el suelo y enseguida encontraron la trampilla, oculta bajo una alfombra. Al abrirla vieron las escaleras que conducían a la gruta en la que el Paladión había permanecido

escondido durante generaciones.

–Rápido, abajo –ordenó Eneas, y rogó a Atenea que los protegiera en su gruta mientras durara el saqueo.

Creúsa fue la primera en bajar y lo hizo con su hijo en brazos, seguida inmediatamente por Anquises. Eneas echó la alfombra y, tras bajar los primeros peldaños, encajó la trampilla. El fuego de la tea se debilitó por la falta de oxígeno. La oscuridad los envolvió. El suelo estaba húmedo. Creúsa besó a Ascanio para tranquilizarlo.

–Ya, mi niño. Duerme, que aquí estamos bien.

Los sonidos de la invasión se apagaron y, por unos momentos, experimentaron una intensa sensación de alivio.

–Tu hermana... –susurró Anquises, pero Eneas negó, inflexible. No podían dar marcha atrás.

Se adentraron en la gruta y no tardaron en llegar a un pequeño ensanche presidido por un pedestal. Eneas apoyó el Paladión en él y aguardó unos instantes, como si esperara alguna señal de la diosa. Creúsa se sentó en el suelo y Anquises, mirando el rostro ocre de Atenea, suspiró con amargura.

–Es el final –dijo con resignación.

Eneas cogió la tea para iluminar los alrededores. Cerca había una pequeña abertura por la que el camino continuaba hacia el interior de la tierra. Miró a su esposa y a su padre y enseguida éstos adivinaron sus intenciones.

–Hay que seguir. No perdemos nada por intentarlo. Si nos detenemos aquí, darán con nosotros tarde o temprano.

Anquises asintió.

–Príamo me contó que Kaskalkur hizo galerías por toda la colina de Ilión –comentó el viejo–. Lo hizo en tiempos que ni nuestros abuelos recuerdan.

Eneas le entregó la tea a su padre y agarró el Paladión de nuevo.

–Vamos.

–Es más estrecha, pero cabemos bien –susurró Anquises al entrar en la galería–. El fuego no se apaga. Es buena señal.

Eneas echó a andar, pero Creúsa lo retuvo un instante.

–¿Y si lleva al inframundo? –Sus ojos temerosos reflejaban la llama de la antorcha.

–Arriba nos espera otro camino más doloroso al Hades. Si este camino lleva allí, al menos llegaremos con el cuerpo entero.

El hombre se adentró en la galería sin soltar la talla. Creúsa y Ascanio fueron tras él. «Mi destino es tu destino», se dijo la princesa troyana.

Áyax el Menor había recibido una herida en el costado derecho; sangraba, pero no era profunda. En la explanada del templo, peleaba

con valor al frente de sus hombres.

–¡Que no escapen! –gritaba enfervorecido.

Sin embargo, los troyanos no tenían por dónde escapar. Los hombres seguían muriendo, las mujeres seguían siendo apiñadas en grandes grupos para convertirse en esclavas. El olor dulzón de la sangre impregnó el aire cálido de la noche, y el clamor de las viudas sirvió de coro a la masacre.

Áyax se fijó en dos mujeres que se adentraban en el templo y corrió tras ellas. Un hombre de edad avanzada intentó retenerlo.

–¡Soy el canciller de Troya! ¡Es un templo, déjalas!

El aqueo le hundió la lanza en el pecho. Antenor emitió un agudo chillido y se quedó sin aire. A su lado, Héleno comenzó a temblar. No se movió, ni siquiera trató de huir cuando Áyax dirigió la lanza contra él. Cerró los ojos, se esforzó por controlar los espasmos del miedo y aceptó su destino. Los dos heridos quedaron tendidos en la escalinata mientras el aqueo se adentraba en el templo.

–Ésta es la casa de Atenea –exclamó Téano al ver entrar al rubio.

Áyax ignoró sus palabras. Casandra respiraba con dificultad mientras musitaba una plegaria. «El hombre de mis pesadillas», se dijo, reconociendo a su agresor. El guerrero alargó el brazo hacia la joven, pero Téano se interpuso. Sin detenerse a pensarlo, le atravesó el corazón con el bronce de su lanza. Téano cayó al instante. La sangre de la anciana mojó los pies descalzos de Casandra, que contuvo el llanto. Áyax la agarró de un brazo y la atrajo hacia sí.

Le rasgó la túnica y, admirado por su cuerpo joven y hermoso, la deseó. No le importó estar en un recinto sagrado. La desnudó por completo, la tiró al suelo y la forzó ante el altar de la diosa. Casandra sintió al hombre como un aguijón de dolor que la atravesaba. Volvió la cabeza a un lado, evitando su mirada. Entre las sombras creyó ver a su amado Otrioneo. Una densa nube de humo le difuminaba los rasgos. Sintió vergüenza de que la viera así, pero enseguida comprendió que estaba allí para hacerla olvidar su cuerpo.

–¡Sacrílego! –sonó de repente.

La voz resonó entre las piedras del templo. Cinco aqueos de Pilos habían irrumpido en el interior con las lanzas dispuestas para matar. Áyax dejó a la joven tirada en el suelo y, poniéndose en pie de un salto, se subió al altar de Atenea.

–¡Soy Áyax Olieo, príncipe de Lócrida! –gritó.

Los hombres titubearon. Lo conocían y sabían que pertenecía al consejo de Agamenón.

–Has mancillado el templo. Mereces ser lapidado –dijo uno de ellos, pero no se atrevió a atacarlo–. Que los dioses te juzguen. Agamenón sabrá de esto.

Los guerreros salieron del edificio. Áyax volvió junto a Casandra.

La puso en pie y la arrastró del brazo hacia la salida.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó, insolente.

Los sonidos de la plaza se encendían conforme se acercaban a la puerta.

–Casandra –contestó aturdida, con la mirada perdida–. Soy hija de Príamo.

Áyax el Menor se detuvo un instante. «He violado a una princesa en el templo de Atenea». Sacudió la cabeza y salió con ella a la explanada, que ya había sido completamente invadida por los aqueos.

Decenas de hombres los adelantaban. Néstor, Ulises e Idomeneo caminaban despacio hacia la rampa que daba acceso a la ciudadela.

–Ahí adoran a Apolo. –Ulises señaló las enormes estelas de la puerta Apolínea–. Calcante dice que representan al dios como protector de las puertas de Troya.

–Pues ha hecho poco por defenderlas. –El viejo Néstor soltó una carcajada.

–¿Qué dios interviene en los asuntos de los hombres? –preguntó al aire Ulises. Los otros dos lo miraron sorprendidos–. Los hombres luchan, pero sólo ganan los que mejor combaten, o los que reúnen más tropas –intentó explicarse–. Nunca he visto a un dios ganar batallas. Las guerras las ganan las lanzas y las espadas de guerreros mortales.

–Yo tampoco lo he visto –respondió Néstor, apoyando su razonamiento–. Pareces haber vivido cuatro vidas, Ulises.

–Hay vidas que valen por cuatro. –El itacense sonrió.

Idomeneo guardaba silencio. Siempre había confiado en la diosa, pero su derrota ante Zeus lo turbaba. Su culto perdía importancia y Zeus ocupaba los vacíos.

–No sólo los hombres luchan. Los dioses también pelean entre sí –dijo el rey de Creta, y los otros comprendieron.

En la ciudadela se encontraron con el espectáculo del saqueo. El aire olía a heces, a humo y a sangre. Los tres reyes se detuvieron ante el templo de Atenea, y allí contemplaron cómo los invasores fulminaban las últimas resistencias troyanas.

–¿No os animáis? –preguntó Néstor.

–Ya he tenido bastante por hoy –contestó Ulises–. ¿Te piensas que soy como Diomedes?

–Nadie es como Diomedes –dijo Idomeneo–. Debe estar dándose un buen festín. Espero que se sacie.

Cansados de la muerte, se sentaron en la escalinata del templo. Los últimos troyanos caían atravesados por los bronces.

–Astuto Ulises –comentó Néstor en voz queda mientras negaba con la cabeza y esbozaba una sonrisa, como si acabara de percatarse de

algo–. Un caballo... Has entrado en Troya en la panza de un caballo.

–Acepto la muerte, pero, dime una cosa: ¿es feliz mi hermana?

Príamo, orgulloso, con la tiara real ceñida a la cabeza y el cetro de Ilión en la mano derecha, lo miraba fijamente junto al altar de Zeus. Hécuba, a su lado, se había vestido de gala.

–Mi madre es feliz. Tiene la vida que desea. Mi padre la ama y la respeta. –Teucro encaraba sereno a su tío. Príamo asintió con gravedad; había sufrido por ella durante los años de separación, pero ahora un atisbo de esperanza calmaba su pecho–. Tío, he venido a tomar Troya con mi pueblo. Mi hermano, Áyax el Grande, ha muerto en el intento. –Se llevó la mano al corazón–. Pero no deseo tu muerte. –Príamo volvió a asentir, como si con aquel sencillo gesto se reconciliara con él.

–No lo deseas, pero ambos sabemos que debo morir.

Hécuba sollozó, pero se esforzó por contenerse. La reina de Troya debía estar a la altura de las circunstancias.

–Ya viene –dijo uno de los hombres que acompañaban a Teucro.

Agamenón irrumpió a paso ligero, se abrió paso entre los hombres y se puso delante de Príamo. Su coraza mostraba salpicaduras de sangre. El rey de Troya se irguió, pero su aspecto consumido resultaba patético. El rey de Micenas miró con desprecio a su enemigo, cuyos ojos sólo reflejaban cansancio y dolor. No habló, sólo colocó la lanza en posición de ataque y la clavó en el pecho de Príamo. «Así debía acabar todo. Un rey matando a otro rey», pensó el troyano mientras se apagaba. Hécuba comenzó a respirar con ansiedad, pero no gritó su furia hasta que la vida de su esposo se esfumó a los pies del altar de Zeus.

–Que nadie la toque –ordenó Agamenón. Los gritos de la mujer, ya viuda, como tantas otras troyanas, afilaban los ecos de llantos lejanos–. Será esclava de uno de los reyes.

La madrugada avanzaba y la gloriosa Ilión estaba al fin en manos aqueas. Los guerreros se señoreaban por sus calles y se saciaban con las mujeres que seguían apareciendo en los escondites más inesperados. Las riquezas de la ciudad comenzaban a aflorar y en las calles se amontonaron armas, joyas, ricas telas y utensilios de bronce. Los célebres caballos troyanos fueron llevados a las puertas Esceas para repartirlos entre los diferentes contingentes.

En la ciudadela, mientras los lanceros registraban los palacios, Agamenón fue conducido a la sala del tesoro de Troya. Las puertas estaban abiertas, custodiadas por varios hombres de Micenas. El comandante tomó una tea y penetró en la estancia. Sus carcajadas resonaron entre las paredes. Había multitud de objetos de oro y plata, así como discos de bronce e hierro, pero sólo ocupaban una de las

esquinas.

–¿Ésta es la riqueza de Troya?

Los años de guerra, el hundimiento de la flota que comerciaba con el mar Oscuro, los numerosos aliados... El coste de la contienda había hecho mella en aquel reino antaño rico, consumiendo sus recursos hasta dejarlo exhausto.

–Añadidlo al botín –ordenó Agamenón, que salió y se encaminó hacia el extremo norte de la ciudadela. Subió a las murallas y contempló el mar cercano, plateado por la luna–. Pronto será más, mucho más –pronunció en voz alta para que lo escucharan todos.

Aquél era su sueño, más allá de vengar una afrenta, más allá de sanar el honor herido de su hermano. Los hititas al sur y los troyanos al norte habían dificultado el acceso de su pueblo a los metales. Aquel ponto traicionero era la puerta que conducía a riquezas inimaginables. Ahora, por fin, él tenía la llave.

La claridad comenzaba a dibujar el horizonte con tonos azulados. Menelao, en el gran salón del mar Océano, contemplaba las paredes ricamente decoradas a la luz del hogar. El fuego parecía dar vida a las criaturas marinas, cuyas formas extrañas inquietaban al aqueo. Dos mirmidones lo acompañaban.

–Noble Menelao, la han encontrado. –Un guerrero espartano irrumpió en el salón.

–Vamos.

Su hombre lo condujo hasta un pórtico flanqueado por varios guerreros. El rey de Esparta entró y lo primero que percibió fue un intenso olor a incienso, que lo acompañó hasta que llegó a una gran sala iluminada por lámparas. Nada más verlo, Deífobo se echó a temblar. Con gesto apresurado desabrochó las correas de su coraza, se la quitó y la dejó caer al suelo junto a su espada. Luego abrió los brazos en cruz.

–Es tuya, te la entrego –dijo con la voz quebrada por la resaca y el miedo.

Menelao dirigió la vista al fondo de la estancia. En la penumbra distinguió a la vieja Etra, a una mujer joven que parecía una esclava y a Helena, que lo miró a los ojos desafiante. El corazón de Menelao palpitó acelerado.

–No me la das, la tomo.

Dio dos pasos hasta situarse ante Deífobo y se recreó en sus facciones de niño asustado. El odio hirvió en sus entrañas al imaginarlo sobre Helena y, agarrando su lanza con las dos manos, empujó con todas sus fuerzas.

–¡No!

El grito del ajusticiado sonó agudo. La punta broncínea salió por su

espalda envuelta en vísceras y tela. La sangre corrió por el astil y llegó a las manos de Menelao, que sintió su caricia cálida. Helena apretó los dientes y las manos, como si acompañara a la lanza con aquel gesto. Etra sonrió, complacida, y no pudo evitar musitar: «Te lo mereces».

Deífobo cayó al suelo, pero Menelao no soltó la lanza. El troyano se retorcía, escupiendo sangre y bilis. Cuando el rey de Esparta tiró del astil y recuperó el arma, la sangre brotó generosa, y pronto Deífobo quedó inmóvil.

Menelao volvió la vista hacia Helena. Allí se cerraba el círculo de sus destinos. La espartana miró a Etra y agitó la cabeza para pedirle que se retirara.

–Sabrás hacerlo –le susurró la vieja esclava al pasar a su lado camino de una alcoba.

Helena se abrió la túnica y dejó caer la parte superior hasta la cintura. Sus pechos, generosos y firmes, se agitaron por el movimiento. Los pezones, pintados con polvo de oro, emitieron destellos dorados a la luz de las lámparas de aceite. El faldellín de Menelao se agitó, y Helena se acercó a él muy lentamente. El hombre no se inmutó, pero su erección se hizo más evidente. Ella se arrodilló a sus pies y le bajó el taparrabos hasta los tobillos. Tomó su miembro con la diestra y su boca se cerró sobre él. Su lengua jugueteó, acariciándolo y presionando por su zona inferior. Las piernas de Menelao temblaron. Fue incapaz de resistirse al placer. Dejó caer la lanza y agarró el pelo rubio de Helena, manchándolo con la sangre de Deífobo. Gimió y movió la cadera para aumentar el ritmo, pero Helena reaccionó palmeando su coraza con fuerza. La mujer se sacó el pene de la boca y respiró, visiblemente excitada. Giró la cabeza y llamó a la joven esclava a su lado. La muchacha se arrodilló junto a ella. Helena apoyó la mano en su nuca y la condujo hacia el pene erecto, que palpitó. También agarró el trasero de Menelao para animarlo a empujar. Había llegado el momento de hablar.

–Has tardado mucho. –Su voz sonaba suave, sibilina–. Házselo en la boca, es tu derecho como vencedor. –Presionó con más fuerza a ambos lados.

Menelao estalló en un sonoro orgasmo, mientras Helena animaba a la esclava a seguir moviendo la boca, hasta que él dio un paso atrás.

–Maldita puta. –Extenuado, la respiración entrecortaba sus palabras–. En estos diez años nadie me ha hecho disfrutar como tú, zorra troyana.

–Soy una puta, pero una puta espartana –soltó con orgullo–. Soy la reina puta de Esparta. Y soy tuya. –Se irguió–. Ahora puedes matarme –miró la lanza ensangrentada tirada en el suelo–, o puedes tomarme para ti y devolverme a mi hogar, a tu hogar.

Menelao vaciló, debatido entre dos tormentas. Finalmente lanzó un

grito desesperado, agarró la lanza y avanzó firme. Helena no se movió; sin embargo, la joven esclava chilló y se pegó a la pared. El gigante rubio dejó atrás a Helena y se acercó al cuerpo de Deífobo. Descargó otro grito y clavó la lanza en su cabeza. Allí quedó el arma, atravesando el cráneo de su rival. Menelao volvió junto a su esposa, la tomó del brazo y tiró de ella hacia el exterior del palacio. A la salida se detuvo y alzó el brazo de la mujer, que todavía llevaba los pechos desnudos.

–¡La hemos recuperado! –gritó con todas sus fuerzas ante los aqueos, dejando claro que la aceptaba de nuevo a su lado, que todo el odio que había rumiado contra ella quedaba en el olvido.

Los guerreros golpearon el suelo con las lanzas de forma acompasada y su celebración se fue contagiando a otras zonas de la ciudadela. La victoria resonó en un unísono estruendo.

–¡Helena de Esparta! –gritó un hombre.

–¡Helena de Esparta! –le respondieron mil voces.

Los primeros rayos de sol transformaron en rojos los azulados de la noche. Al albor, Ilión se convirtió en un río de sangre que lo invadía todo, coagulándose sobre los empedrados, pintando los cuerpos níveos que yacían sin vida, ocupando con su intenso olor cada rincón de la ciudad.

Los principales adalides aqueos, cansados pero satisfechos, se reunieron en la puerta Apolínea. Diomedes fue el último en aparecer, completamente cubierto de sangre seca. Parecía sereno, al fin saciado.

–¿Estás herido? –preguntó Macaón.

Diomedes contestó negando con la cabeza.

–Ha perdido la razón –masculló Podalirio sin ocultar su repugnancia.

–¿Dónde están las mujeres? –preguntó el rey de Argos.

Agamenón señaló hacia las puertas Esceas y Diomedes comenzó a caminar en aquella dirección sin que nadie lo detuviera.

–Muchos como él se han dedicado a matar y no han podido festejar –comenzó diciendo Agamenón–. Merecen una celebración digna de la toma de Troya –lo disculpó–. Apartad a las mujeres nobles y a las más hermosas y jóvenes; serán para los reyes. –Los heraldos tomaron nota de la orden–. La tropa puede ocuparse del resto. –Hizo una breve pausa y los heraldos se dispusieron a marcharse, pero el comandante los retuvo–. Dos cuestiones que debéis atender. La primera: ninguna debe resultar herida ni muerta. Hay mujeres suficientes para todos, que no se ceben con las mismas. Son botín, respetadlas. –Los reyes permanecieron en silencio, conformes–. Y segunda: haced turnos de guardia en cada puerta con al menos cincuenta hombres en cada una.

Agamenón alzó la mano para dejar ir a los mensajeros, que

enseguida comenzaron a vocear las órdenes. Pronto se escucharon gritos de júbilo por toda la ciudad, y numerosos hombres corrieron por las calles en dirección al barrio occidental. Entonces, el rey señaló con el cetro dorado a su hermano Menelao.

–Me han dicho que has aceptado a Helena de nuevo como tu esposa –le dijo–. La decisión es tuya. Esta guerra ha cumplido con su cometido, que no era otro que restituir tu honor y el de nuestro pueblo rescatando a tu esposa. Todos aceptamos tu criterio –sentenció, y recorrió con la vista los rostros reunidos. Ninguno objetó.

–Pudo haberme denunciado –dijo Ulises en su apoyo, recordando su visita a Troya vestido como pastor–, pero no lo hizo.

–Mía es –afirmó el rubio Menelao, echándose al hombro el manto que Helena le había regalado, el mismo que había bordado a lo largo de los diez años que había durado la guerra.

–Áyax, hijo de Oileo –prosiguió Agamenón, cambiando de tema. El príncipe de Lócrida se irguió. Llevaba el pecho desnudo atravesado por la venda con la que Macaón le había cubierto la herida–. Eres hijo de rey y has luchado bien, con valor y entrega. No te juzgaré, que lo hagan los dioses. –El joven suspiró aliviado–. Aun así, si hubiera sido yo el que te hubiera encontrado violando a una hija de Príamo en el templo de Atenea, te habría sacado a rastras y te habría matado delante de todos. Quiero que quede claro.

El rostro de Áyax se tornó lívido. Sintió las miradas de sus compañeros clavadas en él. Avergonzado, agachó la cabeza. El viejo Néstor apretó los labios y negó. Si de él hubiera dependido, lo habrían lapidado.

–Ulises... –Le tocó el turno–. A ti te debemos Troya, a ti y a tu primo Sinón. –Lo señaló–. Se os reconocerá el mérito en el reparto de botín. También debemos premiar a Epeo. No es rey, pero lo merece.

Del barrio occidental comenzaron a llegar los gritos de las mujeres asediadas por los guerreros.

–Celebremos nosotros también –dijo Agamenón para terminar.

Los pájaros trinaban a la mañana y el sol comenzaba a calentar la llanura. Ulises y Néstor se quedaron a la entrada de la ciudadela mientras los demás se dirigían hacia las puertas Esceas. Idomeneo los miró brevemente, como si se disculpara, y se unió a los otros reyes a paso ligero.

–Es la naturaleza del hombre –comentó Ulises.

–No es tu naturaleza, ni la mía –contestó Néstor.

Los reyes celebraron sacrificios de bueyes ante el templo de Atenea. Ardió la grasa de las ofrendas y se asó su carne en espetones de bronce. El banquete fue regado con vino troyano. Los últimos hombres que los aqueos encontraron en la ciudad fueron conducidos a

la playa más inmediata. Entre ellos iba Laocoonte, que se había escondido en un subterráneo del palacio de Príamo. No respetaron su condición de sumo sacerdote. «Los dioses tienen muchos motivos para castigarnos», pensó Ulises, disconforme.

Todos fueron ahogados en el Helesponto, como ofrendas a Poseidón, castigador de Troya, señor de aquellos mares.

Como un cuervo agorero, Calcante, vestido de negro, recorrió su antigua ciudad. A escondidas lloró por su fatal destino, impresionado por los cuerpos destrozados y la sangre que oscurecía los suelos de tierra pisada. Una bandada de gaviotas sobrevoló su cabeza y sus agudos chillidos espantaron sus ensoñaciones. Se había recordado como sacerdote de Ilión, aconsejando a Príamo en la toma de decisiones.

Él había visto la destrucción de Troya antes de que ocurriera. El oráculo de Apolo, o tal vez su razón, se lo había mostrado. Cerca de la puerta del Alba, ante la imagen de un padre abrazado a su hijo, ambos atravesados por una misma lanza, vomitó hasta vaciarse.

«¿Para esto me mandaste con ellos? ¿Para ayudar a destruir la ciudad que tanto te ha honrado?», no pudo evitar el reproche a su dios, que había desamparado a los troyanos y los había dejado en manos de la furia aquea.

Caminó por las calles habitadas por la muerte y enfiló la cuesta que llevaba a la ciudadela a través de la puerta Apolínea. Las estelas de Apolo estaban adornadas con laureles. Una de ellas había sido derribada y, al caer, se había partido en dos. El espacio estaba invadido por el humo de las hogueras en las que se cocinaba el banquete de los reyes. Nadie se había encargado de trasladar a los muertos fuera de la ciudad y Calcante concluyó que Agamenón no pensaba quedarse en ella.

–¡Adivino! –lo llamó por la espalda Áyax el Menor. Junto a otros principales, bebía vino mientras aguardaba a que la carne estuviera asada–. ¿A dónde llevan las grutas? Hemos encontrado dos, pero nadie se atreve a seguir después de cien pasos. –Se refería a la cueva de Kaskalkur y al escondite subterráneo del Paladión, en el templo de Atenea.

–Las excavó Kaskalkur, dios protector de los troyanos –contestó sin acercarse–. Llevan a pozos. Fue un regalo de agua para la ciudad en tiempos que nadie recuerda.

–Bah –exclamó Áyax. Dio un largo trago a su copa y soltó un manotazo al aire.

Sus compañeros rieron a carcajadas, y Calcante aprovechó para seguir su paseo. Al aproximarse a los palacios reales, el corazón comenzó a palpitarle con fuerza. Recorrió las estancias y patios con

una profunda congoja atenazándole el pecho. A pesar de todo, aquel pueblo invadido seguía siendo su pueblo.

Llegó al altar de Zeus y a sus pies se encontró con el cuerpo sin vida de Príamo. Estaba tumbado bocabajo, pero lo reconoció por los cabellos canos y su regio atuendo. Un charco de sangre lo rodeaba. A pocos pasos se encontraba su tiara, pisoteada y deformada. Calcante no pudo arrastrar más su pena y lloró sin freno ante su antiguo señor.

–Fuiste el mejor rey –balbució entre lágrimas.

Se desahogó en soledad, derramando recuerdos sobre el pavimento de piedra. Luego se adentró en los salones principales del palacio. A la entrada de uno de los patios interiores se encontró con tres guardias armados.

–Ahí están las mujeres –le dijo uno de ellos.

–Voy a verlas.

Lo dejaron pasar. Sentadas en un rincón estaban Hécuba, Casandra y Andrómaca, que abrazaba al pequeño Astianacte. Estaban demacradas. Calcante supuso que las demás hijas de Príamo debían haber muerto.

–¿Os han tocado?

Casandra levantó el brazo, pero no pronunció palabra alguna. Hécuba arrancó a llorar y se abalanzó sobre el sacerdote. Lo agarró por los brazos y lo miró fijamente a los ojos.

–Dame un arma para que pueda quitarme la vida –le suplicó en susurros para que no la oyeran los guardias.

Calcante se estremeció. Supo leer en su mirada la desesperación, la tristeza y la angustia de quien no quiere seguir viviendo. «Sus palabras no son vacías», se dijo. «Yo también desearía darme una muerte rápida». Con movimientos lentos, sacó su cuchillo sacrificial y se lo entregó.

–Espera a que me haya ido, reina de Troya. No lo hagas ahora.

En los ojos de Hécuba asomó un atisbo de esperanza.

–Adiós. Que Apolo os proteja.

El hombre se alejó del palacio a paso ligero. Necesitaba escapar de la sensación de opresión. Por el camino dejó un reguero de lágrimas.

–Agamenón te enviará un mensajero, pero he preferido venir yo antes. –Etra se sentó junto a Helena en el pórtico del palacio.

–Sé lo que vienes a pedirme. Es justo y ya lo tienes concedido –respondió la espartana.

La vieja esclava guardó silencio unos instantes antes de proseguir.

–No será fácil para mí apartarme de tu lado –quiso explicarse. Sus ojos se humedecieron–. Uno de mis nietos me ha reconocido y le ha pedido a Agamenón que me libere. Soy tuya. Ni siquiera él puede romper el vínculo de una esclava con su ama. Pero te va a pedir que

me liberes. –Helena la dejó hablar–. Volveré a mi patria. He andado ya un buen trecho del camino y antes de morir quiero verla otra vez, si los dioses lo permiten. –Le cogió una mano y la apretó con las suyas–. Hemos reído y llorado juntas durante muchos años, hija querida. También te he censurado, olvidando a veces mi condición. Pero debes saber que estoy muy orgullosa de ti. Vuelves a ser reina de Esparta y...

Helena ya no pudo contenerse y la abrazó con fuerza, entregada al llanto.

–Madre querida, te voy a echar de menos.

Como una niña, desahogó sus emociones. Etra lloró con ella, aliviada. Luego le limpió las mejillas y, tras besarla en la frente, le deslizó el velo hacia delante, cubriéndole el rostro.

–Respeta a tu esposo, a tu verdadero esposo. Vuelve a casa y sé feliz. Reconcíliate con tu hija. –En este punto, Helena suspiró y un amago de miedo asomó a su expresión–. Y no vuelvas a arriesgar lo que tienes por otro hombre –añadió bajando la voz.

Helena la vio marchar sobrecogida por una intensa sensación de vacío. Los últimos años pasaron por su mente como las nubes de un día de primavera. Recordó los años felices con Menelao y los años felices con Paris; también la muerte y la angustia, el maltrato y el amor no correspondido; por último, se presentó la guerra, la que ella había provocado, la que acababa de terminar. «La fragilidad de una flor puede provocar la devastación de un volcán», se dijo. «Pero no fui yo quien empezó esta guerra. Fueron los hombres. Yo... sólo fui libre».

Pasado el mediodía acabaron las celebraciones y comenzó el trasiego de guerreros cargando el botín hasta las naves. En la bahía del Aquileion se improvisó un nuevo campamento para las esclavas y sus hijos. Las mujeres miraban con desconfianza a las nuevas cautivas, que se apiñaban asustadas, heridas, viudas y violadas.

La calma volvió a la tropa. Los aqueos canturreaban viejas canciones del Egeo y reían a la menor excusa. Se abrazaban, victoriosos y satisfechos al fin, y soñaban con el ansiado retorno a la patria.

En la ciudadela, después de acabar con la carne de los sacrificios, los reyes deliberaron sobre el destino de Casandra, Andrómaca y su hijo Astianacte. Ya había llegado la noticia del suicidio de Hécuba. Como comandante supremo, Agamenón se apropió de Casandra. Andrómaca fue regalada a Neoptólemo, heredero de Aquiles.

–Él mató a su esposo, a él le correspondería la mujer. Se la daremos a su hijo –anunció el rey de Micenas en el consejo.

El cansancio comenzaba a hacer mella en el ánimo de los aqueos, y el vino y la comida abundante los incitaban a dormir.

–Antes de descansar hay algo que hacer –dijo Agamenón con los ojos brillantes por el alcohol. Tenía la barba salpicada de grasa y vino–. Astianacte –soltó sin más, y todos comprendieron.

Diomedes clavó su cuchillo en una porción de carne.

–Yo mismo lo haré –dijo, como si les hiciera un favor a los demás.

–El niño es un símbolo –intervino Agamenón–. Es el último varón de la sangre de Príamo. Su muerte debe ser simbólica.

–Hazlo tú mismo, como líder de todos los aqueos –propuso Ulises, intuyendo los pensamientos de Agamenón.

Pero el rey, con una sonrisa, negó lentamente con la cabeza.

–El hijo de Héctor debe morir a manos del hijo de Aquiles. –Miró a Ulises–. Tú mismo le hiciste venir.

El de Ítaca asintió, desarmado. Astianacte debía morir según las leyes de la guerra, y Neoptólemo era el mejor candidato para enviarlo al Hades.

–Yo lo ayudaré –manifestó.

«Un niño matando a otro niño. A esto nos conduce la guerra, a ensuciar lo poco de puro que queda en nosotros».

El sol comenzaba su descenso hacia el Egeo. Los aqueos seguían hormigueando por la llanura cargados con bultos, llevando caballos de las riendas o conduciendo carros repletos de riquezas y mujeres. En la explanada de la puerta Apolínea, al pie de la ciudadela, los reyes y los principales aqueos se apiñaban serios y expectantes.

Ulises asomó entre las almenas con Astianacte a su lado. El niño, asustado, escrutaba la ciudad baja como si buscara una figura familiar. Respiraba con hipidos por una llantera reciente. Los hombres evitaron su mirada, sintiéndose juzgados. «Zeus lo quiere así», murmuraban.

Neoptólemo, con el casco de su padre sobre la cabeza, apareció junto a Ulises. Los mirmidones se emocionaron al verlo.

–¡Ares! –gritó uno de ellos.

Pero enseguida volvió el silencio, sólo interrumpido a intervalos por los trinos de los pájaros y los graznidos de las gaviotas. Neoptólemo, tembloroso, dio un paso atrás, pero Ulises se apresuró a sujetarlo por la espalda y lo empujó con suavidad hacia delante.

–Debes hacerlo –le dijo en voz queda para que no lo oyeran los de abajo.

El muchacho lo miró aterrorizado, y él se temió lo peor. «¿Qué podíamos esperar de él? Es un niño y ha vivido alejado de la guerra». Le apoyó una mano en el hombro.

–Necesitan ver que lo haces –susurró–, y te verán, pero seré yo quien lo haga. –Neoptólemo, sintiendo que no podía respirar, negaba con la cabeza–. Mírame. Haz lo que yo te diga. Será rápido, y entonces podrás volver junto a tu madre. Yo me ocuparé de que así sea. –

Pareció tranquilizarse–. Pero debemos dar este paso.

Y, agarrando a Astianacte por las axilas, Ulises lo levantó y lo sujetó contra su pecho con el antebrazo. Su peso ligero y el contacto cálido de su piel le recordaron a Telémaco, y no pudo dejar de maldecir su destino. El pequeño no se quejó; al contrario, parecía reconfortado en sus brazos. Ulises lo apretó contra sí al tiempo que, con la mano libre, le agarraba un tobillo. El hijo de Héctor comenzó a inquietarse y se agitó. El hombre soltó el brazo y lo dejó balancearse bocabajo, sujeto sólo por el tobillo.

Abajo, un rumor de lanzas golpeaban el suelo al compás, marcando el ritmo al que debía suceder la muerte.

–Coge mi muñeca –le ordenó a Neoptólemo–. Hazlo ya si no quieres que te obligue a matarlo tú.

El hijo de Aquiles posó su mano, fría y temblorosa, sobre la de Ulises. Astianacte gritaba, asustado. Las lanzas golpearon el suelo con más fuerza. Ulises cerró los ojos y levantó el rostro al cielo. «Dioses, castigadme». Abrió la mano. Con los ojos todavía cerrados, escuchó cómo los llantos se alejaban de él, hasta que cesaron con el sonido seco del hueso contra la piedra. Los guerreros dejaron quietas las lanzas. Se hizo el silencio.

Neoptólemo, con los ojos desmesuradamente abiertos, respiraba con dificultad, como si le faltara el aire. Ulises se arrodilló junto a él y lo sujetó por los hombros.

–Nunca lo olvides. Lo he hecho yo. ¿Entiendes? Yo lo he matado.

Luego, poniéndose en pie, alzó la mano del muchacho ante la tropa reunida en las inmediaciones de la puerta.

–¡Aquiles! ¡Aquiles! –rompieron a gritar.

El niño cayó sobre el suelo del adarve, perdida la conciencia, y Ulises lo cogió en brazos. «No volveré a ser el mismo», se dijo.

Abajo, Menelao se acercó al oído de su hermano.

–Con su muerte se extingue la sangre real de Ilión.

Agamenón, como si no lo hubiera escuchado, clamó una orden:

–Durante lo que queda de día, saquead la ciudad y llevad todo lo que encontréis a la bahía. Cuando caiga la noche, tomad el fuego del templo de Atenea y quemad Troya con él. Que sólo quede su recuerdo.

* * *

El pequeño Ascanio mamaba con ansia. Los pechos de Creúsa no eran generosos, pero, en aquellas circunstancias, no tenía otro recurso para alimentar al niño.

–Con cuidado, hijo mío –le susurraba con ternura cuando notaba sus dientes.

Desde que habían salido de la gruta, Eneas no dejaba de observar

la llanura. Con el mar como referencia, había determinado que estaban al este de la ciudad, en los llanos regados por el río Simois. Mientras había dominado la luz del sol, no se habían atrevido a salir a campo abierto, pero la oscuridad de una nueva noche comenzaba a pintar el horizonte. Anquises permanecía apostado en el interior de aquel extraño túnel, atento a cualquier sonido.

–Si nos salvas de ésta, te llamaré a ti madre –dijo Eneas abrazándose al Paladión.

Creúsa observó la vieja talla descolorida y se echó a reír. Su risa fue un bálsamo para la tensión y la pena, y Eneas se sintió aliviado.

–Tú eres el que nos ha salvado hasta ahora –pronunció Creúsa emocionada–, y confío en que nos llevarás a un lugar seguro.

–Ese lugar seguro no puede estar más que al sur, lejos del Helesponto –repuso Eneas, serio, aceptando la responsabilidad del encargo–. Allí ya veremos hacia dónde zarpamos. La Tróade ya no es nuestra tierra, nos la acaban de quitar.

Creúsa escupió a un lado y enseguida soltó un quejido. El movimiento había provocado otro mordisco de Ascanio.

–Que se la queden y que se pudran en ella, que Apolo los asaete con sus flechas.

Eneas sonrió, encandilado con el rostro furioso de su esposa. La amaba. Tenía suerte, no todos los esposos podían presumir de amar a su mujer. Se puso en pie y caminó hacia la oscuridad de la gruta para encontrarse con su padre. Olía a orina y a heces.

–Nada –escuchó que le decía el viejo Anquises.

–Regresa conmigo. Tenemos que partir en cuanto se cierre la noche.

A tientas, avanzaron hacia la salida.

–Recuerda que debemos honrar a Kaskalkur en nuestro nuevo hogar. –El viejo insistía en que el dios había construido aquellos túneles.

–Tenemos muchos dioses a los que honrar, pero antes debemos salvarnos. Aún no hemos salido de aquí.

Ascanio los recibió caminando con paso inseguro hacia ellos. Anquises lo cogió y lo alzó en volandas.

–Tus piernas se fortalecen, pequeño bribón. Pronto no podré correr detrás de ti.

El anciano parecía emocionado, y Eneas se contuvo para no mostrar sus propias emociones. Quedaban días duros; no era buen momento para dejarse vencer por la debilidad. Se asomó fuera un instante.

–Ya lucen las primeras estrellas. Iremos hasta la ribera del Simois, y desde allí nos moveremos hacia el sur. Tenemos que aprovechar la noche. Descansaremos cuando amanezca.

Agarró el Paladión y comenzó a caminar con cautela, pero el terreno estaba despejado. Hizo una señal para que lo siguieran. La luna no había salido todavía y la oscuridad los amparó en la marcha.

Cuando se acercaban a la ribera, un intenso olor a ceniza los alarmó. Eneas detuvo el paso y miró atrás, hacia Troya. Varios resplandores parpadeantes la iluminaban y, desde su centro, se elevaba una densa columna de humo.

–No... –musitó Anquises con lágrimas en los ojos.

Creúsa, aferrada al cuerpo de su hijo, también se echó a llorar.

–Vamos –ordenó Eneas con sequedad.

No quiso darles tiempo para caer en la melancolía. Sin que pudieran verlo, él también derramaba lágrimas por Ilión. Era hijo de Dardania, pero, como todos en la Tróade, sentía Troya como su hogar, su salvaguarda, la fuente original de su poder. «Termina una era. Comienza otra», pensó.

La ciudad ardía mientras ellos se alejaban hacia el este, llevando consigo el espíritu de esa Troya indómita que había dominado durante siglos el Helesponto.

Anquises, rezagado, no perdía de vista las espaldas fornidas de su hijo. Una oleada de orgullo lo invadió, y recordó la vieja profecía.

–Él mantendrá viva la dinastía de los reyes de Ilión...

* * *

Cerca del amanecer, el viento se convirtió en una suave brisa. El verano acababa y las noches empezaban a ser frescas. Ulises se arrimó a una de las hogueras, ya casi reducida a rescoldos, para recibir su escaso calor. El efecto del vino se estaba pasando, pero le había dejado una leve sensación de aturdimiento. Decenas de hombres dormían repartidos por el promontorio del Aquileion. Agamenón, con paso inseguro, se acercó a él y se sentó a su lado.

–Una buena hecatombe –comentó Ulises–. Los dioses nos favorecerán –añadió sin convicción. «Demasiadas leyes divinas vulneradas como para recibir sus favores».

–Eso espero. Mi hermano y los demás ya deben haber llegado.

Tras la toma de Troya, el ejército se había dividido en dos. Néstor, Menelao, Diomedes, Filoctetes, los mirmidones e Idomeneo, así como otros muchos líderes menores, habían embarcado sin demora, ansiosos por pisar sus tierras. Helena, reconciliada con Menelao, también había abandonado la Tróade para reencontrarse con su hija en Esparta. Agamenón, en cambio, tomó la decisión de esperar unas semanas para reunir más botín. Al principio la división había provocado agrias disputas, pero se resolvieron pronto, dando libertad a los que querían marcharse. Ulises no quería esperar, pero el mal estado de sus naves lo

obligó a quedarse. Al fin los carpinteros habían conseguido reparar los daños, sustituyendo tablas y alquitranando los cascos. Llegó el momento de marchar.

–¿Partirás por la mañana? –le preguntó el comandante.

Ulises asintió.

–Terminó la guerra, y aquí dejamos los huesos chamuscados de demasiados hermanos –reflexionó el itacense en voz alta, melancólico.

La brisa parecía traer sus voces, las de todos, ecos del Hades que portaban lamentos. La sangre derramada ante sus tholoi parecía haberlos despertado para que pudieran despedirse de sus amigos.

–Han caído muchos, pero hemos recuperado el honor –argumentó Agamenón.

Del otro extremo del promontorio llegó el sonido de una lira y la voz de un aeda que cantaba para un grupo de guerreros de Ítaca.

Ulises volvió a asentir. «No querías el honor, ni recuperar a Helena, sino ganar el control del Helesponto», pensó. La numerosa guarnición que el rey de Micenas dejaba allí lo atestiguaba. «Pronto los metales del mar Oscuro viajarán por el Egeo en naves aqueas».

–Has peleado bien, y te debemos la victoria. –Agamenón le apoyó una mano en el hombro–. Que Poseidón te permita llegar pronto y sano a casa –le dijo para despedirse.

El comandante de los aqueos se puso en pie y se retiró a su tienda para descansar. Allí lo esperaba Casandra. La joven princesa de Troya, desquiciada, perdida la voluntad, aceptaba su destino de esclava.

Ulises caminó hasta la bahía, donde sus hombres cargaban las naves con las últimas provisiones. Los mástiles estaban ya montados, y el mar cercano se veía cubierto por las maderas negras.

–Atenea, arrópame con tu Égida. Déjame llegar junto a Penélope y abrazar a mi hijo Telémaco. Protégeme de la ira que de seguro hemos provocado en otros dioses. –Como un pensamiento fugaz, pasó por su mente Astianacte, y escuchó el sonido de su cabeza al impactar con las piedras al pie de la muralla de la ciudadela.

Agarró un puñado de arena y no lo soltó hasta que montó en la sencilla barca que lo condujo a la nave principal. Alegres, sus hombres lo recibieron con vítores. Ulises sonrió, pero no estaba de ánimo para contestarles.

Neoptólemo le saludó desde el castillo de popa de una nave cercana. Le había pedido que lo llevara junto a su madre y Ulises había accedido. Como hijo de Aquiles, llevaba consigo el botín que le hubiera correspondido a su padre, incluida la viuda de Héctor. El itacense le devolvió el saludo y se acomodó en la proa de su nave. Contempló la costa de la Tróade, que comenzaba a vestirse de dorado.

«Marcha un hombre distinto del que vino», suspiró. «Adios, Ilión».

EPÍLOGO

Una fina columna de humo llamó su atención al salir del templo de Apolo. Provenía del bosque de olmos, en la ribera del Escamandro. Caminó hacia allí con cierta cautela.

Entre los árboles distinguió varias tiendas de cuero alrededor de una fogata. Tres hombres lo esperaban a la entrada del pequeño campamento.

–¿Quién eres? –exigió saber uno de ellos, tenso.

Al instante distinguió el acento de la Tróade.

–Soy un aeda, vengo de Lirneso –contestó–. Me llamo Apolonio. –Se llevó una mano al pecho a modo de saludo.

–¿A qué has venido? –le preguntó otro, más relajado.

–Compongo un poema. He venido en busca de historias.

–Eso es lo único que vas a encontrar aquí –repuso el mismo hombre–. Yo también soy poeta. De Troya. –Señaló en dirección a la ciudad. Dudó un instante y miró al cielo–. Atardece. Comparte nuestra cena.

En la fogata se asaban dos conejos. Tres mujeres y dos niños salieron de las tiendas. Apolonio aceptó la invitación y los hombres se sentaron en torno al fuego.

–¿Cómo está Lirneso? –le preguntaron.

–Se ha repuesto del saqueo –les contó Apolonio–. Apenas quedan señales del paso de Aquiles. Aquí es distinto –añadió con pesar–. He estado en la ciudad. Los aqueos se han ensañado con ella. –Los troyanos asintieron con gravedad–. No hay más que piedras chamuscadas, techos hundidos y huesos roídos por las alimañas.

–¿Qué esperabas encontrar? –Una de las mujeres alzó la voz mientras cambiaba los paños sucios de un niño.

–¿Estabais dentro cuando llegaron? –preguntó Apolonio.

–Sí –contestó el más viejo–. Nos escondimos en las cuevas de Kaskalkur cuando empezó el asedio. Ella llegó más tarde. –Señaló con la barbilla a la mujer que acababa de hablar–. La encontraron en su casa y la violaron tres aqueos, pero consiguió escapar. Éramos muchos en las grutas. Aguantamos varios días dentro. La mayoría se fue al sur. Nosotros nos quedamos. También buscamos historias.

Cayó la noche y el grupo se dispuso para la cena. Conversaron durante horas en torno al fuego. Los troyanos contaron que los invasores ya habían comenzado a navegar por el Helesponto, tras sellar acuerdos con los principales pueblos del mar Oscuro. Incluso habían establecido una aldea en el cabo Sigeo que les servía para aprovisionar sus naves.

–No han vuelto a saquear la Tróade. Nos dejan tranquilos.

–Pronto podremos reconstruir Ilión –opinó Apolonio.

–Construiremos otra ciudad. La vieja Ilión nunca volverá. –El troyano removió las ascuas con un palo para sacudir las cenizas–. ¿Qué historias buscas?

Apolonio lo miró sorprendido, como si la respuesta fuera evidente.

–La caída de Troya.

–Si te refieres a la guerra, comenzó hace diez años. La caída, sin embargo, empezó hace poco. Todo comenzó con la cólera de Aquiles. –Le devolvió la mirada antes de continuar–: Hemos recibido a poetas aqueos que nos han contado sus propias historias. Muchos se han quedado aquí. –Apolonio pareció alarmado–. Los versos no entienden de pueblos ni de fronteras –aclaró, confirmando que, entre los poetas de ambos bandos, tras la guerra reinaba la paz–. Todos lo sabemos. Esta historia se mantendrá viva durante generaciones. La contaremos a nuestros nietos, y ellos a los suyos. –Echó un palo sobre las brasas. Luego se aclaró la voz y comenzó a narrar–: Agamenón le quitó una esclava a Aquiles. Éste entró en cólera y se negó a luchar. Entonces Agamenón ordenó que los demás aqueos entraran en batalla. Ésa fue la chispa que encendió el fuego.

–¿Tenéis ya algo compuesto?

El hombre asintió.

–Yo, y muchos como yo, comenzamos a componer por orden de Príamo tras la muerte de Héctor.

–Me gustaría oírlo.

El troyano bebió un sorbo de agua. Hacía tiempo que no tenían vino. Las mujeres, con los niños en brazos, se sentaron junto a ellos. No se cansaban de escucharlo.

–Canta, oh, diosa, la cólera del pélida Aquiles –recitó la entrada aprendida de los aedas aqueos–; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y a los troyanos, y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves...

Tosió y volvió a beber agua. Luego retomó la recitación, levantando con su voz las piedras de Troya para limpiarlas de hollín.

«Los guerreros destruyen el mundo. Los poetas recomponemos sus pedazos», pensó Apolonio mientras se recostaba para disfrutar de los versos.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Excusatio non petita, accusatio manifesta.

La Ilíada es una obra compuesta a mil voces y a mil manos. Está considerada la primera obra literaria de Occidente, pero también la podemos considerar la última.

En un primer momento, se compuso de forma oral por aedas que la cantaban alrededor de las hogueras comunitarias. Cada poeta que la cantaba le aportaba sus inflexiones y giros, su propio toque personal. Este proceso arrancó en torno al siglo XII a. C., y los versos no fueron recogidos por escrito hasta cuatro siglos después. Sin entrar en la polémica sobre la cuestión homérica, llamemos Homero a quien escribió el primer texto.

Sin embargo, el hecho de contar con un soporte físico no detuvo el proceso de construcción y reconstrucción de la Ilíada. Esos soportes siempre han sido efímeros, por lo que ha sido necesario un constante esfuerzo de copia y reproducción del texto para que no se perdiera, podrido con sus papiros, vitelas o pergaminos. De nuevo, cada copista aportaba su sello personal, por lo que, a lo largo de los siglos, este magno poema fue mutando, adaptándose a los tiempos.

El proceso no ha terminado ni siquiera en nuestros días. Decenas de autores de nuestro tiempo, fascinados por la Ilíada, han escrito sus propias versiones, adaptaciones, interpretaciones...

Esta novela no es otra cosa que mi humilde y particular aporte a este proceso eterno de construcción de la Ilíada, una obra en la que la identidad de Europa se define con sus rasgos propios.

En todo lo que he podido, he respetado el guión de la Ilíada y el de las principales obras de la épica arcaica que continúan su historia. He intentado aportarle historicidad, suprimiendo contaminaciones posteriores a la época de los hechos que se narran. También he usado un lenguaje actual, aunque respetando el tono épico original. He desarrollado algunos personajes y construido algunas pequeñas historias paralelas que enriquecen la trama. En todo momento he seguido mis impresiones, las que tuve leyendo los textos clásicos.

En definitiva, este texto no es la Ilíada, sino Ilión.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, debo dar las gracias a mi familia: a mis padres, mis hermanos y sobrinos, que tanto bueno me han dado siempre. A mi mujer, que me apoya y me soporta día a día, y a mi pequeño aqueo de pelo rubio y ojos verdes que es la locura de mi vida. Os quiero por encima de todo.

Gracias también a mis amigos, que me ayudan a evadirme de la tiranía de las letras. Sois la sal de la vida y fuente de inspiración para muchas historias.

Gracias a Penélope, mi editora incombustible, por creer en mí, por abrirme las puertas de este cielo y por ser, sencillamente, mi amiga. Como no podía ser de otra manera, tengo que citar a Odisea, la perrita guerrera que se ha convertido en mi ahijada.

Gracias a mis lectores beta, que han ayudado en el proceso de construcción de esta historia: Celes, María Luisa, Ramón Villa, Eva, Juan Renedo y Juanma.

Gracias, en general, a todas las personas del mundillo literario que comparten mi enfermedad de la literatura. Compañeros, gente de Úbeda y Cartagena, blogueros, periodistas, reseñadores y lectores. Sin vosotros, nada de esto tendría sentido. Especialmente, tengo que mencionar a Eva («La historia en mis libros») y Mari Ángeles («Bookeando»), que me acompañan desde el principio. Os habéis convertido en amigas imprescindibles...